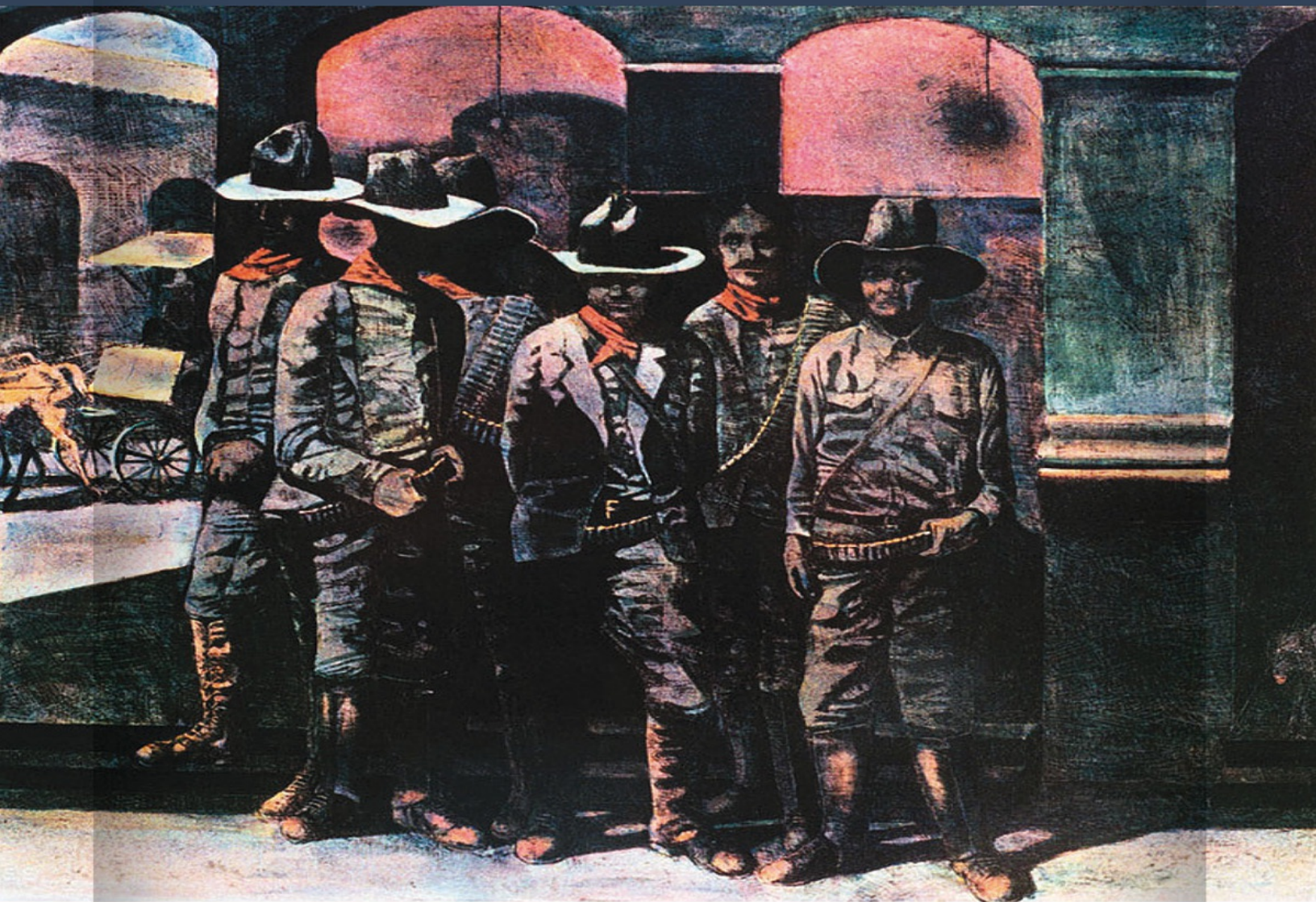


¿Te dio miedo la sangre?

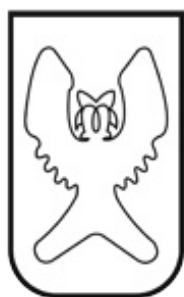
Sergio Ramírez



Editorial
Costa Rica

Sergio Ramírez Mercado

¿Te dio miedo la sangre?



**Editorial
Costa Rica**

A Peter, A Inke

LOS SUCESOS DE ESTA HISTORIA



El Turco, el Jilguero y el Indio Larios secuestran con engaño el Coronel G.N. Catalino López en Guatemala y se lo llevan al burdel de **Lasinventura** en Mixco, donde purga su maldad.



Santiago Taleno, alias el Turco, recorre con su padre todos los caminos, entra a la academia militar y pasa a ser edecán de *el hombre*; pero lo agarran preso y va a parar a la jaula.



El trío de **Los Caballeros** y Chepito el cantinero, hablan de su vida, de sus duelos y canciones en **El Copacabana** junto al lago de Managua; y recuerdan al Jilguero.



Mientras va por la montaña perseguido por la Guardia, Mauricio Rosales, alias El Jilguero, recuerda a su abuelo que fue candidato a la presidencia y le robaron las elecciones; y a su hermana que fue candidata a Miss Nicaragua y le robaron las elecciones; así como otros sucesos.



El Coronel G.N. Catalino López, de los primeros guardias enviados a combatir a Sandino, habla de su falsa herida y su cobardía y de la cabeza de

Pedróñ Altamirano traída a Managua.



El indio Larios, conspirador de la vieja guardia contra *el hombre* muere en su exilio de Guatemala, y aquí se habla del viaje de su hijo, de regreso con su cadáver para enterrarlo en León.

PRIMERA PARTE

La alondra nació antes que todos los seres y que la misma tierra. Su padre murió de enfermedad cuando la tierra aún no existía. Permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

Aristófanes,

Las aves

—¿Mató chanco tu mama?
¿Te dio miedo la sangre?

JUEGO INFANTIL NICARAGÜENSE

CAPÍTULO I



Rojo sangre azul marino verde botella repasó el Jilguero mientras aguardaba, contando los vidrios emplomados de la mampara que al fondo del salón de lustre se abría sobre sus goznes hacia las profundidades del billar, café oscuro amarillo oro y otra vez rojo sangre; y el Turco, que regresa de inspeccionar el puesto de guardia al otro lado de la cañada, se queda de pie junto a la hoguera ya casi extinguida del campamento, y le dice al Jilguero que se acuerde: visto desde la acera de enfrente a esa hora del mediodía, *El Jardín de Italia*, parecía una gruta; que se acuerde que a través del hueco de aquel viejo zaguán de la sexta avenida las paredes repasadas con una mano de pintura de aceite brillaban escamosas, reflejando la luz de las lámparas fluorescentes suspendidas del cielo raso, los lustradores sumergidos en ella, de rodillas, en el gastado pico de mosaicos frente a los tronos de palo; solo las mangas de los pantalones de los clientes, sus zapatos asentados sobre las plantillas metálicas, visibles para él en su puesto de vigilancia, de espaldas al escaparate de *La Samaritana* donde un maniquí polvoso exhibía una camisola de *tricot*. Vos te habías alejado unos pasos sobre la misma acera, colocándote en la puerta de *El Cairo*, Jilguero, y desde allí sí alcanzabas a ver íntegro el interior de *El Jardín de Italia*.

Y el Jilguero toma un tizón para dar fuego a su cigarrillo, el último de su paquete de *Esfinge* que alcanzó aún para una ronda entre los hombres sentados alrededor de la fogata; y mientras le ilumina el rostro la brasa, asiente: la mampara de colores que ocultaba la entrada del billar, los futbolines inmóviles en un rincón del zaguán, las antiguas máquinas traganíqueles de manubrios herrumbrados, la huérfana de uniforme blanco que sentada formal frente a su pupitre recibía los pagos del lustre y cambiaba menudo para las máquinas, bien que se acuerda; y guardián su ojo sobre el

coronel, voluminoso y vestido de *palm-beach* color *army*, húmeda y tersa la piel de tan recién bañado, el último hacia el fondo de la fila de altos sillones.

Una chispa de luz cogió al azar y por un instante el cristal de sus lentes gruesos al inclinar la cabeza devastada por el rasurado número cero, dedicado a examinar el lustrado con parsimoniosa atención de cegato; y el breve resplandor te llegó desde la cueva, Jilguero, también en tu mira las espaldas remendadas a parches del anciano lustrador que afanado cumplía la maniobra de pasar el cepillo de una mano a la otra tras el cubo del zapato sin disminuir la velocidad, en la pared esmaltada de rosa, sobre la cabeza del coronel, el cuadro mural con la sirena hombruna empinándose una botella de refresco.

AGUAS GASEOSAS “TU Y YO” *Pídalas Ud. sin riesgo de su salud*

Entonces, Jilguero, entre los bocinazos de los carros, el pregón de los vendedores de lotería, el llanto de uno de los críos de la india que vendía perrajes sentada en la acera, oímos sonar claramente el toque breve, solitario, del cepillo contra la caja dando por concluida la operación de lustre.

Sí, se suelta los cordones de las botas el Jilguero mientras mantiene el cigarrillo en la boca, me ajusté el sombrerito de rey de los chivos y crucé veloz la calle sorteando los vehículos, pasé junto a la trompa recalentada de un bus que arrimaba a la cuneta y entré a *El Jardín de Italia* en el preciso momento en que el coronel se ponía de pie, resbalándose desde la altura de su trono, y se llevaba la mano al bolsillo metiéndola debajo de la falda de su saco holgado, para pagar. Ante mi reverencia, sus ojos magnificados y borrosos tras los lentes de culo de botella, me buscaron la cara con dificultad.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó arisco.

El asunto de las vedettes, ¿no se acordaba, señor coronel? Sacó un inhalador *Vicuatronol* y se lo pasó por las ventanillas de la nariz, examinándose, tomándose las medidas. Y vos, no sin temor de que fuera a reconocerte, pendejo Jilguero, se ríe el Turco empujándolo cariñosamente, ya sentado en la rueda de los uniformados de kaki, caras de colegiales en vacaciones; lo habíamos vestido según la ocasión, corbata bochinchera, sombrerito de pluma, zapatos combi- nados, su cartapacio plástico y anteojos *Ray-Ban*, y te acordarás del mejor consejo que te dimos, Jilguero matrero, hablar como mexicano de cabaret.

Lo siguió a la parte más umbrosa del salón, donde estaba la huerfanita

sentada en vigilancia de su caja de caudales bajo el cuadro de San Vicente de Paúl.

*No destruyas estas máquinas que son propiedad
de la niñez desvalida de nuestra Guatemala
Obras de Monseñor Girón Perrone.*

El coronel le pagó a la niña y caminó luego en dirección al portón de la calle, el Jilguero siempre detrás. Y ya en la acera, volvió remorosamente a examinarte.

—¿Anda allí las fotos? —señaló el cartapacio.

Y vos, que el álbum artístico lo tenían tus socios, que esos dos socios estaban esperando en *El Portal*, y cogiéndole el brazo te agachaste a mirar la hora en su propio reloj de pulsera, para darle a comprender que ya estaban en atraso.

—¿Y eso dónde queda? —preguntó indeciso; y le molestaría seguramente la luz de la calle porque empezaban a ponérsele llorosos los ojos que él se limpiaba metiéndose el pañuelo debajo de los lentes.

—Una cervecería muy concurrida aquí no más, a la vuelta de su hotel, mi coronel —y extendiendo la mano del cartapacio le mostraba que solo teníamos que bajar unas cuadras por la misma sexta avenida.

Pavoneándose con cierto fastidio, aceptó. Empezamos a andar, el Turco al otro lado de la calle llevándonos el paso de santo entierro, vigilante de cada tropiezo, porque como al coronel le costaba distinguir los obstáculos había que movilizarlo despacio, si no, se atropellaba contra los transeúntes; despacio y con buena letra haciéndole yo su camino, ayudándolo a cruzar las esquinas; pues si lo mataba un carro, ¿qué gracia tenía?

Y viendo que no habría ya vuelta atrás porque pasaba yo con mi procesión frente al *Hotel Panamerican*, y el coronel, inocente como iba de la verdad de su destino no había intentado meterse, se adelantó el Turco casi a la carrera para llegar de primero a *El Portal* y prevenir al Indio.

Sin aliento entró al salón traficado por los parroquianos del mediodía que bulliciosos se acomodaban, se saludaban de lejos, juntaban mesas, traían asientos, ordenaban sus primeras tandas de cerveza, el humo de sus cigarrillos empezando a condensarse en el techo forrado de cañas de bambú y adornado con redes de pescador, las aspas negras de los abanicos sin movimiento. El Indio ojeaba su *Imparcial* sentado en la barra y el Turco,

aflojándose la corbata, ocupó la banqueta vecina. Ya venía, Indio, hermano, ya estaba agarrado. Y como buscando un disimulo sacó su peine para peinarse intranquilo ante el espejo del bar, en el que se reflejaban abigarradas las botellas.

El Indio tiró el cabo del cigarrillo al suelo cubierto de colillas, y cuando lo destripó alcanzándolo con la punta del zapato quedó al desnudo su tobillo magro, sin calcetines, como andaba siempre; se quitó los anteojos, dobló el periódico poniéndoselo debajo del sobaco, y giró en su banqueta para dar la cara a la puerta, una cara ya en nada altiva, Jilguero, se le pintaba para entonces el agobio de la edad.

En la puerta seguían atropellándose los empleados públicos, los agentes viajeros, los cajeros de banco; trataban de adivinar desde lejos un lugar libre, enamorándoles una mesa a los saloneros que pasaban bandejas en alto haciéndose los merecidos. Las doce y media en el reloj eléctrico de la *Alka-Seltzer* arriba de la estantería de licores.

Nos quedamos aparentando serenidad, el Indio vuelto hacia la puerta y yo de frente al espejo, esperando ver aparecer al Jilguero con su cautivo; pero al Jilguero aquel camino por la sexta avenida se le hacía de hule; el coronel, aunque se dejaba llevar, le cargaba su peso flojo encima, remoloneando en veces al querer aparentar marcialidad, y el Jilguero lo empujaba y le metía plática, impresionándolo con el cuento de que las damiselas de la *troupe* fantasma se quemaban en el anhelo de tratarlo en persona, Tania la diabólica que era la estrella fulgente del *strip-tease* más que ninguna, lo había visto retratado en el periódico en traje militar de gala entre la concurrencia del entierro, lo soltaba, acuértese de mí cuando se esté gozando de Tania, coronel, si se lleva la partida de muchachas a Nicaragua, Tania es suya.

—¿De dónde es esa Tania? —me preguntó entonces con su ladrido seco, siempre severo para no rebajarse a mi confianza.

No tenía país, coronel, nadie sabe de dónde viene ni para dónde va, es una diosa de carne, eso es todo. Suerte para usted el funeral.

Ya pasábamos el parasol de la *Foto Eichenberg* ya estábamos frente a *La Gafita de Oro*, ya entrábamos a la galería, ya nada faltaba para llegar a *El Portal*. Y se me va deteniendo, empujado.

—¿Suerte? ¿Por qué suerte?

Y yo, aturdido de aflicción, deshaciéndome en lisonjas, porque si no venía él de delegado de su patria a las honras fúnebres no se llevaba a las vedettes, dicho sea con todo respeto a la memoria del señor presidente

Castillo Armas, mi señor coronel, quitándome reverente el sombrerito; y aunque no me cambió su cara de palo, ofendido ante mi irrespeto de meterle un cadáver sagrado en el negocio de las desnudas, se acordaría de seguro de Tania la Diabólica como yo se la había pintado y no me replicó ningún regaño; me volvió a abandonar su peso y así seguimos adelante hasta la puerta de la cervecería, y ya pasábamos frente al rey de cartón clavado junto al dintel, su espada desenvainada y en la barriga la leyenda que el Indio siempre le repetía al cantinero a manera de pomposo saludo al entrar a la cantina.

*¡Alto! Aquí nadie pasa
sin dejar de saludar
al Rey del Portal
que lo quiere invitar*

y ya entrábamos, cantando Pedro Infante a todo volumen en la roconola *ya vamos llegando a Pénjamo ya brillan allá sus cúpulas* y al no avistarlos a ustedes, yo ansioso me empinaba entre el gentío, Turco, pero los descubrí al fin en la barra y el Indio me hizo de señas con los anteojos en la mano, que lo pasara al reservado; y qué dificultad atravesar a la ballena entre las sillas, repitiendo compermisos ante los clientes molestos que se obligaban a ponerse de pie para cedernos el paso.

Pero lo lograste, Jilguero. Vadeando el salón cogieron por el pasadizo, directo al reservado, como se le decía a la pieza contigua a los mingitorios, donde había cajillas de cerveza, lampazos y sillas rotas, pero también una mesa preparada para acomodar clientes cuando se rebalsaba el salón.

Como la puerta, crecida por la humedad, se tallaba en el marco, solo a empujones logré arrancarla.

—Siéntese aquí, mi coronel, si me hace el favor —aparté una silla y soplé sobre ella para limpiarla; después se la sostuve por el espaldar, mientras lo guiaba a aflojar encima su nalgatorio. Le ofrecí de fumar, pero no quiso, de beber, y tampoco, todo lo rechazaba a puros gestos cortantes. Colocó impaciente los brazos sobre la lámina de la mesa en que había pintada una corcholata gigante de la cerveza *Gallo*, y acercando la cabeza a la carátula de su reloj de pulsera se estuvo en procura de adivinar la hora. El socket colgado de un cordón verduzco, no tenía bujía y por el pasadizo llegaba al salón más bulla que luz.

—¿Y sus socios? —me preguntó frunciendo la nariz, por asco al tufo a desinfectante de excusado que llenaba el cuartito, y yo, despreocupándolo, que estaban terminando de atender a otro cliente importante de Panamá, que ya no iban a tardar, cuando en eso, como por cosa de magia negra de mis palabras, van apareciendo ustedes.

El coronel siguió con la cabeza el movimiento de las sombras que se escurrían dentro de la pieza y ocupaban los lugares vacíos en los costados de la mesa; sobresaltado oyó el arrastrarse de la puerta sobre la arenilla del piso, la conmoción del tabique al ser encajada otra vez la hoja, el golpe rotundo del pasador, y el agitarse de la cadena del picaporte, que tardó en cesar.

Qué cara desangrada cuando después de haber atrancado la puerta te diste vuelta hacia él, Jilguero; acercaba las manos a las sienas tratando de darse mejor visión, empeñado en descubrirnos la figura, descubrir al Indio que ya colocado a su derecha puso sobre la mesa su *Imparcial* que lentamente comenzó a desenrollarse, el Indio que calmadamente rasgó un fósforo, tardándose en darle fuego al cigarrillo, y entonces la luz de la llama le habrá permitido finalmente averiguarle las facciones, y le habrá calado la sonrisa maligna porque en sobresalto se apartó de ella, poniéndome los ojos a mí, Jilguero.

Cabal. Acechaba la estampa tiesa y muy severa del Turco, sentado a su mano izquierda; pero imperturbable ante aquel examen desesperado mirabas hacia el frente, en dirección del Indio, en actitud de esperar órdenes, el Indio que solo vigilaba el palillo de fósforo achicharrándose entre sus dedos. Y cuando lo sopló, yo me puse detrás del coronel. Era mi seña.

Como si de pronto se hubiera recobrado de su alarma, quiso ponerse de pie; con celeridad buscó impulsarse hacia arriba apoyando las manos en el borde de la mesa, pero estorbado por su peso se paralizó en un ademán de todas maneras inútil; y al sentir que una mano, tu mano urgida, Jilguero, lo camiseaba sacándole de la bolsa del saco su pistola, ya sin esperanzas abandonó los brazos en los flancos.

—¿Qué me van a hacer pues? —bajó la cabeza enronquecido.



Contra el sol, los pescadores lo verían arrimar canaleteando en la tranquilidad de la barra, lo verían arrastrar la panga fuera de las aguas sedosas y vararla en la arena, bajar con una criatura en brazos, defendiéndola del resplandor bajo una sombrilla de mujer, y caminar por la avenida ornada de palmeras secas a lo largo de los rieles soterrados. Trinidad tras sus pasos cargando un atado de ropa en la cabeza, en silencio bajo el solazo hacia el parque enmontado; tal vez algunos de los hombres del embarcadero lo seguirían a distancia para verlo subir la escalinata del kiosco, y cerrando la sombrilla de seda tomar posesión de aquellas ruinas donde en los años siguientes viviría con sus hijos, Trinidad el mayorcito, y él, llevados por Taleno el padre ese día a San Juan del Norte, él en brazos.

Porque nació a lo mejor en San Carlos y de allá venían, más arriba del río, pasando los raudales y entrando ya en aguas del lago, o acaso en El Castillo, o en Sábalo, en cualquier orilla del río San Juan; pero no se acuerda o es que Taleno el padre (q.e.p.d.) nunca se lo confió; tampoco quiso revelarle nunca cómo había sido su madre, solo que su rostro era sereno, como el rostro mismo de la virtud. Taleno el padre le arrancaba a sus mujeres los hijos tempranos, para criarlos a su semejanza y por eso es que no guarda él recuerdo de su madre, a la que acaso vio alguna vez en su sueño como una niña sin pechos jugando con una muñeca de trapo en un patio dormido detrás del que tal vez pase un río porque se oye el agua correr. Y Taleno el padre diría que quién quitaba y aquella niña del sueño no fuera en verdad el retrato de ella, pues cuando se le huyó estaba aún tan tierna que ya parida no le bajó nunca leche por no tener senos.

San Juan del Norte con un mar lejano bramando detrás de unas dunas blancas, brillantes como vidrio molido; escombros de almacenes y oficinas bancarias, de hoteles, casinos de juego y lupanares, agencias de vapores y consulados, palacetes con los armazones de las cúpulas a flor de viento tupidas de parásitas, los nombres de sus dueños o sus efigies tallados en los frontispicios, las raíces nudosas y gruesas de los eucaliptos y los tamarindos

de las que fueron alamedas emergiendo entre las cuarteaduras de los pisos de mármol y haciendo saltar las losas, ramas que entran con sus follajes siempre verdes por los ventanales, una cantina que se llamó *La Maison Dorée* ahora al aire libre como un parque, alrededor de las mesitas de hierro las delgadas silletas vienesas que al amanecer, al entrar la neblina, parecen recién abandonadas como después de una fiesta; una caja fuerte de la altura de un hombre tirada a media calle, en arco sobre sus puertas, *F. Alf. Pellas & Cía.* en letras amarillas, lápidas de los cementerios de extranjeros con nombres en hebreo, en alemán, en italiano, arrastradas por las corrientes de lluvia hasta la playa y ocupadas por las lavanderas para tender la ropa a secar, una draga inmóvil que se eleva en el estuario del puerto entre los tupidos gamalotes que ceden con lentitud al vaivén de las aguas como una llanura verde soplada por el viento del Atlántico, garzas que vienen volando de la selva y descienden raudas en la playa aceitosa, nubes de zancudos y jejenes congregados alrededor de las lámparas tubulares en las noches, el rugido de los pumas y el coro de los sapos, y en la oscurana el viento paseando por el puerto, el hablar en susurros de los hombres acucillados en el muelle atestado de jaulas de monos congos, y se despierta a veces en el kiosko, asustado por los aullidos de los monos cautivos, porque las jaulas ya no se acumulan solo en el embarcadero, también en la costa a lo largo del estuario, sobre la arena de las dunas, dentro de las mansiones derruidas, cada noche saliendo de la selva más cazadores con los monos presos en jaulas de madera trenzadas con bejucos y los gritos alzándose desde todos los confines de San Juan del Norte.

Unas sábanas viejas cuelgan del ático del kiosko para darles algún abrigo del viento que llega recio desde las dunas, la cúpula de latón del kiosko sostenida por columnatas de fierro, una baranda de forjaduras escrespadas alrededor, y sobre la plataforma de tablas unos atriles ensarrados, el promontorio en que se asienta oculto por el zacatal amarillo que desborda de los arrietes del parque, las macollas altas y tupidas nubladas de moscas, entre las que deambulan los chanchos comiendo jícaros podridos y mangos rojizos pringados de negro; y se ve de pie en las gradas del kiosko porque no está Taleno el padre, casi nunca está por andar ausente en sus cacerías, y Trinidad le ayuda a la mujer negra, canosa y descalza que les hace la comida, a soplar la llama del fogón levantado con tenamastes en el parque. Desaparece Taleno el padre como si ya nunca fuera a volver y la señal de su regreso la da la zopilotería que se revuelve frente al kiosko, atareada en descarnar los cueros

de las fieras curándose al sol.

Y abandonan un día San Juan del Norte para irse a puerto Cabezas a bordo de un remolcador, y con ellos se van también los demás pobladores que a la voz de Taleno el padre dejan sus tambos y lo siguen en busca de un lugar llamado La Misericordia junto al río Macuelizo, donde es fama que se han denunciado placeres de oro tan espléndidos que las arenas del lecho se divisan amarillear de lejos, y los pies, al meterlos en el agua se impregnan de un pegajoso polvo dorado; y la procesión de moradores atraviesa la alameda en dirección del muelle, llevan cargados sus enseres, sus lámparas tubulares, sus taburetes y sus santos, sus petates y sacos de bramante, alguno un tabanco de cocina a cuestras, los molenderos, sus pocas gallinas y detrás sus perros, y ya a bordo de las pangas que los ponen mar afuera para alcanzar el remolcador, empieza un canto con música de mandolinas que se repite de un bote a otro mientras los que se ausentan se alejan hacia la boca del estero como si nada más pasearan, mientras sus ranchos asentados sobre los pilotes se llenan de animales de monte que salen a hacer en ellos sus querencias, y solo rugidos, aullidos, chachalaqueos, aleteos, permanecen entre las paredes derruidas. Y cuando ya navegan a lo largo de la línea de la costa, Trinidad asomándose a la borda pregunta si aquel país divisado desde el remolcador es el mismo de donde ahora vienen; y Taleno el padre les señala entonces que todo aquello azul en la lejanía es en verdad lo mismo: Nicaragua.

Pero buscando oro con las tropas de güirises tampoco consiguen nada y más bien, por causa de los charrales y las espinas se van quedando desnudos; y abatidos por la vergüenza de enseñar las nalgas por entre las roturas del pantalón, Taleno el padre se pasa meses lavando arena sin ver nunca un solo resplandor; ni la Misericordia, ni las Ánimas de Alamicamba por donde también se miente sobre riquezas de minerales. Y cuando perdida la ilusión de seguir rodando fortuna se dispersa la congregación de seguidores, se quedan solos los tres, errantes por muchas soledades de la costa atlántica, ya Taleno el padre dedicado a su oficio de comerciante buhonero; y por dónde no andan entonces cargados de valijas viejas y cajas de cartón sin que a Taleno el padre le venga tampoco beneficio de riqueza de aquel duro peregrinar, remontados ríos adentro, por abras, caseríos, sacas de madera, colocando ropa cosida, sombreros, cortes de dril, espejos de mano, cintas, jabones de olor, curarina, pomada roja *Solka*, cholagogo, purgativos; se acuerda de Prinzapolka, de Kukra, de Waspam, de Wambla, se acuerda de las interminables playas de troncos quemados, del zumbido incansable de las

sierras derribando los pinos que atropellándose encadenados van después hacia el mar, arrastrados por la corriente; noches enteras en pipantes, arrimando a las riberas de los ríos techados por la selva, a pie por veredas, con las valijas auestas Taleno el padre y las cajas de cartón cargadas por los niños descalzos, cogiéndoles la noche en ranchos abandonados de los que ahuyentan primero a las serpientes golpeando con palos el suelo en que van a acostarse, pueblos inesperados donde pastores moravos parecidos al hombre del almanaque Bristol levantan iglesias de madera que no tienen campanarios, misioneros bautistas vestidos de paño negro y cuello de baquelita que discuten de religión de un pipante a otro con frailes franciscanos montados a horcajadas sobre cargas de plátanos; mercando, durmiendo junto a los raicilleros, los huleros, los cazadores de pieles, los braceros, en cuchitriles tufosos a humo y sudor donde allí mismo en el suelo se desfogan los caminantes con las mujeres de prostíbulos desterradas a aquellas remotidades, o tientan a las ajenas arrastrándose hacia ellas y con solo sentir el calor de una entrepierna se pagan, desvelados bajo un mismo bramante con Taleno el padre, acostarse o amanecer en el olor a fermento de las camisas y los trapos puestos a orear cerca de los fogones, buscar su lugar a gatas bajo las hamacas colgadas, tensas bajo el peso de un cuerpo, de dos cuerpos, reconocer en esos aposentos comunes a los forasteros ya vistos en otros sitios, en otros cruces, adivinarlos quizá por sus sombreros, o por sus mismas ropas, tan cercanos siempre sus rostros pero tan extraños, verlos tender sus capotes ahulados para mejor dormir, oír a otro leer cancanear a la luz de un candil un ejemplar descuadernado de *El Conde de Montecristo*; y entre los cuerpos dormidos, el concierto de sus respiraciones que tienen algo de feroz, sus pláticas en sueños y sus toses dolidas como quejidos, el hervor de sus ronquidos, los animales cautivos arañando sus prisiones de alambre con las uñas.

Y noches adelante, lucecitas perdidas de aserraderos, motores lejanos de minerales y de nuevo por los ríos, una plana que transporta la imagen de un Jesús del silencio entre matas de corozo, vendado y prendido de manos, la túnica blanca al viento; un ranchito incendiado en la orilla y un hombre parado sobre los carbones que dice adiós agitando su sombrero, el ruido distante de los árboles que se desploman sobre la selva y el vuelo en alharaca de los pájaros sobre el sitio donde estuvo la copa; y voces que como guiándolos hacia un lugar que solo puede presentirse, gritan extraviadas en la espesura.

¡Por aquí pasó el general Sandino! y la respuesta más lejos, ¡qué le parece, amigo!, perdiéndose las voces; y en otro punto de la marcha, encuentran en la falda de una colina el fuselaje deshecho de un avión, y de entre las guías de las parásitas que cubren la carlinga, saca Trinidad una brújula que guarda gozoso; y pasos adelante, cuando les queda libre la visión al disiparse la neblina, ven colgando de la rama de un espino un esqueleto movido por la brisa, flojo y cubierto de lama verde su uniforme de marino norteamericano, un mechón rubio de pelo reseco en el cráneo pelado y unos gusanos dorados y luminosos que reptan por sus extremidades descarnadas para caer al suelo, y se transparentan también tras los anteojos de aviador puestos sobre las cuencas vacías. Y ellos se alejan, y después todo el día les llueve, lluvia y lluvia, cerrazón y lluvia.



El Jilguero mira por unos instantes su rostro borrosamente reflejado en la superficie de la guitarra como en el agua de una poza quieta cuando Chepito se la alcanza sacándola debajo del mostrador, la guitarra negra con incrustaciones de conchanácar que permanece allí muda desde la muerte de Lázaro, su dueño, tan frágil el instrumento que a veces maravillado solía decir: “es como una mujer”, mientras la sostenía entre sus brazos. Y el Jilguero se acoda despaciosamente, con gusto, contra la caja y comienza a pulsarla, preparándose para oírla sonar como si el arpegio fuera a venir más bien de lejos.

Ni Raúl, ni Pastorita han podido encontrar un sustituto todavía y por eso es que el trío de *Los Caballeros* ya no toca, barre el tablado Chepito, saca el aserrín húmedo que cubre la pista de baile y en el aserrín van revueltas colillas, corcholatas, envoltorios de *Esfinge*, lleva el montón hasta la pasarela y después que la basura cae al agua regándose en una cortina, golpea la escoba contra el borde; no hay nadie más que ellos dos a esa hora del mediodía en *El Copacabana*, el Jilguero con los pies encaramados sobre una

mesa y Chepito en sus oficios divizando sus botas vaqueras entre los tableros forrados con papel periódico y los vericuetos de sillas vacías, los cajones de los atriles verdes de la orquesta que tiene cada uno pintada una palmera fosforescente al frente, el techo de zinc adornado de banderillas multicolores de papel de la china y cordones de bujías azules y rojas que a lo largo de las vigas se prolongan hasta la pasarela que comunica con la tierra firme el night-club levantado sobre pilotes en el lago; y junto a la baranda del pasadizo, cajillas de cerveza *Victoria*, botellas de *Spur* y *Canada Dry* cubiertas de polvo pegajoso y llenas de agua de lluvia con cucarachas ahogadas, sifones plateados metidos en javas y un barril de lata para el hielo.

Y Chepito vuelve a entrar, guarda la escoba y oculta la boca con la palma de la mano para reírse gozoso en secreto cuando oye al Jilguero cantar una canción que es música y letra de Raúl, *no sé si fuiste real en mi vida o solo una aparición, mujer*, se acompaña y repite el trozo de letra en busca del tono, se calla y soca las clavijas de la guitarra mirándola fijamente como si la interrogara, y continúa; y Chepito coge un trapo, lo humedece en el agua del lavatrastos y mientras frota con energía el mostrador del bar sigue atento al Jilguero, midiéndolo como si desde ya quisiera saber su reacción ante lo que va a proponerle, si vos quisieras te podías venir al trío y reponer al otro caballero que mataron, a Lázaro; pero Pastorita tiene temor de solicitártelo pensando que a lo mejor te vas a ofender.

El Jilguero rasguea con todos los dedos la encordadura, su mano abierta golpea la capa y sonriente lo alza a ver, ¿por qué iba a ofenderme la propuesta? Si será pendejo el Pastorita, y vuelve a la guitarra y cae el pelo en su cara cuando la hace sonar de nuevo, cuidadoso, vigilándola, como si ahora le fuera a responder al fin a voluntad, mientras Chepito no deja de frotar la tabla escarbada a navaja, ensombrecida por el alcohol derramado y el sudor de las manos; y al hablar en un solo tono apurado de voz, parece repetir diligente y emocionado una lección; es que como es oficio rebajado el de guitarrista, y la otra vez que Pastorita se encontró a Carlos tu hermano en una fiesta donde fue él a amenizar, le reclamó que te estaban perdiendo a vos con eso de parrandas y serenatas.

Mi vida es mi vida, se encoge de hombros el Jilguero y busca otros aires en la guitarra; y Chepito le pide entonces que por qué no se echa *La Moralimpia* y el Jilguero asiente, la busca primero silbando y ya luego en el registro, qué casualidad, mentás a mi hermano y aquí estoy, esperándolo a que venga a buscarme para un volado que vamos a ir a hacer, a las dos quedó

de pasar por mí, ¿qué horas serán ya, Chepito? Chepito no usa reloj pero va a la ventana y se asoma a ver el cielo, ya irá cayendo la una; y encandilado por el fulgor del mediodía de abril permanece mirando a la costa donde fue velado Lázaro, su cuerpo tendido en una sábana sobre la arena mientras ajustaban para comprarle su caja, sus cuatro cirios fijados en unos guijarros, Lázaro que había muerto una madrugada acuchillado en *El Copacabana*, vuelve al mostrador y empaña con el aliento los vasos, los seca y los acomoda en el estante, en este lugar que un día se va hundir igual que el *Hipódromo Xolotlán*, pensando en las galerías anegadas que se ven desde la misma ventana. Y el Jilguero se resbala en las silletas hasta pegar la nuca en el espaldar, o como el malecón, porque afuera están también los muros de un malecón derruido e inundado contra cuyas crestas de cemento, aún visibles, baten los excrementos.

¿Vos estabas aquí la vez que mataron a Lázaro? Y asiente Chepito, nublado el rostro por una pena instantánea cada vez que se le interroga sobre los hechos, aquí mismo estaba parado yo, señala su sitio; y ya cayó de verdad la una porque la sirena del cuerpo de bomberos atraviesa en el calor inmóvil la ciudad y el Jilguero vuelve a recordar en voz alta que a las dos, sin falta, tiene que llegar a buscarlo su hermano; pero Chepito ha empezado a contar que él se había ya desvestido de su disfraz de bailarín caribe, ya acabado el último show, y los músicos de la Orquesta *Champú de Cariño*, qué ratos se habían despedido. *Los Caballeros* andaban por los chinamos de la costa en busca de la ocasión, por ser las fiestas agostinas, cuando se toparon con un forastero; a ese hombre se le puso la obsesión de llevárselos hasta Jinotega en serenata, protestándole *Los Caballeros* que estaba loco, eso quedaba lejos de Managua; pero él porfiaba que la mujer de sus sueños donde vivía era en Jinotega y que no llevarle serenata esa noche iba a significar una traición muy grande; y así les anduvo detrás suplicándoles y exigiéndoles, humillándoles de cantina en cantina y de ruleta en ruleta con los billetes en la mano, que pidieran el precio que quisieran, él les ponía incluso carro expreso ida y vuelta; que no fuera necio, lo rechazaban pacíficamente ellos, y si tanto era pues su rigio, allí andaban montones de tríos más por el malecón. Pero el tipo obstinado, o *Los Caballeros*, o nadie.

Y de un estanco de la costa llamado *Flor de Azalea*, cercano al parque 27 de Mayo, se vinieron para *El Copacabana* a dejarme guardadas como siempre sus guitarras; entraron, todavía en la discusión, y cuando Lázaro al trasponer la puerta dijo “con permiso que voy a orinar”, el hombre lo siguió,

se le acercó sonriente en ademán de abrazarlo y por puro gusto, por pura alevosía, le clavó en la espalda el cuchillo. “O *Los Caballeros*, o nadie”, repitió todavía al sacárselo.

Y evoca Chepito el crimen como si el pasado se hundiera en una gran resaca, en un gusto a vómito o cerveza derramada, y la guitarra estuviera aún allí sobre el mismo tambo marcado por las suelas de las parejas, sus cuerdas rotas y rizadas, el asesino que salió huyendo por los breñales de la costa sin soltar el cuchillo, nunca va a poder olvidarse de la sangre que le cubría el rostro a Lázaro como si le brotara de los mismos ojos, los semblantes impávidos de los otros dos *Caballeros* que ni siquiera habían soltado sus instrumentos hasta que Raúl aflojó de pronto las lágrimas y ya llorando se arrodilló a ponerle su chaqueta de dril en la cara del cadáver que había quedado ligeramente volteado hacia la derecha, la mano de requintar bajo el peso del cuerpo, y entre los dedos abiertos la sangre reseca; después apareció un juez, vestido de leva encima de la pijama rayada, abriéndose paso por en medio de la aglomeración de curiosos llegados desde los puestos del malecón al cundir la novedad, contenidos por un pelotón de guardias en la pasarela. Agosto de 1952, ya va para dos años, se sienta ahora junto al Jilguero.

Y lástima que no llegaste a conocerlo, ni estuviste en su vela; Raúl y Pastorita, sin consuelo, su lamento mayor era que ellos quedaban como mancos, mejor les hubieran volado una mano antes que matarles a Lázaro; y hasta dar el amanecer estuvieron acordándose en la costa de sus serenatas, de sus apuestas, de sus escándalos y sus pendencies de cantina, de las veces que habían caído presos juntos después de andar cantando y bebiendo y echándole mueras al gobierno delante de los mismos guardias en mediacalle, de sus jugaderas de póker semanas enteras, de sus retos a guitarra para ver quién requintaba de entre ellos mejor, siempre Lázaro el campeón, el mejor guitarrista de Nicaragua, y sino que lo dijera aquel hecho, cuando fue citado en secreto a un hotel de mar abandonado en las cercanías de San Juan del Sur, porque alguien apeado de un barco quería acompañamiento para cantar unos tangos y ese alguien no era otro que Carlos Gardel en persona, todo ardido de quemaduras el cuerpo y con la cara deformada de cicatrices iba errante por el continente haciendo estaciones en los puertos y por el país donde pasaba mandaba a convidar al mejor guitarrista para cantar, y ese honor en Nicaragua fue de Lázaro; toda la noche se estuvieron en aquel mano a mano, pero Lázaro no le pudo ver la cara a Gardel porque se la tapaba con su sombrero. Al amanecer se despidieron y ya nunca supo más de él.

Y el dolor de pensar que un hombre como Lázaro, semejante artista, no tuviera más que un par de zapatos; al día siguiente del deceso fueron *Los Caballeros* a su pieza, en una cuartería del barrio Quinta Nina, para sacar su mudada más regular y vestirlo; y allí vieron su camastro de hierro, hundido hasta tocar el suelo, sus trapos sucios regados por el piso, su vestido azul de gabardina para las presentaciones de gala ya brillante como un espejo por tantas planchadas, colgado contra la pared y defendido de la suciedad por un periódico desdoblado; pero no hallaron su segundo par de zapatos que Raúl juraba le había visto puesto un día, unos zapatos café combinados con blanco; y vieron también su espejo constelado de fotos de artistas internacionales de la canción, y abajo de una en que aparecían *Los Caballeros* apoyados en el cabezal de sus guitarras, *este es el mejor trío de las Américas*, puesto por su mano. Y el mismo Lázaro fotografiado aparte cuando simple aficionado, flaquito y encorvado para alcanzar el micrófono con la boca, cantando con el pie apoyado en una silleta y atrás el rostro furtivo de un niño derrotado que espiaba.

Y de sus vigiliass en la banca maldita de la placita del ferrocarril, de que se orinaban en concurso parando el chorro sin levantarse de la banca, ni dejar de silbar, a quien más tardara meando mientras silbaba, conversando de suicidas con los que habían brindado el mismo día en que se habían cortado los pulsos, ya notándoseles al beber una tristeza que era como un gran abismo, de los que apostaban sus mujeres jugando a los dados cuando ya habían perdido sus casas, de cómo era la lividez de las caras de las adúlteras a la luz del día, de las falsificaciones de billetes hechas por los poderosos en las alturas sin que se dieran cuenta los pobres, de túneles secretos que iban de las sacristías de las iglesias a los colegios de monjas para que los curas pudieran entrar sin ruido a los aposentos de las niñas internas, del verdadero lugar donde estaba sepultado el cadáver de Sandino, enterrado y vuelto a desenterrar para que nadie diera nunca con la tumba, imaginándose la conmoción popular que habría si un día viniera a Nicaragua el trío *Los Panchos*, cosa que olvidaban pronto por ser aquello mucha fantasía; por el aeropuerto Las Mercedes pasaban a veces esos famosos en viaje a otros países, como una vez Agustín Lara acompañado de María Félix, pero los rodeó la guardia y nadie pudo acercárseles, a no ser *el hombre* que se presentó a saludarlos a la pista de aterrizaje. Y sentados en la banca maldita ensayaban también a componer sus canciones, Raúl era entre ellos quien mejor don de compositor tenía; amanecía y se elevaban triunfantes en su

cadencia las voces en la placita donde esperaban el primer tren los carretoneros, sentados en los pescantes; o se oían venir esas voces del encierro de sus piezas en Campo Bruce o la Quinta Nina, en San Judas, cuando ensayaban en el día ante el silencio del barrio que se aquietaba profundamente en reverencia a su arte, sin dar las caras *Los Caballeros* como ladrones que fueran a dedicarse en la noche a cantar y en el día se ocultaran, devotos al referirse en las letras a las mujeres un día divisadas y gozadas en sueños, mujeres orgullosas a las que reprochaban su perfidia porque después se casaban y al encontrárselas en la calle, dueñas de sus boleros, ni siquiera volteaban a verlos.

De Yolanda Voladora se acordaron frente al cuerpo de Lázaro tendido en la arena, la trapecista salvadoreña del *Gran Circo Atayde* que una noche se consiguieron los tres, después de la función, llevándosela por la costa al cuarto de Lázaro, en las cercanías de la carpa. Lázaro, por ser dueño de la cama tuvo el derecho de entrar de primero, comprometido a silbarles al acabar, para seguir los turnos; pero la puerta cerrada se quedó quieta como si Lázaro y la trapecista se hubieran muerto adentro, y ellos, sentados en el canjilón de la calle, cuando apercataron ya era de día. Se aquerenció con Lázaro Yolanda Voladora y le dijo adiós al trapecio; amaneció pidiéndole los platos para lavárselos, pero él nunca había tenido un solo plato, ni siquiera una triste cuchara, y en las sesiones de la banca maldita se les quejaba después a los otros caballeros no hallar qué hacer con ella metida dentro de la pieza, vuelta que daba se la topaba en aquel espacio tan reducido, o acostada, como si su dedicación hubiera sido empollar en la cama, y la necesidad de estarle recomendando no volver muy noche, como si no hubiera sido aquél su oficio, callejear de noche; y es que Lázaro era enemigo de concubinatos porque después venían las preñeces, un ratito en lo oscuro soportaba a las mujeres, pero tenerlas a las costillas todo el santo día, le quitaba el gusto al romance. Y aún así, de ratito en ratito, había regado por el mundo tres hijos, a uno de ellos que lustraba debajo de la cúpula del Templo de la Música en el Parque Central llegó a conocerlo Chepito, de los otros sabía solo de oídas. Y apremiado, solicitaba consejo Lázaro a *Los Caballeros*, “¿qué hago, muchachos?”. Yolanda Voladora tosía la noche entera sentada en la cama y él hasta a sus compromisos empezaba a faltar por no dejarla sola. ¿Y si acaso aquél toser era tisis? “Llévala a examinar a la Sanidad”, le recomendaban *Los Caballeros*, pero él no se atrevía a ofenderla.

Y un día apareció a la banca maldita con el alegre cuento de que ya

estaba otra vez soltero, Yolanda Voladora se había ido para Sonsonate, el lugar de donde era, dejándole un papel con su dirección, por si acaso él iba por aquellos lados de El Salvador en alguna caravana artística, la buscara; y de esa aventura salió el fox lento de Raúl que comenzaba *Yolanda, Yolanda, la flor de todos, un viento te trajo, el vendaval te llevó*.

¿Y el sueño de Lázaro? Lázaro tuvo una vez un sueño y fue que se habían ido *Los Caballeros* a cantar a un país extranjero de Sudamérica, y ya bien noche una noche en El Ocotal, el pueblo de Lázaro en la frontera con Honduras, entraban en los radios sus voces con su canto en una clara sintonía; actuaban en un programa radiofónico de Cochabamba, o de Guayaquil, y en el pueblo lo que amanecía era la fama de esta transmisión; al abrirse las puertas en la neblina de la mañana se miraban deslumbradas unas a otras las gentes, como si hubiera ocurrido en la noche un milagro triunfal, y es que Lázaro ambicionó siempre que cuando alguien lo recordara fuera con su guitarra en brazos y no con las manos mudas, como en la costa tendido, con su vestido azul de gabardina de las presentaciones de gala y la cara lavada con agua tibia para despegarle la sangre, con su único par de zapatos sin cordones, velándose sin flores.

El Jilguero, distraído, mueve la cabeza, esa es la tuerce de ser artista en este país; y Chepito, con los ojos húmedos, reconoce que sí, es una gran tuerce, pero tal vez si vos aceptás, *Los Caballeros* se arman de nuevo. ¿Habrás pasado ya más de una hora? Vuelve a coger el Jilguero, inquieto, la guitarra; porque Carlos es hombre cumplido y le prometió que a las dos en punto. Y regresa Chepito a la ventana, cabal, las dos. Pues esa vida me hubiera gustado, Chepito, siento amor por la guitarra sin ser más que un triste principiante, pero reponer a Lázaro no es cosa de soplar y hacer botellas; y Chepito se le acerca con urgencia para reforzar su alegato, pero si vos tocás lindo, palabra, el mismo Pastorita siendo tan exigente me lo ha dicho, “no consiento que nadie le ponga mano a esa guitarra de Lázaro si no es el Jilguero”.

Y pitan en eso afuera y se lanza hacia la puerta el Jilguero pero lo detiene Chepito, que no se desespere porque es el camión del hielo, y se aleja a recibir la entrega de ese día; el Jilguero vuelve a sentarse desilusionado y desde su rincón ve el cubo transparente arrastrado con las tenazas negras sobre el aserrín húmedo de la plataforma, cortado allí mismo por el serrucho que hace saltar una lluvia de virutas blancas a medida que la hoja se acerca al corazón de la marqueta, duro y estriado; se van abriendo las mitades hasta

que cae una de ellas y el cargador de torso desnudo con el bramante al hombro la lleva por la pasarela hasta depositarla en el barril, arrastra el otro hombre con las tenazas la mitad sobrante y se seca el sudor, apartándose con el dorso de la mano la granizada de frías partículas que le ha quedado en el rostro; y de pronto ya se ha ido el camión y Chepito vuelve junto al Jilguero quien se recobra como de una distracción mortal y trastejea por última vez en la guitarra, si no entra al trío *Los Caballeros* es por una babosada delicada en la que anda metido; y se le acerca ahora más Chepito, casi lo roza y le deja ver en detalle las arrugas del rostro cuarentón que es como el de un muchacho de esos envejecidos prematuramente por tanto masturbarse, como decía Lázaro. ¿Qué babosadas son esas, Jilguero?

Y el Jilguero le pasa la guitarra, ¿conocés al capitán Santiago Taleno, Chepito? Y Chepito, la voz demasiado grave y cavernosa para la apariencia de su figura frágil, lo envuelve en su intimidad de cómplice, claro que lo conoce, lo ha visto porciones de veces retratado en el periódico, a espaldas de *el hombre* en los banquetes ¿no es el jefe de edecanes?, y se acuerda de otra cosa en ese mismo momento pero no muestra sorpresa, para no revelar que había sido capaz de olvidarlo: y a la vez que lo conocí personalmente, aquí mismo en *El Copacabana* acompañado de tu mismo hermano ¿yo te he contado ese episodio, Jilguero? Es un episodio extraño; era en noviembre del año pasado, para la campaña esa de Miss Nicaragua donde estuvo metida de candidata tu hermanita. Ya no había clientes porque era pasada la medianoche y estaba yo cerrando, cuando afuera, en la oscurana de la costa oí unos pujidos; me asomé a la pasarela y eran dos bultos de hombres que estaban agarrándose a las trompadas, un enorme rato estuvieron dándose parejo, caía uno, se levantaba el otro, sin hablarse nada, sin insultarse. Pasarían una media hora pegándose y al fin acabaron y se quedaron platicando en la costa, y al ver ellos que yo tenía todavía luces encendidas se vinieron para acá, a pedirme que les sirviera. Y eran ese capitán Taleno, lo reconocí por las fotos, y Carlos, todos revolcados y magullados, con sangre en la camisa; Taleno de gala blanca, tu hermano de smoking tropical. Yo no quería servirles, por la hora y porque aquello lo veía raro, dos que se zopapean y después beben. Pero militar es militar, este negocio es de un militar, y uno siempre tiene miedo, así que los atendí, y aquí se quedaron bebiendo hasta las seis de la mañana. Es hoy, pues, y todavía no me explico: para malmatarse en esa forma tenían que ser enemigos, pero, ¿tragarse después? Y el Jilguero, risueño, se incorpora y lo aparta suavemente de su

camino, pues así es como se hacen las grandes amistades, a vergazos.



Y dijo que se iba a ver qué jodidos había pasado con Carlos, caminó en dirección a la puerta y ya para salir se detuvo un momento en la pasarela; se quedó escuchando hacia algo en la distancia, y casi levantó la mano, asombrado, para pedir silencio en el silencio.

Tropieza con la raíz de un árbol oculta bajo las hojas en el suelo pantanoso, se escurre de costado y clava la culata del fusil en tierra buscando parar la caída pero el Turco lo alcanza por debajo de la axila, lo alza y lo pone de nuevo en marcha bajo la cortina de lluvia; van a tientas cogidos en fila india y atrás siente el tirón de la mano de Raúl, agarrado a su faja, cuando también está a punto de resbalar, el Turco a la delantera conduciéndolos en la cerrazón, y ellos dejándolos dóciles detenerse trecho a trecho para afirmar las botas en el lodo flojo antes de dar el siguiente paso, días llevándolos en busca de un río que deben cruzar. Y otra vez es el jinete de tricornio y levita del anuncio de los colorantes fijos de *Putnam* quien levanta desafiante el brazo y enseña el puño al tropel de perseguidores en descenso por la pendiente empinada de una colina.

Pero aquel atardecer del sábado de agosto, cuando su padre, al volver de Managua en el tren de las cinco y sin despojarse de la leva del dril a rayas que usaba para sus visitas de pesame y sus viajes a la capital, había penetrado por la puerta de la trastienda al recinto de su botica para barricarse bajo llave sin encender luces, el jinete de la calcomanía adherida al gabinete de preparar medicinas, aún estaba inmóvil. Sus piernas demasiado cortas dejaban colgar libres los estribos y no sabía revolear la rienda en el aire, azotarle las ancas al caballo que relinchaba ciego, atemorizado por la oscuridad; pero tampoco necesitaba correr porque el tropel de perseguidores no conseguía avanzar, estática la nube de polvo al desmoronar las patas de sus bestias los terrones de la pendiente.

Sin hacer caso de la esposa que al sonido de la campanilla del coche salió a recibirlo a la acera, el padre, el vestido de dril ajado, calvo y fornido, el brillo de la bujía ya prendida en el techo reflejándose en los huesos frontales de su cráneo, había avanzado errático por entre los muebles de la sala con el paso rotundo de un ebrio, para encerrarse en la botica; solo más tarde, ante los incesantes golpes de ella contra la puerta de la trastienda, se había escuchado su voz hostil que parecía siempre impregnada de polvos medicinales, pidiendo que lo dejaran en paz.

Y ahora que oye a sus espaldas el murmullo de las hojas sopladas por el vendaval entre las ramas, también crecen en él los ecos dilatados de los aplausos que frenéticos y lejanos resonaron en la soleada quietud del domingo, el día siguiente al encerramiento de su padre, una solitaria cascada arrastrada hasta el aposento de sábanas revueltas donde su madre, amanecida en vela, vigilaba a Liliana dormida en la cuna y le ordenaba en susurros a los hermanos asomarse por las hendidias de la puerta medianera, para que trataran de distinguir entre las sombras de los estantes si el padre hacía algún movimiento; pero Carlos se resistía a avanzar, y él, su rostro contra el seno de la madre que olía a leche derramada, solo escuchaba repetirse aquel aplauso acercado en oleadas vibrantes por el viento del domingo vacío, llegándole junto con voces de hombres que en algún lugar lanzaban vivas, gritos cortados entre carreras sordas, ahuyentados por disparos al aire para resurgir después cuadras más lejos, convertidos en alaridos desafiantes.

Pasado el mediodía cesaron los aplausos, y la calle se fue llenando de pasos nutridos y apurados, un tropel que se aproximaba entre reventar de cohetes y explosiones de bombas de mecate, una humareda que se propagaba espesa nublando la cuadra por encima de la altura de los techos; y encaramados a la puerta, agarrándose a los barrotes de la cancela, veían avanzar a la multitud, y como si la casa se hubiera quedado de pronto sin paredes, al llegar la manifestación frente a su mirador, los gritos invadieron libremente el aposento y Liliana en la cuna empezó a llorar.

Una convención de partidos opositores al régimen reunida en el local de un cine vigilado por tropas militares acarreadas desde Managua, había proclamado a su abuelo anciano candidato a la presidencia de la república esa mañana. Las delegaciones departamentales habían llegado desde días antes en trenes a Masaya, grupos de forasteros sudorosos que olían a vinagre y a perfume de peluquería; iban vestidos de levases almidonadas, usaban relojes de leontina y corbatas como servilletas, comían sentados en las aceras de los

alrededores del mercado los almuerzos repartidos en hojas de plátano por los comités cantonales, abanicándose con sus sombreros mientras se paseaban en torno al kiosco y por las alamedas del parque *Julio Cesar* donde también habían acampado en hamacas al aire libre una vez desbordadas las pensiones, discutiendo con alarde de manos sobre la forma de botar en unas elecciones limpias a la dictadura. Y ahora, entre los convencionales directivos, severos y decididos, avanzaba el anciano brazo a brazo por la media calle, ocupando su puesto en la primera fila de la procesión entusiasmada que alzaba sus banderas desteñidas con violencia por el sol. Venía ya candidato en triunfo a su casa, el consultorio médico donde vivía calle de por medio con su hijo natural.

La madre le había mandado razón con Carlos desde el día antes, pero no fue sino avanzada la noche del domingo cuando pudo el anciano cruzar la calle, despedidos ya los últimos partidarios que regresaban a sus barrios con las instrucciones para la propaganda electoral, o quienes, esperando por algo que ya no iba a suceder, se habían quedado rezagados, paseándose por los corredores del consultorio, y se resignaban finalmente a irse calle abajo, con sus banderas enrolladas en las astas.

Se acercó a la puerta de la trastienda seguido por la nuera y los dos nietos varones y tocó repetidas veces con los nudillos; tras largo rato sin obtener respuesta pidió una mecedora y se sentó frente a la puerta cerrada, balanceándose suavemente, y a manera de una plática cordial, como si hubiera tenido de frente al hijo, empezó a relatarle el desarrollo de la gran convención que lo había escogido por unanimidad para dar la gran batalla cívica en las urnas; no había quien lo parara, la oposición iba directa al triunfo.

Se oyó entonces el leve arrastrarse de un papel, y bajo la hendidura apareció escurrida una hoja que el anciano recogió, agachándose penosamente sin dejar su mecedora; colocó los anteojos, y recostado muy atrás para alcanzar la luz eléctrica del cielo raso, leyó meditabundo. Cuando terminó, quitándose los anteojos se volteó en ademán desesperanzado hacia la nuera. Luego miró cegato hacia lo alto de la puerta, como si la voz del hijo fuera a provenir de arriba, y le reclamó dulzón por qué no había tenido la confianza de consultarle a él desde sus primeros dolores, dejándose coger por una dolencia maligna; no habría necesitado ir hasta la capital por un diagnóstico tardío, solo era cosa de cruzar la calle. Y el imprevisto sonido en encierro de la voz cortante del hijo pareció tomarlo por sorpresa como si ya no la esperara, la

voz cáustica diciéndole que de nada le hubiera servido porque él no era más que un médico ensarrado por la política, que se fuera mejor a perder sus elecciones. Se calló, como al final de un acto de magia adivinatoria, y entonces el anciano, con el temblor perlático de su mano recorrida por un enjambre de venas azules resaltadas a flor de piel, puso la hoja sobre el tapete de croché de una mesita cercana a la mecedora y dejando atrás a la madre que no acertaba a comenzar a llorar, abandonó con andar vacilante pero altivo la casa. Y cuando Carlos lo ayuda a bajar las gradas de la acera él lo ve irse, su traje de lino blanco de siempre plegado en las asentaderas como el fuelle de un acordeón, y colgándole en juego libre sobre los hombros huesudos; el sombrero panamá recién salido de la hormadura cogido contra el pecho con ambas manos.

Más que su rostro de anciano guarda el de su foto de juventud reproducida asiduamente en los periódicos opositores llegados con retraso de días a Masaya, el fotograbado columnar orlado por los clavos con que había sido fijado al taco de madera, solitario en el apretado mar de letras de caja de las primeras páginas de aquellas sábanas de cuatro caras que dejaban los dedos manchados de tinta al contacto, sus rasgos de adolescente serio e instruido desdibujados por el desgaste de la placa, borrosos en el apagado contraste los ojos saltones y la boca entreabierta, las orejas caídas, el cabello partido por enmedio y prominente la manzana de Adán, las anchas solapas y el diminuto nudo de la corbata en el cuello almidonado de la camisa sin mácula, un cliché que venía siendo sacudido del polvo de los estantes desde comienzos del siglo, cuando al regresar de Francia titulado de médico-cirujano por el Hospital Charcot de la Salpêtière, los familiares de sus pacientes habían salido a la calle a levantar firmas para proponerlo a la presidencia de la república, movidos por el asombro ante sus operaciones que eran las primeras realizadas en el país, y que él ejecutaba con la misma confianza tanto en caballerizas mal alumbradas como en aposentos.

Frustrada por dictaduras y cuartelazos, intervenciones armadas de la marina norteamericana, fraudes y escamoteos, esa candidatura se había mantenido pendiente por décadas en espera de su día, cada resucitado suyo un partidario acérrimo junto con sus descendientes; nunca dejarían los moradores de acudir a las puertas y descubrirse al verlo atravesar por los barrios, ladeado por el peso de su valijín negro en camino de las visitas de enfermos que también lo llevaban ciudad afuera montado al pescante de su coche de caballos, y tampoco entonces dejarían las gentes de las comarcas de

salirle al paso, parar el tiro de bestias agarrándolas por los bocados, e invitarlo a bajarse para ofrecerle de beber, siempre adornado con sartas de flores su retrato en los estancos, en las galleras y las pulperías, alumbrado por veladoras en las hornacinas de las ermitas rurales, presente en los altares de novenario en los ranchos y en las fincas, ofrecido en los mercados por los vendedores de reliquias, ensalmos y conjuros.

En uno de los aposentos de la casona esquinera, desde entonces clausurado, había muerto recién llegada a Masaya su esposa francesa, acabada por las fiebres palúdicas; y a pesar de la pompa de sus funerales, pues su cadáver enflorado al descubierto había sido velado con música de cuerdas y recitaciones en los salones del club social, y el cortejo de su entierro hubo de llegar tarde en la noche al cementerio por causa de los discursos que se sucedían interminables en las esquinas del recorrido, ya nadie se acordaba de aquella muchacha extranjera, rechoncha y de escasa estatura, a la que también la municipalidad había acordado dedicar un parque junto a la laguna, nunca después construido. El anciano parecía así haber habitado el consultorio en tenaz soltería toda su vida, como un verdadero santo civil de cuyo cuido se encargaba una cofradía de mujeres voluntarias, que por turnos barrían la casa, aseaban su ropa y le preparaban la comida.

Dormía al fondo del corredor, el sombrero y el valijín a su lado sobre la cama, sin desvestirse, sucio y desordenado el aposento hasta el cual las cófrades, embargadas por el respeto, no entraban a barrer; hojas de viejas revistas sanitarias descuadernadas se paseaban indolentes por el piso, pilas de tratados quirúrgicos se acumulaban en los rincones húmedos; y contra las paredes, unas urnas maqueadas en negro y de talladuras solemnes, en cuyos tramos se alineaba una colección de frascos de tapas esmeriladas que guardaban tumores malignos, fetos siameses y vísceras sacadas en autopsias a cadáveres de hombres célebres, entre ellas un cerebro extraño y descomunal que era el de Rubén Darío.

Recuerda haber entrado furtivo muchas veces al aposento para contemplar el recipiente bañado de polvo tras cuyo cristal se entreveía, suspendida en un líquido ambarino, la masa gigante de sesos desinflados que el anciano solía sacar al patio para mostrarla a los forasteros llegados en peregrinación, a las formaciones escolares vestidos de uniforme, el dedo índice detenido largo rato en la circunvolución de Broca, donde había residido el numen de las musas.

La única de aquellas mujeres devotas, que venciendo la barrera del

respeto alzada enderredor del aposento se había atrevido en un tiempo a trasponer su umbral para barrerlo, resultó un día de tantos preñada; y aunque sus partidarios estuvieron listos a defenderlo de quien quisiera tramar en contra de su honra, sobretodo de sus enemigos políticos, él se presentó voluntariamente al registro civil a reconocer al hijo, le puso como él, Desiderio, y lo dio a criar a sus hermanas solteras.

Muchas veces a la hora del almuerzo escucharía a su padre, la calva brillante y sudorosa inclinada sobre el plato humeante mientras cuchareaba la sopa, remojar su rencor contra aquellas tías mezquinas que lo habían confinado a comer en la cocina y lo ocupaban para hacer los mandados como cualquier hijo de casa, y ya crecido se lo habían disputado a muerte al hermano para entregárselo como lego a los padres salesianos; pero perdieron la partida y él lo envió a León, su cofre y su tijera de lona liada con mecates manifestados en el tren, a seguir la carrera de medicina. Se pasó largos años fracasando en los estudios, y su figura robusta, la caspa desprendida sobre los hombros de su gabacha remendada de eterno practicante y sus pantalones brincacharco, se hizo tan familiar en la facultad como sus enconos y su misantropía; bilioso y apartado de cualquier trato se encerraba en su vieja pieza del barrio Laborío y solo salía para poner inyecciones a domicilio, para irse a cumplir sus guardias en el hospital, o a visitar en las rondas del rastro público a la lavandera que le alistaba la ropa y con la que vivía maritalmente.

Al cabo de los fracasos, recibió orden telegráfica de su padre de cambiarse a la facultad de Farmacia, convencido de que verlo de médico como él, iba a ser ya imposible; y cuando al fin volvió a Masaya graduado de boticario, ya estaba tomada en alquiler la casa frente al consultorio para que instalara su farmacia; para esos mismos días el padre lo propuso también como miembro del club social, y fue aceptado pese a varias chibolas negras que le echaron a la hora de la votación, a cuenta de haberse sacado de su hogar en Nandaime a una muchacha costurera, reina de las fiestas patronales de la localidad; mientras estaba la población en feria habían sido casados en un juzgado repleto de curiosos después de ser ambos llevados prisioneros ante el juez, bajo exhorto del padre de la reina.

Una de las quejas más comunes de su madre, de aquellas que dejaba oír como el azar al tiempo de entregarse a devanar los hilos de su costura, era precisamente esa, haber tenido que firmar presurosa el libro de actas matrimoniales, no en su casa sino en un juzgado, haber atravesado cabizbaja el parque a la hora de repicar las campanas de la procesión, para casarse en la

penumbra de una sacristía mientras reventaban las cargas cerradas, ya cancelado el baile de su coronación esa noche; no haber entrado de velo y corona por la puerta mayor de la iglesia parroquial, no conservar un álbum con sus fotos de novia.

Si aquel escándalo innecesario lo había provocado solo para irritar al anciano, también para joderle la paciencia se convirtió, de una manera pasiva y vergonzante, en partidario del régimen; firmaba cuanto pliego de adhesión a *el hombre* le presentaban, servía sin paga en las mesas electorales como vigilante del partido oficial, y viajaba a la capital para asistir a los banquetes en homenaje de *el hombre* sin que nadie reparara en su presencia, arrinconado al extremo de una mesa y confundido entre delegaciones departamentales de empleados de administraciones de renta y maestras de primaria, para quienes nunca alcanzaba la comida.

CAPÍTULO II



—¿Cómo que qué te vamos a hacer? —se guardó el Indio la pistola que el Jilguero le había alcanzado—; pues nada.

Al coronel le brillaba de sudor la papera y le temblaba ligeramente; ponía la cara hacia la puerta cerrada evitando al Indio, y tampoco quería reparar en el Turco a pesar de que casi se rozaban los codos, y así, siempre pendiente de la puerta, rechazaba en un incesante agitar de la cabeza el paquete de cigarrillos que el Indio le paseaba ahora frente a los ojos, ofreciéndole de fumar.

—Entonces, ¿un traguito, pues? Tal vez una cerveza —se embolsó sus cigarrillos el Indio, y el Jilguero siempre tras él, luchando por deshacerse el nudo de su corbata de colorines, aclaró que ya le habían ofrecido, pero en vano. Y al oírte, reaccionó el coronel como picado de culebra.

—Usted, usted me trajo aquí engañado. ¿Y por qué, gran atrevido, me desarmó?

Yo no acertaba a otra cosa que doblar repetidas veces la corbata antes de metérmela en el bolsillo de la camisa, medio ahuevado ante su furia, y le dejaba la palabra al Indio, que pensativo, seguía fumando. Al fin de cuentas, lo convenido era que él llevaría la voz cantante.

—No hombre, Catalino, déjame explicarte —avanzó su asiento hacia él el Indio— no hay por qué ponerse así.

—Irme de aquí inmediatamente es lo que quiero. ¿Y mi pistola? Devuélvame inmediatamente mi pistola —se atrevió a ordenarte con aplomo, Jilguero.

—Pero si ni siquiera me permitís hablar a mí, tanto tiempo sin vernos y me recibís con esos modos, Catalino —intentó el Indio ponerle la mano en el

brazo; pero el coronel, hosco se apartó de su contacto. Sudaba como si lo acabaran de bañar con todo y ropa.

—Bueno, ¿qué es la cosa? ¿Qué quieren conmigo? —preguntó de repente, cortante.

—Pues nada más hacerte una solicitud; —alzó el Indio los brazos en demanda de ser creído— y te pido mil perdones por la forma de traerte, pero yo les dije a los muchachos, ¿verdad, muchachos? “Yo conozco a Catalino cómo es de desconfiado, y si lo invitamos, no va a querer”.

—Pero es que me han engañado, este señor, usted me engañó, me trajo aquí con mentiras y encima me camisea.

El Indio había consumido su cigarrillo y antes de encender el siguiente, lo golpeaba contra el paquete. Y vos siempre mudo, Turco, como si no fuera con vos la cosa.

—No le echés la culpa a él —señaló el Indio con el cigarrillo apagado al Jilguero, calmadamente—, si querés un culpable, aquí estoy yo.

Y como si con aquello el Indio lo hubiera presentado, el Jilguero levantó sin más el sombrerito de la pluma, que conservaba aún en la cabeza; y cuando oyó tu nombre, pese a su furor, se vio que lo desencajaba la tristeza. El Indio aprovechó entonces para acometer su segundo intento de alcanzarle el brazo, y él ya no lo rechazó.

—El asunto es rápido, Catalino. Los muchachos me han dado comisión de ser yo quien te lo exponga. ¿Quién más indicado que un viejo bróder, para hablarle a otro bróder? —gesticulaba adornadamente el Indio como si no pudiera haber posibilidad de duda en su apelación de amistad—. Pero antes quiero que me prometas tomarte con nosotros algo. No podemos hablar así, a boca seca.

—¿Tomar? ¿Cómo tomar? —se encabritó en la silla, el temblor repuesto en su papera sudorosa—. ¡Si me tienen aquí preso y voy a estar tomando!

El Indio, a pesar de sus brincos, no lo soltó, como si se tratara de domarlo.

—¿Preso? Solo a vos se te puede ocurrir semejante barbaridad, Catalino por Dios. No has cambiado nada.

Los ojitos brillantes del Indio nos pasaron revista despaciosamente tras la cortina de humo que le envolvía la cara, Turco.

—Jilguero, abrí esa puerta —le ordenó—. Y acudiendo inmediatamente, como en obediencia militar, sacaste el pasador, y de un solo aventón la desencajaste.

—Ya está, ya tenés abierta la puerta. ¿Quién te tiene preso?

Era el momento en que pudo haber intentado empujar la mesa, tratar de lanzarse aunque fuera en cuatro patas al pasadizo, gritar. Nada hizo, nada dijo, serio. Ni siquiera volvió a reclamar su pistola. El Indio le acercó más el asiento entonces rodeándole con el brazo izquierdo el espaldar de la silla; se llevó luego una mano a la boca y zafándose la chapa postiza de la dentadura con extremo cuidado, la puso sobre la mesa encima del periódico.

El coronel fijó primero los ojos en la chapa ensalivada, como si tardara en reconocer qué era aquello, y después en la boca consumida del Indio.

—¿Ves? Ya ni dientes me quedan —apagó la voz, susurrándole, como se consuela a un niño en la oscuridad—, no tenés, pues, por qué tenerme miedo.

—¿Miedo de qué cuenta? —respingó, siempre enronquecido el coronel.

—Así me gusta —le dio el Indio una suave palmada en la rodilla y cogiendo la dentadura se la repuso en la boca, tan atolondradamente que parecía se la iba a tragar—. ¿Ahora sí, me vas a aceptar la cervecita, verdad?

El coronel solo se desabotonó el saco y los faldones amplios colgaron a sus lados; y vos Jilguero, saliste entonces volando a traer la tanda de cervezas. Sin quitarse el cigarrillo de los labios, el humo metido en los ojos, el Indio se preocupó en servirle al coronel, ponerle el vaso lleno al alcance del tacto, y levantó luego el suyo en un brindis tardío, porque asiéndolo con ambas manos el coronel se lo bebía ya, ligero, arrugando la cara a cada trago como si se hubiera tratado de un purgante.

—Te confieso que me tenés resentido —se limpió el Indio la boca con el dorso de la mano—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir que yo quisiera hacerte algún mal?

Y no le quitaba la vecindad, rodeándolo afectuoso con el brazo.

—Es que vine engañado —insistió ya más tranquilo y empujó el vaso—. Y me dio cólera que me manosearan.

—Pues para que no te quede cólera, aquí está tu pistola —se la empujó sobre la mesa, pero el coronel no la tocó, bien la vio cercana a él, pero no hizo por dónde agarrarla. Y vos, Jilguero, ya listo en la puerta para otra carrera al bar, que si otra cervecita.

—No —se apuró en responder el coronel.

—Una no es ninguna, ni siquiera hemos empezado a platicar el asunto —y sin darle tiempo de protestar, se despachó por la segunda tanda el Indio. Ya llenos otra vez los vasos, miró al suyo como para coger fuerza, o inspiración, el cigarrillo consumiéndose en su dedo inmóvil.

—Pues a lo que íbamos, Catalino, la cosa es sencillamente que queremos volver a Nicaragua.

Incrédulo, el coronel dejó caer la quijada, y arrugando el entrecejo nos miraba como si el resplandor de una luz que en el cuarto no existía, lo ofendiera.

—Volver, se entiende, con todas las de ley, nada de clandestinidades. A vos te consta que si he tenido el defecto de ser algo violento, eso no me quita lo sincero. Ya estamos hastiados de vivir persiguiendo como locos el centavo, es la verdad. ¿Sabés a qué me dedico yo? A fabricante de piñatas, no me vas a creer.

Se registró el bolsillo de la camisa cargado de lapiceros baratos y papeles doblados, y sacó una tarjetita de cartulina impresa en rojo y verde. Colocándose los anteojos la leyó con voz fúnebre.

TUMBO TUMBO TUMBO

*Para los cumpleaños de sus adorados
niños ponemos a la orden: sillitas,
tableros, cristalería, servicio
esmerado de refrescos e higiénicos
sorbetes, vistosísimas piñatas. Muy
pronto, proyección de películas
especiales con aparatos sonoros.*

Mientras escuchaba la lectura el coronel mantenía el filo del vaso pegado a los labios en claro ocultamiento de una sonrisa, imaginándose de seguro al Indio, de delantal, dedicado a cocer el almidón para vestir sus piñatas. Pero vos lo sacaste de su alegre reflexión, Turco, porque te pusiste imprevistamente de pie y a la manera de un subalterno te le cuadraste, chocando los talones.

—Permiso para hablar, coronel —solicité secamente.

Él, aunque ya me sabía allí no me había oído todavía la voz; farfullando, sin atreverse a mirarme, dio a entender que él no tenía por qué apermisarme y bien podía hablar, si quería.

—Si se me concede regresar estoy dispuesto a comparecer ante un consejo de guerra —fue todo mi discurso; pero permanecí, sin embargo, en posición de firme.

—¿Te fijás, pues, Catalino? En tus manos nos encomendamos en cuerpo y alma —y otra vez le llenó el Indio el vaso de cerveza.

—Pero eso no es conmigo —alegó, quitándose los anteojos y restregándolos contra la solapa del saco—, yo no soy autoridad de migración —y mientras se entretuvo en limpiar los lentes, permaneció con los ojos legañosos cerrados.

—Nada, el que manda, manda —pareció querer barrer el Indio con su gesto las botellas y los vasos en la mesa de lata—. ¿Cómo vas a negarme a mí, que vos seguís siendo poderoso allá?

Como si el coronel lo hubiera mantenido en espera, el Turco le pidió entonces permiso de sentarse. Confundido otra vez, no se resolvía a contestarle nada al principio, pero se lo concedió al fin.

—Yo sé que a los *hijos del hombre* les llegan allá arriba con los cuentos de que yo ando aquí en planes de meterles una invasión, que yo les mandé a matar al padre. Inventos —negó en forma desconsolada el Indio—, ya me podés ver la traza pobre y jodida. ¿Cuestan acaso medio centavo las revoluciones? Y mi inocencia en la muerte de *el hombre*, ni jurártela vale la pena, aquí están mis manos limpias —y le enseñó las manos por el dorso y por las palmas.

El coronel se quedó agachado, reflexionando indeciso y el Indio, como para cerrar su trato de intimidación con él, sacó un cigarrillo y prendiéndolo en la brasa del suyo se lo puso en los labios. Él lo recibió con un temblor de sorpresa en la boca pero el Indio no se lo soltó hasta que había dado una chupada.

—Bueno, Larios... —empezó a dirigirse muy sumiso al Indio. Pero el Indio lo interrumpió dando un golpe en la mesa, tan fuerte que hizo saltar las botellas.

—¿Cómo es eso de Larios? Yo para vos soy siempre el Indio, me doy por ofendido si ahorita mismo no me llamás Indio —a la cara del coronel subió una sonrisa amuinada.

—Bueno pues, Indio —concedió, el Indio cabeceó satisfecho, como lavado de una afrenta—, yo les prometo hacer la fuerza, a ver si me oyen.

—¡Gracias, Catalino! Yo sabía que vos a mí no me fallabas, ¿qué les dije, muchachos? —se puso de pie, eufórico, el Indio.

—Conste, yo no puedo garantizarles nada —advirtió halagado el coronel.

—Nada tenés que garantizarnos, tu intercesión es suficiente —y ordenó el Indio al Jilguero ir por una tercera tanda, para hacer un brindis final por el éxito de la gestión del coronel.

—¿Por qué no pasamos mejor al salón y brindamos allá? Ya está despejado de clientela y vamos a sentirnos más cómodos —propuso el Jilguero.

—Bueno, pero que sea la última y nos vamos —dijiste vos, Turco—, yo tengo mucho que hacer.

—Todos tenemos que hacer, pero es cierto, saquemos de esta pocilga a Catalino, si lo metimos aquí por culpa del abarrotamiento de afuera.

El Jilguero se acercó solícitamente tras el coronel y lo ayudó a incorporarse, afirmando bien los pies al recibirlo porque de nuevo le echaba el peso del cuerpo encima.

—Tu pistola, no se te vaya a olvidar —cogió el Indio el arma de la mesa, y él mismo se la metió en el bolsillo del saco al coronel.

La clientela del mediodía se había despedido ya del bar y solo unos cuantos bebedores rezagados, alejados entre sí, quedaban; las luces de colores de la roconola instalada en la entrada brillaban en la media oscuridad, deshaciéndose en espirales, y el cantinero, que tras el mostrador del bar secaba mecánicamente la tendalada de vasos con un giro veloz de la mano, saludó sonriente al Indio desde lejos, en ademán de desenvainar la espada de palo del rey de cartón.

Al sentarnos de nuevo nos quedamos todos en el borde de los asientos, como a punto de despedirnos; vos preguntaste preocupado por la hora, Turco, y yo no soltaba mi cartapacio. Y cuando el Indio se paró para hacer su brindis, ya no se volvió a sentar. Bebimos los últimos tragos y nos callamos mientras esperábamos la cuenta, como si ya no hubiera habido más que decir, ni preguntar. El Indio daba algunos pasos tras el coronel, y presionándose la rabadilla, se desentumía.

—No me va a quedar paz si no te confieso que la idea de las bailarinas fue mía, Catalino, ¿pero verdad que este Jilguero cumplió a la maravilla su papel? —y sonriente le agarró el Indio el espaldar de la silla— como anda metido siempre en esos ambientes de cabaret.

—Me engañó pero de viaje —aceptó el coronel.

—Es que el Jilguero conoce a todas las que pueden llamarse reales hembras nocturnas aquí en Guatemala —siguió riéndose el Indio. Vos, Jilguero, te habías ido a pagar el bar.

—Yo conozco mejores que esas —bostezó el Turco—, señoras de hogar, niñas de colegios de monjas que se reúnen en lugarcitos muy discretos, muy íntimos. Sitios que uno ni se imagina, coronel.

—¿Siempre te gusta alegrarte el ojo, Catalino? —lo tomó imprevistamente por los hombros el Indio.

—¿Ah? —alcanzó él a balbucear, haciéndose el que no había oído bien.



Entrando a Siuna en la costa un mes de marzo ya de tarde, frente a una casa de cabildo incendiada por los aviones yanquis, encuentran a un anciano que agoniza tendido sobre la batiente de una puerta carcomida por el fuego; su cabeza descansa a la altura de la ventanilla enrejada y junto a una de sus manos descarnadas, una mano como de santo poblano, está el hueco redondo de la manija. Lo rodean gentes forasteras repartidas sobre las piedras negras y ya cubiertas de lama de la casa en ruinas, y entre ellas hay un muchacho quinceañero sentado en un montón de ripio, el fuelle de su acordeón desplegado y los dedos puestos en las teclas, como en actitud de comenzar a tocar; y una mujer morena y entrada en carnes, cubierta con un sombrero aludo teñido en distintos colores que se extienden en círculo desde el arranque de la copa, de rodillas en el polvo aplacado de esa hora sin viento, exprime un pañuelo mojado en la boca desdentada del viejo, que se abre como un navajazo oscuro para recibir las gotas sucias.

Y ya siguen ellos de lejos en busca de posada, si no es que arrecostado a una pared ardida del cabildo ven un bulto extraño envuelto en una sábana curtida, quieto el fantasma octogonal como un barrilete gigante que transpira humedad y olor a esmalte bajo el embozo, olor a manos sucias, a apuestas con billetes terrosos y centavos negros, a humo de candiles, a fritanga de feria, a cohetes de procesiones; y el viejo, sin abrir los ojos, levanta la mano izquierda para señalar su estrella enfundada y gorgotea algo que solo la mujer inclinada sobre su pecho entiende y repite después en voz alta, cabeceando al escuchar y transmitir cada palabra: que esa presencia arrimada al muro es su *toro-rabón* de juegos, su ruleta de pobre que ha andado toda la vida en el lomo, de jolgorio en jolgorio; durmió debajo de su mesa y le tuvieron allí

mismo una vez un hijo, vio con él aguaceros, sequías y calamidades de guerras, descarrilamientos y crecidas de ríos, trances a cuchillo en garitos y en galleras, rodando fortuna, dando fortuna, quitando fortuna en todas las fiestas patronales de Nicaragua, a ver si alguien por vida suya se la compraba y pueda esta su mujer volverse a su pueblo de Malacatoya, de donde se la sacó manceba al terminar unas fiestas, para que ya no anduviera errante en esa vida de azares.

La mujer se queda un rato oyendo sobre su pecho, pero el anciano se calla ya y entonces ella, diligente, le acomoda un lío de trapos debajo de la nuca y le soba luego parsimoniosa la armazón de las costillas, girando la cabeza a los forasteros; pobrecito, se acuerda de mí en su hora, exclama tristemente su voz chillona de pregón de frutas, la misma con la que ha repetido el mensaje.

Taleno el padre deposita entonces en el suelo sus bártulos, se limpia las manos restregándoselas en las sentaderas del pantalón y se acucilla junto a la pareja, inclinando la cabeza para alcanzar el oído de la mujer debajo del alón del sombrero y le habla en susurro para no dejarse oír de los demás, tal vez por vergüenza del negocio con un moribundo, ¿en cuánto deja el *toro-rabón*? Y la mujer, con su mismo chillido nasal, que dice él que lo cojan por una miseria, por treinta córdobas se cierra el trato. Taleno el padre mira reflexivo al viejo agonizante y casi a gatas se acerca otra vez al oído de la mujer bajo el sombrero, estirando la boca al modelar las palabras como si quisiera enamorarla, que está algo cara, porque nuevas esas ruletas, en Masaya donde las fabrican, cuestan apenas cuarenta. Y se pega otra vez la mujer al pecho del viejo al oírlo sisear: que es una pieza como no se imagina usted de fina, labrada de una sola troza de guayacán como las imágenes que ya no se hacen de los santos cristos crucificados. Y Taleno el padre, cauteloso en el trato, ahuyenta con un movimiento amoroso de la mano las moscas posadas en la frente del anciano, solo da veinte.

Dásela en veinte, niña, y te vas para tu pueblo, transmite ya lo último el anciano a la mujer. Y Taleno el padre paga sin hablar, cuenta sobre el suelo las monedas alumbrado por el foco tubular que Trinidad arrima porque casi no se mira ya, monedas de diez centavos, de veinticinco centavos, lucias y de cantos desgastados, que la mujer envuelve en el pañuelo mojado y se guarda entre los senos. Ayudado por Trinidad levanta Taleno el padre la estrella ya conquistada y entre los dos la acarrean hasta el mesón, mientras lo dejan a él cuidando los bártulos; y ya para el segundo viaje, cuando llevan los tres las

cajas y las valijas de mercancías, los alcanza en la calle la mujer, jadeante: que no les había entregado la torre del *toro-rabón* y las bolitas, la torrecita de hojalata con sus patas de alambre para fijarse al centro de la ruleta y las bolas gruesas, acuosas, guardadas en una cajita redonda de talco *Para Mí*, amarillo estriado, azul claro desvanecido en girones blancos en las profundidades de la transparencia, rojo de sangre, diluyéndose en agua; les sonríe como esperando alguna palabra la mujer, el sombrero amarrado debajo de la barbilla con un cordón de zapatos que parece cortar la grasa de su papera sudorosa, qué se va a andar yendo para Malacatoya, si allá no tiene ya a nadie, y además, que esos reales apenas van a ajustar para mercarle su caja de talalate cuando dé el alma.

Y ya en el mesón se sientan en el escaño frente a la mesa de comer, de cara al fogón donde cocinan con los rostros enrojecidos por las llamas las tres hermanas propietarias, y ninguno de ellos le quita el ojo a la joya envuelta que descansa contra una pared y que aún no han desnudado para verla; y mientras esperan que les sirvan la cena, Taleno el padre se para y va al cocinero a pedir un poco de contil que disuelve en agua sobre un pedazo de teja recogido en el patio; de entre los bártulos saca su cepillo de dientes, las cerdas amarillas doblegadas por el uso, y lo tiñe con el negrumo para escribir sobre la manta

Perteneciente a José Asunción (Chon) Taleno
Comprado en Siuna, abril de 1934

Y mientras come apurado, los carrillos llenos de plátano cocido que se lleva a la boca en trozos humeantes, les explica que la marca es para que no se roben la estrella porque van a andar por muchas aglomeraciones de hombres en las fiestas de los santos patronales con ella. Y Trinidad, que sorbe su pocillo de café, mira el envoltorio, pueden llevarse el trasto y dejarnos la sábana, tata; y Taleno el padre, tragando, lo vuelve a ver entonces con rabia, solo con mierdadas salís vos, le dice.

Y a la noche, acostados sobre la rugosidad de las tablas sin cepillar de la mesa de comer, impregnada de berrinche porque de seguro duermen allí otras veces otros niños forasteros, cada vez que se despiertan giran ansiosos las caras hacia la penumbra para ver si aún está allí, envuelta en el sudario, la ruleta, mientras Taleno el padre arrecostado en el tabique se deja vencer por el sueño en su vigilancia pero la protege con el cuerpo.

En las bancas de los parques, en los atrios de las parroquias, en los portales de las casas municipales duermen desde entonces; debajo del *tororabón* se refugian cuando llueve, marchan de noche junto con las promesas en las romerías, atraviesan los vados de los ríos con las tropas de caminantes y montados, caravanas de carretas, alegría de voces y risas que celebran caídas en el agua, saludos y encuentros sorprendidos en la oscuridad, encaramados en plataformas de camiones de carga, en la góndola de los trenes, siempre con la estrella a cuestas para llegar sin falta a los pueblos las vísperas de fiesta; revientan en la plaza las alboradas, se queman los castillos de luces y las guirnaldas giratorias en los cielos, desgranar el chispero de sus carrizos las gigantes de pólvora y Taleno el padre, firme y vigilante, se yergue enjuto en su taburete frente a la ruleta, las alas vencidas del sombrero de fieltro terracota oscurecidas a parches por viejos sudores, el rostro veteado de color de hoja de tabaco, la camisa parda de mezcalina abotonada al cuello, inquieta la mirada y vivaces los ojos pequeños, masca su puro con distracción sonriente y se disuelve sereno en una bocanada de humo, la voz ronca al marcar las apuestas, atento a la boleta que cae desde la torre para saltar por los huecos negros, alcanzar los números rojos y pasarlos brincando hasta detenerse, fija, en su orificio; y el movimiento justo de su mano de tigre al recogerla, proclamando con un golpe de puño al ganador, o al tomar lo que se le debe por coimería.

Los días no se le presentan sino cuando amanece o cuando va a atardecer mientras andan con Taleno el padre por esos pueblos del Pacífico, de fiesta en fiesta; sale de madrugada del escondrijo donde le ha tocado dormir, despierta a la dianas y al olor de la pólvora quemada de las cargas cerradas tempraneras, progresa desde los cerros la neblina o sube de las quebradas para rodear la carpa de caballitos, los palanquines de fierro mojados e inmóviles, la rueda chicao, la casa portátil de la ruleta mayor, los chinamos de palma, la armazón de varas de la barrera de toros, encienden las fiestas sus fogones, van lerdos los muleteros a hacer sus necesidades detrás de la iglesia. O atardece, y en los tramos de juegos de suerte improvisados en las veredas de un parque, en una calle real, se prenden las farolas de alumbre que arden pálidas entre las ramas, y comienza a juntarse la tropa errante de coimes, ilusionistas, sacasuertes y tahúres, un cura andarín entre ellos que bautiza en los atrios durante el día y le deja a Taleno el padre guardada su sotana en las noches, dedicándose a atraer paseantes a los solares donde esperan, acostadas en petates las mujeres que andan en su compañía.

Es entonces, al oscurecer, cuando a Trinidad le vienen sus ganas angustiadas de hacerse rico, porque con la estrella ya se mira que no va a salir Taleno el padre de pobre; deambula por entre las mesas de juego hasta que llueve, o se apaga al final la música embullada de los discos rayados, metiéndose a las ruedas apretujadas de jugadores de caras tristes, vencidos de antemano, antes de abrir la garra y dejar que los billetes sudados se desarruguen solos sobre la carpeta húmeda, vigilando Trinidad junto con ellos los giros de la ruleta multicolor, viéndola desvanecer sus números de calendario, oyendo a la uña incrustada en el soporte torneado, tensa, rozar en lo alto los clavos veloces de cuerda quinta de guitarra, y quisiera decidir cuándo va a caer casa grande y cuándo casa chica para despertar una madrugada a Taleno el padre, sacarlo de su cueva debajo del *toro-rabón* y enseñarle las bolsas llenas de billetes, haber quebrado la ruleta, ganarle a los hombres adultos apuestas sucesivas en la mesa de dados manejando el cuchumbo con movimientos maestros del pulso, aunque sentenciado por Taleno el padre de que iba a rajarle el lomo a palos el día que se acercara a aquella mesa redonda prohibida que siempre permanece oculta en el encierro de una casa ruinosa alejada de la plaza, porque en los dados de hueso hay siempre el recuerdo de una cuchillada traperera, de algún suicidio por ruina o de alguna amistad para siempre perdida.

Y está Taleno el padre instalado con su estrella frente al atrio de la iglesia parroquial de Comalapa, tal vez San Pedro de Lóvago, en espera de poder aprovecharse de la salida de la procesión, cuando llegan a buscarlo para preguntarle si no es hijo suyo un forasterito como de doce años al que ha desgraciado un toro por querer sortearlo; que un catrín alzaba en el palco de la barrera un billete de cinco córdobas, pidiendo un valiente para torear al animal ya doblegado en el bramadero, y el niño, subiéndose a como pudo por el varamen alcanzó la tarima y se presentó ante el hombre quien lo recibió con risas, haciendo burla delante de los otros espectadores de que aquel fuera tan chiquito y tan osado; pero que al fin aceptó, le pasaron al niño la manta colorada y se metió a la barrera arrastrándola, de tan grande que era; y lo primero que hizo el animal al verse libre de la sogá en medio del bullicio de la música y el estallido de los morteros, fue venirse saltando en dirección al niño sin hacer caso del jinete y ensartarlo, desgarrarle la barriga y sacarle los intestinos que se desbordaron sobre el suelo de su caída; que habían andado preguntando en todos los tramos de la plaza y nadie daba razón de si tenía o no parentela.

Y Taleno el padre escupe sobre el suelo adornado con un manto de trigo reventado, lo deja a él cuidando la estrella mientras vuelve y se va a la barrera tras el informante pero en el camino divisa acercarse en medio de una nube de polvo la lenta procesión en la que traen al corneado en andas, acostado en una cama de baldaquín sacada en préstamo de un aposento, una cama que con las cortinas de su pabellón al aire y sus pilares negros como mástiles parece un barco; y al toparse con ella los cargadores la hacen descender de sus hombros para que pueda comprobar si el niño es su hijo, mientras la gente que pasea por la plaza se empuja y se atropella para presenciar el encuentro y la banda de música toca desde la barrera *echame ese toro pinto hijo de la vaca mora para sacarle la suerte delante de esta señora*, bailando al compás los caballos sofrenados por sus jinetes.

Con la cara sollamada y cubierta de la tierra en que ha caído, alza Trinidad con dificultad la cabeza para mirar a Taleno el padre, juega amuinado a enrollar en el dedo el cordón de un crucifijo colocado entre sus manos por la misma dueña de la cama, y se sonríe apenas; y mientras van alzándolo de nuevo, lo regaña furioso Taleno el padre, lo reprende porque anda allí por donde quiera como animal sin dueño mientras él se jode en la coimería buscándole el bocado, y todavía lo está regañando cuando le pide al viejo soldado la pana que contiene la gran flor de tripas azulosas y rosadas para cargarla él el resto de la procesión, y la va llevando al lado, cuidadoso de no tropezar como quien carga una reliquia; hasta que uno de los cargadores le pregunta a dónde va con destino esa cama, y ve Taleno el padre que los intestinos se han quedado quietos en el agua y responde que a ninguna parte.



Eran aviones, exclama Chepito, y sus brazos abiertos simulan alas, aviones de combate que primero zumbaron lejos y después de atravesar Managua se alejaron hacia el sur; y el Jilguero le dijo adiós otra vez desde la pasarela, adiós con la mano en alto y tan apurado iba ya que al alcanzar la

carrilera se escapó de caer. Y no lo vio más.

Pastorita extiende un pañuelo en la silla antes de sentarse porque está recién mudado, pues unos aviones regaron papeletas, otros regaron balas; sucede que él había ido a Diriamba ese domingo para amenizar un bautizo y el lunes temprano esperaba frente al Reloj una camioneta para volverse a Managua, cuando aparecieron los aviones soltando aquellas hojas que se desgranaban cernidas sobre los techos y caían en las calles donde bandadas de muchachos, hombres grandes incluso, las perseguían en gran algarabía. Yo las veía revolotear sobre mi cabeza sin sospechar nada grave, ocurrencias de la Mejoral, pensaba, pero no dejó de entrarme cierta curiosidad y sin soltar la valija del acordeón me lancé al molote logrando una, húmeda de garúa.

VIVOS O MUERTOS SE BUSCAN

y fotos y fotos pequeñas arrimadas unas a otras, toda la papeleta cubierta de fotos de personas militares y civiles. Y vengo yo, asustado ya por el suceso, y me fijo en una esquina de abajo, ideay ¿pues no es éste el Jilguero? Era él, la misma foto aquella de su bachillerato que siempre andaba en su cartera.

Sin apartarle los ojos baraja Raúl, nervioso, el naípe ¿Y estaba retratado también su hermano Carlos, verdad? Y contesta que sí Pastorita, pero por no serle familiar su cara no lo reconoció de entrada; al que sí identifiqué de ya, es a ese tal Indio Larios que vos tanto mentás como valiente, Raúl, su mismo retrato antiguo de cuando era oficial de la guardia que publican cada vez que hay una insurrección.

Y rebaja la voz Raúl, los atrae con un subrepticio aleteo de las manos para congregarse estrechamente sus cabezas, entró clandestino desde Guatemala el Indio Larios y anduvo campante por Managua bajo distintos disfraces preparando el complot, unas veces en harapos de pordiosero, otras de dama elegante: en ropajes satinados de cola larga, constelado de joyas, departió en una fiesta oficial con el propio *hombre*, tapándose la cara con un abanico; y ¿han de creer ustedes? ni por sombras fue reconocido, el Indio Larios tan buscado, que fue uña y carne con tu coronel, Chepito; los dos caporales en volarse a Sandino obedeciéndole a *el hombre*, solo que al Indio Larios le agarró después un fuerte arrepentimiento por haber derramado una sangre masona igual a la de él, y para lavársela, se volteó. ¿Vos sabés,

Pastorita? Tiene pactos con espíritus selectos, le quisieron poner ley fuga pero en la carrera se les escapó para siempre ¡a uno como él no lo tocan las balas! Y así querían agarrarlo preso ahora, a puras papeletas.

Dudoso, Pastorita retira la cabeza del conciliábulo. ¿Crees vos eso de que entra invisible a las prisiones para conjurarse con los presos políticos? Y otros cuentos, de que ronda por el Campo de Marte en espíritu, o ese, de que pudo acercársele a *el hombre* a pesar de tanto guardaespalda. No, sería demasiada osadía. Y si no lo pueden tocar las balas, ¿qué miedo va a tener?, afirma Raúl ya en voz alta, pero Chepito les hace poco caso y urge a Pastorita a continuar, oír sobre el Jilguero es lo que le interesa.

Pues nada más, vacila Pastorita en recobrar el hilo perdido, nada más que me vine todo el camino pensando solo en él, pobrecito el muchacho, ya lo jodieron, tal vez sea culpa de su hermano haberlo comprometido en eso; y le daba vueltas a la papeleta en mis manos, y los pasajeros contaban que los revolucionarios andaban huyendo desde el día anterior por los cafetales, perseguidos en las fincas de Carazo, por rumbo de San Marcos, por la Concha, por un lugar llamado Las Pilas. ¿Las Pilas?, lo interrumpe Raúl y otra vez los convoca, allí fue donde cogieron preso al hermano del Jilguero antes de matarlo, ese es un hecho que después voy a contarles. Sí, después contás, lo corta molesto Chepito, ajá pues, Pastorita.

Al llegar la camioneta a Las Esquinas un guarderío espantoso, puros cascos de acero deteniendo a los vehículos a punta de ametralladoras; nos bajaron y nos registraron a todos mientras yo veía que no me maltrataran el acordeón, no se apartaba de mi pensamiento el Jilguero, ¿andaré enmontañado por aquí el pobre? Y hasta me parecía sentir una sombra de él en los cafetales.

Pero no andaba allí, niega sabidamente Raúl, solo su hermano estaba pero ya enterrado en un plantío; y Pastorita asiente y sigue, cuándo se iba a imaginar que al llegar él a su pieza en Campo Bruce, ya estuviera la G.N. esperándolo en la calle, la manzana ocupada como para un combate, y al que iban a agarrar era a un pobre músico; “va a pasar con nosotros”, me ordenaron y me metieron en un jeep, con todo y el acordeón. ¿Y a quién veo entonces? A Chepito en calzoncillos, esposado, y no nos dimos ni los buenos días, tanto era el culillo que llevábamos.

¿Te lo devolvieron al fin el acordeón?, le pregunta Raúl preocupado, y Pastorita niega, me dijeron que llegara el lunes por él, pero si se pierde o lo joden por estarlo travesando, ya me llevó la mierda, no es mío. ¿Y con qué

lo pago? Pues aquí Chepito puede hacerte la gestión con su coronel, se voltea con sorna Raúl. Y Chepito, incrédulo y dolido mueve la cabeza, el coronel en persona me vino a capturar; y se sienta con dificultad por el dolor en sus costillas.

Estaba bien dormido y cuando sintió que le encendían la luz pensó que alguien lo llegaba a matar, como a Lázaro, un asesino con su cuchillo; pero eran soldados con rifles, *orejás* empistolados los que me rodeaban, tantos que no alcanzaban en el aposento pequeñito que a duras penas da para mi cama, siempre con el miedo de voltearme en la noche y caerme al agua si se quiebra una tabla podrida, un aposento que no es ni aposento, el coronel mandó a limpiar las cajillas y los trastos para que yo durmiera.

Se protegió del resplandor y de su desnudez llevándose el brazo a los ojos, esquivándoles la cara a los guardias; y ya menos encandilado descubrió al coronel que bloqueaba con su gordura la puerta, en uniforme de fatiga y los brazos cruzados sobre el pecho, su anillo de piedra roja brillando como el ojo de una fiera entre los vellos de los dedos; daba órdenes mudas, haciéndose el inocente, y los *orejás* le registraban el cuartito, trastejeándole los cajones de pino, volteándole sobre el piso su ropa, revolviéndole sus pocos haberes, una flores gigantes de papel, sus zapatillas de baile, el traje de rumbero con las mangas tupidas de vuelos y la pechera de lentejuelas, el sombrero cordobés para bailar la jota. “¿Qué son todos esos disfraces?”, le preguntó burlesco un tal tenientillo Quesada que dirigía el registro, cogiendo el sombrero gitano con la punta de los dedos como si tuviera asco de llenarse de cuita; y Chepito, paciente, se acordaba de las palabras del Jilguero, “en este país no respetan lo que es el arte, Chepito”; y le explicó que esas eran cosas de su vestuario, las ocupaba para bailar en los shows nocturnos; y el tal tenientillo Quesada le consultó al coronel con la mirada, y el coronel desde la puerta asintió, era bailarín, como algo que no tuviera remedio.

Los agentes terminaron el registro y le alcanzaron al tenientillo unas fotos encontradas en el fondo de uno de los cajones; y Chepito se sonríe, esos retratos no tenían que ver con nada, uno era de mi mamá que vive en Catarina, cuidadora de la finca “El Corozo” del coronel, el otro era Tuzo Portugués, el campeón de boxeo. Y no me pateen las flores que esas las trenzó mi mamá con sus manos, pero el tenientillo ni caso me hacía. “¿Y un tal Lázaro?” fue lo que me preguntó, revisando su lista a máquina.

Con un lento movimiento de la mano saca Raúl una carta de la baraja, la mía es carta mayo, yo reparto; andaba buscando hasta a los muertos, hace

ver, y eso es precisamente lo que Chepito le había respondido al tenientillo Quesada, Lázaro es un difunto, señor, aquí en este mismo *night-club* lo mataron; pero no me creía, el muy desgraciado, se arrecuesta con dificultad, quejándose de la punzada. El coronel reconoció entonces que era cierto, allí en *El Copacabana* habían matado a un guitarrista para unas fiestas de agosto; “Lázaro Cordero, dicen que muerto” anotó en una lista el tenientillo “ahora un tal Raúl Guevara. ¿Sabés vos dónde vive? ¿O también está muerto?”. Y Raúl dobla apenas las puntas de las cartas para ver su juego y las deja sobre la mesa; jugá vos, a vos te toca, lo urge Pastorita.

Chepito, fracasando en un ademán dramático de desesperación, abrió los brazos menudos recorridos por gruesas venas y yo qué voy a saber, a lo mejor no vive en ningún lado, donde le coja la noche; y seguía el tenientillo atento a su lista, chequeándola con su lapicero. “¿Y ese José Asunción Pastora?”. Pues ese era el otro de *Los Caballeros*, conocía la dirección de su casa pero no podía dársela porque era muy enredada; “no te aflijás, te vas a venir con nosotros para que nos enseñés, y también dónde es que amanece ese otro músico Guevara”.

A mí me capturaron en mi trabajo del plantel de Batahola, arrastra Raúl porque ha ganado, ni una semana tenía de haberlo conseguido y hoy que regreso ya libre me sale el capataz con que subversivos no admite él en la pedrera. Y no me paga ni siquiera los días trabajados, esa es la justicia, baraja las cartas y vuelve a repartirlas.

El coronel le hizo de señas al tenientillo para que se apartara y le diera lugar frente a la cama. “Vos sabés el cariño que te tengo, Chepito” empezó su sermoneada, “yo lo traje de Catarina para acá, porque soñaba con la vida alegre de Managua, y allá lo único que hacía eran flores de papel con su mamá, ¿verdad?”. Y lo miraba a él y miraba también al tenientillo y a los demás guardias y *orejás*, como si estuviera presentándoles a un amigo; “y lo puse a administrarme *El Copacabana*, baila en el *show* por voluntad suya y como barman es de primera, honrado también en sus cuentas”, ajustándome alabanzas ante los guardias que mejor querían joderme de una vez, sin tanta remetalica. Desnudo y apendejado, no tuve más remedio que darle las gracias al coronel por sus palabras, y él entonces, que le dijera, pues, dónde estaba escondido ese tal Jilguero, “tené cuidado de decirme la verdad y no estarlo apañando que esto es delicado, es principal en un complot para agarrar la loma”.

Y Chepito se afirmó en el filo de la cama, se compuso el cabello con un

toque de la mano frente a un espejito invisible, y empezó a mover la quijada como si mascara chicle, tiempales de no mirar al Jilguero. Y al decir tiempales estiró la voz, queriendo indicar una inmensa lejanía. Entonces se apartó bravo el coronel para que así desnudo como estaba me llevaran, diciéndome todavía a la pasada que estaba bueno que me jodieran, por baboso. *A culata moderata*, se ríe Raúl y vuelve a arrastrar.

Este Raúl nos va a acabar, ya le agarró la ganadera, finge quejarse Pastorita; mejor juguemos tablero y así tal vez veo aunque sea una. Chepito hace intento de pararse para ir en busca del tablero, pero no lo deja Raúl y va él mismo a sacarlo de debajo del mostrador donde también está guardada la guitarra de Lázaro.

Por el Jilguero él hubiera sido capaz de dejarse matar, como de verdad casi lo matan, se soba el pecho Chepito; lo obligaron a beber cantimploras y cantimploras de agua salada, le dieron toques horribles con una aguja eléctrica. ¿Has sentido alguna vez ese dolor en los huevos, que te los quemen con un chuzo, Pastorita? A nadie se lo deseo. Y de ajuste le molieron a culatazos las costillas, pero él no iba a vender la visita que le había hecho el domingo el Jilguero, esperando a su hermano, para irse los dos a lo que iban. ¡Y tampoco revelarles que Carlos, el hermano, había estado bebiendo aquí una noche con el capitán Taleno, el otro del complot, después de casquinearse duro! Esa plática ya no pudo acabar de contársela al Jilguero, bien contada. “Le puede costar caro que lo vean bebiendo con opositores, capitán”, le había dicho en una de tantas Carlos; y Taleno, sin contestar nada, más bien se echó el trago que le tocaba; “no creás, desde hace tiempo vengo pensando en eso que tanto me dolió cuando me lo enrostraste”, le dijo despuesito, “pero es verdad, es oficio jodido ese de sacar bacinillas, aunque sean de oro”. ¿Pero qué era la cosa? ¿Por qué el pleito? quiere saber Pastorita; y es que por lo visto, Taleno había querido sacar a bailar a la hermana del Jilguero en la fiesta de candidatura del Club Internacional, y Carlos lo rechazó con estas palabras: “mi hermana no baila con guardias, menos con guardias sacabacinillas”.

Y esa madrugada, aquí íngrimos los dos, Carlos oyó la reflexión de Taleno que fue algo larga, más o menos aceptando que él era un infeliz desgraciado sirviente, que no fuera a creer, muchas veces se le aclaraba la conciencia, no era para criado su destino. Y Carlos, antes de echarse por un lado de la boca el trago, porque la tenía muy inflamada y sangrante, le contestó que podía resultarle un oficio largo el de las bacinillas, porque

después del padre se las iba a tener que seguir sacando al hijo, y quién quitaba, a lo mejor también al espíritu santo, salud. “Allí vamos a platicar sobre eso, salud”, bajó Taleno la voz. “Cuando guste”, fue la respuesta de Carlos, eso lo oí yo todo, haciéndome el ocupado en mis oficios.

Y a la hora del interrogatorio, el tenientillo Quesada ese, se arrechaba cada vez más ante su obstinamiento y le gritaba que dejara de mascar el chicle, mandando a dos *orejas* abrirle a la fuerza la boca para sacárselo. “No tiene nada, son puras muelas”, le informaron, limpiándose la saliva de los dedos; en venganza le volvió a clavar el chuzo, “me vas a seguir engañando, mamplora de mierda”, y el coronel, ocupado en el interrogatorio de otros prisioneros, lo oía gritar de dolor ante los chuzazos pero se hacía el sordo, como si no se hubieran visto nunca en la vida.

Al fin tuvieron que soltarlo, y hasta entonces lo llamó el coronel a su oficina, que pasara a perdonar, pero esos interrogatorios algo fuertes eran a veces necesarios, que no se fuera a poner resentido, siempre iba a quedar en su trabajo de *El Copacabana*, hasta en jeep lo mandó devuelta. Pues resentidos es babosada, se golpea Raúl las rodillas. ¿Y a nosotros que de verdad teníamos tiempo de no verle la cara al Jilguero, no nos refundieron por gusto? A Pastorita le aflojaron los dientes de una trompada, y abre Pastorita la boca para que le vean los dientes, tocándoselos uno a uno; y a mí me tuvieron desnudo, con amenazas de que ya iban a empezar conmigo, pero por dichas no me tocaron.

Y pasa el tren de occidente para Miraflores frente a *El Copacabana*, tristes los pasajeros asomados a las ventanillas del vagón de segunda, apiñados de pie en las góndolas finales los campesinos, pita alejándose, costeano el lago y deja entre las breñas secas y amarillas de la costa una estela de humo gris que tarda en disiparse.



Largo rato me quedé fumando en lo oscuro, tendido en mi tijera de la

caseta de proyección, y antes de apagar el último cigarrillo comprobé, tanteando con la mano, el lugar en el piso donde quedaba en su taliz mi pistola; antes de dar con ella rocé mis zapatones húmedos, que iban a amanecer de seguro resecos, con las costras de lodo endurecidas alrededor de las suelas, y palpé también mi lámpara de pilas debajo de la almohada, volviéndome finalmente de costado para buscar mejor el sueño. Comenzaba a privarme cuando de la luneta donde acampaba mi tropa me llegaron unas risotadas y un arrastrarse de bancas; e incorporándome, pregunté qué era la cosa. “Aquí estos que me quieren abusar”, se quejó el niño sirviente que nos había dejado a dormir el alcalde. Qué jodidos más zánganos, me sonreí yo y me acosté de nuevo.

Después solo me llegaban ya los ronquidos de los soldados y sus respiraciones concertadas, pero despuesito, también el canto extraño de unos pájaros, unos silbidos en la oscuridad llovida de afuera, que se contestaban desde distintos puntos; qué raro, reflexioné, un concierto de pájaros como si ya fuera a amanecer, no siendo ni medianoche; pero ideay, la montaña es la montaña. Al rato, hubo sobre mi cabeza en el techo un resbalar de tejas, y algo como un caminar en cuatro patas: ¿garrobos? Garrobos tan grandes como para botar tanta teja, no existían. ¿Zorros? Llevé la mano debajo de la almohada para alcanzar la lámpara, pero la dejé allí inmóvil, en contacto con el metal frío, porque ahora eran claramente pasos los que en forma apresurada descendían en dirección a la calle, desprendiendo una menuda lluvia de tierra que me bañaba la cara.

Ya para entonces quise gritar una orden, pero no pude, porque se me atrapó la voz en el galillo, o fue que oí las primeras estampidas llenar el cine, desbandando en gritos y atropellos a mis guardias en busca de sus armas, o de la huida; pero enmedio de la tirazón feroz y alumbrados por los fogonazos, solo lograban dar vueltas locas, como ganado acorralado, arreados entre el desgobierno de las bancas al centro del salón por las sombras enemigas que parecían salir de las mismas paredes, pero que a través de la puerta entornada de la caseta yo podía ver columpiarse por los boquerones abiertos en el techo, y al desgajarse, caer detrás del parapeto de los escaños para disparar a quemarropa sin cesar de entonar sus vivas por encima de los que se oyó al desplomarse la puerta de la calle, el grueso despuntear de una ametralladora. Todas las salvas cesaron al callarse también la ametralladora, como si ella hubiera estado dando las órdenes, y comenzó entonces a oírse el tajo de los machetes cayendo filosos contra los huesos, desastillando en su remolinolas

bancas y sacándole chispas al piso.

Se callaron casi por completo los alaridos y el olor del humo denso y metálico de la pólvora me llegaba asfixiante a la cara bañada del sudor pegajoso que también se mojaba las espaldas y me corría por la entrepierna, mientras mi mano, extendida ahora hacia el suelo, rozaba apenas el taliz de la pistola, dominadas las yemas de los dedos por un hormigueo. Y así, bocabajo en la tijera, el último quejido confuso y apagado en llegarme entre el tumulto y las voces de los asaltantes, fue el de mi primo Mercedes, “me han matado”, repetía llamándome, cada vez como más lejos.

Librado al peso de mi cuerpo me desguindé para buscar refugio debajo de la tijera, y tendido en el tablado de la caseta, sin moverme, escuché los resoplidos de las bestias y los relinchos en la calle, las voces de mando, los pasos con espuelas de los que se acercaban a requisar las armas, a cargar las mochilas y las cananas, a desnudar de los uniformes los cuerpos, riéndose alegremente; “¡todo nuevecito!”, decían ufanos, “¡qué catrines nos mandaron a estos los yanquis!”. Los pasos se alejaron luego, y oí el galope de su caballería y de nuevo sus vivas, “¡Viva el general Sandino! ¡Viva el general Pedro Altamirano!”. Y después ya perdiéndose el tropel, unos himnos cerriles cantados en coro en la lejanía.

Tardé en recobrar el calor del cuerpo, en sentir que la sangre me corría otra vez desde la nuca y me entibiaba la espalda, bajándome a las extremidades que tomaban movimiento y salían así de su hielo; y hasta entonces, antes de arrastrarme fuera de mi escondite debajo de la tijera, me di cuenta precisa de que no era sudor lo que me mojaba en torrente los calzoncillos, sino mis propios orines, un momento antes hirvientes y ahora fríos. Avancé en cuatro patas y al asomarme como un animal medroso y apaleado a la puerta de la caseta, me encontré ante una visión de llamaradas que crepitaban velozmente, consumiendo las bancas y los cadáveres desnudos que al quemarse se retorcían y me hacían muecas de risa; los resplandores subían violentamente hasta lo alto del techo, y al iluminar los huecos que aparecían y desaparecían entre las sombras, dejaban ver pedazos de cielo limpio.

Un fogazo de horno me ardía las pestañas, y antes de que la cortina de fuego se me pusiera delante de la puerta, sin olvidarme de mi pistola me lancé en carrera pisando los cuerpos amontonados y tropezando en aquel descuartizamiento con los escaños; salí a la calle, pistola en alto, disparando, y los vecinos que se habían reunido afuera se desbandaron en huida. El

alcalde, envuelto en su chamarra, los oídos taponeados de algodón y untados en *Vaporub*, se adelantó hacia mí, saliendo del grupo que se arrimaba de nuevo cauteloso. “Guarde esa arma que está entre amigos, señor sargento”, me pidió.

Me rodearon, pero en ademán permanente de retroceder, tal vez por miedo de mi pistola, o más probablemente distanciados de mi olor a berrinche. Indefenso y friolento, desnudo, dejaba que los perros me lamieran los pies llenos de sangre, hasta no ahuyentarlos el alcalde, siempre junto a mí embozado en su cobija, contemplándome y contemplando las llamas a las que señalaba con la misma mano en que sostenía una gran biblia, “obra de Pedrón Altamirano, señor sargento”. Después me dijo que en su casa podría asearme.

Y amaneció el día y el cine no se apagaba; el tufo a carne chamuscada se había propagado por la población entera y todo fue que calentara el sol para que arrimaran volando los zopilotes, primero en círculos a gran altura, ya después agobiando los árboles cercanos, las ramas de los papaturros del solar perteneciente al cine cargadas por el peso del animalerío negro. “Qué va a hacerse con semejante fuego, no basta la ayuda de los vecinos, no alcanzan los cántaros ni los baldes, hemos arrimado una pipa ambulante, pero tampoco”, se asomaba de cuando en cuando el alcalde a su aposento para darme noticias del fuego; allí permanecía yo, arropado en una cobija que él mismo me había facilitado, y sentado en la cama temblaba con un frío igual al de las fiebres terciarias, vigilado por sus siete críos, la esposa, la madre y la suegra; la suegra había traído incluso una mecedora y sin quitarme ojo se balanceaba, arrullando al más chiquito de sus nietos; y a la hora del almuerzo los mayorcitos trajeron sus platos al aposento, para comer con ellos en el suelo, frente a mí. Entraban y salían también vecinos, se quedaban un rato hablando en voz baja y eran después repuestos en aquel turno por otros.

Al promediar las doce del día era alto todavía el humo, aunque ya no había fuego, consumida toda la casa. Y de tan lejos se vería, que la columna en marcha lo divisó, y acudió al lugar. El suboficial al mando de la columna entró a buscarme al aposento, se me presentó cuadrándose, y yo, aunque tembeleque, me puse de pie como subalterno suyo que era y me cuadré también. Me preguntó por mi rango y mi número y me pidió un parte verbal de lo sucedido. El alcalde se adelantó con su biblia en el pecho y se quitó el sombrero; “el señor sargento estará impedido de hablar después de semejante lance, señor teniente, si de toda la columna solo él nos quedó de muestra”. Pero el suboficial le quitó la palabra, y le ordenó salir del aposento con toda

su prole y demás familiares y vecinos.

Como al quedar solos volví a sentarme sufriendamente en la cama sin esperar su venia, me preguntó si es que acaso no me podía tener en pie por estar mal herido. Y yo, haciendo un movimiento triste con la cabeza, que no. “Entonces, vístase”, me ordenó seca, pero suavemente, “¿dónde están sus ropas?”. “Se quemaron”, le informé. Salió en busca del alcalde para que me proporcionara una mudada que me sirviera al menos para llegar hasta el cuartel del Ocotál; y el alcalde lo que me prestó fue una pijama de lanilla gastada, con olor a enfermo.

No se había quitado ni siquiera el sombrero de campaña al entrar al aposento. Solícito se hizo cargo de mí, me ayudó a ponerme la pijama, y en su estrecha proximidad, al abotonarme la camisa, me parecía notar que me husmeaba disimuladamente porque de seguro al no más entrar su columna a la población le había llegado rumor de mi percance. Ya de pijama, le di mi informe verbal; que iba con rumbo a mi primera misión en las Segovias, que el teniente Hatfield USMC del cuartel general del Ocotál me había dado comisión de marchar a un rancherío como de cuarenta y pico de almas en la finca El Dulce Nombre adelante de San Fernando, para dispersar a los moradores, todos gente enemiga, y reconcentrarlos en caseríos distantes, que mis órdenes eran también las de arrasar los sembrados y quemar los ranchos; que habíamos acampado esa noche en San Fernando para seguir viaje a la madrugada, que el alcalde nos había habilitado el cine, ya clausurado, para dormir, y que allí es donde se había dado la batalla.

Se necesitaba ser ciego para no ver que de entrada, lo de la batalla no me lo había creído; después de escucharme sin hacer una sola interrupción se sentó a mi lado en la cama; me ofreció un cigarrillo y fumamos juntos, dándose tiempo entre bocanada y bocanada. “Vengo de Palacagüina de arreglar un asunto extraño”, me dijo, botando la ceniza en el suelo; “se recibió de allá la denuncia de que hace dos meses los sandinistas entraron secretamente al pueblo, y como zorros de monte, sin que nadie los sintiera, se dedicaron a perjudicar las casas de todos los ciudadanos de fortuna, de todos los que en una forma u otra colaboran con los marinos, suministrándoles posada a los oficiales, vituallas a las patrullas, o algo. Pues quitaron las tejas sin que nadie oyera un solo crujido en los techos, teja por teja toda la noche hasta dejar pelado el enreglado; destornillaron después las puertas y ventanas, y arrastraron lejos las batientes, desbarrancándolas en una cañada. Y fíjese lo que son las casualidades de la vida”, me puso la mano en una rodilla, “al

nomás amanecer comienza a caer un gran aguacero que para colmo de males se declara por todo el día, y aún da el siguiente y sigue lloviendo. Los ciudadanos destechados, fueron sorprendidos en sus camas por la lluvia que les soplaba por todas partes, como si hubieran estado acostados en media calle; no hallaban para dónde correr, chapaleando en los pisos anegados, sus enseres y sus muebles, sillas y cacerolas, nadando en las corrientes que atravesaban las casas de puerta a puerta. Para qué le cuento, aquello fue una verdadera fiesta en Palacagüina; a la gente no le importaba mojarse y corría de una casa en pampas a la otra para no perderse, muerta de risa, los trances desesperados de las señoras subidas a los roperos, el apuro de los maridos queriendo sacar con escobas el agua, ¡qué ocurrencia! si la corriente hasta ramas y gallinas había metido dentro de las casas; y cada vez que por esfuerzo de parar algún mueble que salía disparado navegando hacia la calle, uno de ellos caía de nalgas en el agua, eso lo celebraba la gente afuera con alegres gritos. Y por eso fuimos llamados nosotros, me ordenó la Comandancia de Marina disolver esas manifestaciones, hacer que la gente curiosa volviera a sus casas, y para lograrlo tuvimos que emplear culata”.

Y se quedó un rato reflexivo, acodado sobre sus rodillas y replegado en él mismo, con la pierna cruzada, fumándose un nuevo cigarrillo. Muerto de risa el público y convencido de que Sandino recibe la ayuda de arriba, “Dios hablará por los segovianos”, dicen. “Sandino desenteja” y “Tata Chú echa el aguacero”. Se reía meditativo, y la risa, o el humo en los pulmones le provocó tos, una tos seca que contuvo llevándose el puño a la boca; “ya ve, sargento, lo peor es servir uno de hazmerreír” dijo, poniéndose de pronto serio, “¿cómo va a esperar que los marinos se traguen su historia? Los yanquis es cierto que son sencillotes, pero no tanto como para aceptar que un jefe de patrulla pierda a toda su gente en combate, y aparezca ileso y desnudo, en un aposento; eso es ofrecerles un consejo de guerra en bandeja de plata”.

Me quedé boquiabierta de puro desánimo, mientras tanto él se paseaba por la pieza, hablándome no en un tono de regaño sino de consejo, dejando incluso traslucir una preocupación sincera por eso de que los americanos no fueran a dar crédito a lo de mi actuación valiente en un combate fatal. Se sentó de nuevo en la cama y me secreteó. “Pues a lo mejor no me lo va a creer, sargento, pero al no más entrar a este aposento y verlo encobijado, me dije: este es un hombre en desgracia; y a partir de allí, le he cogido cariño. Por eso mismo, le pido decirme toda la verdad, a ver en qué le puedo ayudar.

Piénselo, piénselo”. Y desembozó al pararse su sonrisita ladina.

Me dejó y se fue a controlar el asunto del entierro de mis soldados; iban a quedar en una zanja común en el panteón de San Fernando los restos carbonizados, porque los únicos cadáveres que se sacaban de las Segovias eran los de los marinos americanos, repatriados luego a los Estados Unidos; eso lo supe hasta ese momento, nuevo como andaba en la guerra, y me dolió por mi tía en Catarina, donde yo había reclutado a la mayoría de mi tropa, que no iba a poder ni velar el cuerpo de mi primo Mercedes; y tan ilusionada que nos había despedido, alentada por las ideas de mi papá de que los marinos nos iban a pagar los sueldos en bambas de oro.

Mientras permanecí en el aposento del alcalde en espera de la hora de la marcha, me puse a considerar su oferta de auxilio; no, ese cuento de la batalla no lo iban a pasar los americanos, y de un consejo de guerra talvez no podría salvarme ni mi padrino de bautismo el presidente Moncada, avergonzado iba a estar más bien por haberme recomendado ante el propio coronel Cummings USMC para el enganche. Así que, aunque él solo fuera para mí en aquel momento de congoja un perfecto desconocido, no me vi en más remedio que entregármele a ciegas. Eso, o eso, me estaba poniendo a escoger: sus brazos abiertos, o el consejo de guerra.

CAPÍTULO III



El Jilguero volvió en ese instante y como si no hubiera sabido palabra, comenzó a proponer por su cuenta un convivio alegre de verdad, aquel encuentro deparado por la suerte no podía quedarse así nomás, había que ser fino con el coronel, atenderlo, presentarle amigas cariñosas. Quitarle el sabor a entierro; y ya se han acercado de distintos puntos en la oscuridad del campamento otros de los hombres, atraídos por las risas que estallan de tiempo en tiempo desde la fogata apagada, la risa del Turco, alta y desenfadada, reconocible entre todas.

—De eso estábamos conversando precisamente —te pusiste también en pie en desánimo, Turco—, pero lástima que sea hoy tan mal día, los lunes ni las gallinas ponen.

—Pero donde Lasinventura vos tenés vara alta, Turco —te enfrenté impaciente—, a vos se te abren allí las puertas por encanto.

—Ese es el lugar reservadísimo que te decíamos —le aclaró el Indio al coronel, sin quitarle las manos de los hombros.

—Yo de mil amores, pero tengo que entregar unas pólizas a unos clientes nuevos. Y ya me cogió la tarde.

—Jesús con este Turco tan rogado —se quejó el Jilguero.

—Bueno, un momento, antes que nada habría que ver qué opina Catalino —cauteloso, el Indio—. ¿Vos irías, Catalino?

El coronel sacó su inhalador y sin decir nada se lo pasó por las narices.

—¿Es que sigue resentido conmigo, coronel? Porque en ese caso, si es por mí, vayan ustedes y yo me quedo —eras todo humilde, Jilguero.

—No mi amigo, qué ocurrencia —se dio vuelta el coronel, con dificultad, hacia el sitio de donde le llegaba la voz quejosa del Jilguero—, ya todo está explicado —y volvió a su inhalador.

—¿Por qué no llamás por teléfono donde Lasinventura, a ver? —te propuso el Indio, Turco.

—Qué teléfono va a haber allí, si ese sitio es secreto. Lo único sería coger un taxi y presentarnos directamente.

—Entonces, ¿cuál es la dilación? Nos va a coger la noche por estar aquí de pendejos —iba de uno a otro de nosotros el Jilguero.

—¿Y queda muy alejado ese lugar? —se oyó el coronel preguntar, como quien nos regañara; detrás de él, el Indio, contentísimo, se mordió los labios.

—En carro, lo más un cuarto de hora —respondió el Turco sin dejar su desánimo.

—Un cuarto de hora no es nada —me urgía el Jilguero—. ¿Vas o no vas, Turco? Resolvete de una vez.

—Es que puedo perder esos reales de las pólizas.

—Hacelo por Catalino, hombre —le rogó el Indio muy serio—. ¿Cómo se va a ir de Guatemala sin probar esos bocados?

El Turco vaciló otro instante, miró preocupado al Indio y pidió de nuevo la hora.

—Juega, pues —aceptaste resignado, y el Indio y yo te aplaudimos. Solo el coronel permanecía sentado y yo me arrimé para ayudarlo a pararse, como era ya mi oficio.

—¿Estás de verdad dispuesto, Catalino? —se apartaba el Indio dándome lugar tras la silla—, porque si no, lo dejamos para otra oportunidad, vos mandás.

Nos quedamos paralizados a su alrededor, tras las palabras del Indio, como si nos hubieran quitado la cuerda, y él, inmóvil en su asiento, nos alargaba el momento; pero lo sentí de repente forcejear queriendo levantarse, y en triunfo, jalé el asiento hacia atrás, para dejarle libertad.

—Eso sí, que no nos vaya a coger la noche, muchachos —lo oíamos otra vez regañarnos al pararse, pero aquel “muchachos” era ya su concesión de cordialidad, Jilguero, y nosotros nos mirábamos llenos de gozo y llenos de susto, sin creerle todavía nuestros ojos, sin creer que el Indio de verdad lo hubiera conseguido. Iba.

El Indio, dueño del protocolo, le quitó al Jilguero la cuenta y deteniéndonos con un gesto de amable violencia se acercó a pagar, desplegando fachentamente uno de los billetes de diez quetzales que tanto nos había costado juntar para la operación. Las cinco de la tarde iban a ser ya, Turco; cuando salimos a la galería caían ruidosamente las cortinas metálicas

al cerrarse los primeros almacenes y en el Portal del Comercio levantaban los vendedores sus tramos, llevándose sus canastos y sus fardos.

¿Y doblaban las campanas de la catedral, llamando al novenario de difuntos por Castillo Armas? Había gente de luto congregada en el atrio, grupos de militares con bandas negras en la manga de la guerrera, automóviles oficiales que arrimaban lentos; y a pesar de ser aún de día, tras los ventanales del palacio presidencial custodiado por centinelas armados de ametralladoras, brillaban encendidos los focos dorados, reflejándose en las aceras del parque humedecidas por la llovizna.

Pero el Jilguero no recuerda tanto como eso, a lo mejor un toque de clarín que venía de los cuarteles de la Escuela Militar tras el palacio, sí, y el viento frío que despeinó al Indio cuando encorvado avanzó por media calle para detener un taxi y arreglar el viaje.

Empujamos al coronel por la rabadilla y quedó tallado dentro del taxi, las piernas dobladas contra el respaldo del asiento delantero; el Jilguero y yo nos acomodamos a sus lados, los resortes mal domados por el tapizado casero de tela escocesa castigándonos las nalgas. Adelante se instaló el Indio.

El viejo *Buick* azul y blanco cogió rumbo por la sexta avenida, y así separados los dos por el volumen del coronel, temerosos de vendernos con alguna sonrisa imprudente, no intentamos ni mirarnos cuando dejamos atrás el *Hotel Panamerican*, atrás *El Jardín de Italia* entre los rótulos recién encendidos, débiles todavía en el crepúsculo las letras en descenso vertical que parpadeaban o brillaban mustia- mente fijas *El Cielito Papi K Listo le da Luz y Fuerza La Casa de los Abrigos N. Polanski*, el cartelón del *Cine Lux* que anunciaba *El Manto Sagrado* cruzado sobre la calle, repiqueteaba incesante la tapa de la guantera amarrada con un trozo de alambre y cada cuadra recorrida significaba que iba convirtiéndose más en nuestro; nos sofocaba el olor a gasolina quemada pero atrás quedaba la Policía Nacional, atrás el Parque de la Concordia y los rótulos luminosos se despoblaban, llegábamos a la 20 Calle, aún inquietos porque todavía se le podía ocurrir decirnos paren, aquí me bajo; pero alcanzamos sin tropiezos la avenida del Cementerio, el muro blanco interminable y por encima los cipreses perdiendo sus contornos en la noche ya entrante, sombras de lápidas, cruces y estatuas de ángeles agrupadas sin concierto en el patio de una marmolería, *Marmolería de José Espósito*, casas enanas sin alares, zócalos amarillos, puertas azules, jardines estrechos tras balaustradas de bloques de cemento, molinos de maíz, carnicerías, pulperías mal alumbradas, la diosa de la fortuna

despintada por la lluvia en una tapia encalada

*Con 0.10 Q sale Usted de pobre
Lotería Chica le da la oportunidad de su VIDA*

y entonces la carretera a Antigua, entonces los ventanales del Hospital Roosevelt, cada vez más lejanas y desperdigadas las luces, y el aire que se colaba por las ventanillas mal ajustadas del carro, más veloz y más frío, traqueteando la cacharpa hasta aminorar la marcha entre explosiones del escape porque llegábamos a la garita del policía del kilómetro 13.

Los soldados del retén rodearon el taxi ametralladora en mano y nos pusieron las linternas en la cara; que para dónde íbamos a esas horas en estado de sitio y si no sabíamos que ya faltaba poco para el toque de queda. Atemorizado, el chofer no hallaba forma de responder y se volteaba hacia el Indio.

—Militares nicaragüenses —reportó impaciente el Indio—, el coronel Catalino López, delegado a las honras fúnebres del señor presidente, y su escolta.

—¿No va muy apretado, mi coronel? —lo interrogó el Turco como por acaso, pero enfáticamente.

—No, voy muy cómodo, mil gracias —se arrellanó él, colaborador.

Los soldados saludaron llevándose la mano al quepis y se apartaron para darnos paso.

—¿Por qué retenes? ¿Qué salimos acaso de la ciudad? —se adelantó el coronel en busca del Indio, ya el taxi de nuevo en marcha por la carretera solitaria.

Nadie le respondió y el Jilguero lo que hizo fue tratar de imitar las atenciones del Indio, prendiéndole un cigarrillo, pero el encendedor no funcionaba y solo el chasquido se oía.

—¿Qué pasa que vamos por carretera? —insistió el coronel. Lomas, pinares, cercos ya oscurecidos corrían a ambos lados del camino, los túmulos de trozas de un aserradero.

*caoba cedro real jocote de fraile chichipaste
Antolín Cerezo Sucesores*

Y el Jilguero le entregó al fin el cigarrillo encendido.

—Ya vamos a entrar a Mixco, a la vueltecita —se oyó tosigoso el chofer, que había venido callado; iba a decir algo más, pero por delante, en la carretera, había una congregación de pasajeros desmontados junto a una camioneta de transportes descompuesta, y puso su atención en pasar despacio.

Los pasajeros, que seguían inmóviles la maniobra de la reparación, fueron encandilados un instante por los focos del taxi y quedaron luego atrás, perdidos en la oscurana, igual que los nombres escritos en el costado del vehículo.

Antigua—Chimaltenango—Patzicia—Patzcún—Tecpán

—¿Cómo que los oí que eran nicaragüenses? —quiso vernos el chofer, inútilmente, por su espejo.

—Por gracia de Dios, como en el corrido —le respondió el Jilguero, estrechado por el peso del coronel, porque el carro había cogido una curva. Pasábamos por frente a las areneras, entrábamos ya a Mixco y el Indio le indicó al chofer seguir hasta el tope de la calle de la Amargura.

—Pues allá en su Nicaragua, para que lo sepan, dejé enterrada una mi mujercita —se quitó al estacionarse su gorra de lana adornada con una borla, y esperaba quizás alguna indagación nuestra porque se quedó agarrado al timón, pero nadie le hizo comentario.

Cuando apagó el motor, ni el alboroto de perros que nos había perseguido desde la entrada del poblado se escuchaba ya; tal vez solo el llanto de una mujer que aporreaba una puerta en alguna parte, queriendo salir. ¿O aquello del llanto fue otro día, Jilguero?

—¿Cuánto se le debe? —se asomó el Indio por la ventanilla, desmontado el primero.

—De seguro conocen Masaya ustedes, por un lugar que le dicen los rieles del ferrocarril, vivíamos; la enterré y me volví a como pude a Chiquimula, trayéndome a mi patojito tierno, en camiones de carga a veces, a pie otras, durmiendo en soledades o debajo de algún puente, pero el patojito valiente, ni por hambre lloraba. Son cinco quetzales, mi estimado.

—Por cuatro habíamos arreglado en el parque —alegó el Indio.

—Entonces, que sea pues según su voluntad. Llamé a los vecinos más necesitados y les proclamé: “repártanse entre ustedes los bienes que aquí dejo, mi hamaca, mis fierros de carpintero, la cuna del patojito, todo. Yo me

voy a mi tierra y no vuelvo más a esta tristeza” –y recibía los cuatro billetes que el Indio, uno por uno, le extendía después de haberse colocado los anteojos para contarlos.

Y subió al pretil el Turco, y como si la plática hubiera venido de otra calle distante, oía al coronel quejarse ante el Indio de la hora tan noche, y al Indio responderle que apenas iban a ser las siete, y además, a qué preocuparse por pendejadas de hora si ya estaban en las puertas de aquel paraíso, y al decir paraíso se relamía; y más remotamente escuchaba al Jilguero contarle a última hora al chofer que él era de Masaya, y claro que conocía el barrio de la estación; y la alegría tosigosa del chofer incrédulo, encontrarse a un masaya tan lejos. Y por fin la sonajera del taxi que como si recorriera un túnel alumbraba, al irse, las paredes de rótulos gruesamente pintarrajeados

*Los amores de Tecún Umán, Alma Chapina, La Rondalla
Aquí está tu son Chabela, Noches de Xelaxú*

mesones, estancos, burdeles, basurales y destaces de cerdo; y cerrando la calle de la Amargura, en el tope, la casa sin rótulo de Lasinventura, más bien una capilla del colegio o un cuartel de policía que un burdel, por la apariencia anodina de su fachada de cemento gris sin más adorno que los barrotes de las ventanas.

El Turco golpeó repetidas veces con el canto de una moneda, y los toques repercutieron como riflazos en el silencio.

—Mejor nos hubiera esperado ese taxi –ya empujaban al coronel entre el Indio y el Jilguero para subirlo a la acera.

—Es que son unos grandes abusivos, después quieren cobrar un platal –y preocupado porque la puerta no se abría, se acercó el Indio al Turco, que seguía golpeando.

—No puede ser que no haya nadie –contemplaba el Turco la puerta, retirándose unos pasos.

—Hoy no hay servicio, está cerrado –advirtió al otro lado, de mal modo, una voz de mujer.

—¿Qué ya no me conoce? –puso el oído a la puerta el Turco.

—¡Pero si es el Turquito! –se oyó exclamar después de un momento, y el Turco, orgulloso, se volvió hacia los demás. Y al abrirse la puerta tras un trastejo de aldabas, ya dueño y señor los dejó pasar, galante, de primeros. Los recibía Lasinventura en persona y el Turco, al abrazarla, casi la levantó

del suelo. Ella, fingiéndose avergonzada, se dejaba.

—¿Y esa cara tan perdida, Turquito? ¿Y usted, Jilguero? Dichosos los ojos, si ya parece que la hubieran enterrado a una, los muy puñeteros.

—Placer en saludarla —le cogió la mano el Indio y se la llevó delicadamente a los labios.

—Caramba, ¡si aquí está don Indio, mi gran caballero!

Y de su entusiasmo ante las reverencias del Indio, pasó a un tono dolido para contarnos sobre la trabazón de huesos que la angustiaba desde hacía noches, igual que dormir en un espinero, se atribulaba pero no despegaba los ojos curiosos de la figurona del coronel, que permanecía callado detrás del grupo.

—Aquí le presentamos al coronel don Catalino López, compatriota —lo atrajo el Indio de la mano.

—¡Otro nica! Pues ahora sí que está toda la colonia —lo rodeó inquisitiva y risueña.

En gala de prosopopeya hizo el Indio una alabanza del coronel delante de Lasinventura, y ante cada flor él solo inclinaba grave y respetuoso la cabeza, tampoco se quedaba atrás en aquellos pases.

—Pues le prometimos a Catalino: “te vamos a llevar al mejor sitio de recreo nocturno de todo Guatemala”, y aquí estamos.

—Qué va a ser, señor coronel, no les crea; son ellos los que con su modo alegre que tienen me hacen la fiesta —se le inflaba el buche de pura merecida, a pesar de sus protestas.

—Bueno, ¿y qué pasa con las Adelantadas? —la volvió a abrazar el Turco y entre risas y secretos se la llevó tras el mostrador del bar. Cuando volvió de su conciliábulo, Lasinventura quedaba ya ocupada en alistar vasos y en picar hielo.

—Ya está, señores: la Colegiala, la Fátima Fatal y la Niña de las Rosas, hacen hoy por casualidad visita, ¿qué les parece?

—¿La Colegiala, decís? —se maravilló el Indio— esa es para Catalino, Turco. ¡Ni una palabra más!

Y vos generosísimo, Turco, que claro.

—Pero solo son tres mujeres —hacía cuentas el coronel.

—No se preocupe —le echó el ala, ya confianzudo, el Turco—, cualquiera de nosotros se sacrifica —y con los brazos abiertos fue otra vez hacia Lasinventura—. Y aquí no entra nadie más ¡se cierra la casa a piedra y lodo!

—La casa es de ustedes —peló ella los dientes, y desapareció para ir en

busca de las Adelantadas a sus recámaras.

—Yo solo un ratito puedo estarme —le insistió por lo bajo al Indio el coronel.

—Esas son guasas del Turco, hombre, no le hagás caso ¿cómo vamos a quedarnos encerrados aquí? —y se lo entregaba al Jilguero porque la fiesta iba a ser más adentro.

El Jilguero lo llevó por el salón desocupado en el cual, fuera de un óleo descolgado y arrimado a la pared, no había más que el mostrador de talladuras fúnebres del bar; agachado lo hizo pasar bajo un dosel del que colgaba una cortina roja manchada de cagarrutas blancas, y por esa salida llegaron a un patio desde el que la casa se repartía hacia todos sus recovecos. En algún lugar se oyó la risa de complacencia de Lasinventura al encender en homenaje de nosotros una instalación ya casi fundida de luces navideñas, ocultas las pequeñas bujías entre las hojas de una enredadera que subía por los muros y extendía sus guías polvosas sobre la frágil armazón de una pérgola.

—¡A piedra y lodo! —resonó ahora en ecos la voz del Turco y adentro se escuchaba ya la bolina de las Adelantadas abriendo sus cofres y revolviendo sus cajones para vestirse.



Taleno el padre lo llevó de la mano a través de la plaza a presentarse ante la mujer de cuyo aposento había salido la cama de baldoquín donde expiró Trinidad, para agradecerle con aquella visita la merced. El caserón de gruesas paredes henchidas con lodo y zacate de conejo, blancas bajo un velo de polvo, se alza frente a la barrera de toros sobre un atrio de piedras de cantera encadenadas con mezcla, y en su techo de tejas de barro, cubiertas de lama verde, duermen las varillas de los cohetes quemados; al corredor exterior de mampostería se llega por una grada de tierra de talpetate apisonado, los escalones crecidos de flores silvestres, martajadas por las gentes que

constantemente los trafican, escuálidos comarcanos de pesados zapatones, apoyados en sus deudos al andar; ancianos de cabezas envueltas en lienzo debajo de los sombreros de palma, mujeres descalzas que amamantan a unos niños de ojos legañosos, sentadas en el suelo del corredor.

Parado frente al arranque de los escalones ese día de octava de la fiesta patronal, Taleno el padre no se decide a subir; contempla con muda admiración las bestias numerosas que pacen en el monte de la calle en espera de sus dueños, las carretas desenyugadas junto a los cercos, los bueyes dormidos en el sol. Después que se aparta para dar paso a una parihuela en la que bajan a un hombre arropado en una cobija, vuelve a cogerlo a él de la mano, y se regresan; y solo al día siguiente, tras haber dado a hormar su sombrero en una barbería y de lavarse cuidadosamente los sobacos en la pila de la casa municipal retornan, y entonces sí, ascienden por aquellas altas gradas que parecen conducir más bien a una iglesia, escalándolas agobiados como dos promesantes que arriba, frente a la puerta mayor esperaran librarse de su carga de culpas y de hambres.

Y ya puestos en el corredor, se detienen al dintel de la estancia esquinera donde hay sacos de maíz arpillados, tablas aserradas, garrafas oscuras, la reja de un arado, aperos de labranza, y un olor a vinagre de guineos destilándose de las paredes enjalbegadas, pero sin hacer ningún ademán de avanzar, o de alzar la voz para llamar hacia dentro; más bien extiende sobre una de las bancas del corredor su pañuelo colorado, sentándose junto a las demás gentes que esperan, y se quedan mirando a la plaza, él de pie a su lado temeroso de arrimársele, dejándolo solo en su silencio; y así se están un mundo de tiempo, oyendo venir desde puertas adentro el humor zumbón de un molino, la lluvia sonora del maíz tostado al caer en el embudo, las voces de las tortilleras en procura de su masa; y ya solos los dos porque los demás hace ratos se han ido, les oscurece, y se aquieta la algarabía de los loros en las jaulas del patio interior de la casa, Taleno el padre recibiendo impasible el polvo barrido en tolvánas por el viento hasta su rostro, tragándoselo sin parpadear, con la boca entreabierta.

Y primero oyen el tintineo de unas llaves en camino hacia ellos, y al aparecer en el vano de la puerta el rostro de la mujer enrojecido por sus faenas, Taleno el padre tampoco se mueve, la vigila de reojo redoblando su aire de abatimiento y mansedumbre, la mirada doliente puesta en las luces de la plaza recién aparecidas con su brillo opaco tras haberse encendido en un punto distante un motor cuyo crepitar se oye ya sostenidamente; y al fin, con

estudiada lentitud y como si el esfuerzo de torcer el pescuezo fuera una penitencia, se vuelve para verla y allí está ella, el blanco sayal de manta cruda atado por la cintura con una camándula de cuentas gruesas y negras de la que pende un manojo de llaves, los anteojos sin patas suspendidos en equilibrio sobre el puente de la nariz aguileña, los carrillos henchidos que son su única lozanía, los cabellos partidos por enmedio ungidos de una vaselina sin aroma cayéndose crespos y abundantes hasta las caderas, un ángel de pastorela venido a menos, hermosa quizás en su hora y ya cargado el cuerpo con la resignación al envejecimiento, como con la gracia de una preñez.

Avanza hacia ellos, recatada y solícita, y con la voz de quien enseña una jaculatoria les solicita el favor de pasar adelante; y repite el estribillo porque Taleno el padre, tramposo y triste, aparenta no oír, y él tiene que acercarse entonces para ayudarlo a incorporarse.

¿Y oyen crecer desde algún lado la música de un villancico, de un son de pascuas? No son tiempos de navidad y talvez sea solo una ilusión suya, pero aquellos acordes festivos se hacen plenos cuando ya dichosos entran a la casa, llenos de un extraño contento, igual que unos pobres peregrinos, al fin amparados.

Y cenan ya en la mesa de la mujer que permanece atenta al lado de Taleno el padre para oírlo contar los azares de su vida mientras come, como si se hubiera ido de viaje un día sin intención de tardarse tanto y hasta hoy volviera a la casa; y después, ya apagada la plaza, acampan con su licencia en el patio, se instalan bajo un árbol de quelite y hasta allí acarrean la estrella y sus demás pertenencias; a la mañana cuelga Taleno el padre su espejo del tronco para rasurarse mientras silba, y despliega en las ramas las cobijas para que se aireen; y si alguien los ve de lejos entonces, los creará damnificados de alguna crecida o de algún incendio, el suelo por cama, pero el árbol es ya un techo. Y la noche del lunes, desbaratados ya los chinamos y desarmados los juegos ambulantes listos para partir a otras fiestas patronales en otros pueblos, Taleno el padre lo deja durmiendo solo bajo el árbol y se mete a la casa.

A la mañana, las mujeres que llevan temprano su masa al molino lo ven salir del aposento seguro y satisfecho, calarse el sombrero y como si fuera cosa de todos los días instalarse a accionar con gran propiedad las palancas, chuscando en voz baja a las molenderas y tocándoles al descuido las nalgas, con el puro en la boca ajustando las bielas y cobrando la coimería de la masa como si estuviera, sin cambiar de oficio, frente al *toro-rabón*. Y cuando ya

alto el sol se acerca la mujer al árbol para llevárselo a él dentro de la casa y darle su desayuno, lo regaña Taleno el padre a la pasada, que coja una escoba y se ponga a barrer, no va a estar allí teniéndose la quijada.

La Milagrosa, según le pusieron en los caminos por donde su adolescencia anduvo dedicada a aliviar enfermos los días viernes de cada semana, en memoria de la pasión del Señor; montada en una carreta tirada por una yunta de bueyes transportaba consigo frascos medicinales y palanganas de curaciones que al entrechocarse al golpe de la marcha despertaban un alboroto en la soledad de las comarcas, anunciando sus estaciones frente a los portones de las fincas por medio de un cuerno que ella misma soplabá al viento de los llanos y ante cuyo llamado le llegaban de las cañadas y potreros, de los corrales y patios de ordeño, los enfermos alzados en taburetes, en andas los heridos de hacha o los golpeados en el abdomen por el caer de un árbol, los mordidos de víbora o perjudicados por enterramientos malignos, colmados los estómagos de reptiles o arruinados de la cabeza por hechizos de amor; y en el piso de tablas de la carreta atendía alumbramientos, sajava heridas de puñal enconadas, liberaba de tórsalos y espinas encarnadas, apagaba fiebres caribes, y solo su mano se veía aparecer bajo el toldo de cuero en acción de bendecir o curar, repartiendo pródiga alivio o confortando a los agonizantes, escuchando paciente las súplicas por un remedio y las narraciones de dolores, y si algo más se oía en aquel temeroso silencio de respeto que la rodeaba, era su rezo respondido en coro por los suplicantes arrodillados en el polvo caliente; le depositaban flores a los pies, velas encendidas junto al guardapolvo de la túnica manchada de sangre, o se dejaban llevar a veces por el llanto, porque así aflorada y alumbrada, recostada robusta en un sillón bajo el palio de la carreta, les parecía un ánima caporal del purgatorio, un cierto resplandor de fuego en sus manos encendidas de mercurio cromo con las cuales bendecía y recibía las monedas que en pago le alargaban; o cuando no, la recompensaban en especies, cabezas de plátano, cuartillas de maíz, cargas de dulce de panela, zurrónes de miel, garrafas de vinagre, atados de leña y hasta rejas de arado que le cargaban en la carreta donde también solía recoger cadáveres amortajados.

Pero cuando ellos entran en su casa, ya ha abandonado la cura ambulante y solo atiende dentro de su aposento nublado por el humo de los sahumerios, las paredes agobiadas con estampas de arcángeles que degüellan dragones, corazones flamígeros traspasados de puñales y coronados de espinas, santas

mártires con los pechos rebanados por un tajo de espada, o que ofrecen los ojos en un plato de estaño. Y luego, en las tardes sin molienda, mientras un aire débil pasea a ratos sobre el piso los algodones ensangrentados, Taleno el padre se instala a verla en sus pases, instruyéndose y maravillándose, oculto fuera del alcance de la lámpara de aceite con que ella se alumbra para curar; y angustiado se reprocha entonces el tiempo perdido en andar de tahúr y buhonero cuando bien podía haberse hecho rico curando.

Y si no, sale a admirar la casa desde la calle como si aún le quedara algo nuevo por descubrir en su fábrica, pese a celosos escrutinios anteriores, la rodea con paso calculado, va al patio, vuelve al molino, y con la misma incredulidad gozosa se sienta a la mesa de mantel limpio donde la Milagrosa le sirve caliente la comida, mastica dichoso pero parece temer tragarse el bocado como si se sintiera recuperar de una grave enfermedad y no quisiera abusar de sí mismo. Y ya acostados en la cama de baldoquín, se pasa la noche entera martillándole su letanía de que deben irse a vivir a Managua, convenciéndola de que allá van a convertirse en los príncipes de la curandería, damas dolientes engañadas por sus maridos o desahuciadas por sus doctores buscarían con ellos su remedio, sería como coger en propiedad un lavadero de oro, entregarse a la cura de ricos, y sin joderse tanto.

Ella se hace la dormida y deja que lo agarre la claridad hablando solo, pero llega a rendírsele al fin por motivo de un percance: se muere al alumbrar la esposa de un carpintero, y corre la voz de que la Milagrosa la ha hechizado para hacerla mal parir. Una turba se presenta de noche con amenazas de prenderle fuego a la casa y se echan a repicar las campanas de la iglesia; envueltos en sus cobijas salen en huida al patio para refugiarse bajo el mismo árbol de quelite y con ellos la Milagrosa, que tiembla descalza; y al mismo tiempo que suben los gritos de la calle y se revuelve encima del techo el resplandor de las teas, Taleno el padre la presiona para decidirla al viaje, vender todo y partirse. Y esa misma noche, entre sollozos, dice al fin que sí.

Vende el molino y malbarata la casa, se deshace de sus otros menesteres, cierra la consulta de enfermos y se van, para el tiempo en que comienza en el pueblo una nueva fiesta patronal, la primera vez que ellos no llegan con una tropa errante sino que se despiden, huyéndole ya para siempre a esa suerte. Subido a la cumbra de una pila de trastos y muebles acomodados a bordo de un camión, Taleno el padre se ocupa en ajustar los amarres de los cordeles; y ya vacía la casa y mientras cierra esa última vez las puertas, le está reclamando molesto a la Milagrosa por qué no le deja llevar la bolsa de

los reales, cuál es su desconfianza.

Y ella quiere seguramente bajar con rapidez las escaleras para huir de aquellas exigencias, porque trae una premura inocente pintada en u cara de matrona santificada, fuertemente cogida la bolsa del dinero debajo del sobaco; pero desciende en cambio cautelosa, asienta sus zapatones de albañil con gravedad en cada escalón, impedida por el peso de la barriga que al golpe del viento se abulta más bajo la túnica blanca y parece agobiarla hacia adelante, ya cargada verdaderamente por la gracia de una preñez.



Sigue el tablero acomodado en la mesa y Raúl busca en el piso bajo el mostrador corcholatas para completar el servicio de fichas.

¿Y de quién creen ustedes que agarré yo valor en los últimos momentos del interrogatorio?, les propone Chepito como si fuera una adivinanza, pues de la esposa de Carlos; a esa muchacha tan serena ni con la amenaza de meterla en la celda con las putas la asustaron y lo único que reclamaba era el permiso de darle de mamar a su niño que se rajaba el galillo llorando, abandonado en una banca del corredor del cuartel. Y cuando le prometieron que si confesaba el escondite del Jilguero iba a poder ver a su marido, solo dijo: “Ya me lo mataron. ¿Por qué me lo profanan mentándolo?”.

De la pieza donde la tenían la trajeron a cuidarla conmigo, si nunca me había visto ni yo a ella; sabía de su existencia porque los días viernes que el Jilguero pasaba por aquí, religiosamente, me decía siempre alirse: “Voy para donde la Claudia a traer los reales de la planilla”. Es que de venderle popsicles a los alumnos de la escuela normal de varones, de reposterías, de queques, les habilitaba ella a los hermanos sus siembros, y las pérdidas, era ella quien las aguantaba; porque en la agricultura los persiguió siempre la tuerce, como en su revolución; los frijolares se les quemaban, los tabacales se les pudrían por mucha lluvia, los maizales se los comía el chapulín. Pero Carlos le insistía a su esposa que eso era como la lotería, a veces la pegaba

uno, y si no que se acordara del año de la gran cosecha, cuando logró parar la casa de la calle Colón que ya nunca pudo acabar de construir. “Por eso será que siempre huelen a mezcla fresca esas paredes” me decía el Jilguero; y a pesar de tantos fracasos, no se iban a dar por vencidos. “Lo único que no vamos a sembrar en esta vida son los codos” era el cantar de Carlos.

Y al fin anuncia Raúl que sale, las negras son las de *Spur*, las blancas son las de *Pepsi*, revisando con los dedos el acomodo de las corcholatas en el tablero. Pues ahora que decís Carlos, Chepito, al fin voy a contarles cómo fue lo de su muerte, la plática que oí estando despierto una medianoche en mi celda; eran dos imaginarias que conversaban en el patio y como me interesó, me paré en el camastro para alcanzar la claraboya y ponerles mejor oído.

Alcanza su vaso, toma despaciosamente, se limpia la espuma de la cerveza quitándola delicadamente de la comisura de los labios y se saborea, un soldado le refería al otro que el domingo 4 de abril movilizaron en persecución de los revolucionarios, y que como a las once de la mañana regresaba su patrulla de recorrer la zona de la Boquita y Casares, ya de vuelta para el cuartel G.N. de Las Esquinas, cuando oyeron un fuerte tiroteo por el lado de San Marcos. Inmediatamente recibieron órdenes de ir a reforzar a las otras patrullas que operaban en ese lugar. El tiroteo era en una finca llamada Las Pilas, aclara Raúl al tiempo que Pastorita corona. Corono, repite excitado.

Llegaron, y el oficial al mando les explicó cómo se iban a desplazar, y comenzaron a bajar con cautela hasta el lugar del combate, con cuidado para no batirse por equivocación con las otras patrullas. Chepito mira los movimientos del juego y quisiera prevenir a Raúl de que van a coronarlo otra vez, si no se mueve.

Fueron avanzando despacio tal vez una media hora, y al fin alcanzaron el sitio pero los tiros ya habían cesado. Lo único que se sentía era un gran silencio, un gran silencio y el viento agita las banderillas de papel de la china en el techo de *El Copacabana*; Pastorita mira atento a Raúl, y Raúl no hace ningún movimiento con sus fichas. En algún lugar del monte se oyó una voz clara que era la del oficial al mando de la tropa de combate, ordenando en nombre del ejército de Nicaragua la rendición, y lleva Raúl las manos a la boca para formar una bocina, pero su voz es siempre baja y parece deshacerse entre los dedos.

Pastorita vuelve a su juego y adelanta la ficha. “Estoy aquí solo”, se oyó gritar al otro lado de la cañada; “me entrego pero a un oficial académico, de

lo contrario de aquí solo me sacan muerto”. Y el otro, siempre parapetado, volvió a dejarse oír reciamente, “soy teniente graduado y me responsabilizo por su vida”. Carlos pidió entonces que se levantara despacio, quería verle las insignias. “Levantémonos juntos, no tengo miedo”, contestó el oficial. “Si yo tuviera miedo no me hubiera metido en esto” fue entonces lo que se oyó de Carlos.

A un ruidito de ramas quebradas, empezó a vérselo la cabeza, entre el varejonal seco; se iba poniendo de pie poco a poco, y Raúl se levanta también lentamente de su asiento. Los dos hombres han quedado frente a frente, las metralletas en la mano, y Pastorita hace retroceder el tablero con cuidado, para que no se desbanden las fichas. Carlos examinó de lejos al oficial, con detenimiento, y como seguramente vería brillar las insignias de cobre de su camisa, tiró el arma al suelo alzando los brazos. Sentate que te van a ver, vigila inquieto Chepito hacia la puerta cerrada.

Entonces el oficial le ordenó a la tropa avanzar y al llegar donde Carlos, lo esposaron, se sienta de nuevo Raúl y pone las manos juntas, con los puños cerrados, así se lo llevaron al cuartel de Las Esquinas, esposado y sentado a plan en un camión militar. Y Chepito le pide que si puede esperar un momentito, solo va a traer unos cigarrillos, y se para penosamente, estas costillas, me falta el aire hasta para respirar. Pastorita llena de nuevo su vaso con la cerveza que ya está tibia y examina el juego silbando mientras Chepito regresa, pero hace ratos dejaron de jugar, y él conserva su única corona, inmóvil en la primera fila del adversario.

Ya ven, según este soldado, Carlos peleaba solo cuando lo capturaron en Las Pilas, todos los demás se habían dispersado buscando el escape por otros rumbos, o estaban ya prisioneros. Lo tuvieron hasta la madrugada en el cuartel de Las Esquinas, sentado en el suelo y amarrado con mecates de pies y manos, ya sin esposas, con órdenes estrictas de no pasarle ni agua. Como a las tres de la mañana, llegó desde Managua un grupo de altos oficiales de La Loma. Y mira burlón a Chepito, ¿sabés quién llegaba de jefe? Nada menos que tu coronel, el de siempre. Y Chepito baja la cabeza.

Hablaron rápidamente con otros guardias de menor rango que allí había, y después llamaron por su nombre a otros prisioneros, ordenándoles salir; Carlos iba de último, por causa de las amarras no había podido ni siquiera incorporarse y ordenaron entonces aflojarle los mecates de los pies, y mueve Pastorita distraídamente una ficha, ¿para dónde se los llevaban? Y Raúl bebe el último sorbo que queda en el vaso, pues por el rumbo que tomaron los

vehículos creyeron en un principio que iban para Managua, a interrogar a los prisioneros allá arriba, y mueve la cabeza para indicar arriba, sombrío, los cuarteles de la loma de Tiscapa; pero al llegar a la entrada de la hacienda “Brasil Grande”, recibieron la orden de coger por el callejón real; y Chepito, conocedor, asiente, sabe en qué punto de la carretera sur está esa hacienda porque allí cortó café con su mamá cuando chavalo.

Y ya en medio del cafetal, en una tarea descubierta, de entre todos los prisioneros que venían en los yipones mandaron a escoger a Carlos, lo bajaron y le soltaron las amarras; este mismo soldado del cuento recibió la orden de quitarle los mecates y lo tuvo así por primera vez de cerca, sucio, todo herido por las espinas del monte y comido de jelepates, descalzo, una tira le quedaba en la espalda de lo que había sido su camisa de fatiga. Le entregaron una pala y le ordenaron excavar un hoyo bien hondo; y cuando la profundidad del hoyo alcanzaba la altura de un hombre, extiende hacia arriba Raúl las manos, la altura de un hombre de pie, se le ordenó salir. Era de noche, les recuerda, y ellos no se han olvidado, de noche y los focos de los yipones dan en la cara del prisionero parado a la orilla de la zanja.

De entre el grupo de altos oficiales que conversaban en la oscuridad, se adelantó el coronel. “Vea, queremos que sea sincero con nosotros, tenemos voluntad de ayudarlo; díganos todo lo que sepa del complot; usted era alto jefe, así que hable, pues” y Raúl urge al prisionero invisible, a hablar. Carlos alegó, sereno, que era un prisionero de guerra y que por lo tanto solo estaba obligado a dar sus generales, su edad de 29 años cumplidos, su oficio, agricultor, casado y con un hijo. El coronel pasó con impaciencia el pie sobre la grama seca y debajo de la silla saben que Raúl pasa el pie sobre el piso de tablas, “aquí no ha habido ninguna guerra, esta ha sido la aventurita de unos cuatro. Diga, ¿qué le tocaba hacer a usted?”.

Y pudo entonces verse a Carlos sonreír muy sereno, “le voy a dar gusto a su curiosidad, está bien, lo que era mi parte se la voy a dar; ayer domingo 4 de abril de 1954, al ser las 2:30 de la tarde iba a subir al mando de doscientos hombres a la loma de Tiscapa para ocupar en operación relámpago la casa presidencial; se escogió el domingo por ser día de visita en las cuadras y entonces la vigilancia no es rigurosa, y se escogió esa hora porque los rasos francos están durmiendo en los galpones después del almuerzo”, y tenso, coge Chepito el brazo de Raúl, ¿ya viste? Por eso es que esperaba aquí el Jilguero a su hermano. Y retrocede hasta el espaldar de su silla.

Raúl espera que Chepito lo suelte, y sigue, Carlos lo declaró también al

coronel que los armados con ametralladoras entre sus hombres iban a llevar pecheras con doce magazines grandes y cuatro granadas cada uno; los demás, armas ligeras de largo alcance, y cierra los ojos Raúl, vacila y corrige, ametralladoras de asalto, unos, fusiles automáticos, otros. El coronel cambiaba miradas aprobatorias con los demás militares. “¿Y cuál fue la parte de su plan que no funcionó?”.

Carlos respiró hondo y con dificultad, como si le costara tragar aquel aire que levantándose del fondo de una quebrada soplaba por el cafetal y hacía volar las hojas. “A mí me ofrecieron los políticos opositores doscientos hombres, jóvenes y ágiles, bien entrenados. Lo que me dieron al final fue unos cuarenta viejos campesinos, mozos reclutados en sus haciendas. Los devolví a sus casas”, y despide Raúl con la mano a los campesinos, que vuelvan a sus ranchos donde sus mujeres y sus hijos, que no vayan a morir de balde.

El coronel había estado suave en sus preguntas, hablándole al prisionero con ademanes de cura; pero de pronto ya cambió la voz, la elevó sin necesidad porque el único ruido del monte era el de las chicharras y el de las hojas movidas por los soplos repentinos de viento; quería la lista de los contactos, “deme los nombres de los oficiales que iban a ayudar desde adentro de los cuarteles de la Presidencial”. Y Carlos se sonreía de nuevo, con un movimiento tan ligero de los labios, que si no es por los focos tan fuertes no lo ven sonreír. Fue entonces cuando el coronel le señaló la fosa, y Raúl indica una fosa excavada en dirección a la pista de baile, al pie de la tarima de la orquesta con sus atriles verdes; y después señaló el yipón, que si Carlos quería, podía llevarlo sano y salvo a Managua, el yipón estacionado más allá de la pasarela, sobre la arena de la costa. Y con los focos encendidos a contra luz sobre su cara, Carlos tarda en distinguir bien los ademanes del coronel que señala dándole a elegir “eso, o eso, ¿qué prefiere?”. Y por respuesta solo mantiene la sonrisa, ahora sí se le puede ver franca la sonrisa en la cara magullada.

Y el coronel quiere aparecer muy serio, demostrar que él es un hombre de palabra. “Aunque usted no lo crea, le garantizo la vida si me da los nombres de esos contactos; confíeseme que su llave principal de arriba era el capitán Taleno, Santiago, y se salva”. Y Carlos no deja de sonreír ni un momento, como si le divirtiera aquella insistencia. ¿Por qué insiste el coronel? se mueve inquieto Pastorita en su asiento. ¿Qué no ve que no le va a sacar una sola palabra más? Y Chepito aprueba. Ni una palabra más.

“¿Por qué se ríe?”, le preguntó el coronel ya molesto, y barre Raúl con la mano las fichas del tablero, “porque no voy a acobardarme, estoy listo para morir”; y dio unos pasos hacia la fosa, caminando de cara a los focos, la fosa es ahora la mesa y Carlos una ficha que avanza hasta el borde del viejo tablero carcomido, sus cuadros negros y rojos casi borrados. Los otros prisioneros, las otras fichas, están inmóviles y no han dicho una palabra. Un alistado recibió la orden del coronel, salió de la oscuridad y se colocó la metralleta al hombro.

“¡Fuego!”, se oyó en la noche, atropella Raúl una botella de cerveza y un resto tibio se derrama sobre el tablero. No es nada, se queda Chepito en su silla sin hacer movimiento, después voy a secar. “¡Viva Nicaragua libre!”, gritó Carlos en el mismo silencio en que se había escuchado la orden. Se oyó el clic que hace el percutor de la metralleta al caer, pero el arma se enconchó y no disparó; el soldado, nervioso, la montó de nuevo, pero tampoco accionó. Llamaron a un sargento y le entregaron la metralleta.

“¡Fuego!”, ordenó de nuevo el coronel.

“¡Viva Nicaragua libre!”, gritó Carlos otra vez.

Los ruidos del monte crecían en los oídos y ellos sentados alrededor de la mesa oyen crecer el chasquido de las olas del lago en la costa solitaria. Y ahora sí, sonó en la noche la ráfaga y después de la ráfaga todo queda quieto en *El Copacabana*; Carlos cae al borde de la fosa y doblado sobre el túmulo de tierra hace ademán de incorporarse. Solo después de varios tiros de gracia lograron dejarlo inmóvil.

Cuando la caravana llegó a Managua era ya de día, porque en otros puntos de la carretera iban deteniéndose para entrar a los cafetales a hacer otras ejecuciones de prisioneros; y ya desmontados en las cuadras del batallón presidencial, uno de aquellos sargentos que se había acercado a darle a Carlos un tiro de gracia, se desnudaba para acostarse, ya estaba acostado y no cesaba de decir: “así eran los huevos que tenía” y sopesa Raúl en el aire con los cuencos de las manos.

¿Dónde andará a estas horas el Jilguero? cavila Chepito; y va Raúl a la ventana y lo oyen decir que él al Jilguero lo seguiría a donde fuera. Y el agua gris del lago continúa quieta.



Van a cruzar un río y no pueden, el Turco pone el oído en tierra y los hace permanecer inmóviles mientras escucha bramar selva adentro la cabeza de agua que no tardará en bajar desbocada arrastrando árboles descuajados y animales muertos en la turbonada, se ayudan entonces a alcanzar un terraplén frente a la ribera para ponerse a salvo de la crecida inminente y cuando alcanzan la cresta él se sienta en el lodo quitándose las botas tiesas que a duras penas salen de sus pies hinchados, malolientes como los de un cadáver de días; jabonosa azulea la piel de los tobillos y no parece correrle sangre sino agua emponzoñada en las piernas que fueron un día demasiado cortas para alcanzar los estribos de la cabalgadura cuando mansa, sin ser espoleada a huir, mordisqueaba libre del bozal los hierbajos, y el jinete de tricornio y levitón se afianzaba a la montura agarrado del cabezal; rozaban sus tacones las guardaplas y confiado acariciaba la seca tersura de la crin, ajeno a todo temor porque la tropa de perseguidores no conseguía romper su inmovilidad al bajar por la pendiente lejana, disuelta en la polvareda contra el vidrio del gabinete, mientras fuera del encierro de la botica, la calle seguía siendo barrida por vientos electorales y no cesaba el tráfigo de correligionarios frente al consultorio del anciano, el consultorio de paredes encaladas, en sus flancos henchidos las horadaciones de las balas de las guerras civiles donde hacían ahora su nido las arañas, la figura de un caduceo sostenido por dos sirenas grabado en alto relieve arriba de la puerta esquinera que apuntalaba un pilar labrado, siempre abierta aunque el abuelo estuviera ausente en sus visitas y nadie lo esperara en la consulta de mecedoras de mimbre enfiladas contra la pared entre escupideras de loza.

Y más allá de la galería de puertas interiores, el patio enclaustrado sobre cuyas baldosas de barro picoteaban arroz las palomas y se paseaba, moroso, un viejo pavorreal de plumas deslustradas que para beber alcanzaba con un corto y torpe vuelo el brocal de la pila bajo el ramaje de un almendro; las hojas rojas y amarillas, perennemente desprendiéndose, nadaban contra los bordes en el agua lamosa utilizada por las cófrades para negar el jardín de

plantas escuálidas, can- teros de heliotropos, jazmines del cabo, begonias y jalacates, tallos pelados y envarejonados, la zarza de un rosal, erecta como un trozo de alambre de púas, y sobre la tierra dura, sobre los promontorios de las plantas, sombras blanquecinas con burbujas secas que eran las huellas de las enjuagadas del anciano al lavarse los dientes; el cepillo en una mano, el vaso de lata en la otra, lanzaba las buchadas al patio y poseído de ademanes mudos y violentos, ensayaba sus discursos frente al muro cubierto por una veranera.

Durante los meses de su campaña desbordó sobre las plazas públicas del país esa oratoria tanto tiempo ejercitada a solas en su patio enclaustrado; adornaba sus frases con golpes penitentes en el pecho huesudo, provocándose accesos de tos senil que hacían a la gente congregada permanecer en respetuoso silencio bajo el sol quemante, se doblaba convulsionado sobre la tribuna pero seguía luego su prédica, la voz enronquecida y la respiración silbante por el esfuerzo de dejar oír al aire libre sus promesas de cárcel contra todos los ladrones del erario público, hablando sin sacarse el sombrero panamá, el saco de lino doblado sobre el brazo, flojo el nudo de la corbata y arremangada la camisa como en el acto de realizar una curación; se volteaba al revés los bolsillos del pantalón y repetía, como en otras épocas, su letanía contra la corrupción, así iba a bajar del palacio presidencial en la loma de Tiscapa al final de su período, con las bolsas de fuera para que todo el pueblo comprobara que ni un solo níquel se le iba a pegar en las costuras.

Domingo a domingo escuchaba él en las madrugadas los alborotos formados en la calle al llegar los partidarios del anciano a sacarlo del consultorio para tomar los trenes expresos y dirigirse en caravanas a los pueblos donde era esperado por concentraciones tumultuosas; frágil y tembloroso era arrebatado de los vagones en las estaciones del ferrocarril, y con fervor paseado por las calles adornadas con palmas de coco y matas de chagüite, en fiesta las plazas como en día de santos patronales, chinamos y ruletas y jugaderas, bandas bulliciosas tocando sones de toros y marchas militares entre la alegría de la pólvora disparada al paso del anciano al que todos querían tocar aunque fuera la manga del saco, recibido por caballerías ruidosas en los poblados hasta donde la vía férrea no llegaba y conducido en procesión de montados, erguido en la silla de una yegua mansa que le llevaba del cabestro para que pudiera saludar sin cuidarse de la rienda, arrastrado a enramadas improvisadas en las calles donde se le obsequiaba con brindis, a las tribunas levantadas en los atrios de las iglesias parroquiales, encaramado a una mesa de sastrería acarreada al diamante de un campo de béisbol, o al

redondel de una gallera atestada para pronunciar sus discursos parado en el polvo fino de la cancha que hervía de pulgas; o es su voz cascada la que recuerda, pausada y sentenciosa, dirigiéndose al país por radio entre las interferencias de otras estaciones que se cruzaban en el dial con programas de melodías sentimentales, o alejada por el ruido de la estática, conferencias cívicas interminables de las horas nocturnas que hacían a los radioescuchas dormirse sentados pero sin atreverse nunca, por respeto al anciano, a apagar sus receptores.

Y durante los meses de la campaña electoral, también oyó las pedreas desatadas noche a noche contra el consultorio, lluvias de lajas que resonaban sobre el techo haciendo quebrazón de tejas, bolsas repletas de excrementos que estallaban contra las paredes, gallinas y otros animales muertos arrojados por encima del muro del patio; los carteles de propaganda con ampliaciones de su retrato de juventud fijados en las calles eran manchados de alquitrán, los vivos eran reprimidos a culatazos, luchas callejeras, heridos y prisioneros, rumores de que iban a llegar desde Managua gentes reclutadas en el mercado San Miguel para incendiar el consultorio, mientras su padre, tras la puerta muda, permanecía ajeno a la agitación de las calles.

Y pasado el domingo del mes de febrero en que se efectuaron las votaciones, otra vez subidos a la puerta para atisbar por entre los barrotes de la cancela, presenciaron él y su hermano Carlos la reunión creciente de gentes airadas que desde tempranas horas ocupaban la calle a las voces de ¡fraude!, ¡fraude!, ¡fraude! Con los primeros trenes del lunes llegaban de Managua rumores de que *el hombre* había prohibido a los jueces electorales empezar a contar las papeletas, mandando a encerrar las urnas en los sótanos del Palacio Nacional.

El anciano salió a la puerta esquinera del consultorio entre un remolino de banderas y partidarios que de pronto lo subieron a una silleta, y desde allí habló a la manifestación bajo los pabellones desplegados; alzando las manos sarmentosas en las que agitaba puñados de telegramas sacados de los bolsillos del saco, trataba una y otra vez de convencer al gentío inquieto de que el triunfo de las fuerzas civilistas había sido arrollador en todos los cantones de la república, como lo confirmaban aquellos numerosos informes telegráficos suscritos por los vigilantes opositores en las mesas, testigos jurados de los escrutinios. El anciano se colocaba cuidadosamente los anteojos y repetía con desfalleciente energía la lectura de las cifras.

Y ante el coro de gritos incrédulos, guardaba los telegramas y se

afianzaba en el respaldo de la silleta para buscarse en el bolsillo del pecho un ejemplar de la Constitución Política de Nicaragua, que extraía en triunfo con el ademán de un prestidigitador; paseaba el librito empastado en cuero frente a los ojos de los manifestantes, de pronto silenciosos, y con todo lo que daba su voz maltrecha exclamaba que aquella era nada menos la carta magna y en sus mandamientos residía toda la garantía, la Constitución era la fuerza soberana que defendía la victoria electoral del pueblo contra cualquier maquinación del continuismo; y sus últimas palabras, su último ademán, sosteniendo en alto el librito con ambas manos como al momento de la consagración en una misa campal, provocaban recogimiento en las gentes que aunque desconfiadas, se desbandaban a sus casas pero quedaban grupos aislados, compactados de pronto nuevamente, que le pedían en coro salir, y él regresaba otra vez a la silleta bajo las banderas asoleadas para repetir sus explicaciones constitución en mano, y la última vez suplicarles que se fueran tranquilos a sus hogares porque tenía informes del Supremo Tribunal Electoral de que mientras no se disolvieran las manifestaciones callejeras que estaban ocurriendo a esas horas en todas las ciudades con amagos de violencia, no empezaría el recuento de los votos; él mismo a la cabeza de una comisión de ciudadanos se dirigía en esos instantes a la capital, para estar presente en la apertura de las urnas.

Al bajarse de la silleta para encaminarse a la estación del ferrocarril, lo despidieron con aplausos; y aunque la manifestación se disolvió en obediencia, algunos grupos le siguieron a distancia los pasos, y de la estación a la oficina de telégrafos, porque el jefe de trenes le informó la cancelación de los viajes ese día y los demás de la semana; y en el telégrafo fue imposible lograr comunicación con Managua, porque los postes del tendido se habían caído por causa de las lluvias torrenciales. “¿Qué lluvia?” preguntaron los partidarios, ya metidos tumultuosamente dentro de la oficina, “si es pleno febrero”. Y el telegrafista se encogió de hombros, si *el hombre* ordenaba, llovía.

Y llegaron días más tarde los periódicos oficialistas de la capital para acabar con la incertidumbre; los gruesos titulares de madera anunciaban el triunfo rotundo de *el hombre* en los limpios comicios súper vigilados por observadores de la Unión Panamericana, y traían fotos del presidente reelecto siendo visitado por el Ministro Americano, quien lo congratulaba con un apretón de manos. Se clausuraron entonces los cines y los billares por orden militar, y se ordenó a los ciudadanos no salir de sus casas bajo amenaza de

cárcel; pelotones de soldados cerraron las calles de acceso al consultorio y cuando al anochecer quiso subir el anciano a su silleta en la puerta esquinera para proclamar ante la calle vacía ser cierto que se habían robado las elecciones violando la Constitución, la fuerza militar lo obligó a meterse, notificándole su arresto domiciliario hasta nueva orden, para quedar así confinado al encierro de su aposento igual que el hijo en el despacho de su botica, calle de por medio.

Fue el anciano el primero en romper aquello que parecía un nuevo desafío entre el padre derrotado por el fraude y el hijo comido por el cáncer; porque apenas le retiraron unas semanas después la vigilancia militar salió, una mañana a la calle luciendo sobre la osamenta del pecho hundido una banda presidencial de tafetán, y delante de él un niño descalzo que tocaba a bando en la caja de un redoblante. Así marchó por el centro de las calles y se acercó en su procesión íngrima al mercado municipal, un caserón almenado de muros de tres palmos como los de una catedral o una fortaleza, y seguido por un desgranarse de gentes abandonadas de sus negocios y sus quehaceres penetró corredores adentro con el tambor abriéndole paso por entre los laberintos de canastos de verduras y frutas, atados de dulce y arpillas de sacos de cereales; detuvo su marcha sobre un lecho de hojas de plátanos mojadas por las corrientes de los albañiles que se empozaban en el recinto, y comenzó a pronunciar su discurso de toma de posesión a la presidencia de la república; leía con parsimoniosa solemnidad, velado por el polvo de afrecho de maíz que como incienso o pólvora ascendía entre las columnas ennegrecidas, cercado por una confusión de aromas a madroños marchitos, quesos rancios y cueros de albarda recalentados, sosteniendo entre los dedos temblorosos las páginas tostadas y amarillas escritas con tinta violeta y guardadas desde la época de su primera candidatura de la adolescencia.

Terminada la lectura, se retiró saludando ceremoniosamente a uno y otro lado a la concentración impávida, y al caminar con majestad al son del redoblante las mujeres vivanderas lo rodearon con ánimo de detenerlo, como si desnudo hubieran querido darle protección, lanzarle algún trapo o cobija encima, pero él se escapaba sereno, se iba por las galerías encharcadas y malolientes a repetir su discurso bajo otros tinglados; y en los días siguientes, llegaba al mediodía y era el último en salir del mercado antes de que los guardianes cerraran los portones, yéndose de regreso a su consultorio seguido por tropas de niños congregados alegremente al sonido del tambor, aquel redoble que a los días de repetirse la ceremonia tenía ya un eco fúnebre frente

al cual todo el mundo cerraba con lástima las puertas de sus viviendas para que mientras el anciano pasara en su cortejo solitario dirigiendo saludos con el sombrero que apenas elevaba sobre su cabeza, ninguna mirada fuera a ofender la virtud de su desgracia, decían al asegurar reverentes los cerrojos, y no abrían sino cuando el redoble iba ya lejos.

Y solo tras días de súplicas de su madre que arañaba la puerta de la botica, aceptó su padre abandonar el encierro e ir en busca del anciano; abrió al fin y apareció sucio y esquelético, irreconocible el traje de dril a rayas que había vestido al regresar de Managua en el tren meses atrás. Defendiéndose con la mano del resplandor del mediodía que lo cegaba, caminó descalzo hasta el mercado y entre colgaduras de jáquimas y barzones, ristras de ajos y cebollas, rumeros de costales de yute y fardos de tabaco, lo encontró repitiendo ya sin auditorio su discurso, el niño del tambor dormido debajo de una mesa. Lo dejó concluir y se acercó para llevárselo, pero el anciano, sin aparentar sorpresa al verlo, lo apartó, se guardó las hojas y declaró a manera de improvisación final, que concluidas las ceremonias de investidura se retiraba a gobernar tranquilo a su casa, como todo un jefe de estado civilista, sin fanfarrias militares ni adulaciones palaciegas; y entonces sí, se dejó ya dócil conducir de la mano del hijo a su consultorio, los dos atravesando en silencio el hervor luminoso de las calles.

Y ahora, con los pies desnudos y deformes asentados en el lodo, oye el ramalazo de la crecida que se aproxima y recuerda a su abuelo paseándose desde entonces en el aposento, lo ve gesticular encorvado, las manos cogidas a la espalda mientras habla con aire de preocupación frente a las sombras, la banda presidencial cagada por las golondrinas terciada sobre el pecho.

CAPÍTULO IV



¡Aquí vienen ya las Adelantadas! –aplaudió alegremente el Turco y se puso de pie para recibirlas; el coronel dejó su plática con el Indio al oír la bulla y buscó también cómo incorporarse, esforzando la cabeza para distinguir mejor a las mujeres que se disputaban en tropel de tacones la puerta del salón de los espejos, como todavía se le llamaba al cuarto del fondo donde nos habíamos instalado; el Turco las atraía una a una, presentándoselas al coronel, y ellas lo saludaban con la cortesía que Lasinventura desde los viejos tiempos les había enseñado, extendiendo de lejos la punta de los dedos. Y fue la Colegiala, el uniforme de popelina blanca pringado de manchas amarillentas y desleído el azul del cuello marinero, quien se le enfrentó de último, poniendo casi la rodilla en tierra al hacerle una genuflexión de claustro.

—Aquí tiene, pues, a la mentada Colegiala, coronel –se la lanzaste a los brazos, Turco; él la recibió a tuestas, cayendo de nuevo en su silleta con ella encima, haciéndose el sofocado ante sus abrazos, ya el negruno de las cejotas restregado en sus cachetes.

—¡Para vos es la fiesta, Catalino! –gritaba el Indio como en una barrera de toros y empujaba a las otras para que también lo asaltaran, y ellas lo jineteaban, le acariciaban el morro rasurado, melosas lo tocambuleaban entre carcajadas buscando agarrarle el miembro bajo los pliegues de la barriga, lo besaban anegándolo en saliva; despatarrangado en su asiento, él las rechazaba gozoso para después atraerlas, agarrando lo que podía en la confusión.

A las señas del Turco se apaciguaron, buscando sus lugares, y solo la Colegiala le quedó al coronel sobre las piernas, dedicada ya a darle de beber sin despegarle el vaso de ron de los labios; manoteaba fingiéndose desesperado, y de la barbilla el licor se le derramaba en hilitos por el pecho

lampiño, bajándole a la barriga. Manoteaba pero de puro gozo, sin disimular ya su alegría, ¿verdad, Jilguero? Rodeado de putas y con una de uniforme escolar sentada sobre las rodillas.

La sinventura apareció por última vez para preguntarnos si no nos hacía falta nada, allí quedaba su corte de Adelantadas para atendernos a cuerpo de rey, ella mejor iba a acostarse a ver si amanecía mejorada, y la despedimos en coro, que muchas gracias por sus finezas y tranquila se fue. De la nada salió al rato una guitarra que vos empezaste a afinar, alentado por el Indio, Jilguero; el Indio se paseaba vaso en mano ensayando a recordar canciones y le consultaba al coronel sobre piezas que le gustaría oír; el coronel, que apenas respiraba, con la cabeza metida entre el pelo de la Colegiala, aceptaba las propuestas musicales del Indio sin pararse a considerarlas.

El Jilguero inició el refuego con la guitarra y se abrió la cantadera, logrando el Indio tras mucha insistencia sacarle voz al coronel, que enredaba las letras pero secundaba en el coro; venían aguas gaseosas, movilizándose admirablemente las Adelantadas mientras estuvieron sobrias. Al suelo iban cayendo, hechas ya cadáveres, las botellas.

En una de tantas, el Indio se subió de un solo brinco a la mesa y comenzó a bailar un son con el pañuelo en alto, desatando en su zapateo una quebradera de vasos y de platos; la maroma del Indio divirtió al coronel, quien empezó a llevarle el compás, golpeando con las palmas de las manos sobre las piernas de la Colegiala; y en eso estaban cuando vos, Jilguero, por joder o lo que fuera le cambiaste de pronto el ritmo, te pasaste a un bolero sentimental, y arriba el Indio paró sus vueltas; buscando equilibrio bajó primero a una silla y de allí al suelo, y sin osar mirarnos para que no nos riéramos en su cara, amoscado, se enjugaba la frente.

Después de apearse al Indio de la mesa, el Jilguero ya se quedó tocando solo piezas de llanto, nadie podía seguirle con la voz sus canciones viejas, unos aires serenateros que la Fátima Fatal y la Niña de las Rosas bailaban descalzas, estrechándose sonámbulas a los cuerpos de unos compañeros invisibles. Ya la plática descuadernada, todo se había vuelto rareza de borrachera y como pendejos las veíamos bailar.

Lo que pasa es que vos salteabas los tragos, y claro, llevabas cuenta distinta de las horas, Turco. La verdad es que ya avanzaba la medianoche y tampoco era agua lo que estábamos bebiendo, aquel ron era bastante asesino.

—¡Vuelta a los sones nicas! —gritó el Jilguero, y otra vez empezó la bullaranga, la botella de mano en mano a hacer su ronda y más cadáveres

vacíos al piso, solo que el Jilguero, igual que yo, empezó a rellenar de Pepsi Cola su vaso, porque le advertí que si se ponía borracho, la jodía.

—Decime si no es esta la gloria, Catalino —se arrimó el Indio al Coronel, agitando el hielo en su vaso—, pero vos no estás tomando nada, ¿qué te pasa?

—Claro que estoy tomando, que diga ella si no —sacó la cabeza por entre los brazos de la Colegiala.

—Bebamos juntos, pues —pidió el Indio. Y los dos levantaron su vaso y bebieron sin un respiro, lentamente.

—Para que veás, Indio, taco a taco como en otros tiempos —repuso el coronel su vaso en la mesa; el Indio abrió los brazos, se inclinó para abrazarlo y se quedaron estrechados, con las caras pegadas.

—Vos sabés cómo fuimos.

—Tonto que te portaste —le echó el aliento encendido en la cara el coronel.

—Decime por qué, Catalino —se separó el Indio un poco para mirarlo.

—Pues por haber hecho lo que hiciste, ahora ya estarías cargado —sopesaba el coronel, con un eco de compasión las manos vacías, como si en ellas hubiera tenido dos talegas de reales.

—¿Qué ha sido de Calzones, coronel? —le preguntó el Turco cuando se despegaban de su abrazo; el coronel respingó.

—¿Qué Calzones?

—Pues su ayudante, el teniente Quesada.

—El teniente Quesada está en la Zona del Canal, en Panamá, haciendo un curso de contrainsurgencia —contestó muy serio.

—Vea pues, lo que son las cosas; precisamente en la Academia Militar le decíamos Calzones, porque la única palabra que tenía siempre en la boca era “canal zone” y de *canal zone* pasó a llamarse Calzones. Su ambición era irse a estudiar milicia gringa allá; se le cumplió.

—Ya ven tres veces que yo me he querido matar, para que lo sepan —se oyó sollozar levemente a la Colegiala, siempre acomodada sobre las gordas piernas del coronel.

—¿Por qué matarse cuando una es feliz en la vida? —derramó la Fátima Fatal el vaso en su apuro de llamar la atención, la claridad de miel de su ojo felino turbada por un golpe viejo en el pómulo derecho.

—No le hagan caso a la Colegiala con sus suicidios, ya la conozco —cesó de tocar el Jilguero; ella se separó del abrazo del coronel, resbalándose hasta quedar sentada a sus pies. Se restregaba los ojos y el negrundo de las cejas

suelto por las lágrimas le corría entre los dedos. El coronel, confundido, trataba de izarla por los sobacos y buscaba al Indio en demanda de auxilio; cuando el Indio fue a pedirle que se levantara, ella alzó a verlo sorbiéndose las lágrimas y le preguntó si querían oírla o no.

—¿Llorar, yo, que dejé plantado a un millonario panameño el día del casamiento? —simuló una risotada la Fátima Fatal.

—Dejen hablar a la Colegiala, si no, no se para del suelo —pidió el Indio, impotente.

—Lo desprecié al pie del altar, y aún así viene todos los sábados del mundo en su avión particular a pedirme de rodillas que me vaya con él para Colón, donde es dueño de una gran fábrica de perfumes balsámicos. “Fátima, jamás ni nunca podré olvidar tus besos” son sus palabras. ¿Y por eso voy a querer matarme? Me río más bien de la vida.

—Fátima, va a hablar la Colegiala —la calló el Turco. Pero ella no oía, andaba perdida en sus pensamientos.

La Colegiala, muy formal, había dejado que el Indio la sentara en silla aparte, e inclinada mordía el ruedo de su uniforme escolar; luego extendió despaciosamente la mano en la lontananza mal alumbrada de la recámara.

—Como si fuera hoy me veo lavando trastos en el fregadero del patio de mi casa en Zacapa, aturdida estoy por el sol —y con aleteos de las manos se cubría del resplandor o se despegaba las sombras. El Jilguero golpeó por accidente la guitarra al querer alcanzar algo en la mesa y las cuerdas sonaron. El Indio, severo, impuso silencio.

—Parada sobre una piedra cantera porque no alcanzo con mi estatura la pileta, corre debajo de mis pies el agua que se encharca tibia y azulosa, lamida por los perros que no le encuentran gusto.

El Indio se acercó de puntillas a servirle otro trago al coronel, porque con la Colegiala en trance, se había quedado abandonado.

—Aquí están mis manos despellejadas. Y mi mamá, desde dentro de la cocina de cañas, solo me llama inútil y desagradecida, ¿oyen su furia? Que todo lo dejo a medio hacer, reprochándome la manía de quitar la ropa de los alambres antes de secarse, solo por la pasión de irme a jugar, y que por eso se nace en el canasto. Escondida de ella saco de un hueco de la pared tapado con ripios mi muñeca de trapo y lejos de su vista me pongo a jugar.

—Si alguna vez dejo esta vida, me vuelvo con mis papás a Cartago, si vieran qué cartas más sentidas, perdonándome el descarrío —se volvió hacia el Turco la Fátima Fatal y el Turco la acalló, abrazándola.

—Hoy es de mañana, miércoles santo. Ya le perdí amor a mi vida, más bien me estorba. Me le acerco resuelta a mi mamá y le digo: “Mamá, mejor quiero matarme”. Y véanla, coge de la mesa el cuchillo romo de cortar las cebollas y me lo entrega, me abre la manito como para dejarme algo dulce de comer, una cosa de cariño que me regalara, y yéndose a seguir sus oficios me grita que está bien, que me mate, así va a haber una boca menos en la casa. Y yo solo lloro con el cuchillo en la mano, me cubro la cara con la batita de manta, y lloro. Tengo ocho años.

El coronel se rió nervioso y creyendo que ya había terminado la buscó para sentarla de nuevo en sus piernas, pero ella abrió los ojos y lo rechazó.

—Me ofrecen en esas cartas regia casa con criados y un viaje en barco trasatlántico alrededor del mundo entero, me ofrecen poner interna a mi hijita en el colegio Sión de San José, ¿qué más quiero? Esas no son tristezas, Turco, son fortunas —y el Turco le dio a entender que claro que sí, y otra vez la abrazó.

—Desde entonces me viene esa manía de querer cortarme los pulsos y no tener valor —y se agarró las muñecas, asombrada de ella misma; después se golpeó las rodillas y hundió la cabeza entre las piernas abiertas, atacada de risa.

—Qué loca esta mujer —la recibió otra vez el coronel, ya aliviado.

—¿Conoció usted a mi abuelo materno, don Chico García de Nandaime, coronel?

Tan sorprendido como cuando le pregunté por Calzones, vaciló en responderte, Jilguero.

—De vista, de vista —sacudió la mano, como queriendo espantarse la pregunta de la cara.

—Pero yo, qué voy a andarles aceptando, prefiero mi libertad a cárcel de oro; y además, que mis joyas me dan desahogo, entrego en empeño al Monte de Piedad las más insignificantes y las otras, las refulgentes, esas no las saco a luz por temor de robo.

—Pues qué lástima que no llegó a tratar de cerca a mi abuelo, gran parrandero, el papá de usted sí que lo conoció, ¿verdad?, si mi abuelo le compró aquella finquita, “El Corozo”, pues imagínese lo parrandero que sería, que apenas volvía de los gallos los domingos, se encerraba en su aposento y ya rascado mandaba a recoger a los músicos de la banda de las procesiones, para que metidos con él en el cuarto le tocaran sones de pascua, pasodobles y hasta marchas fúnebres. Pero su fascinación eran los vales de

José de la Cruz Mena.

—El divino leproso Mena —llevó el Indio la voz a un tono de éxtasis— si no es porque lo jode la lepra, pasea su gloria de compositor por el mundo; un genio de la música, el Rubén Darío de la música.

—Quién anda creyendo en vales en estos tiempos, ya los vales pasaron de moda —puso cara burlona el Turco, sin quitarle atención a la Fátima Fatal.



La primera casa que tuvieron en Managua se alza asoleada en una isla de monte, al otro lado de un cauce para aguas de lluvia en el que también botan basura. Un barrio tristón de mediaguas de tabla y solares de vegetación árida, charrales secos que se derraman sobre los cercos de alambre, caserones de adobe de altos pretils, con rótulos de cantina, dentro de los que suenan gritos de disputa; llantas viejas y vidrios rotos calentados sobre el polvo de la calle a cuyo final se divisa una ceja plomiza de lago en un claro de los breñales; pasan lavanderas que cargan motetes de ropa, aguadores con sus pipas tiradas por caballos, carretones ruidosamente empujados a mano, en tardes en que vuelan distantes los barriletes.

Hasta el borde del cauce se acercan sigilosos automóviles de los que descienden, veloces y secretas, unas damas de tacones altos y grandes carteras de charol; atraviesan el andamio tendido sobre la zanja y dejan al pasar un rastro de perfume caro que se borra en el caliente olor a mierdas secas, y Taleno el padre las recibe en la puerta con sus sabidas genuflexiones, se quita en ademán galante su sombrero de fieltro como si fuera un sombrero de plumas, y ya dentro las conduce a sentarse frente a la cortina celeste decorada con estrellas y una medialuna de papel plateado, tras la cual queda el aposento de la casa, y donde la Milagrosa, sentada al otro lado del velo, responde sus adivinaciones y receta los brebajes entregados por Taleno el padre a las damas al momento de cobrar el valor de la consulta. El invento de la cura por oráculo es suyo, y para hacer más real la sesión, instruye a la

Milagrosa poner una voz de muerto al responder, hablarles a las suplicantas con deje de ultratumba: ella se comporta obediente en los ensayos, y le solicita explicarle cómo es el hablar de los difuntos, a lo que Taleno el padre muestra entonces el blanco de los ojos y estira las palabras hasta darles un tono lúgubre, “así, como si estuvieras bajo el fondo de la tierra”.

Pero fracasa ella en su imitación, talvez ya perdido por causa de su barriga el ánimo para esos trances mágicos, y solo con desgano contesta a las interrogaciones, oyéndosela padecer a media sesión arcadas de vómito; y al marcharse las clientas, que ante esos contratiempos van poco a poco escaseando, humilde le alega a Taleno el padre, furioso ante su dejadez, que un embarazo a su edad no es cosa de juguete, que a lo mejor tiene ya reseca las entrañas, como cuero viejo. Y quizás es al nacer la Alma Nubia, su hermana, cuando se cierra la curandería; ve una cuna de palo y oye una madrugada el berrido de un niño; o padece tal vez la Milagrosa primero un aborto, porque Taleno el padre quema en el patio unas sábanas ensangrentadas y le ordena a él que no se acerque.

Y una vez nacida su hija, la Milagrosa solo tiene ojos para la cuna de palo; y cuando Taleno el padre la apura a abrir de nuevo la consulta ella se hace la sorda, paseando por el cuarto a la criatura con una cara de pena que es ya la de una santa arruinada, el pelo frondoso en desaliño y a rastras por el suelo el guardapolvos descosido de la túnica, la túnica blanca que solo más tarde, al verla tendida del alambre en el patio, descubre él que está cosida de sacos de harina porque a trasluz del trapo mojado puede deletrear la marca *Gold Medal*.

Y ya cansado de no poder abrirle la mano con súplicas de que lo habilite entonces para un buen negocio, Taleno el padre se pone a trastejear meticulosamente por todos los rincones del aposento, se asoma al descuido detrás de los cuadros religiosos, silba, levantando las imágenes para revisar debajo de las peañas, decidido a encontrar por su cuenta el escondite de la plata, deslizándole también la mano entre los senos a ella mientras duerme. Y al final de sus escurques desesperados, acaba por meterse a gatas bajo la cama de baldoquín acarreada desde Chontales junto con los santos, recriminándola al tiempo que se arrastra en el suelo, quizás para disimular su humillación, que su único aporte para instalar el oráculo había sido el humilde cortinaje, y eso que costando un mundo sacarle los centavos para las dos varas de manta celeste; ni para las papeletas de propaganda, ni para un juego de luces rojas había querido dar. Y al oírlo ella arañar por debajo de la

cama, aprovecha para defenderse en alta voz, como si hablara a solas con las paredes o no estando él presente, justificara ante extraños su agarramiento. ¿Quién le garantiza que no va a quedarse botada en Managua con su pobre criatura y despojada de sus pobres centavos?

Taleno el padre asoma entonces la cabeza cubierta de telarañas, se sacude las rodillas al incorporarse y sale del aposento apartando de mal modo la cortina de los misterios, se pone el sombrero como si se preparara a irse a la calle pero solo da vueltas atropellando los asientos, si acaso de él dependiera ya se hubiera sentado detrás de la cortina a adivinar, pero las damas de la clientela no querían tratarse con sajurines varones, solo en mujeres magas tenían confianza.

Y al final de uno de sus paseos recriminatorios dentro de la casa, anuncia que se va por los barrios orientales en busca de enfermos, por lo menos a inyectar; y sale efectivamente a la calle con una valijita de madera en la que carga remedios y una jeringa. Después de tres días no regresa, y la Milagrosa lo mira a él sentado quietecito en un rincón, pensando que Taleno el padre no va a huírsele dejándole al hijo, y así llega a acatar que tal vez es que ha caído preso.

Con la niña en brazos y él cogido de su túnica, la Milagrosa va entonces a buscar al militar que les alquila la casa, el militar Catalino López, dueño de esa y de todas las demás casas, pocilgas, billares y cantinas del barrio; lo aguardan toda la mañana sentados en un escaño frente al galerón del Campo de Marte donde tiene su oficina, entran al fin a verlo y la oye, dejándose soplar con un abanico eléctrico que le da en la cara, lucio de sudor, y da órdenes telefónicas de que le busquen a algún prisionero detenido por curandería y que se lo lleven a su presencia; y frente a él siguen aguardando, entregado el militar a sus papeles sin hacerles más caso, hasta que unos soldados meten a Taleno el padre por la puerta, esposado.

Le da la libertad el militar después de una larga plática que dura hasta que va a oscurecer, son las seis de la tarde cuando salen del cuartel porque arrían la bandera al toque de un clarín; y a partir de su regreso a la casa, humillado por la prisión, sabe la Milagrosa que queda a merced de su cara de víctima, sin otra forma de lavar su culpa que la de aparejarle la bolsa con el dinero necesario para regresar delante del militar Catalino López y exponerle su pensamiento de negocios, porque en la plática el militar lo había tentado con negocios.

Y logra su tramo de abarrotería en el mercado San Miguel, de los que no

dan a cualquiera la patente, pero el militar se la habilita con gusto; es primero un puesto de menudeo, y al poco tiempo quiere su suerte y la protección recibida, que prospere con surtido grueso de mercancías; sin darse descanso entonces, no pierde días domingos, almuerza en el mostrador y mientras vigila con la cabeza erguida y nerviosa el entrar y salir de la puerta, lleva sus cuentas con un movimiento apenas perceptible de la lengua al despachar la mercadería, se hace tirano con los cargadores y los mozos de cordel, se pelea con los camioneros por asuntos de flete y no perdona un solo real en los vueltos; y al año siguiente saluda ya a su cliente con sus propios calendarios.

JOSÉ ASUNCIÓN (Chon) TALENO
MERCADERÍAS AL POR MAYOR Y AL DETALLE

Maíz blanco y amarillo — Sorgo y trigo rubio millón — Arroz
Rexoro y quebrado — Fósforos “Momotombo” y “Estrella” —
Mantadril azul “El Porvenir” — Candelas y veladoras —
Cueros para suela y empeine — Tacones de varón y de señora —
Zapatones cosiclavo — Cordones por gruesa — Manteca legítima de cerdo
— Quesos chontaleños — Machetes y Mojarras —

Clavos y Grapas.

Costado Oriental del Mercado San Miguel,
Frente a la Botica “Tropical”

DESEA A USTED MUY FELICES PASCUAS 1939
Y UN PRÓSPERO AÑO 1940

Ya Taleno el padre se ha engordado de cintura, guarda dos o tres sombreros en lo alto del ropero, usa soguilla de oro y desde entonces, los anteojos oscuros de patas triangulares de carey que llegan a ser su marca, comprimiéndole el rostro como si hubiera recibido por parejo golpes en las sienes; cena solo en su mesa de mantel tendido, trasladada por propia voluntad la Milagrosa a la cocina, y si soberbio tira los platos al suelo al encontrar fría la comida, ella solo barre en silencio los pedazos de china.

Y es para entonces, en tiempos de sus primeros éxitos de comerciante, cuando comienzan a aparecer en la casa los retratos. Cada día van sumándose nuevos hasta cubrir toda una pared del cuarto donde en otra época se sentaban las clientas de la Milagrosa frente a la cortina celeste, una aglomerada galería que asciende a los límites con el techo, fotos recortadas de periódicos y carteles de propaganda, tarjetas postales cuyos colores

palidecen tras los vidrios sudados por el calor, el mismo hombre de rostro gordo y blanco retratado en innumerables poses: pronunciando un discurso, vestido de frac con una banda cruzada sobre el pecho; presidiendo un banquete en traje militar de gala y cargado de condecoraciones; mirando en éxtasis hacia el océano, calado con gorra de beisbolero; bajando las escalerillas de un avión, confundido entre abrazos de gentes de leva y militares; bailando sonriente un son folclórico con una muchacha disfrazada de india; encabezando una parada militar, calzado de botas altas y montado en un caballo de raza. Y flores secas entre los retratos, ramos marchitos y rosas artificiales desteñidas que emergen detrás de las molduras negras y doradas; él los recorre intrigado con la mirada todos los días al volver de la escuela, preguntándose quién será el hombre de los retratos. Hasta que un domingo ya lo sabe para siempre.

Taleno el padre lo levanta muy oscuro, le lustra los botines, le pone una gorra roja de franela y por las calles apenas amanecidas lo lleva a la Plaza de la República; se colocan solos al centro de la plaza desnuda y mientras sube el sol sobre sus cabezas, oyen por un rato el martillar de unos carpinteros ocupados en clavetear la armazón de una tarima montada en las gradas del Palacio Nacional; después ven salir de la Catedral a los fieles al terminar la misa, y alejarse, va a ser ya mediodía, llevan horas allí y el asfalto les calienta las suelas de los zapatos, pero siguen inmóviles porque así aguarda siempre Taleno el padre, sin que lo joda la impaciencia. Pero más tarde llegan los músicos de una banda militar y luego empiezan a arrimar camiones venidos seguramente de lejos porque traen las trompas y los guardafangos cubiertos de lodo, y de las plataformas se hace descender a grupos de campesinos que al quedar de pie en el pavimento de la plaza, parecen perder el equilibrio bajo la muina del sol.

La banda rompe a tocar una marcha, revientan cohetes y morteros, crece la bulla y llegan buses, mujeres descalzas, adolescentes, niños, bajan trayendo banderas enrolladas en las astas y se acercan tímidos a los otros grupos que ya han desmontado; los arrear hacia el remolino en el centro de la plaza donde convergen todas las columnas, en alto sus cartelones de papel kaki pintados con anilina:

—Barrio Rigüero te saluda—

—Sábana Grande dice ¡PRESENTE!—

—Los Brasiles como un solo hombre—

—Aquí está el corazón rojo de Nagarote—
—Tipitapa todita contigo—
—ORDEN, PROSPERIDAD, PROGRESO—
—Llor al Centinela de la Paz—
—FOREVER TE QUEREMOS—

Los empujan y Taleno el padre defiende como un tigre su sitio, se afirma en el suelo y se coge de los hombros de él para resistir la marea, sin dejar de sumarse al coro que contesta los vivas monótonos enseñados por una voz ahogada en jadeos desde los parlantes de una barata, lo sacude para que grite ¡viva! y su vocecita repite ¡Viva! y cuando le ordena ¡Muera! también contesta ¡Muera! ¡Mueran los malos hijos de la patria!

Y recrudecen en otro instante los empujones y los gritos, al oírse por sobre los acordes de la banda el aullido de una sirena que viene progresando hacia la plaza, un coro de escapes de motocicletas ensordece las voces y Taleno el padre se inclina hacia él. ¿Ve? Pero él no distingue nada, y entonces lo eleva por la cintura para que conozca en persona a *el hombre* que baja de un carro negro y rodeado de guardaespaldas camina hacia la tribuna saludando con el quepis en alto. Ese es pues el de los retratos, le dice severamente al volverlo al suelo, y se lo repite al oído como para que no vaya a olvidarlo, *el hombre de Nicaragua*, la misma Nicaragua que desde el remolcador le había señalado brumosa a lo lejos un día.

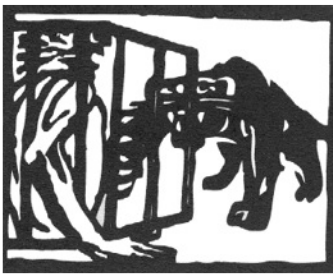
Después ya se van porque todo ha pasado; desde las plataformas de los camiones vacíos alineados bajo las ramas de los malinches del Parque Central, reparten a los manifestantes aguardiente y nacatamales que los empleados públicos encargados de la distribución pescan del fondo de unos barriles tiznados; un hombrecito, quizá amanuense de algún ministerio, con una corbata que le cuelga más abajo de la portañuela, trota encorvado tras alguien que se aleja llevando una lista bajo el brazo, sin conseguir dejarle oír su súplica, “yo vine y a mí no me apuntaron, yo vine y a mí no me apuntaron”.

Y gritos aguardientosos, vivas rezagados se pierden por calles que ellos ya no ven, tropiezan con manifestantes borrachos caídos en las cunetas sobre charcos de vómito, todavía un olor a aguardiente y a pólvora mientras el viento acarrea hojas de plátano y sombreros extraviados; en las bancas de un parquecito arrinconado y estrecho, sacado a la cuchilla de una calle, duermen con las papeletas de propaganda puestas sobre la cara unos campesinos, y la

tinta roja les baja mezclada al sudor por el cuello; tristes se quejan otros mientras van con sus alforjas al hombro, perdidos por las avenidas de comercios cerrados, se quejan de no saber cómo regresarse a sus comarcas porque los camiones los han dejado abandonados. ¿Y oyen una voz, alguien que grita: “corramos, que *el hombre* está tirando puñadas de monedas desde su carro en el Mercado San Miguel”? Desdeñoso lo jala entonces Taleno el padre para que apresuren el paso, que esas son chochadas, ni que fuera pendejo *el hombre* para estar botando sus reales.

Y cuadras adelante silba contento, no ve la expresión de sus ojos porque permanecen escondidos tras los parches negros de los lentes pero siente su entusiasmo cuando le quita impulsivamente la gorra de franela, le mete la mano entre el pelo y le sacude la cabeza, “siempre hay que andar con el que manda, esa es mi ley”.

Y en otro momento del camino le habla de nuevo, tal vez cuando entran ya a territorio del barrio, yendo por la media calle. “Mi ilusión es que te hicieras cadete. Yo quiero verte un día oficial de la Guardia”.



Pastorita copia en unas hojas de papel de oficio las nuevas canciones que trae el *Cancionero Rayo* del mes de abril, dibuja aplicadamente las letras entre las finas líneas azules como si se tratara de una tarea escolar, y siguiendo la melodía con el pensamiento, silba, mientras Raúl va a sus espaldas de rato en rato a vigilarle el movimiento del pulso, preocupado, como si de la escritura fuera a salir en cualquier momento algo nuevo para su suerte. ¿No es acaso un bis lo que va al final de esa estrofa de *Me miré en tus ojos*? pregunta, y Pastorita repasa, ceñudo, lo escrito. Mejor se fijan al oír el disco en el radio, los cancioneros se equivocan muchas veces.

Y entra en eso Chepito que viene de la calle, anteojos oscuros de Carey y gorra de beisbolero con la insignia del *Cinco Estrellas*, cargando una bolsa mantecosa de papel donde trae tomates, plátanos verdes y un pedazo de

cecina envuelto en un periódico, para cocinar su almuerzo; y sin quitarse de su lugar tras Pastorita, lo sigue Raúl con la mirada, apoyadas siempre las manos en las rodillas, las manos grandes y extrañas, entre las que, según el decir de Lázaro, siempre parecía una muñeca desvalida su guitarra. Te estábamos esperando para que nos aclarés una discusión, lo deja poner las compras sobre el mostrador, lo deja abrirse la camisa y soplarle.

La música sabe bailarla, pero de asuntos melódicos no entiende ni jota, les advierte halagado y se acerca, se quita la gorra y la marca de la badana le queda encendida en la frente. Y no levanta la cabeza de su copia Pastorita cuando le dice que no es nada de melodía, es sobre esas elecciones robadas del mes pasado que Raúl quería preguntarle.

Chepito exagera su cara de sufrimiento, acordándose del dolor en sus costillas, y se presiona con ambas manos el pecho, sentándose a la diestra de Pastorita. ¿Cuáles elecciones? Y Raúl se acomoda los pantalones, se los sube, enérgico, metiéndose los puños en los bolsillos delanteros y se pasea por el tablado, hacete ahora el de a peso, pues las elecciones de *Miss Nicaragua* que le robaron a la Liliana, la hermanita menor del Jilguero. No quiere creer Pastorita lo del fraude.

Resignado suspira Chepito y no abandona las manos del tórax; tampoco se quita los anteojos oscuros, para qué mentir, pues, en esas elecciones yo iba partidario con la candidata triunfadora, la hija recogida del coronel. ¿Recogida? sigue ocupado en escribir Pastorita. ¿Dónde la recogió?

Se la sacó en una rifa. Eso no me gusta andarlo repitiendo, porque el coronel no quiere que nadie le acuerde ese pasado a su hija, pero así fue. Las monjitas del hospicio de huérfanas de Ticuantepe hacían los domingos unas sus tómbolas caritativas y sorteaban niñas entre las familias cristianas presentes, familias que quisieran hacerse cargo de las motillas, como hijas de crianza; era un modo de repartirlas cuando maduraban, o cuando se les rebalsaba el hospicio. El coronel asistió a una de esas kermeses acompañado de otros militares, mandado por *el hombre* a hacer acto de presencia; venía la reelección de 1941, y quería aparecer bien con la religión.

Desapercibido de lo que se trataba, el coronel compró la acción de la rifa, y cuál no fue su brinco cuando en el portón, ya para irse, las monjas le entregaron a la huérfana con su morralito, felicitándolo porque su número había salido premiado. Los otros militares se reían de él, cuando ya montada la niña en el jeep entre todos ellos, el coronel no hallaba qué cara poner. Se fueron a sus parrandas, de cantina en cantina, y ella, hasta dar la madrugada,

en el jeep esperándolo, sin soltar el morralito.

Pero se quedó con ella. Como era machorro sin hogar, la tuvo en el cuartel por unos meses, allí andaba la huérfana como venadito asustado en las cuadras, subiéndose desgredada a los almendros; y como al poco tiempo ya entraba en juegos chabacanos con los rasos y los presos de confianza, su amigo el Indio Larios le advirtió que en ese libertinaje iban a perjudicarle su honor a la niña un día de tantos, ya le asomaban las tetitas; o la sacaba de allí, o se la devolvía a las monjas. Y sería que esas palabras lo tocaron, cogió consejo y la alejó del cuartel, mandándosela a sus tías en Catarina, para mientras le arreglaba el internado en un colegio afuera. Allá la tiene siempre en los Estados Unidos, estudiando mecanografía con una beca del gobierno. Cuándo se iba a imaginar desenvolviéndose en inglés la huérfana.

Raúl no deja de taconear con fuerza al pasearse sobre el tablado, Chepito se está orinando fuera del huacal porque ese no es el caso, el caso es que vos bien sabías que se estaban robando las elecciones, confesalo. Y escribe Pastorita como si apuntara lo dicho por los otros. ¿Cómo lo sabía?

Porque él personalmente anduvo ayudando en el fraude, por eso. Y sabe Raúl que Chepito, con las costillas molidas a culatazos no va a ser ahora capaz de negarlo, y no lo niega; avergonzado mira al vaso vacío que permanece en la mesa desde el día anterior, con la espuma seca en los bordes, no ha levantado tampoco las botellas, con *El Copacabana* cerrado por el estado de sitio, no hay premura. Es cierto que anduvo, pero por órdenes del coronel, y gira, transportando el peso del pecho hacia Raúl que se ha detenido de cara al lago frente al hueco calizo de la ventana, no creás que tengo remordimientos por haber simpatizado contra la hermana del Jilguero, a él no le importaba esa elección, me lo dijo claro en aquellos días, “a mí esas babosadas me vienen flojas, son cosas de mi mamá”. La mamá no solo se había empeñado con todos los usureros de Masaya para hacerle frente a los gastos de tanta ropa de fiesta y zapatos; a los dos hermanos también les exigía aportes y les demandaba andar de custodios de la muchacha en los bailes, pero el Jilguero se le escurría bajo el pretexto de la siembra de tabaco en Tisma, y entonces el compromiso le quedaba a Carlos que era mayor, así vino en una de esas fiestas el pleito con el capitán Taleno.

Se calla como si el asunto estuviera liquidado y quiere levantarse para ir a cocinar su almuerzo, pero Pastorita lo apunta con el lápiz.

¿Y el robo? ¿Dónde está, pues, el hecho del robo?

Pues los periódicos traían los cupones de votación popular para elegir a

Miss Nicaragua, y su oficio fue al principio comprar periódicos atrasados de puerta en puerta; se aparecía con una valija de cuero a las casas y no le entendían su misión, lo tomaban más bien por predicador evangélico, o marchante; pero al mucho explicar no solo le sacaban de regalo los periódicos, revistas viejas querían también endosarle. Es que a nadie le importaba la tal elección. Después del recorrido le llevaba los periódicos al coronel, allá arriba, para que los rasos recortaran los cupones; volaban tijera sin descanso los soldados, uno entraba al cuartel y parecía una sastrería, cada cual descuadernando su periódico para sacarle la boleta.

Pero ya después vino la pasión nacional por los votos, agarró el público la cosa en serio, y un solo periódico era como una onza de oro; el raso que por descuido partiera un cupón con la tijera, podía ir al calabozo. Y fue culpa del propio *hombre* que se le jodiera la votación al coronel, porque al volver una mañana de una parada militar en la Plaza de la República, detuvo su caravana y entró al Club Internacional para echar su voto por la huérfana delante de los fotógrafos, para favorecer así, en sus cuentas, la propaganda. Pero aquello fue más bien la perdición de la campaña, porque al alboroto de las motocicletas, las sirenas, la movilización de soldados y guardaespaldas, muchos pasantes se congregaron en las afueras del club, y al verlo salir y saber en lo que andaba, levantaron una gran silbatina; él nada más se reía y les hacía la guatusa, con la mano metida en la bolsa.

Desde entonces, la hermana del Jilguero empezó a irse muy arriba en los recuentos del Tribunal Electoral del Aire “Colgate Palmolive”, transmitidos cada sábado por la Radio Mundial. Pues claro, se acerca Raúl y agita las manos en la cara de Chepito, eso se podía sacar sin ser adivino, la gente se arrebatava los periódicos para votar por ella, y se formaban unas grandes colas frente a los lugares donde había urnas, los almacenes, los cines, las sorbeterías, el Club Managua, el Club Internacional; y como el avance era lento, la concentración de público daba ocasión a la fiesta, repitiendo los votantes enfilados en las aceras bajo el sol, una cantina alegre

*En esta fila
vota la oposición
el que se ponga en la otra
es cochón.*

Pastorita borra la hoja con el cuidado de quien cura una herida y sopla

acercando la boca, todavía no ve dónde está el robo. Y Chepito, ya severo con él mismo, acepta el reproche de la mirada de Raúl; como los votos ya no se podían conseguir, se mandaron a imprimir otros a la tipografía del gobierno. Y con esos votos falsos se aticunaron las urnas.

Raúl se detiene victorioso frente a Pastorita para ver su reacción, pero Pastorita solo borra y no parpadea siquiera; continúa entonces su paseo y en una de sus vueltas arremeda niñón la voz de Chepito, “y me callo lo demás que anduve haciendo”.

No, no me callo, se alza con cara digna Chepito, allí mismo dónde estás vos ahorita parado, el coronel, a la carrera, su jeep encendido esperándolo en la costa, me entregó los paquetes de votos falsificados, que todavía olían a tinta, “Solo un hombre de mi entera confianza como vos, Chepito, sin raza de militar, me puede hacer este volado”. Y que aquella era una lucha a muerte, si su hija perdía los gananciosos iban a ser los opositores, enemigos del gobierno.

Agarré los paquetes, los puse debajo del mostrador, y empecé a sacar por partes los manojos de boletas, procurando aparecerme en los establecimientos comerciales ya de tardecita, cuando las urnas se quedaban solas; me las sacaba de debajo de la camisa, húmedas de sudor, y aprovechando que las dependientas estuvieran distraídas las metía lleno de miedo en las ranuras de las cajas de cartón puestas sobre los mostradores, sin quitárseme de la cabeza la idea de que podían agarrarme. Pura muina mía, porque nadie sabía de la falsificación; pero ese temor me lo había metido el propio coronel, que me obligaba a reportarme a su casa todas las noches. “¿Ninguna novedad, Chepito?”, me preguntaba nervioso al solo verme llegar; y contento de que todo se hubiera hecho sin percance, le ordenaba a las sirvientas ponerme en la cocina una buena cena.

Así anduvo por varios días rellenando los buzones antes del último escrutinio que iba a hacerse al acabar un desfile de las candidatas montadas a caballo, un desfile al final de cuentas con solo la hermana del Jilguero, porque la huerfanita del coronel no quiso venir de los Estados Unidos más que para la coronación, y a la mañana siguiente volvió a irse; ya no le gusta aquí. Y ese desfile terminó en bochinche, como se acordarán.

¿Y cómo fue ese percance del desfile a caballo? pone cara de intrigado Pastorita; pero Raúl le descubre el afán de diversión, y lo reprende ¿Acaso acabás de venir del extranjero? Pues el desfile triunfal por la calle 15 de septiembre, la escolta numerosa de montados partidarios de la Liliana

Rosales a distancia, y adelante ella, garbosa y vestida de negro, botas altas y sombrero de barbiquejo, no quitaba ojo al paso galán de su cabalgadura que hacía eco con los cascos en el pavimento como si el suelo hubiera sido hueco, y presa de un cierto nerviosismo saludaba hacia las aceras, desde las que el público la aclamaba.

Al desembocar su caballo en la Avenida Roosevelt, frente al Colegio La Inmaculada, alguien desde el balcón de un segundo piso gritó: “¡Viva Liliana Rosales, la candidata opositora! ¡Muera la dictadura!”. Se desgranaron por donde quiera los aplausos, y ella, tímida, levantó su sombrero para agradecer alzando a ver el balcón; pero en eso, el percance: una sarta de bombas de mecate estalló entre las patas de la bestia, el público vio al viejo que lanzaba las bombas, se vio chispear la mecha, pero ya no hubo tiempo de avisarle nada, y a la reventazón el caballo se desbocó espantado sobre una acera, entrando con todo y jinete a *La Casa del Lagarto*, una quebrazón inmensa de vidrios y ruina de zapatos y carteras al recular contra las vitrinas, pero ella no cayó. El caballo arisco corcobeaba todavía sobre los vidrios cuando los otros montados lograron agarrárselo al fin del freno, para que se bajara. Y ella, blanca que era un papel, lloraba. Vos decís, Chepito, que el Jilguero no se metía en eso de la campaña; pues de entre los montados fue él quien la bajó del caballo, y la consoló. El viejo que tiró las bombas se perdió en los laberintos del Mercado San Miguel, y ya no lo pudieron alcanzar.

Y así, con la gente soliviantada en las calles por aquel hecho, da esa noche el tribunal Electoral del Aire “Colgate-Palmolive” el resultado final de la votación: el gran fraude, quién iba a tragarse que hubiera sacado tantísimos votos más la hija del coronel. Al ratito empezaron espontáneas las manifestaciones y la Guardia se metió a disolverlas a culatazos, agarraron a muchos prisioneros y hubo rajados de cabeza, y ya fue delito andar el retrato de Liliana Rosales en la bolsa, peor echarle un viva, cuadrillas de reos fueron sacados en la noche de las cárceles para borrar su nombre con alquitrán en toda acera o pared donde estuviera pintado. Y Managua patrullada día y noche por los camiones llenos de guardias, como en estado de sitio.

Pastorita enrolla sus pliegos de papel de oficio, ajusta el tubo dándole golpecitos contra la mesa y lo guarda, tanta babosada por una elección de mentira como fue esa de Miss Nicaragua, que a saber de dónde la habrán inventado. Y Chepito, que hasta ahora se quita los anteojos oscuros, ensaliva la pata y la muerde; van a competir a Miami a la orilla del mar, y allí hacen famosa y artista de cine a la que sale Miss Universo. El coronel no quería que

a su huérfana le quitaran ese chance.

Se ríe entonces Pastorita, divertida su cara lampiña de galán de la pantalla, solo que, según decía Lázaro, desmejorada por el hambre. Vos estás creyendo, lo que hacen es gozarlas desnudas en la arena esos yanquis.



Para el viaje de regreso al Ocotil me alistaron una yegüita, también propiedad del alcalde, y aprovisionado de un capote de lluvia a fin de ocultar la pijama, me sumé desarmado a la tropa; él nunca me lo dijo, pero yo sabía que era su prisionero. Cuando habíamos caminado tal vez una legua lejos del poblado, me aparejé a su bestia en la vanguardia, y tratando de agarrar de la nada orgullo, le manifesté que si era en plan de amigos, estaba en disposición de contarle la verdad. Me puso otra vez su cara de cura, como si me mirara desde el otro lado de la ventanilla del confesionario, una cara que por sus ojos legañosos, estaba a la vista no se había lavado en muchos días. “Eso es, platíqueme a calzón quitado todo lo ocurrido, de bróder a bróder”. Yo empecé a darle, mientras cabalgábamos, la verdad de mi informe, y él, a medida que me escuchaba, cabeceaba comprensivo; cerraba los ojos y de repente parecía dormirse sentado en la montura, por lo que yo entonces me callaba; pero él, con un ligero movimiento de los labios, me pedía continuar. A ratos se quitaba el sombrero de campaña para arreglar un pañuelo que había puesto alrededor de la badana, o para alisarse el pelo chuzo, utilizando los dedos a manera de rastrillo; y ya para concluir, cuando solo me faltaba contarle que había volado unos tiros al aire con mi pistola, ya lejos el enemigo, detuvo el caballo, sacó una botellita de *Agua Florida* y se mojó las sienes; a mí, después de todo lo que había pasado, aquel olor me provocaba nada más imaginaciones de desmayos, la bulla alrededor de mi pobre tía, desvanecida, al llegar a Catarina las nuevas de la desgracia; pensar que todavía se había alcanzado a retratar con mi primo Mercedes vestido con su uniforme nuevo y el rifle en bandolera.

Cuando vio que nada me quedaba por informarle, se estuvo largo rato dubitativo, alternándose placenteramente en la nariz los dedos impregnados de *Agua Florida*; guardó la botellita en la alforja, y cuando menos lo esperaba, me preguntó si sabía leer y escribir, con el mismo tono apenado con que me pudo haber dicho ¿es usted maricón, sargento? Y a pesar de toda mi desgracia, me supe comportar altivo en ese momento, claro que sabía leer y escribir, la sola pregunta ofendía. Él arreó su bestia, quitándole importancia al asunto, y otra vez al trote, me hizo ver que era solo por si acaso; estaba deseoso de ponerse a mis órdenes en la redacción del parte, que debería escribirse de una cierta manera, y al decirlo, me daba a entender que él sabía cuál era esa manera: “lo primero que no deberá ponerse, es haber ordenado usted retiro a dormir sin apostar fuera del cine la guardia nocturna”, meneó con un desconsuelo de incredulidad la cabeza, “segundo, si no había centinelas vamos a inventar que había, esos centinelas fueron pasados a cuchillo, y ya terminado el combate, echados al fuego junto a los otros cadáveres. Tampoco debe ponerse que los sandinistas desentejaron tranquilamente el techo para caer desde arriba sobre ustedes, alguien les abrió la puerta desde adentro, y ese alguien bien podría ser el mocito del alcalde; ayuda que el cadáver de ese niño no fue encontrado, o por lo menos, no pudo ser reconocido”, y pegaba alegre sobre el cabezal de su albarda con el puño cerrado, cogiendo la cosa como si él mismo fuera a librarse del calabozo por obra de sus invenciones; y todo lo dictaba al aire con tal claridad, que parecía llevarlo redactado en la mollera. Además, él me lo podía mecanografiar, agregó por último, a máquina se causaba mejor impresión. Y a mí, ¿qué otra cosa me dejaba ya? Pedirle, con la vista gacha, que me escribiera él el parte.

“De mil amores, sargento”, me respondió, pero como si mi aceptación ya no hubiera tenido ninguna importancia, y durante otro trecho del camino se dedicó a mirarme con sus ojitos encapotados, brillantes como patacones en la cara cetrina; “lo único que falta entonces es la prueba”, me dijo en cierto momento, y yo le pregunté extrañado, que cuál prueba. Él me volteó a ver, con el enojo impaciente con que se puede mirar a un niño tardo en comprender, y aligeró el paso de su bestia dejándome atrás; cuando logré aparejarme, en un trote que me deshacía los riñones, no parecía haberse interrumpido: “Pues la prueba de sangre, los marinos no van a aceptar lo de la defensa heroica suya al comando de su tropa, si se presenta sin un rasguño, como si ya tuviera pacto con las balas. Póngase en lugar del yanqui un momento, y haga como si piensa con su cabeza: el jefe de la patrulla, como

nuevecito, y todos los demás, cruz y calavera”.

Allí sí que me agarró, como quien dice, con los calzones en la mano. Sentí faltarme las fuerzas y abandoné las espuelas de los ijares de mi yegüita, que de inmediato aflojó el trote, y él se me alejó entonces con aquella su cara despreocupada, el cigarrillo suspendido burlescamente en la comisura del labio, y el pañuelo que se había metido debajo del sombrero, flameándole sobre las orejas. Me quedé atrás, envuelto a la vez, pero no fue por mucho tiempo que me entretuve y lo aparejé, ya decidido a acatarlo otra vez. Al sentirme al trote a su lado, ni me miró ni nos dijimos nada. En un trecho bastante tupido en el que entraba el camino haciendo una vuelta, apaciguó el paso de su caballo y ordenó a la columna detenerse a distancia; desabotonó el taliz de su pistola de reglamento y me la pasó. Desmonté, resbalándome por el costado de la albarda, y él tomó la rienda de mi yegüita. Me despojé del capote de lluvia, y descalzo y en pijama, caminé en dirección de lo más cerrado del monte, como quien va urdido por la necesidad de aliviar las tripas; y antes de meterme en la espesura, oí todavía su voz alzada desde la bestia: “Que no le dé vergüenza, sargento, para eso también se necesitan coyoles”.

Me introduje en el matorral, apartando la vegetación llovida, y andando por un senderito llegué a un claro donde había unas cargas de leña como en abandono, a la sombra de un tigüilote que derramaba sus ramas sobre las aguas lodosas y alborotadas de un crique. Me acomodé con calma sentándome en la hierba mojada, sintiendo caerme en la nuca el agua desde las ramas empapadas aún por las pasadas lluvias, las hojas rumoreadas por un aire algo misterioso en aquel silencio tan grande; examiné por unos instantes el arma ni- quelada que me pesaba un mundo en la mano, la sopesé frente a mis ojos y percibí con náuseas su olor terso a lubricante; vi las cabezas de las balas, inofensivas a simple vista, asomar por los huecos de la corona del tambor, y después pasé el cañón por distintas partes de mi cuerpo, sintiendo repelos al contacto. Al fin, tras mucho dudar, lo acerqué al calcañar de mi pie izquierdo, cerré apretadamente los ojos, y sin poder precisar en qué momento, apreté el gatillo. Aterrado escuché el clic del martillar, pero no hubo ningún disparo. La bala, por alguna razón y solo para mi tormento, no había entrado en la cámara.

Me quedé otro rato con el peso del arma en la mano, y de pronto, queriendo evitar más dudas, acerqué otra vez el cañón y apuntando a escasa distancia de la piel sin cerrar los ojos en esta ocasión, volví a disparar, para

que ahora sí sonara el tiro, retumbando en aquella soledad de ramajes como dentro de la cerrazón de una gruta; y antes de oscurecerse todo, lo último que logré ver fue el volar desesperado de una bandada de chachalacas que huía aleteando de la copa del tigüilote.

Me recobré acostado en una camilla de lona a la vera del camino; tenía la pernera de la pijama manchada de sangre y un pañuelo, el mismo que él traía bajo el sombrero, amarrado al pie; su cara estaba cercana a la mía, esperando que me despertara, nublada por el humo del cigarrillo siempre colgado en un ángulo de los labios como a punto de caérsele, tan próximo que el calor de la brasa me calentaba la mejilla. Al notarme despierto me enseñó en triunfo la palma de su mano, con las yemas de los dedos teñidas del rojo de mi sangre, y cogió después la mía para darme un apretón cordial al que yo respondí en la medida de mis fuerzas, recibiendo una sensación de alaste humedad. “Las amistades verdaderas se sellan con sangre”, me dijo. Y así creía cerrar conmigo aquel trato.

Ya había enviado una pareja de soldados para que se adelantara al galope a dar parte al Comando de la Marina en Ocotál, de que el jefe de la patrulla asaltada en San Fernando llegaba herido en combate, y ya allá, dirigió personalmente la operación de subirme al avión Focker que me transportó a Managua, en el que me hicieron campo entre otros heridos norteamericanos, destinados conmigo al Hospital de Sangre. Lo oí conversar en inglés con el piloto, lo vi sacarle confianzudo los cigarrillos de la bolsa de la camisa, en su patio con los yanquis; y baldado yo, no podía menos que admirarlo, “este sí que se las sabe todas”, reconocía. Ya encendido el avión, me sonreía, como manifestándome todo está bien, no se preocupe, y luego trató de decirme algo, pero por el ruido yo no acataba a comprender nada, hasta no empinarse para alcanzarme el oído. “Esa su herida de guerra a lo mejor le vale un ascenso, sargento”, le entendí al fin, y era tal su seriedad, que no podía darme por ofendido.

Cerraron la portezuela y detrás del vidrio lo vi quedarse de pie en el campo de aterrizaje diciéndome adiós, atendida mi suerte a su malicia en engañar a los yanquis; y ya rodando en brincos el avión por la pista de grava del Ocotál, atormentado por mi pie herido que punzaba agudamente porque a lo mejor hasta el hueso me había quebrado con semejante balazo, pensaba en las bambas de oro que me había mandado a buscar mi papá a la guerra y que ya no iba a poder lograr. Arruinado y enfermo como estaba que ya no se levantó más de la cama donde lo tenía baldado la pobreza porque a causa de

los dados se había ido desangrando en hipotecas, me había llamado a su aposento; “Vos sos el único que con tu juventud y tu cabeza, podés salvar ‘El Corozo’, la última finquita que nos queda; andá ve a tu padrino a Masatepe y le pedís una recomendación ante los marinos americanos para que te metan en la constabularia”, me aconsejó; y no podía olvidarme de lo contento que se puso cuando volví con la buena nueva de que había visto a mi padrino el Presidente Moncada en su chalet “Venecia” de la laguna de Masaya, y que me había dado una carta para el coronel Cummings USMC; tan contento que le provoqué más bien un daño porque se pasó la santa noche despierto, ocupado en arreglar en su mente el rescate de “El Corozo”, sin dejar de echarle miradas melancólicas al cofre donde guardaba el cuchumbo de los dados.

El parte que me pasaron para firmar en mi catre del Hospital de Sangre de la Marina en Managua, me apenó mucho por sus copiosas mentiras, no lo voy a negar; y frente a tanta exageración, dudaba si debía firmarlo o no, antes de hablar con él y pedirle rebajar algo, por lo menos la lucha cuerpo a cuerpo del final; pero no podíamos ponernos al habla, él andaba enmontañado, y no había oportunidad de dilaciones; así que firmé el original, nítidamente mecanografiado por su mano, y las dos copias, una copia para el presidente de la re- pública —que me valió un telegrama de felicitación de mi padrino; y la otra copia para el interesado. Pero esa la rompí.

CAPÍTULO V



—¿Cómo van a pasar esos vales de moda? —se puso de pie al instante el Indio—, por eso precisamente se llama clásica esa música, porque nunca muere.

—También me propuso boda un caballero extranjero que había encontrado un lago de petróleo en la selva del Petén; le pagaron miles de quetzales para guardar el secreto, y solo él y yo sabemos dónde queda ese lago escondido.

—Para eso mejor tenemos en Nicaragua a un Gastón Pérez, *Oreja de Burro*, que compuso el bolero *Sinceridad*, esa sí que es una pieza famosa: *solo una vez, platicamos tú y yo...* —cantó el Turco destempladamente.

—Al oír la música la gente vecina llenaba el solar, y se metía en la pulpería de mi abuela que mandaba a cerrar la puerta y quería sacar al muchachero a escobazos; “¡se están robando el pan dulce estos bandidos!”, gritaba. Pero era imposible. La algarabía no acababa hasta que mi abuelo, ya bolo, se quedaba dormido en su camastro y los músicos salían con sus instrumentos al patio a esperar que mi abuela les pagara el toque.

—¿Cómo vas a creer que *Oreja de Burro* se pueda comparar con un portento como José de la Cruz Mena? ¿Va a ser, pues, *Sinceridad* mejor que *Amores de Abraham*? ¡Nunca!

—Turquito, vos no me hacés caso, oíme lo que te digo, yo siempre he sido difícil con los hombres. Por mucho petróleo que tengan, si una se compromete, es para toda la vida.

—Atrancada en su cocina, mi abuela les rezongaba que si acaso ella los había mandado a buscar, ¿para qué le hacían caso a un picado? y que no había músico que no fuera vago, encerrados en el aposento ellos también le entraban al trago, y si salían con las narices coloradas no era de estar

soplando, sino de estar bebiendo.

El coronel se reía con una convulsión del vientre desnudo y buscaba al Indio para hacerle compartir la risa; pero el Indio mantenía la cabeza gacha y sin dejar de menear el dedo índice, negaba frente al Turco.

—Pues aunque te duela, la vez que llegaron a Managua *Los Panchos*, ¿verdad, Jilguero? Al no más apearse del avión, ¿cuáles creen que fueron sus primeras palabras? “Queremos conocer al autor de *Sinceridad*”. ¿Acaso mentaron a Mena? No lo mentaron.

—Y ese mismo enamorado, me pidió: “Fátima, vámonos para mi país donde tengo muchos palacios y tierras”. Pero yo no quise. Lo único que me quedó en recuerdo de él fue una niña rubia, que por su apariencia dorada, no cree la gente que sea de estos lados.

—Qué iban a estar consiguiendo un solo real de mi abuela. Furiosos entonces, se paraban frente a la puerta de la cocina y tocaban un son de toros, aquel de *la gran puta que te parió, se vistió de colorado*, y desde las otras casas del barrio, de los solares, en la calle, comenzaba a levantarse una gritería de alegría, y mi abuela encerrada, a amenazar: “¡Les voy a echar la Guardia, muy atrevidos!”.

—¿Qué tienen que ver *Los Panchos* con *Amores de Abraham*? Ese valse triunfó en unos juegos florales del Ateneo de León, no es para el arrabal. La noche del estreno, la concurrencia que colmaba el Teatro Municipal se puso de pie, conmovida, al final de la ejecución, para pedir que saliera al escenario el ganador, ¡sin sospechar quién era! El leproso, el paria...

—Y otra vez, Turco, un americano dueño de la Metro-Goldwin-Meyer, me vio bailar y solicitó contratarme como rumbera estelar de cabaret romántico en México, en Guatemala me estaba desperdiciando, me dijo. Me iba a poner también en las películas junto a Ninón Sevilla.

—Y cuando más noche mi abuelo se despertaba, quejándose de grandes dolores de cabeza, ella seguía brava pero al rato acababa por apaciguarse, ya sabe cómo son las mujeres, coronel; apiadada, se le acercaba para aplicarle paños de alcohol en la frente, y él, con voz quejumbrosa, le pedía no desvelarse, que le dejara la botella de alcohol a mano porque él mismo iba a ponerse los paños.

—Pero si *Sinceridad* le ha dado la vuelta al mundo, hombre Indio, en el extranjero ese bolero es como el himno de Nicaragua. Decís vos, Jilguero, que sabés de música. Diga usted, coronel, que es hombre de gusto.

—No juguemos con el himno nacional —se distrajo momentánea- mente

del Jilguero el coronel— eso es sagrado, y usted que fue militar lo sabe — regañó el Turco.

—Qué tal cuando me hubieras visto en grandes letras en los anuncios de los cines, Turquito: *Hoy, Fátima Fatal, Hoy Canta, Ríe, Baila, Lloro para Usted* —y desplegaba frente al Turco el gran rótulo luminoso, movía las manos conteniendo el tamaño de las letras de la marquesina con la medida de sus dedos cabezones de uñas carcomidas.

—Y apenas mi abuela se estaba quedado otra vez dormida, oía pasos primero y después ruidos, ¿quién cree que andaba levantado, tropezándose en la oscuridad, coronel? pues mi abuelo, que buscaba su victrola para darle manubrio; ya estaba otra vez picado porque se había bebido el alcohol de los fomentos a falta de guaro, y su perdición poder beber sin música, a medianoche volvía el aposento a llenarse de música.

—Tocate *Sinceridad*, Jilguero, para que vea el Indio.

—Esto es trágico, Turco, no es cosa de guitarreos. Se desgranaban los aplausos dentro del teatro, mientras afuera el pobre músico genio lloraba sentado en un quicio, cubierto de llagas el cuerpo y apoyado en su bordón, imposibilitado de entrar por aquella puerta iluminada a descubrirse como vencedor y recibir el homenaje que le correspondía. Genio del pentagrama y guiñapo humano, ¡así es la suerte!

El Jilguero recibió la guitarra, pero siguió dedicado al coronel.

—Pues sí, señor, ese era don Chico García, mi abuelo. Bonito “El Corozo”, ¿verdad, coronel? Allí pasábamos Carlos y yo las vacaciones; pero todo fue que muriera mi abuelo, para perderla otra vez. Aunque, qué se le va a hacer, usted fue el de la suerte, y la vida es un, te-quito-me-quitas, él mismo lo decía. Salud, coronel.

El coronel, todavía riéndose, se hizo el sordo y muy amoroso abrazó a la Colegiala, escondiendo la cara.

—Que te toqués *Sinceridad*, que la oiga el Indio —meneó el Turco la guitarra por el brazo.

—Con eso no me van a convencer. ¡Qué profanos son ustedes!

—Jilguero, ¿te acordás lo que te conté aquél día? —se oyó venir de muy lejos, humilde la voz de la Niña de las Rosas— yo fui torera.

—¿Torera? —se encrespó la risa del coronel, llenándosele de agua los ojos.

—Es cierto, fue torera —la miró con cariño el Jilguero.

—Vengo de San Vicente Pacayá y mi parte fue Leocadio Fuentes,

conocido como el Quetzal del Ruedo; con mi hermano Nehemías, llamado el Charrito, éramos tres. Yo era la Niña de las Rosas.

—Ideay Jilguero. ¿Y *Sinceridad* al fin?

—Una canción de cantina –siguió negando el Indio, sin abrir los ojos.

—En parte yo estoy con el Indio –ya atropellaba las palabras el coronel, crecida la lengua– esos compositores de bolero se han perdido en las cantinas. En Nicaragua todo se jode por amor al guaro, pongamos por caso, los grandes beisbolistas criollos.

—La cuadrilla de nosotros recorría todo Guatemala toreando, y un día nos lanzaron flores en la plaza de San Antonio Palopó.

—Para eso también los poetas. Darío era un gran bolo.

—¡Eso sí que no lo permito! –gritó el Indio volviéndose a parar.

—El poeta Darío que ustedes mientan era un gran vulgar, solo versos relajos hacía, yo los he oído. ¿Verdad, amor? Se reacomodó en las piernas del coronel la Colegiala.

—Perdimos el campeonato mundial de 1942 en Cuba, ¿por qué? Por el guaro. Se los digo porque yo fui comisionado del equipo. Había que andar sacando a los jugadores de los bares antes de cada partido, de goma iban a calentar los pitchers.

—En Chimaltenango tuvimos la última corrida y ya nunca más volvimos a torear, porque una noche que estábamos en San Vicente desgranando maíz en el corredor de la casa, llegaron unos hombres embozados y nos dispararon con escopetas. Mi papá cayó doblado sobre las mazorcas, también mataron a mi mamá.

—Ahora van a compararme al Divino Cisne con beisboleros. ¡Solo eso faltaba!

—Cuando en 1949 tocó celebrar en Managua la novena serie mundial, *el hombre* estaba muy preocupado de que los jugadores del seleccionado fueran a romper la bebedera como siempre, y nos dejaran el honor patrio por los suelos; me dio, pues, instrucciones de echarlos presos a todos, quince días antes de la inauguración; y de los talleres de zapatería, de las pedreras, de las bodegas donde trabajaban, anduvieron las patrullas reuniéndolos. Los pusimos incomunicados en las bartolinas del Campo de Marte, y solo a las prácticas podían salir, bajo custodia, con órdenes estrictas a los centinelas de no dejar a nadie acercárseles, ni sus esposas que fueran, por temor de que les pasaran alguna botella escondida.

—Pero en esa serie mundial, ¿no perdió casi todos los juegos Nicaragua?

Hasta El Salvador nos ganó. ¿No será que les hizo falta el guaro, más bien? – le llenó el vaso hasta el borde al Turco.

—Rubén Darío se codeó en la corte francesa con reyes y emperadores – apoyó la frente sobre la mesa el Indio–, marquesas y damas de alta alcurnia pasaron por sus manos. ¡Era un Pegaso rudo!

—¿Usted se sabe aquel verso de Darío, Indio? –preguntó la Colegiala.

*Aquel que en el monte vistes
Y le dijiste patas de mulo
Dale besos en el culo
y esos son los versos tristes*

—Nehemías y yo nos corrimos para dentro de la casa; ellos balearon el quinqué y con linternas de mano se propusieron continuar su fechoría. Yo logré ocultarme debajo de la cama, pero Nehemías quiso salirse por la ventana y allí lo alcanzaron los tiros, caído su cuerpecito en el lodo del patio, donde se revolcaban los coches. ¿Y todo por qué Jilguero? Porque en la plaza de Salcajá hacía un domingo, no había querido mi papá dedicarle un toro al cumpleaños del general Ubico. Y desde el tendido, lo sentenció con el dedo el gobernador militar.

—Si se perdió, fue por culpa del manager, un cubano contratado por su fama, pero que era un verdadero desastre. En uno de los últimos juegos, *el hombre* ya no aguantó la indignación ante sus errores; bajó del palco presidencial, se puso la gorra, y cogió él mismo la dirección de la novena. Al cubano tuvimos que retirarlo del cuadro a la fuerza, no quería salir.

—¡Qué clase de manager *el hombre*! Ese día nos metieron diez a cero. Yo estaba allí, yo bajé detrás de él al campo como su edecán que era. Me acuerdo la rechifla que le dieron –dijo el Turco.

—Eso, que declame el Indio –aplaudió desmadejadamente la Colegiala.

—La princesa está triste. ¿Qué tendrá la princesa?

Y yo me incliné para donde vos, Turco, que te fijaras en el Indio, que le quitaras el trago porque a la hora llegada no iba a servirnos para nada.

—Sola amanecí con los cadáveres, y ya sin nadie en el mundo cogí mi camino siendo niña de catorce años; viví primero en San José Pinula, y despuesito, rodando, rodando, vine a dar a Mixco donde Lasinventura. Ya hará de eso sus quince años, Jilguerito. Si vos me hubieras conocido entonces, lo lozana que yo era...

—Solo penurias saben estas, carajo –calló de mal modo a la Niña de las

Rosas el coronel—, lo que pasa es que el *score* iba ya muy abultado en contra de Nicaragua, ese juego estaba de todas maneras perdido. Y lo que valió de *el hombre* fue su gesto sincero. Usted que bien lo conoció, Turco, que anduvo a su lado, no me va a negar la gran sinceridad de *el hombre*.

—*Con tanta sinceridad...* —volvió a cantar entonces el Turco, exageradamente alto.

—Qué glorias beisboleras ni qué glorias beisboleras. ¡No hay más gloria que Rubén Darío!

Y yo insistiéndote con disimulo sobre el estado fatal del Indio, y vos, que allí lo dejáramos, ya había hecho su papel de traérselo hasta aquí, ya de poco nos podía servir su ayuda. Ahora iba a ser asunto de nosotros dos. Y en el cobertizo de palma que sirve de cocina al campamento, ya andan trastejeando los encargados de hacer el café. Está todavía oscuro pero comienza el movimiento de hombres que al acercarse al vivac, encontrarán que no se fueron a acostar los de la fogata y siguen en la rueda, oyendo.

—Son glorias distintas, pero también glorias nacionales, Indio. El Chino Meléndez, tenés por caso. Nueve ceros le colgó a los Gigantes de Nueva York, nada menos; ni a segunda base le llegó un solo corredor, ya no digamos levantarle un *fly*. “Chino, dejalos batear que nos estamos muriendo aquí de sueño”, le gritaban los outfielders. Pero él, sin mácula, tiraba su bola de fuego, uno, dos, tres, sacando en fila los big-leaguers orgullosos, que así doblegaban la cabeza, out tras out. El gran juego histórico. Nicaragua, 1, Gigantes de Nueva York, 0.

—Ese juego, ¿cuándo fue, coronel? Nicaragua nunca ha jugado en las grandes ligas.

—¡Ya viene el cortejo! —se encaramó el Indio a una silleta.

—Una noche, en La Habana, fue ese encuentro, cómo no. Se ponchó el Chino Meléndez a Lou Gehring, se ponchó a Babe Ruth, usted estaba muy chiquito. Silencioso el público en el estadio del Vedado, solo el golpe de la bola contra el guante del *catcher* se oía. Lo quisieron contratar los mismos Gigantes para llevárselo, pero él rechazó. “Mi tierra es mi tierra”, fue su respuesta.

—Ya se oyen los claros clarines...

—Es que el Chino Meléndez era un verdadero *big-leaguer*. *Big-leaguer* Stanley Cayasso, el Caballo de Hierro, *big-leaguer*, Edward Green, la Gacela Negra, José Cachirulo Mendoza, Timothy Mena, reyes sin corona.

—La espada se anuncia con vivo reflejo...

—¿Y quién los sacó del arrabal? ¿Quién los hizo grandes figuras del deporte rey? *El hombre*, fue *el hombre* el que los elevó a su pedestal.

—No me joda, coronel. Ya nos salió otra vez con *el hombre* —se rió el Turco.

—¿Y por qué no? —quería meterle la mano entre los senos a la Colegiala—. *El hombre* fue un verdadero padre para todos, mío, del Indio, incluso suyo. Me consta cuánto lo quiso a usted. No me niegue que lo quiso.

—¡Malditos! —aulló la Fátima Fatal y tiró su vaso encima del Turco.

—¡El cortejo de los paladines! —abrió los brazos el Indio como para volar, y se desbarrancó de la silla.



Vaga por la costa del lago un lunes a mediodía, escapado de la escuela junto con otros compañeros. Hay un vaho blanco suspendido, como de talco, y en las ramas desnudas de los jícaros sembrados en el lodo, zopilotes que se desprenden para volver a posarse, levantando las cabezas calvas ante la proximidad del hedor de la carroña; un caballo de tiro despanzurrado y perros envenenados, tiesos, sus pelambres esponjadas coronando las montañas de basura que las olas turbias tocan para volverse humedeciendo el lecho de arena gruesa, débiles olas como lenguas aceitosas que a duras penas inquietan la superficie del lago, desperdicios pudriéndose, esqueletos de sillas desfondadas, papeles amarillos deshechos por la lluvia, latas herrumbradas, ruedas de carretón, muñones de madera, trapos, cajones quebrados, y más adelante, mares de basura quemada, costras de desperdicios endurecidas sobre la tierra, escoria que se levanta al cielo donde vuelan las cenizas nutridas porque más aún más lejanas, cambian de lugar los cerros de basura, avanzan hacia el occidente, alejándose, sin apartarse de la ribera jabonosa, playas ardidas, barro negro encendido, carbones lustrosos; y entre la humareda, las filas de casitas levantadas junto a la boca de los tubos que descargan en el lago sus aguas negras, edificadas con cartones de embalaje,

latas, ripios recuperados a la basura, guardando equilibrio al borde de las zanjales por las que corren atollándose los deshechos, fluyendo lenta la mierda hacia el lago, barrios enteros que envueltos en el humo de las quemadas, parecen arder en la espesa niebla junto con la basura.

Y cuando dejan la costa y caminan hacia las arboledas del Parque Central, uno de los compañeros los detiene, señalando hacia el frontispicio de la Catedral, y se miran con la alegría de descubrir una diversión nueva. Una tropa de enlutadas silenciosas ocupa la escalinata bajo las columnas; compactamente alineadas en sus puestos, no se muestran deslumbradas ante el resplandor que devuelve la plaza reverberante, como si esperaran sin prisa la toma de una fotografía.

Y al atravesar ellos a la carrera la plaza para verlas más de cerca, las de la primera fila despliegan una larga manta escrita con letras que chorrean aún anilina azul.

¡ALTO AL FRAUDE!
RESPETO AL TRIUNFO DEL DOCTOR DESIDERIO
ROSALES EN LAS URNAS

Algo inminente, aún desconocido parecen predecir, como si su misma pasividad altanera fuera por sí sola un desafío, y cargara a la plaza de una vibración secreta que de pronto fuera a estallar. Y al rato, cuando las altas puertas de la catedral son cerradas a sus espaldas apresuradamente y los transeúntes huyen hacia el parque a toda carrera, un solo instante interrumpen ellas su posición inmóvil, se miran entre sí con un amago de inquietud pero recobran de inmediato su postura firme, mientras en las ventanas del Palacio Nacional los empleados públicos se apretujan, curiosos.

Entonces él escucha el golpe de las culatas de los rifles al caer contra el pavimento, el entrechocar de las cantimploras y los yataganes, y al llevarse a la frente el salveque de lona donde carga sus útiles escolares, puede distinguir en el relumbre las siluetas de los soldados que con acordada lentitud bajan de los camiones al otro lado de la plaza, los mismos camiones ruidosos utilizados para acarrear a los manifestantes el domingo que Taleno el padre lo trajo allí.

Los soldados toman posiciones para cerrar los accesos a la plaza, y uno de los compañeros, parado tras él en la acera de la catedral, lo coge y le dice que se corran, que se corran, que va a haber clinche, y se dispersan todos

veloces, de nuevo rumbo al malecón, pero él no se mueve. Continúa en su sitio con el salveque alzado, los botines lodosos sobre los que se doblan los golletes flojos de los calcetines, pegados a la acera como si el cemento se hubiera derretido a sus pies con el calor. Y recién comienza a sus espaldas el murmullo apacible y tímido del coro de enlutadas que con voces melindrosas de niñas escolares entonan el himno nacional, cuando una ruidosa algarabía, una bolina de gritos, de vivas y alaridos, desgarrar el canto. Tras el cerco de soldados aparecen en las esquinas grupos de hombres que empuñan varillas de hierro, mujeres armadas de garrotes, y exigiendo paso, se abalanzan sobre los guardias que se dejan avasallar entre risas.

Él los ve acercarse en tropel a las escalinatas, los palos y varillas blandidos en alto, los chilillos revoleados en el aire, y en sus gritos reconoce ecos de los otros, escuchados aquel domingo; y caen empujadas las mujeres, arrastradas del pelo, revolcadas escaleras abajo, doblegadas de rodillas a varejonazos, y entre las súplicas asustadas y las quejas, resuenan entusiastas los vivas a *el hombre*; una mano lo agarra de pronto del pelo, lo sacude violentamente y lo empuja, haciéndolo caer de bruces en la acera, y los cuadernos y los libros forrados en papel kaki se riegan fuera del salveque. Rabioso y jadeante, un chilillo enlazado en la muñeca, Taleno el padre lo mira tras sus lentes ciegos, sin poder dominar la saliva que le salpica por las comisuras de los labios, temblorosa la barbilla. Lo coge de la manga dándole un tirón. “Recoja sus útiles inmediatamente y pase para la casa”, le ordena.

Y entre las piernas de Taleno el padre que le vigila sus vueltas por la acera mientras reúne a gatas sus cuadernos pisoteados, puede ver por última vez a las enlutadas, que ya dispersas y en derrota se refugian en las casas vecinas de la Colonia Lugo, abiertas las puertas solo el tiempo justo para recibirlas; pasan otras entre los soldados que no se han movido de sus puestos, y se meten al jardín del Club Managua, o siempre perseguidas, se van por las veredas del Parque Central, mientras quedan algunas en las escalinatas, apoyadas en las columnas las cabezas ensangrentadas.

Y es por entre esas mismas filas de guardias que pasan al rato también ellos, no lo suelta Taleno el padre de la oreja, lo va regañando, y de vergüenza no osa mirar en dirección al yipón estacionado a una cuadra de distancia sobre la Calle Candelaria, desde el que controla la operación con sus anteojos de campaña el militar Catalino López.

Lo lleva al cuarto de los retratos, y lo deja de rodillas sobre un puñado de maíz que ha regado en el piso, y que coge del huacal usado por la Milagrosa

para alimentar sus pollos, los dientes duros del maíz clavados dolorosamente en su piel. Y desde su encierro oye golpes en la puerta de la calle, los mismos manifestantes de la plaza que llegan a buscarlo para cobrarle algo, “mañana, mañana en el mercado” es todo lo que dice cada vez que sale a abrir; y cuando ya es de noche, después que ha escuchado el ruido lerdo de los cubiertos, cenando solo en su mesa, lo siente entrar en la oscuridad sin encender la luz. Ya puede levantarse y que sea la última vez que le provoca una contrariedad semejante, ¿lo promete?

Y él entumido y vacilante, se pone de pie, insensibles las rodillas marcadas por las profundas señales de los granos; y cuando ya están acostados lo oye aún insistir, quitarle el sueño a la Milagrosa con su plática preocupada, ¿sería tan grande su tuerce, que el militar Catalino López hubiera divisado el incidente con sus anteojos de larga vista? “Un hijo de Chon Taleno andaba aliado con sus opositores” podría llegarle algún envidioso del mercado con el cuento. “Si no andaba aliado, nada más se estaba asomando, ¿vos mismo no decías que se estaba asomando?”. Pero él no cede ante el reclamo adormilado de la Milagrosa, “ya estaba allí, desde antes que nosotros llegáramos a disolver a las mujeres, ¿qué jodidos andaba haciendo allí?”, vuelve a encolerizarse.

Ya está en construcción para entonces la casa grande que Taleno el padre, adinerado, levanta en Managua cerca del parquecito Bartolomé de las Casas; altiva se levanta entre las miserables viviendas de tabla y bajareque alineadas sobre un alto pretil frente a la vía férrea del ramal a Sabana Grande, la única que no tiembla al paso del tren, las obras ejecutadas por un maestro de nombre Campuzano, según el modelo que Taleno el padre guardaba en su memoria, y que un moreno colombiano práctico de navegación le había dibujado una noche en un paradero de Ciudad Rama sobre el polvo acumulado del tambo donde iban a dormir, contándole que aquel palacete realmente existía en un lugar de su país llamado Bahía Solano y se alzaba en un promontorio de rocas a la orilla del mar, capitanía de marina del puerto o administración de aduanas, y así mismo la edifica; azul marino el frontis de cemento que se eleva sobre el techo en forma de dos áticos piramidales para ocultar las tejas, verdes las columnatas simuladas en escaso realce sobre la superficie de la pared y jaspeadas a pincelazos negros en imitación del mármol de carrara, granizado el zócalo, la ventana morisca, y la puerta coronada por un tragaluz en forma de rosetón para dar entrada a los alambres eléctricos que descienden del poste sembrado en la acera.

Hasta los cuartos vacíos que huelen a cal húmeda acarrearían entre todos bancas y sillas, trastos de cocina, cajas de cartón con ropa y zapatos, las imágenes de los santos, la cama de baldoquín desarmada, y la colección de retratos. Taleno el padre los lleva, fachento, a recorrerla, va a la cabeza y tras sus pasos la Milagrosa en llanto conmovido, “hasta que tuviste casa, Chon”, ya cavilosa de vieja y su mata de pelo siempre a la cintura pero reseca como el charral de una zarza, ya olvidada de la más pobre ambición terrena. Se queda rezagada la Alma Nubia que anda en su uniforme escolar del internado de monjas, y los llama a todos para que lo vean accionar, presuntuoso, la palanca del inodoro de china, ¿ya conocían ellos lo que era un excusado de agua? Y presta oído a la turbonada que se hunde, la cara risueña en sesgo. Van a los aposentos ya cerca las palmas de las manos a las paredes frescas, presionándolas para probar su fortaleza, alza a ver las alfajías nuevas y las tejas rojas, asegurándose tras los lentes oscuros, ser el techo y no el cielo lo que tiene encima.

Y en las noches siguientes, ya trasladados, lo oye quebrar botellas con un martillo para erizar el muro del patio con trozos de vidrio y así impedir la entrada de los ladrones, cercana como queda la casa grande a tantos arrabales de pobretería.

Y en adelante ya no lo ve casi a Taleno el padre porque como su voluntad quería, entra de cadete a la Academia Militar, solo visitas esporádicas a la casa grande hace los fines de semana, cuando lo dejan franco. Y el día de la ceremonia de graduación lo tendría allí, puntual en el galerón techado de zinc del Campo de Marte donde se celebran también los consejos de guerra; contra las paredes rumeros de sillas metálicas plegadas y las lechosas corrientes de creolina en el áspero piso de cemento recién lavado por los prisioneros y solitarios y mudos los tres, vestida de tafetán la Milagrosa y colgada del brazo una cartera de charol negro, cuidadosa de no maltratarla como si fuera ajena, el pelo recortado a la varonil de la Alma Nubia que ya tiene asomo de senos y si habla a la madre es en voz muy baja como si estuviera en la capilla del colegio, y Taleno el padre, que se ha quitado el sombrero en recogimiento al entrar, estrena una camisa de nylon que deja transparentar la camisola calada, recogidas las mangas con ligas a la altura de los antebrazos, y claro debajo de la tela el grueso cordón de su soguilla de oro.

Entran otra vez los prisioneros que han estado barriendo, y bajo la vigilancia de alistados con rifles empiezan a abrir las sillas y a colocarlas en

fila, meten una mesa larga y tienden un mantel sobre ella, ponen vasos y un pichel con agua, un raso deposita al frente una canasta de gladiolas y despliega atrás un haz de banderas, cuelga un parlante de la pared del fondo y cuando ya está alto el sol en el patio y tan recio el calor bajo la reverberación del zinc que Taleno el padre siente la camisa de nylon pegársele a la piel como un hollejo húmedo y cosquillearle debajo de los sobacos, van apareciendo hasta entonces los primeros invitados, los familiares de los otros cadetes; arrastran las sillas al acomodarse y el galerón se llena poco a poco de murmullos y de voces, conversaciones desperdigadas, toses, llantos de niños y al fin, se hace un silencio repentino y entran en formación de a dos en fondo los caballeros cadetes uniformados en blanco de gala, a la vanguardia él, erguido y tieso, la visera negra del quepis refundida frente a los ojos y más grandes sus orejas de tan rapadas las sienes; ocupan los asientos frontales y la Alma Nubia se incorpora nerviosamente en espera que se dé vuelta un instante para saludarlo de largo pero le retuerce un pellizco en el brazo Taleno el padre, viene en eso un barullo, la concurrencia se atropella para ponerse de pie y desde el patio la banda militar que no cabe dentro empieza a tocar solemne y bullanguero el himno nacional, y como si fuera una aparición, Taleno el padre se encuentra de pronto, asustado, con la figura de *el hombre* inmovilizado por los focos candentes de una cámara de cine, lo ve sobre las cabezas del público y las circunferencias blancas de los quepis de los caballeros cadetes, rodeado al centro de la tribuna por altos oficiales en atención, sus quepis bajo el brazo, en un extremo el militar Catalino López sorprendido por el himno antes de alcanzar su puesto.

Cesa la música y ya todo el mundo sentado, solo Taleno el padre se queda con la boca abierta, de pie, frente a *el hombre* que mordisquee complaciente su boquilla dorada y al descubrirlo le sonríe de lejos con insistencia maliciosa de viejo amigo que repone palabras afectuosas con gestos, pero él solo traga saliva y rebaja amuinado el mentón hasta no halarlo por el puño de la camisa la Alma Nubia: “papá, *el hombre* se está riendo con usted”, y entonces devuelve él la sonrisa en forma de una mueca trabajosa al tiempo que deja caer lentamente su peso en la silla, aún alelado.

El hijo ha llegado a la tribuna y ordena sus papeles porque el primer número del programa es su discurso de ofrecimiento de la promoción 1945-1950 “Primero de Febrero”, así designada en honor de la fecha natalicia de *el hombre* según secretea para los radioescuchas un locutor de la *Radio Managua* que se encarga también de elevarle el pie del micrófono a la altura

de su boca, estira el pescuezo Taleno el padre y el ruido del tornillo amplificado sofocadamente le parece ya ser parte de la voz del hijo que estalla luego desde la caja del parlante colgado en la pared, rebotando dentro de la sala en una apresurada irradiación de tonos agudos, y al elevarse para pronunciar el nombre de *el hombre* cortándose en un ahogo hasta volverse ininteligible, momentos en los que dirige la visera charolada del quepis hacia el sitio de honor y calla, el jadeo de su respiración, reproducido por el parlante, para dejar aplaudir al público. Viene después la entrega de los diplomas, la imposición de los anillos, la lectura de premios y no hay premio que no sea para él, a cada llamado de su hijo para ser condecorado salta Taleno el padre y se pone de pie, como si le hincaran los ijares, y no se sienta hasta verlo regresar a su sitio con la nueva medalla en el pecho, atento a la sonrisa de jocosa incredulidad en la cara de *el hombre*: “hijo de tigre, sale rayado”, quiere seguramente decirle.

Y terminada la ceremonia coge enérgicamente del brazo a la Milagrosa y a su hija, y las empuja hacia la tribuna en lucha contracorriente, rechazados por un remolino de espaldas, manos en alto con papeles ajados, sucios, sobres con cartas de petición extendidos hacia *el hombre* antes de que vaya a desaparecer porque con el mismo misterio de relámpago de sus llegadas también se va, pero se abre camino a punta de codazos, le presenta a su familia entre los aventones y hace apurado su demanda: “a ver, deme ese gusto de tomarnos una foto con mi cadete”.

Que no faltaba más, le responde, y los guardaespaldas les abren paso hacia el patio, Taleno el padre y él protegidos bajo el abrazo de *el hombre*, y junto al tronco encalado de una palmera enana los retrata un fotógrafo asmático y gordo quien con las faldas de su camisa guayabera al vuelo dispara los flashes alrededor de ellos, y va dejando un rastro de bujías quemadas sobre la arena; y en una de tantas se agrega el militar Catalino López, rozagante con su carga de charreteras, bromea con Taleno el padre palmeándole la espalda y al descuido arrastra hacia el grupo a la Milagrosa que se acerca retobada, protestando darle vergüenza salir en fotos. Y ese retrato ampliado donde están todos con *el hombre*, pasa a presidir desde entonces la pared en la casa grande, rebajando de su lugar de honor a otro sacado de la revista *Las Américas*

CAMPEONES DE LA DEMOCRACIA CONTINENTAL

el hombre en compañía de Franklin Delano Roosevelt, los dos presidentes de chistera, sorbiendo con pajilla un refresco a bordo de una limusina descubierta.

Y cuando el grupo de la foto se deshace, Taleno el padre pide la palabra, se quita el sombrero de fieltro y lo pasea galante a uno y otro lado, como si le brindara paso a una de aquellas sus damas suplicantes de la vieja clientela; “le consagro a mi cadete, es suyo”, es todo su discurso; y como si lo dicho no pudiera tener desafío, lo empuja a él hacia *el hombre* quien lo recibe con los brazos abiertos, lo estrecha, se retira para mirarlo y luego vuelve a abrazarlo. Acepta que se lo consagre, afirma muy serio; se lo va a llevar arriba para hacerlo a su modo, en su compañía va a andar.

Y al decir arriba mueve la cabeza *el hombre* señalando la colina que se divisa desde el patio, la loma de los torreones almenados color de caca seca.



Próximos al circo que está instalado en la costa los alcanza Pastorita, ya detenidos ellos a esperarlo porque oyeron cómo venía gritándoles desde atrás, a pesar de la bulla de la banda que toca ahora sus últimas piezas antes de meterse para el comienzo de la función de matinée, encontró con candado la puerta de *El Copacabana* y se imaginó que aquí andarían, viendo entrar a la gente a la maroma; y pasan unos pocos padres de familia, apurados, con sus niños a horcajadas sobre la nuca, o casi a rastras de la mano, porque la voz entusiasmada del altoparlante, que se esfuerza por dejarse oír por encima de la música, urge al público a entrar. Función de damas, se queja Raúl, y ni una sola mujer se ve.

Pastorita venía de devolverle su acordeón al maestro Traña, por dichas lo recuperó en buen estado; y se busca en la bolsa un papel doblado que les extiende, antes de que se me olvide, tomen, lean, te apuesto que va a decir Raúl que yo soy el hombre de las papeletas

A QUIEN CONCIERNA

El suscrito José Asunción (Chon) Taleno, de oficio
comerciante al mayoreo con domicilio en la ciudad de
Managua D.N.

AVISA

No me hagan responsable de los hechos de Santiago
Taleno (exoficial de la G.N.) Sepa quien me le supla
alimento o dinero, que perderá su alimento y perderá
su dinero, si me le dan ayuda o amparo, a mí no me
hacen ningún favor y menos vayan a pensar en
recompensa mía, él es un fugitivo de las leyes y en
eso el suscrito jamás ni nunca lo va a amparar.

Pues las ha andado repartiendo él mismo en los mercados, en las calles
del comercio de Managua, en las oficinas públicas, como si fueran programas
de cine; yo me estaba tomando un fresco en una refresquería allá por la botica
Tropical cuando venía de donde el maestro Traña y entró él, a entregarle su
papeleta a cada uno.

Este viejo estuvo preso junto conmigo, golpea Raúl el encabezado de la
hoja; se pasó peleando con los guardias, reclamándoles que le localizaran a su
hijo, el capitán, en la casa presidencial, para presentarle informe del abuso
que estaban cometiendo con él, pedía también ver al coronel, presa su esposa,
presa su hija, a esa que Pastorita le da clases de mandolina donde las monjas.
¿Verdad, Pastorita? Es una de esas niñas que él ha estado ensayando para una
velada, acepta Pastorita y se embolsa su papeleta.

Pues lo que es ese viejo está caído, y ya nadie lo va a levantar; con el hijo
comprometido en el alzamiento, perdió la corona del rey del Mercado San
Miguel que le había puesto el coronel, vuelve con unos cartuchos de cacao-
maní Chepito; cuándo se iba a imaginar que la propia Guardia lo sacara preso
a medianoche, que lo metieran de arrastradas a la zaranda, que con la casa en
pampas, la gente iba a entrar a llevársele todo, calle arriba en la oscuridad con
los sillones de mimbre, a cuestras, santos y palanganas, vestidos y cobijas, de
todo le presentó queja escrita al coronel que ni le contesta ni quiere recibirlo.
¿Qué vos ya has vuelto donde el coronel, Chepito? lo mira extrañado Raúl.

Ideay, a cobrar mi sueldo fui, escupe él las cáscaras del maní. Conoce bastante bien la historia de ese viejo Taleno, porque en los tiempos que empezó su alianza con el coronel, Chepito ya servía de mandadero en el cuartel, hará más de diez años, en otra ocasión va a contarles esas cosas; pero que les cuente ya, le echa el brazo Raúl a Pastorita, a este le interesa conocerle la vida al suegro. Y Pastorita pregunta apenado, qué suegro, bajando la voz como si no quisiera darse por enterado de la alusión.

Pues la amistad del viejo Taleno con el coronel, vino de haber caído preso un día por curandero; le puso una inyección a una viejita, por lados del Barrio San Judas, y la viejita cayó inconsciente al suelo, sin que él hubiera tenido tiempo de desclavarle la aguja del brazo; como fue imposible volverla del desmayo, los familiares lo cogieron prisionero y se lo llevaron al Hormiguero, a empujones, y cuando llegaron al portón de la cárcel ya se había formado detrás de ellos una verdadera procesión de curiosos. La orden fue de que mientras la viejita no se despertara, quedaba él preso; y ya pasaban tres días, ella dormida, y los familiares poniéndole sitio al portón, con la amenaza de no dejarlo dar ni un paso vivo si lo sacaban libre.

Pues el coronel metió su mano en el caso, mandó a recoger a los familiares de la desmayada y se los entregó en custodia para que fueran a dejarlo sano y salvo a su casa, bajo la advertencia de que si de allí en adelante le ocurría algo, ellos serían los únicos responsables. Le cayó bien, por lo parlanchín, o a saber qué le vería, la cosa es que le puso la corona entregándole el mando de la política en el mercado, el mando de rajar cabeza en las calles con sus cargadores y sus vivanderas, y los varejones y los chilillos quedaron en su vigilia. Se elevó como la espuma, porque antes en nada la había podido pegar, él mismo le refirió al coronel en todo lo que había andado en su vida, hasta de negociante de monos.

Porque en San Rafael del Norte había convencido a los pescadores dejar la pesca y dedicarse a la caza de monos congos; un barco llamado *El Vespa* iba a recorrer la Mosquitia comprando los monos al por mayor, tenía él noticia, para llevárselos a Nueva Orleans donde en los laboratorios los gringos les sacaban los testículos; y dice Raúl que es cierto, los huevos de mono sirven para preparar unas inyecciones que dan virilidad a los que ya están liquidados.

Hacía cuentas de lo que iban a ganar por la venta de los monos, a dos testículos por mono, una verdadera fortuna, porque ya tenían el embarcadero lleno de jaulas esperando que llegara el barco, y a los pescadores les

explicaba cómo pensaba invertir su parte del producto de aquella primera venta, eso es lo que más le había caído en gracia al coronel, su plan de poner una crianza científica de monos, cercar con alambre de púas un trecho de selva, una especie de hacienda de congos, y allí mismo caparlos con unos aparatos especiales para exportarle a los gringos solamente los huevos. Yo barría la oficina del coronel y lo oía plantear el negocio, sentado muy serio frente al escritorio como si todavía hubiera estado en la rueda de los pescadores.

Los pobladores de otros lugares de la costa se fueron entusiasmando y se aparecían en San Rafael del Norte trayendo sus jaulas de monos, montones de jaulas que ya no cabían en el embarcadero; y en las noches, un solo chillar. Hasta que una vez, en uno de esos días de espera del barco, Trinidad su hijo mayor metido en la plática de los cazadores, preguntó qué pasaría si los cautivos en las jaulas fueran más bien monas hembras; lo regañó primero por sobrado, pero ya alerta se fue a revisar las jaulas, y detrás de él los demás cazadores, resultando que de verdad, casi todos eran hembras.

Las soltaron entonces, abriendo a patadas las jaulas, pero no se desanimaron, y volvieron a meterse a cazar más monos, teniendo el cuidado de revisarles sus partes nobles antes de dejarlos prisioneros. Y yo, sin soltar mi escoba, me atreví a preguntarle qué había pasado al fin con el barco *Vespa*; al coronel no le gustó que me entrometiera, pero él también quería saber y Pastorita y Raúl quieren saberlo.

¿Llegó al fin el barco? Ya venía cargado de monos desde Tela, había comprado partidas en Puerto Barrios, en Belice, ya no necesitaban más huevos y pasó de lejos, apenas el humo vieron.

La música del circo suena apagada dentro de la carpa, y se oyen desperdigados unos aplausos, escasas las sombras de los concurrentes que se ven desde fuera, sentados contra la carpa en el redondel de la galería. Hoy no va a comer Firuliche, les señala Pastorita cuando se van y queda el circo a sus espaldas; dicen que a la hija la metió a la fuerza al colegio de las monjas, valiéndose de su vara alta con el coronel; y se acuerda de que no debería haberla mentado porque ya va a comenzar a molestar Raúl, y no alza la vista para no enfrentarlo.

Eso no se lo pudo resolver el coronel, dice Chepito, “allí solo *el hombre*”, le advirtió, y le consiguió una audiencia con él. Tras varios días de espera *el hombre* al fin lo recibió, y le expuso su queja contra la madre superiora que ni siquiera se había dignado pasarlo a su clausura y en la misma antesala,

delante de porción de padres de familia que se fingían desatendidos pero fachentos, mirándolo despreciativos de reojo, lo había asareado negándole matrícula para su hijita. ¿Alma Nubia se llama, Pastorita? Ante aquella grosería había querido bajarle los humos a la monja, y se sacó un fajo de billetes nuevos abanicándose con ellos en desafío. ¿Era por reales la cosa? Pero el son de la monja extranjera iba por otro lado, hijas naturales no aceptaba el colegio a ningún precio. ¿Era aquello justo? Y hasta entonces, ya explicada toda su queja, se sentó delante de *el hombre*.

Indignado, *el hombre* dio una fuerte palmada sobre su escritorio, tan violenta que hizo volar los papeles del gobierno en espera de firma, claro que no era justo; y llamó a su secretario privado para que se redactara una carta, señoras monjas tal y tal, sírvanse ustedes, tal y tal, la firmó de su puño y letra y él mismo se la entregó, despidiéndolo en la puerta con un gran abrazo, que se dejaran de remetálicas las monjas, y si no tenían suficiente con la carta, que regresara donde él a darle cuenta, más les convenía acatarlo. Ya era noche cuando salió de la presidencia y a esas mismas horas se fue a localizar al coronel para contarle, el gran rato que se había pasado platicando con *el hombre*, solitos los dos, mientras afuera esperaban ministros muy catrines con sus cartapacios abultados de documentos, bulla de diputados también esperando, mandadores de sus haciendas, comisiones que andaban pidiendo guaro para fiestas patronales, para abrir caminos vecinales, para reparar la pared de una iglesia, hasta un equipo infantil de béisbol estaba allí en demanda de bates y manoplas, y al cura que andaba de jefe ya se le habían dormido varios niños en un sofá. Y logró matricular a su hija en el colegio, ya se le va a recibir.

Pues lo que yo quería decirles, saca Pastorita otra vez la papelera, es que yo no sabía la huida del capitán Taleno, yo lo hacía preso. Y ya caminan por la pasarela y Chepito se adelanta a abrir el candado, se les voló por una ventana de la casa presidencial al barranco de la laguna. Por todo un día lo que anduvieron buscando fue el cadáver, cómo iba a poder nadie aguantar semejante brinco. Un cura lo tuvo escondido, ¿saben qué cura? Aquel del nido de parejas en la cuesta de Ticomo. Por haber amparado al fugitivo le dieron casa por cárcel; pero a él no le importa, mientras no le cierren el negocio.

Pues a estas horas, ya Taleno y el Jilguero irán lejos, se acoda Raúl en la pasarela y mira el lago gris y sereno que ya no reverbera. Extraño, acaba por decir, pleno abril y está nublado el cielo.



Han amanecido aún entre la neblina, juntados estrechamente por el frío de la madrugada lluviosa, y del paraje en la falda de la cordillera donde han acampado desde el atardecer anterior, solo se distinguen las sombras de las grandes rocas musgosas que bordean la oscura hondonada a sus pies; más abajo, a la izquierda, la mancha de zonzapotes y detrás el ranchito donde el Turco ha ido hace un momento por comida. Se busca la caja de fósforos en la que ya solo quedan unos cuantos palillos y va a tratar de encender un fuego con las ramas húmedas que Raúl ha descortezado, cuando ven venir al Turco corriendo por el claro; trae a un hombre cogido por el cuello y en la otra mano la carabina con la que les hace señas, y al ponerse ellos precipitadamente de pie, recogiendo sus armas, se desatan de pronto los tiros por un flanco, y el Turco, parado en seco, acierta tras un instante de vacilación a soltar a su prisionero y corre ahora a cubierto para alcanzarlos a ellos cuando ya han salido del claro y huyen pendiente arriba entre los árboles que poco a poco se espesan, y otra vez clava el jinete las espuelas en los ijares de su cabalgadura y en alguna parte ha caído el tricornio machacado por los cascos de los caballos de sus perseguidores, la casaca verde vuelta ya una ruina, pero no deja de alzar el puño como lo tuvo en alto antes, inmóvil sobre el vidrio esmerilado de aquel gabinete negro labrado en altorrelieves con penachos y guirnaldas de rosas como un confesionario, en los días en que el padre enfermo abrió de nuevo a la clientela las puertas de su botica.

Solo papeletas enlodadas de la campaña electoral de su abuelo, ya caída en el olvido, volaban remorosas contras las cunetas de la calle sin ruido de manifestantes ni gritos de ¡muera la dictadura!, atravesada como antes por aquel viento de camino vecinal que arrastraba perennemente polvo, semilla y briznas dentro de las tiendas y las ferreterías desiertas, las piezas de manta y las zarazas de colores, los rollos de alambre de púas, las macanas y los baldes de lata expuestos junto a las puertas de las aceras, envejecía o se pudría en los canjillones abiertos por el paso de las carretas de bueyes la basura, cundida de zancudos se empozaban en las esquinas las aguas de los lavaderos; y

después de las lluvias, verdeaban ascendiendo por los cauces las matitas de frijoles germinadas del reguero de granos caídos de los sacos en viaje al mercado, la lluvia que excavaba los terraplenes para exponer los cimientos de las altas aceras; iracundo crecía el monte contra las mochetas de las puertas, y elevaba feroz sus escobones sobre las limaollas de los techos, se desmoronaban en las noches los muros porque desde los aposentos se oía caer en el silencio los cascajos que recién desflorados amanecían sobre las aceras; la calle recorrida por vivanderas que vendían de puerta en puerta sus verduras con gritos cantarinos como de oración, y por forasteros a caballo que arrimaban a la puerta de la botica y sin bajar de la montura preguntaban por algún remedio.

Y ya en aquel tiempo de su enfermedad, después de escuchar el llamado que cansino entraba rebotando hasta su gabinete en el fondo de la botica, arrastraba su padre la silla para incorporarse, apoyaba pesadamente las manos sobre la mesa de preparaciones y aparecía entre las vitrinas su rostro comido por un hormiguero de pigmentos violetas en descenso desde la quijada hacia el cuello; avanzaba agarrándose los holgados pantalones sin faja, el piso duramente apelmazado por sus pies descalzos, y despachaba la medicina o decía no haber, porque poco quedaba ya en las urnas y en las gavetas, recipientes enlozados para lavativas, cánulas de goma, ovillos de crin para coser heridas, tarros de nuez vómica, algún frasco de aceite de enebro, ramos secos de borraja, álcali y esponjas marinas.

Ido el cliente regresaba a su sitio en la penumbra del gabinete cargada de un olor a yodo y magnesia calcinada, en la pared a sus espaldas un retrato de Melvin Jones, sin vidrio y cubierto de telarañas, que custodiaba desde sus tiempos de recién casado cuando tras una larga correspondencia con la casa matriz en Chicago había logrado fundar el Club de Leones de Masaya. Y ya solo, reiniciaba su dedicación salvaje y constante de beber aguardiente ordinario que él mismo salía a comprar a los estancos; pronunciando un imperceptible “salud” vaciaba la copa de vidrio grueso en un solo y rápido ademán, y con un golpe desesperado la reponía, limpiándose con el dorso de la mano la boca escosida; se quedaba entonces tranquilo un momento frente a la botella en cuya transparencia sucia terminaba de aplacarse el líquido, y así los codos, puestos sobre la mesa y la mirada fija que le chispeaba acuosa tras los lentes bifocales de aro metálico, asintiendo, prestaba una atención angustiosa y cordial a la plática que parecía llegarle de una rueda de invitados también moribundos, bebiendo como imaginaba que lo hacían los hombres,

soportando con repentinas sonrisas la idea feroz de la muerte o las dentelladas de dolor en la quijada, la copa apretada en el puño según sería la forma de comportarse en las cantinas donde nunca había estado, ni en sus días de estudiante huraño y emponzoñado en León, ni en su época de boticario casado con la reina de las fiestas patronales, su única experiencia mundana de entonces los bailes leonísticos de beneficencia organizados por él entre inquinas y pleitos de palabra con los otros directivos, bailes que transcurrían en noches de lluvia bajo el fulgor de mustios cordones de bujía en los salones de la casa municipal a cuya puerta se instalaba a cobrar las intransmisibles, adentro la música de unas cumbanchas tristonas y él entregado a contar las recaudaciones, el lunar de su mejilla izquierda aún sangrante por la cortadura de la navaja de afeitar, las solapas de su traje de dril a rayas mojadas de loción lavanda, la misma que vendía por onzas en su botica a las barberías.

La madre empujaba a veces a Carlos para que fuera a tratar de quitarle con modo la botella, lo empujaba a él, pero ninguno se atrevió nunca a acercársele y solo lo miraban de lejos como si no hubiera sido ya real, sellado dentro del mal sueño de su infortunio como en la profundidad de un estanque, la cabeza calva bañada por un reflejo solar de brasas filtrado desde algún hueco entre las tejas del techo. Y meses después, en un noviembre de temporales, sería la mano del religioso prefecto de primaria del colegio en Diriamba donde habían sido enviados internos por ella, deseosa de alejarlos a todo trance de esa extraña agonía, la que los sacudiría en sus lechos vecinos del dormitorio comunal invadido en la oscuridad por el croar de los sapos y el caer constante de las goteras en las palanganas de los rincones; con la sotana abotonada a medias y la cara abotagada de sueño, el hermano prefecto los levantó, agarrándolos del cogote como para un castigo, y los puso de rodillas en el suelo helado a rezar, sin decirles hasta no haber terminado la oración, que habían llamado de Masaya por teléfono esa medianoche para avisar la muerte del Padre.

Un cliente, intrigado porque nadie respondía su llamada en la botica vacía, había penetrado cauteloso al gabinete y lo había encontrado en su eterno lugar frente a la mesa de preparaciones, rígida y siempre en atención la cabeza como si la plática de sus convidados no hubiera aún concluido, sus ropas mascadas transidas del vivo olor a alcohol de estanco que todavía horas después de muerto su cuerpo rezumaba, firmes sobre los ladrillos sus pies descalzos que parecían haberle crecido, tras tanto tiempo fuera de la horma

de los zapatos.

Sentados frente a frente, en las sillas de mimbre tostado del carro de primera, él y su hermano atravesaron en el amanecer nublado las estaciones ferroviarias de los pueblos del sur, de regreso a Masaya para estar presentes en el entierro; vestidos con los uniformes azul marino de los desfiles escolares que a tientas se habían puesto en la ropería del colegio, y mal lustrados los botines con el betún untado apuradamente sobre las costras de lodo, alcanzaron ya en la calle el ataúd en forma de zepelín tras el cual marcharon, solícitamente rodeados por lejanos parientes llegados de otros pueblos, y quienes trataban de prestarles una protección compadecida e inútil.

Se quedaron el resto del año escolar, ayudando a la madre en el cuidado de la botica entonces mucho más despoblada, abriendo las puertas por las mañanas y transmitiéndole al aposento los pedidos de los clientes que de vez en cuando asomaban, porque ella sabía de memoria los sitios de los remedios en los estantes. Y en uno de esos días de noviembre que siguieron al entierro, mientras llovía reciamente afuera y ellos repasaban las hojas de un peneca acodados en una vitrina, un coche de caballos con el número de matrícula vistosamente pintado en la culata del toldo, se atolló a su vista en el lodo; de pie en el pescante, el cochero trataba a latigazos de obligar al tiro de animales a sacar las ruedas del barreal revuelto por la corriente, mientras sus dos pasajeros, asustados porque el coche se inclinaba peligrosamente hacia el arroyo, ya intentaban apearse con ademanes temerosos, vacilando antes de decidirse a hundir los pies en el agua; pero triunfó el cochero en su maniobra, y en sesgo, dirigió el tiro hacia la botica, encaramando los caballos en la acera para que los hombres pudieran descender protegidos por el alar de la casa tan cerca de la puerta que aún sentados en el coche parecían estar ya adentro.

Se bajaron sacudiendo el agua recogida por sus sombreros, y acomodando sus cartapacios bajo los sobacos preguntaron por la madre; él fue entonces a buscarla, llamándola mientras recorría los cuartos, y la encontró al fin en el comedor sin luz al fondo del estrecho patio anegado; sintió sus sollozos entre el caer de la lluvia antes de acercar la cara al cedazo de la puerta, antes de entrever su menuda figura enlutada, de bruces sobre la mesa en la que reposaban las sobras frías del almuerzo y las tazas de café con su oscuro fondo de yodo, acumuladas desde la hora del desayuno, y cáscaras secas de naranja peladas en espiral, el bote redondo de galletas de soda con el azúcar endurecida y amarilla en el plan. Cogida su mano al pestillo húmedo

se quedó detenido en el umbral del comedor de paredes de tablilla con caladuras en forma de ramilletes, donde por años el padre había mordido con cáustica fruición la gordura grasienta de los trozos de carne sacados del plato de sopa humeante mientras mascullaba sus burlas hirientes, rimadas a veces, contra alguien escogido al azar de sus pendencias, al espaldar de su asiento de cabecera el aparador color vino en el que la madre guardaba los restos de las vajillas de loza recibidas como tardíos regalos de boda, las candelas de la primera comunión de ellos, los adornos de navidad. Y arriba del aparador, la litografía, una compañía de odaliscas lánguidas y sonrientes que danzaban elevando sus velos bajo el cielo final de una tarde extranjera, y en la distancia, tras arcadas moriscas, las azules colinas de un país que otra vez como tantas y oyendo llorar a su madre, quería él saber qué país sería.

El hermano seguía acodado sobre la vitrina frente a su peneca abierto, desatendido de los hombres que conversaban aburridamente en voz baja, y al alzar la vista fue quien primero lo descubrió venir de los interiores; hosco, y con los puños cerrados casi ocultos por las mangas de la camisa almidonada, la misma del entierro, se acercó a espaldas de los hombres, en puntillas, y empezó a ordenarles salir inmediatamente de la casa; tardaron en reparar en sus gritos y los voltearon a ver, extrañados, inclinándose hacia adelante en ademán de querer entender mejor la retahíla de su vocecita infantil encrespada, pero él los atacaba ya, empujándolos por las piernas, y las marcas de sus manos abiertas quedaban asentadas en la tela mojada de sus pantalones blancos, rechazándolos con débiles embestidas que ellos ignoraban, intentando más bien avanzar hacia la trastienda entre alarmadas voces de llamado a la madre, pero ahora Carlos había rodeado la vitrina y también la empujaba, “¡ladrones!, ¡ladrones!” repetía junto con él sin saber aún por qué, aunque su voz tenía la misma desesperación iracunda y llorosa del hermano menor. Y cuando el más viejo de los dos hombres, acorralado, puso su cartapacio sobre una vitrina para llevarse las manos al cinturón en ademán de soltárselo y castigarlos, la emprendieron contra él furiosamente a patadas, y los hombres no tuvieron más remedio que retroceder hacia la puerta de la calle, ya alcanzados ambos por los agudos golpes de los botines escolares que a duras penas podían capear defendiéndose las rodillas con las manos. Un momento se detuvieron en el umbral e hicieron el intento de volver a entrar, porque la lluvia soplaba con más fuerza y les azotaba la cara, pero los hermanos les cerraban el paso, blandiendo el uno la tranca de asegurar la puerta y el otro una silleta, obligándolos a bajar de la acera a la corriente, las

alas de sus sombreros dobladas bajo el peso del aguacero, levantándose los pantalones como si fueran enaguas al chapalear en el lodo, yéndose en busca del coche de nuevo alejado por la fuerza del aluvión.

Ya solos en la botica, descubrieron sobre la vitrina el cartapacio desteñado, dejado en su huida por uno de los hombres; y sin hablarse, con la premura de terminar algo que no está concluido, abrieron las correas y sacaron los mazos de folios encuadernados con puntadas de hilo, llevándolos a la acera; y bajo el alar, donde la cascada de lluvia caía más intensa, desgarraron las hojas de papel sellado escritas tupidamente con la letra zancona de los juzgados, trazos violeta que estallaban al contacto con las gotas en un aura azul pálida y se reducían luego a un esqueleto café oscuro como si la lluvia las quemara, lanzando después a la calle los folios que rápidamente se desplegaban, yéndose corriente abajo; y por último, también largaron lejos el cartapacio que ya liviano se volantineó con las correas sueltas en el aire, se hundió en el agua, y tras remolinear unos instantes, desapareció. Alegres cerraron entonces la botica para correr adentro y decirle a la madre que ya no siguiera llorando, nadie iba a poder despojarla ahora de su finca “El Corozo” en Catarina, recibida en herencia paterna, lo único que les quedaba fuera de los estantes viejos de la botica.

Rato después estaban de regreso los dos hombres, pero acompañados del militar Catalino López. Una concentración de soldados y gentes de civil empistoladas entró en tropel vigilante cuando la madre abrió la puerta, largo tiempo aporreada con las culatas de los fusiles; el militar, que se había quedado sentado en la delantera de su *jeep*, le hizo una ligera reverencia de cabeza al verla asomar.

Los sacaron a la calle prisioneros, y manos arriba fueron acercados al jeep del militar que los cogió por las muñecas, y sin hacer caso de la madre que sujeta por los guardias llamaba desde la puerta en su defensa al vecindario, los maltrataba exigiéndoles declarar el paradero del cartapacio con las escrituras.

Pero en un instante de la confusión de órdenes y voces alteradas, el militar dio un brinco sorpresivo y con un quejido apartó la mano mordida; libre corrió él entonces escurriéndose de los brazos de los soldados que le salían al encuentro, corriendo por la calle bajo la lluvia amainada, ya el puño desafiante en alto.

Al llegar al fondo de la calle al atrio de una iglesia, subió las gradas conteniendo la carrera para penetrar al trote por la puerta mayor entreabierta;

en la soledad del claustro alumbrado apenas por los cirios de esperma que se derretían frente a las imágenes amortajadas de unos santos lívidos metidos en las hornacinas de los muros, percibió a mano izquierda el arranque de una escalera en espiral la que ascendió sigiloso, recorriendo a tientas el pasamanos de hierro; alcanzó un entrepiso de tablas crujientes, y andando a gatas entre los pies de los atriles, halló refugio final tras un armonio; desde allí escuchó a los soldados tropezar abajo con las bancas, los oyó discutir con el sacristán, y más tarde con el sacerdote, su vozarrón multiplicándose al avanzar desde el altar mayor exigiéndoles salir. Y cuando por fin, ya entrada la noche se cerraron las puertas y todo se calló, cesando de alzarse los pálidos cortinajes celestes en su batir contra los pilares comidos de comején de la nave central, el jinete apretó contra su pecho el unicornio y rendido por la carrera se empezó a dormir, acostado en el tablado del coro lleno de murciélagos que volaban ciegos contra la techumbre de caña brava.

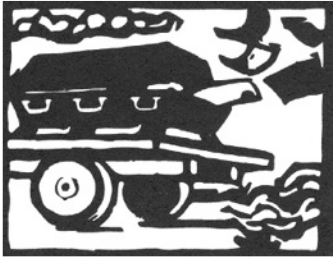
SEGUNDA PARTE

*How many have fallen there!
They stumble all night over bones of the dead
And feel they know what but they care,
And wish to lead other, when they should be led.*

William Blake,

THE VOICE OF THE ANCIENT BARD

CAPÍTULO VI



Al dejar atrás el cruce de la carretera hacia la Paz Centro, el muchacho vuelve a golpear sobre el techo de la cabina para anunciar que el ataúd se ha soltado otra vez de las amarras, y el chofer, frunciendo la cara con disgusto, frena en medio de una nube de polvo calizo a un lado de la grava. Se bajan, hundiendo los zapatos entre los pedruscos, y Bolívar camina dócil detrás del hombre requeñeto y macizo que con las piernas en arco se balancea al andar y maldice contra la desgracia de los mecates que les vendieron en Guatemala como sondalezas, y no sirven ni para apersogar un perro; suben a la plataforma para repetir la operación de ratear el cajón, trenzando los nudos ciegos en los barandales, pero con menos esfuerzo ahora que ya pocos kilómetros quedan de camino; después echan la lona sobre la caja y vuelven a asegurarla con piedras para que el viento no la levante.

En la distancia de la carretera abierta en medio del llano de jícaros y bajos pajonales, las tolveneras que marcan el rastro del camión viajando solitario en la medianoche de abril van aplacándose, y su blancura se disuelve bajo la luz rojiza de la luna de verano que alumbra tenuemente los campos de innumerables varillas peladas y motas sucias, caídas sobre la tierra reseca de algodones ya cosechados; más hacia el occidente, las salidas encharcadas blanquean también, y el lecho de un río del que solo se adivinan aislados espejos de agua entre las lajas, se pierde adelante bajo los andamios de un puente en construcción.

El camión echa a andar de nuevo y a los pocos metros desciende con un lento balanceo, casi como en equilibrio, por un paso tupido de ramas que se quiebran contra el vidrio del parabrisas, agitándose y restregándose contra los costados del vehículo que las aparta, y ya libre, levantando apenas el agua, cruza el río junto a las sombras del puente barrido durante el temporal de

octubre por la crecida, y que alumbrado también por la luna roja deja distinguir, alzándose enhiestos entre el maderamen, los hierros desnudos; y con un ronco y siseante zumbido abandona el desvío para salir de nuevo a la carretera cuyo trecho final asfaltado va ya en un trazo recto que se convierte a poco en una suave curva, por en medio de una alameda de mangos de hojas pulidas que se agitan secretamente.

Ahora el rumor sostenido de las llantas que corren sin obstáculos sobre el pavimento le comunica una sensación de laxitud, como si solo quedara ya un abandono final tras de los duros, sofocantes kilómetros recorridos de ida y vuelta hasta Guatemala, primero con el camión vacío, y de regreso, trayendo el cadáver después de haber cargado el ataúd en el pequeño patio trasero de la morgue del Hospital Roosevelt, antes de la claridad del amanecer hacía cinco días; y ya puestos en camino, trámites y dilaciones, porque no era fácil andar de frontera en frontera con un muerto; atravesar El Salvador, rodar por gradientes y meterse por desvíos, llegar al fin a Honduras, trechos abandonados en los que la hierba crecía las grietas de asfalto, tribunadas de lluvia sobre los cerros cubiertos de pinares sin que alcanzara a llover, y de nuevo el sol de filo haciendo espejear el pavimento, el traqueteo continuo de los barandales, las lajas despedidas por las ruedas golpeando sordamente por debajo del camión que las machacaba, el ardor de las espuelas contra el cuero sudado del asiento de la cabina, el polvo acumulado en sus cejas y en sus zapatos; y en lo más desolado de la carretera, la última vez cerca de la Trinidad ya en territorio de Nicaragua, el trabajo de parar y asegurar el ataúd que al soltarse de las amarras comenzaba a deslizarse lentamente hasta pegar contra alguna de las barandas; era entonces cuando el muchacho hijo del chofer, que viajaba al descampado en la plataforma, golpeaba con los puños sobre la cabina, o asomaba la cara por una de las ventanillas, suspendido como un maromero y con el pelo desordenado por el viento, haciendo señales de que se detuvieran.

Ahora, al final del viaje, reclina la cabeza sobre el gastado cojín y se adormila bajo el peso tranquilo de su cansancio, la sensación de desvelo en los ojos arenosos, un dolor punzante pero suave en las coyunturas, mientras corre sedado el camión y se pierden atrás los campos de algodón, tras la alameda un tractor arrimado a un cobertizo en el que también hay barriles y leña apiñada, ocultos a medias por las ramas, rótulos panorámicos alumbrados por candelas fluorescentes, que anuncian fertilizantes; y hasta sus narices, en el aire nocturno que atraviesa la cabina, le llega un olor salino y

tibio de mar, de reses devoradas por zopiloterías en la lejanía cálida, pero que es también de frutas maduras, de insecticida impregnado en el viento por los aviones fumigadores.

Dos días lo tuvieron con el cadáver en el puesto fronterizo del Espino Negro sin permitirle pasar hasta tanto no llegaran órdenes de Managua. El oficial de Migración, con los pies encaramados sobre el escritorio desierto de papeles y en el que solo había un vidrio con cagarrutas de moscas y una foto de *el hombre* debajo del vidrio, de pie entre sus dos hijos sentados, le devolvió con gesto de desmayada arrogancia el salvoconducto extendido por el cónsul de Nicaragua en Guatemala. “Aquí solo valen las órdenes de *el hijo del hombre*”.

Volvió a guardarse el salvoconducto, y humilde, como si pidiera consejo, le preguntó al oficial qué hacía entonces. “Esa es cosa suya. Si quiere se va a Managua a hacer la gestión, si quiere manda un telegrama desde aquí. Lo único que yo sé, es que sin instrucciones de allá arriba, su papá por aquí no pasa”. Y se puso de pie, porque desde una de las casitas de tabla al otro lado de la carretera lo llamaban a gritos a desayunar; y todavía lo siguió. ¿A cuál de los dos hijos debía ponerle el telegrama? Y el oficial se volteó y apretó un gatillo imaginario; “pues al que tiene esto. Al dueño de las cañas huecas”.

Fue entonces hasta la mediagua que servía de oficina de telégrafos del caserío fronterizo, para poner el telegrama 22

*Suplícole encarecidamente nombre mi familia y mío propio
autorización ingreso territorio nacional cadáver mi padre
exoficial G.N. Alberto Larios punto Quedamos de antemano
muy agradecidos.*

El telegrafista, un viejo que espantaba con una escoba las gallinas subidas a la mesa de transmisiones, recibió la fórmula y comenzó a leer el texto con indiferencia, contando con el empatazor las palabras; pero a medida que iba llegando al final alzaba verlo con asombro, cancanéando ya en voz alta; y aún sin terminar, salió a la puerta llevando la esquila en la mano, a divisar el camión.

“Con que vuelve al fin”, cabeceó al pasar al otro lado de la baranda; puso el telegrama en la mesa, prensándolo bajo un aislador de vidrio, y se arrecostó en su taburete, dejando colgar los brazos en el travesaño del espaldar. “Yo estuve acantonado como telegrafista auxiliar en el Campo de

Marte y por eso lo conocí a su papá, lo presencié cómo se levantaba con los machos, lo vi gozar de sus años de gloria a la diestra de *el hombre*, lo vi en su caída”. El viento que entraba por la puerta del patio hacía volar la hoja del telegrama bajo el aislador. “Yo le transmitía sus versos por telégrafo para una su novia Aurorita Aguilar, de León, que será la mamá de usted”, se puso de pie desganadamente el viejo, e iba quizás a sonreírse, pero en cambio lo tomó gravemente del brazo. “No tenga tantas esperanzas, a un muerto así no lo dejan pasar”.

Y ahora, al dejar bambolear libre la cabeza sobre el respaldo, recuerda su decisión de entonces. Lo más que iba a esperar serían veinticuatro horas; si la contestación no llegaba en ese plazo, se devolvería con el cadáver a San Marcos de Colón, el poblado más próximo a la frontera en territorio de Honduras, y allá iba a sepultarlo. De entonces a dos años, a tres, tal vez ya habrían cambiado las cosas, y se podía desenterrar los huesos, si ella quería. Total, era lo mismo.

Si ella, su madre, quería. Pero sabía que no iba a conformarse tan sencillamente, no iba a aceptar verlo volver con el camión vacío, diciéndole que allá lo había dejado en tierra extranjera; porque hubiera sido como echarle en cara que su destino había sido ese, no poder pasar nunca de la guardarraya, ni vivo, con sus rifles, ni muerto.

Muy temprano de un día lunes hacía casi ya dos semanas, el guardián de la desmotadora había ido a levantarlo a su catre en el galerón abierto donde dormía separado de las arpillas de pacas de algodón por un biombo forrado con periódicos. Afuera lo buscaba su mamá. Soñoliento, después de un turno de toda la noche en la romana, se metió los pantalones para salir descalzo y sin camisa al patio, y allí la había encontrado, arrebuja en una mantilla negra y vestida de luto, la pelusa aventada por la máquina pegándosele en la ropa. Por causa del ruido no alcanzaba a entender lo que quería decirle, pero tampoco ella parecía hacer ningún esfuerzo en subir la voz, ni él dejaba el borde del piso embaldosado del galerón para no tener que caminar descalzo por encima de la arenilla. Pero en un momento se apagó la máquina, y junto con los otros sonidos que recobraron su lugar en la mañana, silbidos, órdenes, un chorro de agua cayendo sobre el fondo de un balde, también había podido oírla. “Pues las noticias son de que murió en Guatemala”.

Y su cara de dolor era también, en cierto modo, de satisfacción reprimida, como si en la pena que le anunciaba no pudiera dejar de haber un cierto resplandor de orgullo. Él había entrecerrado los ojos para defenderse de

la pelusa que llovía nutrida, y tal vez fue entonces cuando acabó al fin de despertarse, pues al abrirlos de nuevo ella estaba todavía allí. “Y su voluntad de siempre fue volver a Nicaragua, vivo o muerto”.

Se metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón, para rascarse a través de una rotura la pierna picada de zancudos; y solo después de sentirse aliviado, al quedarle nada más el ardor del rastrillazo de sus uñas sobre la piel, le replicó sin ánimo que el gobierno no iba a permitir de todas maneras ese entierro, sin ánimo porque sobaban los argumentos contra un imposible. Pero ella había empurrado la boca, severa, y recogiendo una de las puntas de su mantilla de luto se la había echado con un gesto decidido a la espalda. “Pues aquí es su patria y aquí va a enterrarse, vamos a ver si no lo van a permitir”, y ya levantando el rostro en desafío, subiendo la voz, dispuesta a lanzar un grito quizá, porque ansiosa de ser escuchada había buscado alrededor del patio con la vista, frustrando su alarido al comprender que nadie la atendía.

Y sin ánimo había seguido replicándole, ahora porque sabía que iba a ser imposible convencerla. ¿De dónde iban a sacar semejante cantidad de reales? Traer un muerto desde tan lejos, costaba un dineral. Ella, como si hubiera estado ya al acecho de su reparo, había metido triunfante la mano en una bolsa de papel y le estiró un fajo de billetes. “Aquí tenés, pues, esto era para la harina, pero ya arreglé que este mes me van a fiar la harina. Ahora, andá buscá cómo hacer viaje”, extendidos en su mano los billetes que olían a levadura, la mano blanca de tanto meterla en la masa.

Dejó la oficina de telégrafos, oyendo a sus espaldas que el viejo comenzaba a martillar la llave de su aparato, transmitiendo la petición, y el martilleo lo siguió en el silencio del caserío hasta cerca del lugar donde esperaba el camión, a la sombra de unos guanacastes al otro lado de la guardarraya. Sin tener noticias de Managua durante todo ese día les fue atardeciendo, y sin más esperanzas del permiso se acostaron a dormir, el chofer con su hijo sobre la plataforma, junto a la lona que cubría el cadáver, y él atravesado en el asiento de la cabina, los pies colgados de fuera, con las puertas abiertas; y cuando amaneció, y fueron a buscar a una de las ventecitas algo para desayunar, el chofer lo llamó por aparte con muchos misterios, a pesar de que solo ellos tres andaban despiertos a esas horas en el caserío, y le comunicó apenado, que del ataúd se venía un cierto mal olor de descomposición.

Esperó que dieran las ocho para ir en busca del oficial y ponerle en

conocimiento eso, que a lo mejor el cuerpo no iba a aguantar más espera; pero como era domingo la oficina no se abría, y los pasaportes, los manifiestos de los camiones se los llevaba a su cama un alistado, con el que le mandó la razón. “Para el mal olor lo bueno es la cal”, le oyó gritar como respuesta desde adentro de la pieza, antes de subir el volumen de su radio.

Consiguieron un saco de cal en San Marcos de Colón, y pudieron rociar el cadáver antes de que subiera el sol, sin más remedio que hacer la operación a la vista de los viajeros; pero realmente los amagos de tufo se aplacaron, y se les fue pasando el domingo. A la tarde, los empleados de migración de Honduras se pasaron a jugar naipes con los de Nicaragua en la oficina cerrada, y solo se oían sus gritos en celebración del triunfo de alguna apuesta. Y cuando las luces del caserío se prendieron otra vez, recuerda ahora que se había dicho: mañana en cuanto aclare, sí me vuelvo de verdad con él a San Marcos de Colón, otro día ya no va a aguantar.

Pero poco después salió a la puerta el oficial, que ya estaba desde un rato antes presidiendo el juego, y sosteniendo un papel en alto le hizo de señas que se acercara, en la otra mano una botella de cerveza que al aproximarse él, acabó de beber de un solo trago, lanzándola a la carretera. “Ya tengo orden de que puede pasar su papá. Pero hay una condición: nada de aprovechar el entierro para alterar el orden público”, golpeó con los dedos el telegrama, “y sobre todo, nada de discursos”. Entraron entonces a la oficina, y sacando de la máquina el formulario donde se anotaban los nombres de los viajeros, el oficial tecleó, en medio de los clamores entusiastas que llegaban de la mesa de juego, la hoja que él debía firmar comprometiéndose a hacer en silencio el funeral.

Y la imagina ahora parada en la puerta de la panadería en espera de que arrime el camión, la panadería a la que en desafío había puesto por nombre *La Opositora* desde el día de la fuga del marido hacia el exilio, ahora que miríadas de insectos atraviesan el haz de los focos lanzándose contra el parabrisas y manchándolo de una materia líquida que resbala sobre el vidrio, espesa y amarillenta.



La candela fluorescente del cielo raso ha sido seguramente inutilizada porque no enciende cuando él acciona el interruptor, pero a través del tragaluz practicado en lo alto de la pared penetra el resplandor de la luna, y ayudado por el tenue reflejo rojizo que se pinta sobre los rombos del piso trata de orientarse de espaldas a la puerta antes de avanzar; cerca de sus pies descubre derribados unos maniquíes desnudos, las cabezas calvas tocadas por el mismo brillo sanguinolento que desciende la claraboya, y al caminar tropieza con unos cajones de pino llenos de pelucas platinadas y cascos romanos; temblorosa la luz difusa chispea en los cristales de una vitrina que guarda casacas bordadas y sombreros de pluma, y contra las paredes hay escudos de fantasía, haces de lanzas de madera arrimados a las esquinas, un abarrotado laberinto del que emana, insípido, un olor a cartón encolado y seda apolillada. Y cuando al fin logra abrirse paso y alcanza el único asiento disponible, un trono enclenque forrado en terciopelo carmesí que cruje a cada movimiento suyo en busca de acomodo, pretende recordar animado por una constancia banal, dónde ha visto antes aquel trono, aquellos disfraces; pero solo consigue mezclarlos vagamente a unas imágenes nocturnas de su infancia en Managua, llevado siempre de la mano por Taleno el padre.

Esa noche la pasa en vela en el trono, y si se habrá dormido es ya con las luces en la mañana, porque lo despierta el rodar de los tanques cuesta abajo, el arrancar de los camiones, las carreras y las voces de mando; y va entonces a gatas hasta la puerta para pegar el oído a la hoja, pero los ruidos se desvanecen ya, hasta quedar solo los pasos del centinela frente al cuarto; tiempo después, cerca del mediodía, oye pasar raudos los Mustangs sobre la laguna, alejándose hacia el sur, y eso es todo. Ningún fragor de combate, ni un solo tiro cuando las dos de la tarde avanzan en su reloj de pulsera y crece entonces su soledad de manera oprimiente, porque perdiendo esperanzas comprueba que no solo es su captura, todo está fracasado.

Ya está oscuro otra vez el cuarto, cuando oye sacar llave a la puerta. Se lo llevan por un sendero en descenso entre laureles de la India, hacia los

garajes presidenciales escondidos abajo tras las ramas. Lo hacen agachar la cabeza para meterlo por la angosta puerta aserrada en el portón levadizo, y ya adentro, tarda en descubrir entre las pesadas sombras de los dos Cadillacs negros blindados, al coronel.

Sentado en un banquito pata de gallina debajo de un foco que cuelga cercano a su cabeza lo aguarda con cara de desvelo y aburrimiento, el gran cuerpo gordo echado hacia adelante, los brazos hundidos en medio de las piernas y las manos a ras del suelo, su gorra de campaña en lento juego circular entre los dedos. Como si se sintiera fastidiado por su llegada lo examina mirándolo de perfil y en sus ojos embotados descubre más que odio, decepción, cuando apuntándolo con la barbilla ordena que lo desnuden.

Oye pasar a oleadas el viento sobre las láminas del techo de zinc en el momento en que una mano, salida de la zona de oscuridad que el foco no alcanza, le arranca los botones dorados de la guerrera del uniforme de gala que todavía viste, porque lo habían capturado al terminar una ceremonia de presentación de credenciales en la sala de banderas, rodeado y desarmado sorpresivamente mientras *el hombre*, como si le huyera, se alejaba con apresurado taconeo por el corredor y desaparecía tras el golpe de una puerta. Desde atrás siguen forcejeando con sus mangas para sacárselas y él afloja los brazos; con movimientos retardados de las piernas se libra de los pantalones mientras le amarran las manos a la espalda, tan socadamente que el mecate le quema la piel de las muñecas. Y ya enteramente desnudo, el uniforme y los arreos a sus pies en el piso, lo empujan a avanzar frente al coronel, que bajo la luz caliente del foco mueve los labios mojados de saliva para pedirle, con el tedio de quien se lo repitiera una de tantas veces más, confesar, confesarle toda su participación en el complot.

Y él sofocado por el calor de la noche en el encierro del garaje, empapado por el copioso sudor que le baja por el canal de la espalda, le moja las ingles y pegajoso le corre por la cara interior de los antebrazos, rígidos contra sus costados por la ligadura de las muñecas, no dice nada, no responde nada. Y cuando el coronel se vuelve con desconsuelo, dejando su posición de perfil, desde atrás lo obligan a caminar hacia otra portezuela que da a un jardín cercado, donde, bajo las ramas de uno de los laureles, está el pozo utilizado para regar las plantas. Uno de los custodios que lo lleva hasta la portezuela silba, y del grupo silencioso parado junto al brocal se separa una figura que viene apresuradamente hacia él, martajando los pedruscos bajo los zapatos. Ve brillar el escudo triangular del quepis y los dientes bajo el bigote

ralo; oye una risa familiar y adivina la cara burlona, “¿qué andás haciendo desnudo a estas horas?”, se ríe bajito el oficial y lo rodea, señalándolo.

Lo toma del brazo con una presión cordial, y sin dejar de reírse lo lleva junto al pozo donde esperan tres hombres más, soldados rasos descamisados y con las perneras de los pantalones arremangadas; coloca un pie sobre el brocal y toma con delicadeza el pliegue del pantalón kaki de gabardina para subir el ruedo y amarrarse el cordón de la zapatilla reluciente, la luz del cielo que se cuela fragmentariamente entre las ramas dándole en el cabello raleado por una calvicie prematura, mientras mantiene agachada la cabeza; y cuando la levanta, los mismos arabescos se agitan en su cara despojada ya de toda expresión festiva. Retira la zapatilla del brocal, se sacude esmeradamente el pantalón y a lentos pasos se pone a sus espaldas; sobre la nuca donde ya se le ha enfriado el sudor siente la repugnancia de su aliento a dentífrico, que confiese. “Confesá, o me vas a comprometer a joderte”.

Desnudo e indefenso en la noche de abril hostil y seca, mira las siluetas de sus pies descalzos asentados en la humedad del embaldosado y se ilusiona de pronto en el olor sereno y doméstico de jazmines recién cortados en algún patio, en alguna tarde, un encantamiento fugaz roto por la mano que lo coge del pelo para derribarlo; lo levantan en peso llevándolo en vilo sobre el brocal, lo sostienen cabeza abajo por los pies y al descolgarlo atado de manos en el agua negra del pozo, su caída rompe la constelación de estrellas reflejada en la superficie, culebrea el cuerpo para rechazar el empuje mientras se hunde y el agua tibia y clorinada le recorre veloz la piel de la cara, agitándose ya fría después a su alrededor en una sucesión de velos asfixiantes entre los que patalea amarrado, creciendo sus pulmones arrebatados contra el costillar adolorido por la opresión, impulsándose desesperado con los pies para recobrar la superficie, pero su cabeza choca cada vez contra una parrilla de hierro fijada a flor de agua, y rechazado baja de nuevo hacia las profundidades, un zumbido taladrante hasta la sordera atravesándole de parte a parte los oídos.

Y al momento de colmarlo ya sin obstáculos el agua, al flotar libres sus vísceras que han perdido ya su lugar y peso dentro del cuerpo, las aguas del pozo revueltas por su ahogo se iluminan y al son destemplado de unas trompetas sopladas en las bocacalles oscuras pasa una formación de soldados romanos arreados de cuatro en fondo; dóciles y avergonzados arrastran sus sandalias por las avenidas calurosas y malolientes de las vecindades de los mercados de Managua los guardias campesinos sacados de los cuarteles para

desfilar disfrazados, chorrean blanco el sudor sus caras maquilladas con una capa de polvo de albayalde y se advienen resignados bajo la sombra de los cascos empenachados con crines, y tras sus lanzas y estandartes siguen otras comparsas de rasos distribuidos en pelotones según sus atuendos, cortesanos de peluca, mosqueteros de sombreros emplumados, pajes de casacas bordadas, heraldos y pregones en cerrada escolta a los flancos de una carroza que rueda hacia la Catedral Metropolitana entre el humo de las antorchas portadas por las manos callosas de los últimos alistados vestidos con libreas rojas de lacayos, y ya dentro de la catedral, bajo la bóveda del altar mayor prendida de luminarias, el anciano arzobispo revestido con ropas talares se acerca vacilante al trono sosteniendo entre sus manos alzadas una corona y la coloca en las sienes de la muchacha, la misma muchacha retratada en los billetes de a un córdoba con pluma de princesa india adornándole la cabeza. Vuelan las campanas y retumba un cañón en la distancia, y Taleno el padre confundido entre el público de las naves laterales se arrodilla, y hace que él también se arrodille.

Despierta acostado en un charco sobre la rugosidad de la isla de cemento se extiende alrededor del pozo, agita la cabeza hacia un lado y vomita sobre el hombro una buchada teñida de bilis; las botas del coronel rechinan al acercarse desde el garaje, y entrevé las anchas botamangas de su tieso pantalón kaki cuando se sienta junto a él en su banquito de gallina. Con la punta de la bota le toca las costillas, “¿Ya podemos platicar, capitán?”.

Casi inerme lo alzan de los brazos pero puede dominar su mareo para sostenerse frente al coronel, quien se busca algo en el bolsillo de la camisa, la barbilla pegada al pecho y al realce la cresta de su papera; saca finalmente lo que parece ser una fotografía, porque relampaguea al cambiar de manos cuando el otro surge solícito para tomarla y ponérsela a él frente a los ojos; la alumbraba desde arriba con un foco de pilas y le sonríe inocentemente, como si no hubiera pasado nada, su uniforme veteado por las sombras oscuras del agua. El coronel se aprieta los dedos pulgares contra la cuenca de los ojos, fatigados, ¿conocía, pues, a ese individuo? La cara de Carlos Rosales bajo la luz del foco, juvenil pero madura, las pobladas cejas en encuentro y los pómulos salientes, enseñando una sonrisa despreocupada al posar con ese aire provisional y descuidado de los retratos de pasaporte rápidamente ordenado con los dedos, el cuello de la camisa sport abierto sobre las solapas de un saco de última hora. Niega, y al sacudir la cabeza pringa agua de su pelo sobre la foto, que el otro seca antes de apagar el foco; el coronel se queda un

rato silencioso, abatido, y con el puño cerrado de una mano golpea en la palma de la otra. “Dénmele una nueva bañada al capitán, a ver si se le despeja la memoria”, se aleja hacia el garaje, una ordenanza detrás cargándole el banquito.

Y es entonces, o en una de tantas veces a lo largo de la noche, cuando el otro, sentado en cuclillas a sus espaldas le asegura las amarras aflojadas por el agua y le reclama con sorna ser el culpable de que se estén desvelando. ¿Hasta cuándo piensa tenerlos allí en esa remojadera? Se da por satisfecho con el nudo y entrega a los rasos los cabos de los mecates que sirven para izarlo en el último momento de su ahogo, lo agarra de nuevo imprevisiblemente por el pelo y en el instante en que su cabeza pasa por el filo del brocal, lo ve sostener, risueño, la parrilla de hierro sellada con un golpe tras su caída; y repite su lucha desesperada de querer aflorar a la superficie pero se vuelve a la profundidad siempre rechazado, se desvanece y se recupera sobre el embaldosado, el agua chorreándole del cuerpo aterido, todas las veces el coronel sentado en su banquito pata de gallina pateándole suavemente las costillas, todas las veces sosteniéndose a duras penas en pie cuando lo incorporan, la fotografía alumbrada frente a sus ojos anegados, la misma mano cogiéndolo del pelo, al pozo, el ahogo, cada vez más débiles sus sentidos al despertarse sobre el charco sin saber ya cuándo el cielo estrellado se extiende a campo abierto arriba, y cuándo lo rompe en pedazos al entrar en el agua, nutridas constelaciones brillan hacia el sur, luceros prendidos en el firmamento pleno bajan hasta sus ojos arenosos cuando cae, se alejan y desaparecen violentamente catapultados cuando tornan a levantarlo por los sobacos y lo lanzan de cabeza al abismo en cuya superficie el mismo cielo encendido vuelve a parpadear.

Y al final, tirado sobre el cemento y goteando de la nariz una mucosidad ardorosa, lejos del palpitar ensordecido de sus oídos que chorrean hirviente el agua, cantan en una hoja muy remota los gallos y el coronel se aleja siempre hacia el garaje, “llévenselo y me lo traen mañana”.



La herida de guerra, como él me lo había pronosticado, me valió un ascenso y pasé a los rangos de la oficialidad. No volví a las Segovias, eso sí; los yanquis me dejaron acantonado en el Campo de Marte en Managua, en el servicio administrativo. Cuando valiéndome aún de mis muletas me presenté a comenzar mi trabajo un día lunes, ya estaba él allí, escritorio de por medio conmigo, porque el coronel Cummings USMC se lo había traído del frente como secretario suyo. Sus prendas eran su inglés chapucero y la mecanografía, aprendidos en una escuela de comercio de León, de donde era originario.

Él volvía ascendido también, y no dejaba de llevarme una cabeza de ventaja; en las oficinas de la comandancia quedé como subalterno suyo, aunque sus deseos de que intimáramos no tardó en demostrármelos, y yo tampoco fui lerdo en corresponderle, estaba de por medio la deuda de sangre. Desde entonces ya no nos separamos, ni dejamos de llamarnos bróder siempre que nos encontrábamos, esperándonos con los brazos abiertos para palmotearnos ruidosa- mente las espaldas.

Mi obligación como su ayudante de secretaría consistía únicamente en ordenar por fechas ciertos documentos relacionados con la guerra, gasto de gasolina de los aviones, cuentas del aprovisionamiento de boca, control de mulas desaparecidas en acción, porque las mulas de carga se importaban desde Kentucky; él, además de revisar mi trabajo, se ocupaba de llevarle la correspondencia privada al coronel Cummings USMC, apuntarle los días que tenía invitaciones a fiestas, mandar flores en su nombre cuando cumplían años las esposas de los políticos liberales y conservadores. A mí, el trabajo me resultaba duro, por no estar acostumbrado a cuestiones de escritorio; y mientras me pasaba el día agachado sobre aquellos manojos de papeles queriendo desenredarlos, él se dedicaba a la conversadera con los oficiales gringos; de nada que dijera se reían, o lo escuchaban leles, como si los hubiera tenido bajo poder hipnótico. Y sino, se trasladaba a los excusados a leer versos; se olvidaba del mundo encerrado en las letrinas, y solo el humo

de los cigarrillos *Lucky Strike* coyoteados por él a los mismos yanquis, se veía salir entre las rendijas.

Porque se daba el lujo de tener las gavetas llenas de versos mecanografiados, poesías de Rubén Darío que era como su santo, y otras prohibidas de Vargas Vila; componía a máquina versos burlescos dedicados a los otros oficiales nacionales, acrósticos y ovillejos que ellos se arrebataban para sacar copias, parodias de *Los Motivos del Lobo* con vulgaridades de doble sentido. A puras letras de máquina, juntadas pacientemente en cierta forma, podía hacer además figuras de pavorreales y jarrones de flores, y tras desvelarse muchas noches, hasta un retrato del coronel Cummings USMC logró sacar al tecleo, dándole bastante parecido.

Ostentoso, se paseaba con libros debajo del brazo para que uno se acercara a preguntarle qué libro era aquél: las batallas Julio Cesar, la vida de Napoleón Bonaparte, la vida de Simón Bolívar; “lee que te conviene, los cerebros de estos hombres próceres dejaron grandes enseñanzas”, me aconsejaba, pero eran mamotretos tan pesados y con una letra tan menudita, que me hacían llorar los ojos, botándome de sueño antes de poder entrarles. Proclamaba creer muchas babosadas, o lo aparentaba solo para darse el taco: se carteaba con los Sabios Rosacruz que vivían en San José de California, y de ellos recibía cantidad de folletos sobre la reencarnación del alma, largas conferencias sobre tales carajadas de fluidos y desdoblamientos me daba. Él me hizo masón. De *el hombre* abajo, cuando ya apareció *el hombre*, nos convirtió a todos los oficiales a la masonería; alguien debe conservar, ocultas, esas fotos donde nos están ordenando en la tenida blanca en el Gran Templo de la Logia de Managua, vestidos de caperuzas y delantales, *el hombre* en oración teosofal, en adelante obligados a darnos la mano con un cierto temblor para transmitirnos las emanaciones etéreas.

Y a quién otro que no tuviera semejante labia, se le iba a ocurrir la organización de un baile de gala en honor de las gringas hijas de los oficiales de ocupación. Vivían aisladas en sus chalets de Las Piedrecitas, y si no era bajo escolta militar no bajaban a Managua, uno solo podía admirarlas de lejos y oírlas reír mientras se paseaban por la costa del lago, o cuando iban a los mercados a comprar carambadas típicas, sombreros de palma y hamacas de cabuya, defendidas por su custodia de marinos que alejaban a los curiosos y cerraban las calles por donde su alegre cortejo iba a pasar, prohibido a los transeúntes dirigirles la palabra. Tampoco comían cualquier cosa, sus alimentos llegaban refrigerados en buques de guerra desde Estados Unidos y

al agua que tomaban le disolvían primero unas pastillas sanitarias para no contaminarse de lombrices en Managua.

Él sostenía que esas niñas debían pasar muy aburridas en su aislamiento, y en un memorándum propuso lo del baile a la superioridad extranjera. Unos marinos borrachos se habían metido hacía poco al Cementerio General de Managua en compañía de unas putas, orinándose en las tumbas y quebrando las cruces, y eso ayudó a la autorización del baile, que vino rápida, quizás para aplacar a la ciudadanía que andaba caliente por lo de la profanación. Él escogió de entre sus oficiales amigos un comité organizador del cual se asignó presidente; al teniente Orochena, que siempre andaba metido en cuestiones de clubes sociales y tenía experiencia en contratar músicos y cantineros, lo puso de secretario; los otros miembros vocales eran solo para apantallar, incluyéndome a mí que en cosas mundanas era cero a la izquierda. Pero a lo mejor, quién quitaba y no salían de aquí las bambas de oro de mi papá, me hacía ilusión yo.

Las horas de oficina las ocupaba ahora él en escribir los sobres de las tarjetas de invitación, y en consultarse los preparativos con el teniente Orochena, que ya tenía conseguidos los salones del Club Internacional. Entraba y salía del cuartel como un ventolín, y sudoroso y preocupado andaba de un lado a otro de Managua montado en su bicicleta, visitando los periódicos, visitando a los ministros extranjeros, asegurándose de que el baile resultara un verdadero acontecimiento social, como decía el diario *La Noticia* en la primera plana todos los días. Pero a última hora, se descubrió un contratiempo grave; nosotros los oficiales, no sabíamos bailar.

Qué afrenta, ni siquiera marcar un paso. Aquellas gringas, tan versadas en cosas galantes, se iban a reír de seguro de nosotros al vernos conducir tan mal y tropezar, duros como de palo, machucarles acaso las zapatillas; y lo peor es que a causas de esa ineptitud iban a notar, entre otras cosas, que no éramos oficiales académicos, se razonaba condolido él. ¿De dónde habrán sacado a esa gentuza para uniformarla? iba a ser la pregunta general.

La consigna de emergencia fue entonces, aprender a bailar cuanto antes. ¿Pero cómo? Meter mujeres para practicar con ellas en las cuadras del Campo de Marte, no, no iban a querer mujeres decentes entrar en los cuarteles y además, de dónde reclutarlas; putas, ni pensarlo, el estado mayor de ocupación era estricto en su disciplina de cero hembras en los cuarteles, afuera, todo. Pero el teniente Orochena, el único bailarín probado entre nosotros, nos sacó de la desesperación: en el *Victory Club* se buscaba

artesanos, para que haciendo pareja con ellos, los socios aprendieran a bailar; los artesanos tenían fama de ser magníficos bailarines naturales. Y de allí vino la idea de aprender nosotros con los rasos.

Era nada más cosa de escoger un pelotón entre los más ágiles y menos viejos de la tropa, ordenarles formarse, y sacar cada uno su pareja, el teniente Orochena nos iba a instruir sobre los movimientos; a ellos solo les tocaría dejarse llevar suaves siguiendo la música, no iban a ser tan brutos de no ponerle oído al compás. Y así se cumplió. Una noche, después del rancho, se instaló una victrola en la sala de bandera y el oficial del día se presentó en las cuadras a pasar listas de los soldados que necesitábamos; se les hizo entrar de dos en fondo y se les atrancó la puerta. Al oír ellos el ruido de las aldabas y vernos a nosotros reunidos se pusieron temerosos, pero sin perder tiempo él los colocó en ¡Atención! ¡Firmes!, y los arengó con palabras muy sentidas y bonitas para explicarles de qué se trataba, el honor del ejército nacional, les dijo. Ellos, como correspondía a la obediencia, no contestaron nada y se alinearon de espaldas a la pared, según las órdenes. Se puso el primer disco en la victrola, a bajo volumen para que los superiores americanos no fueran a darse cuenta, ¿Cómo se les iba a explicar si nos hallaban a los oficiales bailando con los rasos? Y nos lanzamos al ruedo al compás de un *fox-trot*, *fox-trot* fue lo que se bailó en esas primeras sesiones, por ser lo más difícil y lo más de moda. La victrola se interrumpía y el mismo disco volvía a comenzar, hasta no quedar bien aprendido el paso que el teniente Orochena nos marcaba dando suaves palmadas.

Al principio bailábamos no sin cierta repugnancia del sudor y del olor a hombre, tomados de la mano con los rasos pero guardando la distancia, rozándonos apenas los uniformes; no les dábamos la cara, y ellos, humildes, cumplían sus instrucciones, girando, balanceándose según les dijeran. Lo único que les pesaba eran sus zapatones de reglamento, por lo cual se decidió hacerlos bailar descalzos; y a pesar del tufo a pies, con esa medida conseguimos que se deslizaran más ligeros. No hubo casos de indisciplina, salvo una vez; uno de ellos se sublevó porque le ordenaron sentarse como señorita para practicar la pedida de una pieza, y retrocedió furioso, que no era ningún amujerado para seguir en esos pases con hombres, y entonces no tuvimos otro remedio que mandarlo restricto.

Así aprendimos el *fox-trot* y otros ritmos de actualidad a como era debido, y llegada la noche de gala, él rascaba por lucirse; todo el día se lo había pasado encerrado en su cobacha, con una gorra de media tallada en la

cabeza para domarse las cerdas del pelo rebelde, que no atendía ni con una libra de vaselina; como presidente del comité organizador le tocaba el primer baile con la propia hija del coronel Cummings USMC, y realmente se presentó a los salones en forma impecable, todos aparecimos magníficos, puede decirse, bien aplanchados los quiebres de los uniformes y lustradas las correas, retumbantes a perfume varonil. Derroche de luces y profusión de voces; allí los altos oficiales de la Marina, de punta en blanco, acompañados de sus esposas, altísimas de estatura; mi padrino, el presidente, de frac, con todos sus ministros, y los ministros extranjeros del cuerpo diplomático. Él tocaba con el codo, y se reía solo de su triunfo.

Se forma una rueda a un llamado de trompeta de la orquesta, y marcial se dirige a sacar a la hija del coronel Cummings USMC, que lo espera del brazo de su papá; se la lleva delante de todas las miradas al centro de la pista iluminada, rompe la orquesta a tocar un *fox-trot*, y viene entonces el gran desastre. Porque el baile lo empezó al revés de como se debe, abrazando a la señorita por el lado izquierdo y llevándola por la derecha, y en esta forma equivocada la paseaba ampliamente y daba con ella las múltiples volteretas, así habíamos bailado todo el tiempo durante el entrenamiento con los soldados, sin notar el grave error. Nosotros, que ya estábamos formados para marchar a convidar a las otras gringas y seguirlo en la danza, notamos la inquietud de muchos de los invitados, pero no tuvimos tiempo de ponernos a averiguar cuál era la causa del revuelo de risa, y respetuosos y comedidos, haciendo una inclinación de cabeza según la regla del teniente Orochena, pedimos pieza y nos lanzamos al baile, pero cogiéndolas en la misma forma. Y aunque ellas, ofuscadas, buscaban cómo corregirnos y cambiarnos al disimulo la posición, nosotros nos aferrábamos al lado equivocado, haciendo notorio ante la concurrencia el forcejeo.

Cuando terminó la pieza y caímos finalmente en la cuenta, nos dirigimos en pelotón a los servicios higiénicos, a mirarnos unos a otros como si nos acabaran de sentenciar a muerte. Hasta Orochena, el maestro, había cogido al revés a su pareja. A él, en la cara entalcada por la que le chorreaba desde el pelo el sudor revuelto con la brillantina derretida, se le veía clara la desolación. Algunos de nosotros se quisieron correr, yo me quise correr; pero él nos detuvo, que nos fuéramos a sentar a nuestros lugares en la mesa de honor, como si nada, peor sería desertar. Un militar nunca sale en carrera. Y nos animó Orochena. “Sí, muchachos, ¿qué saben esas yankas de baile?”.

Volvimos, y bailamos ya correcta pero alicaídamente el resto de la

noche. Y él, a pesar de la cortesía de su trato y la urbanidad de su comportamiento, triste llevaba a su pareja a la pista, y ya no pudo cumplir la promesa repetida a voces entusiastas en la covacha, mientras se acicalaba: “Hoy van a verme que soy un trompo bailando”.



Raúl camina detrás del capitán preboste, llega al estrado y se quita la gorra de presidiario con un movimiento apresurado porque el custodio le ordena descubrirse ante los miembros del Consejo de Guerra que sentados frente a la mesa conversan distraídos, bostezan, se pasan un termo de café, se sirven gaseosas en vasitos de cartón, comen sándwiches que desempacan de sus envoltorios, con cuidado de no mancharse el uniforme, y bajo una luz poderosa recibe orden de sentarse, oyendo el chicharreo de la cámara de cine porque lo están filmando, y encandilado busca a tientas la silleta metálica, entrecierra los ojos y su cara inocente va a salir después en el *Noticiero Nacional* de Leo Aníbal Rubens en todos los cines, gordo, o es que la ropa de prisionero le va muy grande, y rasurado al rape, solo conserva una cresta de pelo; continúa cegado aún después que los focos se apagan, y es la voz del fiscal militar la que viene a sacarlo de la tiniebla chispeante, requiriéndolo desde muy lejos, del otro lado del estrado en el calor del galerón de zinc del Campo de Marte, que diga su nombre, edad, estado, profesión u oficio y residencia legal, ¿o está sordo el declarante que no escucha?

Sí, escucha, se llama Raúl Guevara Potosme, y el fiscal, extrañado, revisa de pie frente a su pupitre un legajo de papeles. ¿Guevara? En los registros aparece solo como Raúl Potosme; y entonces él declara que por ser hijo natural existe esa confusión de apellidos ya presentada otras veces en el curso de este proceso, que su edad es de treinta y dos años cumplidos. ¿Estado? Se vuelve tímido a su abogado de oficio, sentado tras él, quien se adelanta, se sopla con un periódico y le susurra: si casado o soltero; y él cabecea asintiendo y sigue, soltero, de oficio filarmónico. Y el fiscal lo interrumpe y

da la cara al tribunal para revelarles de antemano la intención de su pregunta, si su oficio es músico diga el declarante qué pito tocaba en la banda de facinerosos (risas) y el declarante también se ríe, y es la cara que después aparece en el periódico, la foto que ve Chepito repetidas veces mientras cena en la cocina del Casino Militar, acercando la página a sus ojos y otra vez alejándola, para decirse: no pasan los años por este Raúl; y es la misma que Pastorita corta utilizando una *gillette*, con cuidado de no llevarse parte de la oreja, la unta por detrás de almidón y la pega en el tabique de la barbería junto a la del Jilguero que ya está allí desde hace días recibiendo sol, la misma foto de bachillerato, tostada encima de la gruesa capa de almidón; se retira del tabique para mejor contemplarlas ya juntas y piensa: dichoso el Jilguero que ya no va a envejecer nunca.

Que con respecto a su domicilio, no lo tiene, que anduvo últimamente, desde hará cosa de tres años, entre Honduras y Guatemala, y que por lo que entiende, su domicilio legal es actualmente la cárcel de *La Aviación* en la ciudad de Managua, Distrito Nacional (risas). Y cruje el uniforme almidonado del fiscal al llevarse las manos a la espalda, diga todo cuanto tiene que decir, todo cuanto sepa y conozca del asunto que se investiga en autos y del cual se le ha suficientemente informado. Y Raúl se seca con un dedo el sudor del bozo, mira al tribunal, a los oficiales ventrudos, o semicalvos, o canosos, o cetrinos con lentes gruesos, los uniformes kakis ajustados, diminutos los nudos de sus corbatas negras, opaco el brillo de las insignias de cobre en sus solapas, sus quepis sobre la mesa, los ve reírse, buscarse tras las espaldas de un tercero para conversar o pasarse un cigarrillo; y un locutor de la *Radio Nacional* se le acerca, y echándole su aliento a sensen le ordena pegarse al micrófono al hablar porque lo está grabando, y le señala a sus pies los carretes de la máquina que giran lentos, con un zumbido apagado.

“Ya están los treinticinco córdobas que vale la grabación, al fin los recogimos”, había terminado de contar Pastorita aquella vez las monedas de a chelín entre los pedazos de barro de la alcancía quebrada, y *Los caballeros* se fueron con sus guitarras en bandolera al *Estudio Tropical* de la Colonia Lugo frente a la Plaza de la República a grabar su disco de 78 RPM que les entregaron, brillante y nuevecito, medio en una cubierta de papel manila con un hueco central para que pudiera leerse la etiqueta rotulada a máquina: *Lado 1/ Yolanda, Flor de todos (fox lento)* Letra y Música del maestro Raúl Guevara. *Lado 2/ El Solar de Monimbó* (son folclórico) Letra y Música del

maestro Camilo Zapata. ¿Lo conservaría aún Chepito? Estuvo mucho tiempo guardado en el mostrador de *El Copacabana*, no hallaron nunca quién les prestara un tocadiscos para ponerlo, y se murió Lázaro sin oírlo. Más de medio día habían pasado grabándolo y el viejo que manejaba los aparatos de sonido detrás del vidrio les hacía señas de no acercarse mucho al micrófono. “Lo único que se va a oír son los alientos”, entraba a advertirles, “no se peguen al micrófono como si lo fueran a morder”.

¿Está bien así?, le pregunta al locutor, y las muchachas taquígrafas, sentadas abajo en la primera fila, las rodillas muy juntas y los cabellos húmedos, recién bañadas, permanecen inmóviles con la punta afilada de los lápices en los labios, o al alcance de la mano en sus mesitas; y no dejarán su indiferencia mientras él no comience a declarar, y comienza, ya sabido de que lo están grabando: que alrededor del mes de junio de 1956, el día preciso no lo recuerda, salió del país con rumbo a Honduras por la vía terrestre, que a raíz de ese viaje trabó conocimiento con exiliados nicaragüenses residentes en Tegucigalpa; y si fuera a Pastorita, a Chepito, alegres los dos de que ya estuviera de vuelta al fin, pasándole Chepito su cerveza helada para celebrar el regreso, chileando de cómo se le había hecho tan larga la dejada de la guitarra, a ellos lo primero que les contaría, sería: que había encontrado al Jilguero en una gran pobreza, viviendo en una cuartería de Comayagüela, con decirles que la misma camisa la lavaba y se la ponía, y mientras se estaba secando se quedaba encerrado en su pieza sin poder irse a trabajar en su venta ambulante de lotería; en tales barriales, le había costado dar con su dirección, es como si ustedes se fueran preguntando por alguien, pongamos por caso, en Miralagos.

Y Pastorita querría saber entonces qué cara había puesto el Jilguero al ver la guitarra; porque les había enviado desde Honduras una razón en un papel que llegó a manos de Chepito, solicitando que si la guitarra de Lázaro podrían prestársela y mandársela en alguna forma, para ganarse con ella la vida; y Raúl había saltado contento, él iba a dejársela. Y así agarró camino para Honduras con la guitarra metida en una funda de almohada facilitada por Chepito, quien se quedó durmiendo sobre lo pelado; y al momento de aparecerse él, cocía el Jilguero unos plátanos en un jarro para comérselos de almuerzo. Y Raúl en la puerta, gozando desde antes con la sorpresa que iba a darle, ¿verdad Raúl? Pues sí, yo en la puerta: “Buenos días”, con la guitarra. Y Chepito, ansioso, ¿cuáles palabras habían sido exactamente las del Jilguero al darse vuelta y verlo? Pues había dicho: “Ideay qué es esto, ¿vos aquí?”. Y

él le había extendido el instrumento y había esperado a que el Jilguero, maravillado, lo sacara de la funda, que llevara a la puerta la guitarra para verla bien, a la luz. “Mejor te la traje personalmente para que no fuera a joderse o algo en el camino”, le dijo él entonces.

El fiscal militar toma un sorbo de agua que retiene un momento en la boca, como si su intención fuera solo enjuagarse. Que prescinda el reo de cualquier testimonio que ya conste en la encuesta del proceso indagatorio levantado por la Comisión Militar Investigadora, previo a este Consejo de Guerra, y se limite a relatar los hechos ocurridos a partir de su ingreso al territorio nacional como parte de un grupo sedicioso, en armas contra el gobierno constitucional de la república; y siente Raúl a su abogado acercársele de nuevo por detrás, adelantando el cuerpo sin levantarse de su silla; le sopla algo y él asiente, mirando al piso donde está instalada la grabadora. ¿Y entonces?, lo animaría a seguir Pastorita. Entonces todo había sido abrazos y recuerdos, que cómo estaban los muchachos, preguntándole por ellos, vos Chepito, si era cierto que por su culpa te habían torturado, y vos, Pastorita, si te habían devuelto tu acordeón; todo era viejo, pero él andaba escaso de noticias. Claro, la ausencia. Y esa noche ya dormí yo allí en su casita, “vas a dormir en el suelo aunque sea por hoy”, me advirtió, y yo más que contento, “como el pavorreal, al que se le cayó el arbolito, Jilguero”. Y a la mañana siguiente, sin desayunar ni nada, cogimos la calle, él a zancadas, “ahora que ya está aquí la guitarra, vamos a conseguir buena chamba”, yo llevándolo cotonero, hasta llegar a la pensión *Marechal*. Adivínenme a buscar a quién: nada menos que al capitán Taleno, Pastorita.

El Capitán Taleno tenía ya para ese entonces muy buenos entronques en Tegucigalpa, se había vuelto un as para los seguros de vida y cada mes aparecía fotografiado en un anuncio en *El Cronista* como campeón de ventas, incluso en *Life en español* llegó a salir, en un número que por eso prohibieron entrar a Nicaragua. Lo encontraron desayunando en el comedor, ya de corbata, listo con su cartapacio para su ronda de la mañana; y quien no le supiera su historia pasada, muchachos, bien podía descubrirle lo militar, tal vez por el pelo rasurado a la número cero, tal vez por su porte al levantarse a saludar respingadito y con el culito metido como cuando custodiaba a *el hombre*, marcial detrás de sus pasos, siempre pegado a su oreja, o sirviéndole el trago o dándole fuego.

Y les escribió allí mismo la recomendación que ya le había prometido al Jilguero para cuando llegara la guitarra, una carta para un tal Mr. Florian, un

viejo yanqui coloradote y gigantón que usaba zapatos como de payaso; tenía varios negocios en Tegucigalpa, entre ellos un bar y una compañía de viajes para ir a ver en avión las ruinas de Copán; pues ese bar *Tío Sam* quedaba cerca del Picacho, en una altura desde donde podía distinguirse en las noches las luces de los otros cerros de Tegucigalpa. Y para qué estar con brincos, de una vez les confesaría que aquel bar era en realidad una casa de putas; allí les dio empleo Mr. Florian como músicos, el Jilguero iba a tocar la guitarra de Lázaro y él un piano de cola. ¿Has visto esos pianos de cola, Pastorita? Piano nunca en su vida había tocado, menos de cola, le expuso asustado al Jilguero, pero el Jilguero, ¿sabés qué me contestó, Chepito? “Lo último que vamos a tocar es lo ajeno, pero por el momento tenemos que rempujarle a cualquier cosa”, y además, que en la media luz y los clientes con sus tragos y bien calientes bailando, todo iba a sonar bien; y así quedó armado aquel dúo armónico, al que le pusieron por nombre *Los Caballeros del Ritmo*, para que algo de caballeros llevara.

Y lo primero que se aprendieron, porque a Mr. Florian le encantaba, fue *Managua, Nicaragua donde yo me enamoré*, que el gringo la cantaba en inglés, y si se los encontraba de día en la calle, porque siempre aparecía por todas partes con su andar pesado, como si fuera a hundir el suelo, todo era que los divisara y les gritaba: “¡Hey, nicas! Managua, Nicaragua...”. Y empezaba a bailar y a palmotear, sin darle pena. Y esa musiquita tan pendeja, les contaría, fue el gran éxito del dúo armónico, porque después se pasaron a tocar al bar del Hotel Lincoln, y dele con *Managua, Nicaragua*, el bar se mantenía lleno de yanquis que pedían solo lo mismo. Y si Chepito lo interrumpiera para preguntarle por qué ya no siguieron tocando en el bar *Tío Sam*, entonces él tendría que explicarles que Mr. Florian había caído preso por unas estafas achacadas en su contra y le embargaron todo, los catres, las bacinillas, hasta el piano de cola.

¿Si a partir de que fuimos atacados por el ejército hondureño en el Chaparral es que desea oír los hechos? Y el fiscal, sosteniendo los legajos en la mano derecha, hace un gesto de impaciencia, ruega al reo iniciar su declaración sin más dilatorias; y Raúl coge el micrófono como si fuera a empollarlo con el calor de las manos, que mientras acampaban la noche del 24 de junio de 1959 en un sitio conocido con el nombre de El Chaparral en territorio hondureño, distante unos ocho kilómetros de la frontera, las dos columnas compuestas por número aproximado de treinta personas cada una, que en la madrugada del día siguiente debían invadir Nicaragua, fueron

atacadas sorpresivamente por efectivos del ejército de Honduras quienes les tendieron un cerco, declarándose una batalla muy desventajosa que duró hasta cerca del amanecer; que las dos columnas fueron prácticamente desbaratadas, sufriendo numerosas bajas entre muertos y heridos, siendo los restantes conminados a entregarse prisioneros.

Y si Pastorita quisiera saber cuál había sido la época de bonanza en Honduras para *Los Caballeros del Ritmo*, él sin dudarlo le contestaría que la del Hotel Lincoln; les pagaban regular, les daban cena y hasta sus jaiboles gratis; con la firma del capitán Taleno habían sacado fiados unos smokings rojos solapa de fantasía, y parecían verdaderos artistas de cartel. Pero en 1957 vino por desgracia el amago de guerra entre Honduras y Nicaragua a causa del ataque a Mokorón, y a él se le metió en la cabeza regresarse para poder pelear a favor de su patria, no quería estar viviendo en territorio enemigo; el Jilguero se reía de él al principio, se reía también el capitán Taleno y le aconsejaban estarse mejor callado, no andar discutiendo nada de guerra en público, no fueran a joderlo por sospechoso, y lo menos que podía pasarle era que lo metieran preso, esa guerra era una guerra de boca y mejor dejársela a las radios; pero él veía la agitación de los hondureños en las calles esos días, veía las colectas, veía que donaban sangre, veía a los pelotones de voluntarios entrenándose en las plazas, en el estadio *General Carías*, hasta los viejos reclamando armas para ir a pelear contra Nicaragua, ¿y cómo iba a gustarle? Y da la casualidad de que una noche, estando presente en el bar del hotel el capitán Taleno, los llama el gerente y les comunica que hay orden del gobierno de no tocar más ese *booggy, Managua, Nicaragua*. El Jilguero se encogió de hombros y acató, “qué se le va a hacer, pues no se toca”; pero él tal vez con sus buenos tragos, se obstinó: “¡Pues yo lo toco porque lo toco, jodido!”. Y el Jilguero ya bravo lo regañó, que hiciera lo que le diera la gana, para eso era ya mayor de edad.

El capitán Taleno quiso detenerlo con buenos modos cuando lo vio levantarse, pero no hubo caso; se fue al piano y comenzó a tocar *Managua, Nicaragua* hasta que le dolieron las manos; cuántas veces, no se acuerda; el gerente, parado en la puerta del bar que daba al lobby solo meneaba tristemente la cabeza. Y todo fue que salieran a la calle al terminar su actuación de esa noche para que los detectives del DIN que ya estaban esperándolos, se los llevaran presos, incluyendo al pobre capitán Taleno, quien pagó justo por pecador. Los tuvieron cerca de un mes en un sótano de la Penitenciaría Central, incomunicados, y después los transportaron a la

frontera para sacarlos a pie, camino de Guatemala; y a consecuencia de todo eso, les contaría avergonzado, fue que se perdió la guitarra de Lázaro. Antes de cruzar la guardarraya el Jilguero se la reclamó al oficial encargado de expulsarlos, quien contestó que había quedado en Tegucigalpa decomisada, como cuerpo de delito; él quiso todavía alegar que no era cierto, *Managua*, *Nicaragua* se había tocado solo con el piano, pero por respuesta los empujaron, y así fueron por aquella trocha los del dúo armónico vestidos con sus smokings rojos sucios, el capitán Taleno con su corbata de vendedor de seguros metida en la bolsa de la camisa desguazada. Y ya estaba alto el sol cuando entraron en esas fachas a Esquipulas, en territorio de Guatemala.

Quién iba a decirte que ibas a conocer también Guatemala, le cambiaría Chepito la botella de cerveza por una llena.

CAPÍTULO VII



Llegan ya a León y altas en la oscuridad parpadean a la izquierda de la carretera las luces rojas de una antena de radio; frente a una gasolinera apagada se cruzan con un tráiler vacío tirado a paso lento por un tractor, una larga jaula de alambre que viaja hacia algún plantío para recoger algodón en rama al amanecer, las motas adheridas a la malla como pájaros blancos que la velocidad del viento parece desplumar. Y al pasar al lado del portón del Cementerio de Guadalupe y dejar atrás la planta lechera, el chofer aminora la marcha hasta casi detenerse, doblando a la derecha para entrar a la ciudad por la avenida desierta.

Al oírlo dar gracias en voz alta porque han llegado sin novedad, Bolívar aparenta despertarse de su adormilamiento y se asoma por la ventanilla para reconocer, como si estuviera tiempos de no ver las viejas casas de pilares esquineros, las aceras altas y desconchadas, las puertas cerradas bajo la luz de las lámparas de mercurio que brillan de trecho en trecho rodeadas de sus halos blancos; y vuelve a recostarse, ahora con los ojos abiertos y ve de nuevo a la madre parada en el patio de la desmotadora, más recia la lluvia de pelusa blanca: “Esto también llevás, para vestirlo; mucha gente se querrá asomar a la ventanilla de su caja cuando me lo traigás, y un hombre como él no tiene por qué dar lástima”, y había sacado de la misma bolsa del dinero una prenda blanca, que aún antes de extraerla supo

él que se trataba de una camisa nueva, porque oyó crujir el celofán. Y días después en la morgue, al alzar con dificultad aquel cuerpo desnudo, viejo y cetrino acostado sobre la loza para meterle las mangas, comprobaría sin asombro que por primera vez en su vida tocaba al extraño que había sido su padre, el desterrado conocido solo de oídas a través de las perennes exaltaciones de ella, la sombra clandestina que le había ordenado, desde lejos,

bautizarlo con el nombre de Bolívar, y por el que se había levantado durante tantos años antes del alba para amasar el pan y así poder mandarle remesas secretas de dinero que le sirvieran para comprar rifles, casi veinte años pagándole con el producto de la panadería municiones y armas conseguidas en los mercados negros de Honduras y Costa Rica, sus invasiones siempre a punto de entrar por las fronteras. Y si *La Opositora* se cerraba y furtiva la gente del barrio tenía que entrar a comprar el pan por el traspatio, era porque circulaban rumores de estar él dando ya el combate en algún lugar de Nicaragua.

Al abotonarle la camisa mascada por las ajaduras de los dobleces, al hacerle el nudo de la corbata, una vieja corbata kaki perteneciente a su ajuar militar, también sin asombro pensaba en cómo había descubierto la tarde anterior, que los vericuetos misteriosos del laberinto de su destierro iban a parar a una vivienda miserable de cuyo techo colgaban en olvidada exhibición unas piñatas de barro. Ese había sido su último paradero, donde después de su muerte de indigente, hacinado en la sala general de un hospital con otros moribundos, quedaban otra mujer y otros hijos bautizados también con nombres de próceres como él mismo.

Solo tras una larga búsqueda había logrado encontrar la fábrica de piñatas. La primera vez que se presentó a la morgue a reclamar el cadáver, al no más llegar a Guatemala con el cajón vacío, le habían informado que solo podían entregarlo con autorización del deudo cuya firma aparecía en los papeles de ingreso a la sala general, y le mostraron el nombre puesto con trazos inseguros al pie de la hoja amarilla de admisiones: Carmela Dardón Molina. En cuarentiocho horas más, porque ya se vencía el plazo, y si no, pasaba a manos de los estudiantes para sus prácticas.

En la hoja habían olvidado, sin embargo, anotar la dirección, o a lo mejor ni siquiera se la habían pedido a la mujer; y cualquiera que fuera el lugar donde el padre había vivido en los últimos tiempos, le era completamente desconocido, porque además de no anotar jamás en sus cartas señales de remitente, se suponía que por seguridad de su persona no quedaba nunca en un solo lugar. Recordaba sí, haber oído alguna vez en una plática de su madre en el aposento, con uno de los enviados secretos que se presentaban a recoger las remesas de dinero, mencionar una *Pensión Chapaneca* de la zona 1, donde aparentemente se había hospedado en otro tiempo, bajo otro nombre.

Se dirigió allí de primero, pensando que al menos podría describírselos físicamente, tratar de averiguar adónde se había marchado, si es que acaso se

acordaba alguien de sus facciones. Pero la pensión había cambiado de dueña, y nadie, ninguno de los huéspedes, y comensales pudo darle razón, ninguno había llegado a conocer a exiliados nicaragüenses, a no ser por un viejo inspector municipal que recordaba a dos muchachos acomodados en una misma pieza y quienes sabían tocar la guitarra, todo el día riéndose de la menor cosa, pero que un día allá por abril de 1959 habían desaparecido. Le dieron las direcciones de otros alojamientos familiares frecuentados por desterrados, y así anduvo a bordo del camión hasta tarde, cuando dio al fin con una *Pensión Chabelita*, cerca del Club Americano; la propietaria sí se acordaba muy bien de un señor muy educado que en otro tiempo, tal vez antes de 1959, llegaba en busca de un huésped, un joven también muy cordial y amanerado, agente vendedor de seguros; y un día que se presentó algo tomado, le había regalado a ella una tarjetita de propaganda de su negocio de cumpleaños infantiles; la conservaba, pegada con tachuelas al lado del tablero de las llaves, junto con otras muchas tarjetas de presentación recogidas por años, y de allí pudo copiar al fin Bolívar la dirección.

Ya al fin del día arrimó a la calle sin asfalto de la zona 20, perdida en las cercanías de un aserradero, y pudo localizar, la casita de mediagua, apoyada en la pared ahumada de otra construcción de adobes más alta, un destace de cerdos. El frente estaba pintado de un azul subido que a trechos era ya de un celeste casi invisible; entre la mocheta de la puerta y el alero tenía un rótulo de letras de doble fondo, desproporcionado en sus dimensiones en relación al tamaño de la pared

BIM BAM BUM *Piñatas de calidad*

El anuncio incluía el dibujo inocente de una niña en el acto de aporrear una piñata.

Una mujer gorda salió a la puerta del destace a barrer hojas y desperdicios que echaba a la calle; mirando de reojo al camión vacío estacionado en el canjilón, y al oírlo llamar le dijo que golpeará más duro, porque los niños estaban solos adentro. Cuando le abrieron, del interior salió un olor viejo, como de alimentos amanecidos, de ropa mojada dejada en abandono en algún rincón, y en la penumbra se le apareció una muchachita sorbiéndose los mocos, su mamá no estaba, pero ya no tardaba; y sin hacerle más caso volvió al suelo a continuar en su tarea de quebrar un plato para

jugar con los pedacitos de china. Él se sentó en un cajón de pino a esperar, arimándolo a la puerta para así mantenerla abierta, mientras afuera el chofer y su hijo lo aguardaban a bordo del camión.

De las vigas del techo colgaban las piñatas pendientes de sus cordeles, balanceándose apenas, un exuberante concierto de figuras silenciosamente suspendidas sobre las que se aposentaba la tierra filtrada a través de las hendijas del techo, grandes frutas decoradas con adherencias de papelillo picado, conejos blancos vestidos de frac, brujas de enaguas tostadas de papel crepé negro, un pinocho de sonrisa vaga, la boca dibujada con un trazo de crayón, borrada y vuelta a intentar, el remedo de un Pato Donald; dentro de una urna, uno de cuyos vidrios quebrados estaba sustituido por la hoja de un periódico, se veían los materiales de fabricación: pliegos de cartulina y papel de la china, unas tijeras grandes un tarro de almidón, en el piso ollas de barro todavía desnudas y en la pared sobre las rugosidades y las salientes del ripio encalado, una bandera de Nicaragua fabricada del mismo papel crespón de vestir las piñatas, el escudo triangular con la cadena de volcanes al medio de la franja blanca, hecho de envoltorios plateados de cigarrillo: las piñatas multicolores, la bandera azul y blanco su trabajo manual, porque entonces frente al cadáver y ya al tanto de su oficio casero de los últimos años, al meterle la camisa había descubierto las costras de almidón aún teñidas por los rojos encendidos y los morados del papelillo, entre los dedos de sus manos.

Y en esa misma pieza, bajo las colgaduras de las piñatas habría dormido, porque junto a las ollas de barro estaba una tijera cerrada, el bulto de las cobijas perceptible dentro del pliegue de la lona; habría tenido que levantar su cama todas las mañanas para dejar libre el paso, mientras la mujer y los niños, porque había también un varoncito que lo vigilaba refugiado tras una cortina de bramante, ocuparían el aposento al otro lado de la división formada por un ropero puesto de espaldas y el bramante mismo que cubría la entrada.

La camisita sin botones y calzado con unos zapatos que le venían sumamente flojos, el niño asomaba intrigado la cabeza, examinándolo, avanzaba cautelosamente unos pasos pero después retrocedía a esconderse de nuevo, haciendo sonar sus grandes botines. Él buscaba la forma de conquistarlo, sin moverse del banquito para no ponerlo en huida, llamándolo por señas y sonriéndole al mostrarle lo único a mano, la libreta azul de su pasaporte que andaba en la bolsa de la camisa; y al fin, acercándosele a trechos, arrimado al ropero y luego a la pared, llegó junto a él, siempre con ojos de susto. Cuidadoso, le puso entonces la mano sobre la cabeza,

sobándole el pelo, y le preguntó su nombre. El niño hizo una reverencia cortés, a la manera que saludan los escolares ante el público al comenzar una recitación, y respondió que se llamaba Bardo Rubén Darío, para servir a usted; y sintiéndose a la vez interrogada, como si la misma mano que le había enseñado las reglas de urbanidad con los extraños, ahora invisible la empujara, la hermanita se incorporó y sin abandonar la atención puesta en su juego hizo también una genuflexión apurada para presentarse, extendiendo su nagüita con la punta de los dedos; “Heroína Rafaela Herrera”, y se volvió a sentar.

Hasta entonces, lo recordó ya concluida la ceremonia de vestir el cadáver en la morgue y después de haberle cruzado los brazos sobre el pecho, para ponerlo con ayuda del chofer y de su hijo en el ataúd; y lo recuerda ahora, cuando el camión ilumina los trechos de solares ocupados por talleres de mecánica, las aceras que cambian de nivel, reparó en que aquellos dos niños eran en verdad sus hermanos. Porque el padre tenía su propio santoral, iluminado y malversado a la vez, su catecismo cívico en el que se revolvían héroes mitológicos, tácticos militares y paladines republicanos, dueño de un arsenal de proezas y frases célebres, inconvencibles por aleccionadoras, aprendidas a través de sus lecturas de los volúmenes a dos columnas de la editorial Sopena, de las Biografías Gaudes, los libros que anduvieron con él en sus alforjas durante la campaña de las Segovias contra Sandino, decomisados al momento de su captura casi todos, menos algunos conservados en León dentro de una caja entre los sacos de harina.

Solo coyunda en mano había podido ella inducirlo a no avergonzarse de su nombre, convencerlo de que llamarse Simón Bolívar era un gran honor, cuando regresaba llorando de la escuela seguido por la cantinela de sus compañeros.

*Simón Bolívar nació en Caracas
en un Potrero con cuatro vacas
Simón Cirineo, ¡pélame el guineo!*

Y concluía arrastrándolo frente al cuadro del Libertador, que montado a caballo y nimbado de gloria en las alturas del Chimborazo presidía el despacho de la panadería.

Pero al fin había acabado por perdonarle el Simón dejándole solo el Bolívar, pues según la respuesta del padre a su consulta, los nombres de pila no decían nada, se trataba de reproducir la gloria de los apellidos. Y tampoco

nadie que se llamara Bolívar podía andarse agarrando, desnudo y en público a los casquines, había sido su orden terminante años más tarde, pues ella se le quejó de que estaba perjudicando sus estudios por dedicarse solo al boxeo. Como primer providencia, le había reventado a machetazos los mecates de la bolsa de lona llena de arena que tenía colgada de uno de los naranjos del patio, para impedirle sus entrenamientos, mientras llegaba de Guatemala la carta prohibitiva.

Era peleador de fondo en las veladas boxísticas de la arena instalada entre los escombros del Teatro Municipal incendiado; al centro de la antigua platea se levantaba el tinglado del *ring*, y entre las columnas truncadas y los muros caídos, entre el monte, se acomodaban las silletas de los espectadores para presenciar los combates a la luz de la luna, que se anunciaban en el frontispicio aún intacto del teatro por medio de cartelones colocados frente a la calle empedrada y oscura, hasta donde se oía llegar las rechiflas de la barra. Su nombre de guerra había sido *Kid Bolívar* y eso es lo que más escandalizó al padre, porque junto con la carta de queja de ella, iba incluida una de las hojas volantes repartidas en las calles de León, uno de tantos sábados:

ARENA MUNICIPAL

HOY: 10 sangrientos rounds: HOY

Yambito Blanco vs. El Ñato Porras

La Araña Canales vs. Kid Bolívar

ESTELAR

Kid Pambelé vs. El Toro Martinica

Y durante una de aquellas peleas, la última, mientras su *second* lo preparaba para un tercer asalto, se había sorprendido de descubrir a su madre sentada entre los espectadores; de su rostro, en el que había una sonrisa de triunfo, se apartaba el humo de los cigarrillos con un sobre de carta. Esa noche, se dejó pegar a gusto por el adversario porque sabía que su carrera estaba terminada.

Bardo Rubén Darío, Heroína Rafaela Herrera. A él, por lo menos, lo había librado del Libertador, Libertador Simón Bolívar. Y ahora los focos recorren la pared de una farmacia, las ventanas enrejadas de una escuela de comercio, las mesas de una refresquería al aire libre amontonadas en una acera, y siguen avanzando con lentitud por la avenida, el chofer conduciendo

con gravedad, como si a partir de la entrada a la ciudad la marcha por las calles vacías tuviera que ser de alguna manera solemne.



Lo llevan entonces, ya no al cuarto de los disfraces, sino a una celda en los cimientos de la casa presidencial. Cae dormido sobre el piso y no despierta sino cuando la corneta llama al rancho del atardecer en los cuarteles, ajeno en su embotamiento a la pestilencia inmóvil y a la absoluta oscuridad en la que lo único real es la pulsación ardiente de sus llagas en las muñecas, y luego los pasos del otro repercutiendo por el pasadizo después del último toque de queda, “llegó la hora del aseo, vamos a quitarle ese tufo”, lo oye reírse mañoso del otro lado, antes de sacar llave el carcelero a la puerta; y cubierto con los jirones enmierdados de su uniforme de gala lo llevan al garaje y de allí, ya desnudo, otra vez al pozo.

Tal vez tres días dura el interrogatorio del pozo, pero se queja el coronel de que el sistema de los baños no sirve. Y con ademán travieso, en lugar de cogerlo del pelo, el otro le atenaza de un zarpazo la talega de los testículos, pidiendo le alcancen un pedazo de sondaleza. “Vamos a soltarlo en el pozo colgado de los huevos, a ver si sigue mudo”, se pone el mecate entre los dientes, en actitud de comenzar a amarrarlo; pero el coronel, desde su banquito pata de gallina lo detiene. ¿Por qué no meterlo mejor al zoológico presidencial? La pantera se siente muy sola desde la muerte de la leona, y la jaula está vacía.

Desnudo lo hacen caminar hacia el pequeño zoológico escondido al fondo del jardín, un solo cuerpo de jaulas levantadas con varillas de construcción bajo unos viejos guarumos y guanacastes que dejan caer sus hojas en una piscina, el agua turquesa visible desde los ventanales oeste de la casa presidencial en lo alto. Lo acercan frente a la estrecha jaula vacía, y con extrema lentitud abre el otro la portezuela, para evitar que el chirrido de los goznes herrumbrados inquiete antes de tiempo a la pantera en el

compartimiento vecino. Uno de los custodios lo agarra del tobillo, obligándolo a subir al cantil de la base de piedra, y ya arriba lo presionan de la nuca, lo empujan por las nalgas, para meterlo a gatas en la jaula. Él se repliega cauteloso, las manos sobre el lecho de zacate podrido, las cáscaras y los excrementos secos, envuelto en la calidez del tufo a pelambre; la pantera, al otro lado de los barrotes, se agita al percibir seguramente su olor, y cuando cierran de golpe la portezuela oye su rugido, al tiempo que ve acercarse, veloz, el chispazo rojizo de sus ojos alumbrados por el foco de pilas del otro. Enfurecida de pronto por el encandilamiento de la lámpara que solo se le aparta para posarse en el cuerpo desnudo, la pantera le lanza zarpazos ciegos a través de las varillas, pero él ya ha retrocedido de manos, replegándose más hacia la pared opuesta y se incorpora de espaldas, agarrado a los barrotes, hasta pegar los hombros contra el techo. Así se queda, inmóvil, con la cabeza doblegada y las piernas abiertas, alerta frente al acecho de la fiera que solo interrumpe las rondas de su paseo desvelado para intentar atacarlo cuando el haz circular del foco le hiere los ojos; y así amanece, cabeceándose a ratos bajo el peso del sueño, pero despertando en sobresalto al sentir cercanos a sus pies los arañosos, la pared divisoria de barrotes conmovida por el empuje del animal a cada golpe de zarpa.

Afuera, entre los rugidos de las demás fieras alborotadas, la voz reposada del coronel, arrimado a la jaula su banquito pata de gallina, lo interroga siempre; y el otro, en una mano el foco de pilas, golpea contra los barrotes con un palo que tiene en la otra y que mete a veces al tanteo buscando hincarle las costillas a la fiera.

Se van ya de día, los rugidos sosegados y trinando en las ramas los zenzontles, brillante el sol sobre la quietud del agua de la piscina. Después de un rato entra el viejo jardinero conocido suyo; le da de comer frutas a los mapachines, las guardatinajas, los pizotes que están en las pequeñas jaulas de alambre al otro lado, y luego se acerca con el balde de carne cruda, lanzándole los pedazos a los tigrillos y al puma, pero deja sin comer a la pantera. Cuando pasa frente a él no le da la cara, coge la atarraya y pesca de la piscina las hojas caídas, riega luego el césped, y para irse, cuando se agacha a desconectar la manguera, disimuladamente y por breves instantes dirige el chorro hacia él, que ansioso, hambriento de sueño y quemado por la sed gira apenas la cabeza prensada contra el techo sin atreverse a mover el cuerpo de su posición rígida, entreabriendo la boca para recibir el agua en los labios llagados, la fresca brisa sobre la cara.

A la noche, cuando vuelven, les dice que va a confesar. El otro apaga el foco, se lo mete bajo la pretina del pantalón y se apresura a abrir la portezuela, mientras ordena a uno de los custodios tirarle la carne a la pantera para distraerla. Lo hacen ponerse su uniforme en harapos y lo llevan otra vez al cuarto de los disfraces, donde hay ya instalada una grabadora; muy cortés, el otro le arrima el trono para que se siente y le entrega el micrófono gris y gastado frente al que apenas comienza a balbucear la historia de su amistad con Carlos cuando se duerme, dejando escapar el micrófono sobre las piernas. El otro lo sacude por los hombros, se lo devuelve a las manos, y el dedo índice del coronel presiona una tecla para regresar violentamente la cinta dejándolo oír sus últimas palabras desvanecidas en el prolongado jadeo del sueño. “Los difuntos ya no me interesan”, oye el coronel, “ese tal Rosales murió en un combate el día domingo.

¿No se lo dije en la jaula? Nombres, quiero, los nombres de los oficiales comprometidos con usted”; lo oye que echa a andar de nuevo los carretes y el otro le pega con violencia el micrófono a la boca, quitándoselo de las manos. Pero él aparta la cara y no quiere decir ya una palabra más.

Furioso, propone entonces el otro que lo devuelvan a la jaula pero el coronel niega, secándose el sudor de la nuca con el pañuelo. No, no más jaula, ya era mucho lo esperado, ninguno de los otros había gozado de tantas contemplaciones. “Va a tener su último chance, dentro de una hora volvemos... sino, alístese”, lo sentencia con el dedo antes de cerrar la puerta. Y ya de nuevo solo, invadido por un tranquilo desapego con su muerte, se recuesta en el trono para dejar cumplirse en blanco el plazo de su capilla ardiente, escuchando el empuje del viento contra el vidrio circular de la alta claraboya, por la que penetra como siempre, el resplandor rojizo de la luna de abril. Detiene en la ventana su mirada y repentinamente inquieto, recuerda una de tantas fantasías recurrentes utilizadas por su mente en la jaula para dominar el sueño frente a los zarpazos de la pantera: la huida.

Se apoya en los brazos del trono y mide de arriba a abajo la pared. Va luego a rastras hasta la puerta, pega el oído a la hoja, y al no escuchar más que los pasos del centinela, vuelve a buscar el trono; lo levanta cuidadosamente, colocándolo de costado sobre la vitrina de los sombreros de pluma situada contra la pared de la claraboya; abre la vitrina, tira apresuradamente al suelo los sombreros, y utilizando los tramos a manera de escalas sube a ella y de allí al trono, que cruje débilmente al recibir su peso en los travesaños. Se empina en tembloroso equilibrio, y logra con una mano

alcanzar el pestillo de la ventana de vidrio; la hala hacia adentro, y al abrirse, una lluvia de fino polvo se riega sobre su cabeza. Vuelve entonces a asentar los pies sobre el costado del trono, y como último acto preparatorio seca el sudor frío de las palmas de sus manos restregándolas contra la pared; se coge entonces de los bordes del hueco, izándose, los brazos en tensión pulsándole aceleradamente de dolor, las piernas en juego buscando agarrarse a la lisura de la pared, hasta alcanzar poco a poco su cara el nivel de la claraboya. Y ya de codos en el rellano, siente el viento batir libremente contra su cara.

Recogido ya dentro de la redondez de la claraboya como en un nicho, su vista incrédula rodea el abismo, el embudo de la quebrada que se despeña hacia el ojo verdoso de la laguna en el fondo del cráter, la pared llana de la culata del edificio bajando a pique a sus pies, perdiéndose las salientes de argamasa y piedras del arranque en la vegetación de un primer terraplén arbolado. Al otro lado del cráter la carretera asfaltada describe una vuelta junto a la alameda de malinches del paseo de Tiscapa, mínimas las bancas de cemento y las manchas amarillas de los focos eléctricos empalidecidas por la naciente claridad de la madrugada que grisea sobre los llanos extendidos desde el pie de las sierras del sur hasta los primeros barrios de la ciudad aislados entre los zacatales, la claridad que ilumina bajo un cielo anaranjado los conos de los volcanes en la lejanía.

Se monta a horcajadas en el hueco, y al descolgarse hacia afuera, vaciado de todo terror piensa que a lo mejor lo vigilan, que lo apuntan desde cualquiera de los torreones y solo esperan verlo asomar todo el cuerpo para barrer la pared con la ametralladora hasta encontrarlo, abandonado a propósito en el cuarto de los disfraces solo para tentarlo a la fuga, y cuando aferra las manos y aprieta la cara contra la pared fría se queda un instante paralizado en espera del tableteo lejano, pero solo escucha subir de lo profundo el agitarse del follaje, y se suelta.

Sus dedos raspan brevemente el filo del rellano al desgajarse, abre los brazos aliviado por el vértigo y atraviesa el aire, gira libre en un trecho inacabable de espacio y no sabe cuándo el peso de su caída ha arrancado las ramas de un madero, va con ellas hasta el suelo y su primera sensación al golpear de costado la tierra es el olor astringente de los muñones de las ramas quebradas que arrastra consigo al resbalar por la pendiente del barranco tupido, rueda y se detiene finalmente contra el lomo de una piedra lucia al borde del terraplén mientras oye desgranarse cuesta abajo la gruesa cascada de tierra. Y entumido, como si despertara de un largo dormir en la misma

posición, se abandona inmóvil de cara al cielo, donde vuela solitaria una bandada de gavilanes.

Se incorpora y trata de apoyar sobre la humedad pastosa de las hojas podridas las manos marcadas con ardor por la arenilla, pero un aguijonazo que le baja del hombro izquierdo hasta los dedos le hace perder el sostén y se va de bruces; pero lo consigue al fin, y avanza, las hojas hundiéndose fofamente a su paso, renguea y el pantalón desgarrado a lo largo de la pernera deja descubrir un profundo rayón rojo y ardiente entre el vello, sigue a través de un pequeño claro en busca de un paso hacia el terraplén inferior, el brazo izquierdo colgándole en inútil balanceo al costado, y escoge resbalarse de espaldas por una cuchilla pelada sobre la que hay un reguero de desperdicios lanzados al barranco desde las cocinas de la casa presidencial; pega el lomo al talpetate, se apoya en el filo de las lajas, y más abajo, al espesarse la vegetación, asienta los pies desnudos en las raíces de los troncos inclinados hacia la laguna que a ratos ve a través de la maleza.

Llega al segundo terraplén y vuelve a andar a gatas, apoyado en una sola mano, y alcanzando un nuevo matorral sigue de bajada, vadeando cauteloso las escarpaduras, deteniéndose a veces, asustado por los colazos las lagartijas; y ya cerca del agua, a la vista las piedras de las lavanderas, alcanza entre unos charrales secos el arranque del sendero que culebrea por la pared del cráter en dirección a la alameda del paseo. Y poniéndose al lado de su curso, metido en el montarascal, comienza el ascenso.

Mucho antes de lo que pudo haber imaginado emerge a la balaustrada del paseo desierto sin acabar de creer en la cercanía tan real de los malinches, las bancas de cemento mojadas por la garúa, los focos eléctricos que se apagan en ese preciso instante bajo los sombreretes de lata en el cabo de los rieles; aún a gatas mira hacia los lados, y antes de lanzarse a cruzar la carretera, da un momento la cara a la culata de los edificios en el borde opuesto del cráter. Las ventanas brillan aún iluminadas, y la claraboya es solo una horadación oscura en la pared distante. Y seguro de que nadie lo persigue todavía se da prisa en atravesar la calle, a saltos penosos pero lleno de júbilo, como un inválido que recibiera de pronto el don de echarse a correr; deja atrás el cobertizo de un aserradero y oculto por el monte crecido de los solares baldíos pasa fugaz frente a los centinelas apostados en el portón del Hospital Militar y sigue alejándose, a tropezones por el polvo de unas calles de barriada que de pronto son ya caminos rurales, salta cercos de piñuela, se escurre debajo de los hilos de alambre para cruzar potreros, corrales de

lecherías, va por los senderos reales de los plantíos de café acompañado de lejos por los ladridos de los perros huerteros, y no pierde su rumbo puesto siempre al sur, vigilando el curso del sol a medida que calienta la mañana.

Y es ya el atardecer, tras mucho andar y aguardar escondido, que sube hacia la cuesta de Ticomo; se despierta en las lomas el chisperío de los incendios de abril que queman los rastrojos y bañan en humo espeso los montes haciendo reventar crepitantes las cañas, y él gana la cuesta que hierve de chicharras mientras camino abajo queda la ciudad envuelta en la vaharada calurosa del crepúsculo, abajo con sus sombras que se desvanecen junto a la silueta del lago y sus luces que avanzan temblorosas hacia la ribera, hileras o fogonazos esporádicos que el ojo espera ver desaparecer después que parpadean, pero se quedan prendidos, ya fijos, esfuminados bajo el cielo de pizarra que se pulveriza lento.

Penetra entonces por el portón y el viejo cura andarín de aquellos tiempos errantes de ferias, viene sorprendido a su encuentro. Y él se balancea con su brazo de trapo, pero sabe que ya no podrá caer.



Raúl declara que de aquel cerco solo nueve hombres lograron evadirse, decidiendo a pesar de todo marchar a territorio nicaragüense como estaba originalmente planeado; que el comando de los susodichos lo tomó el individuo Santiago Taleno, exoficial G.N., actuando como su segundo el individuo Mauricio Rosales, sin profesión conocida; que a marcha forzada y sin disponer de mapas de campaña, lograron alcanzar la tarde de ese mismo día un punto fronterizo en la región de Teotecacinte, después de burlar la vigilancia de las numerosas patrullas de los ejércitos de ambos países.

Y mientras caminaba por un terreno escabroso, les contaría, bordeando las rocas desnudas y filosas de una ladera que se despeñaba hacia una garganta profunda, Taleno a la vanguardia de la fila india se detuvo para señalar las lomas vecinas, los pinares oscuros en las crestas, desde las que les

llegaba con el viento un suave olor a ocotes; “aquí es ya Nicaragua muchachos”. Y al avanzar y hundir las botas en el barro, tarde había reparado él que ese era ya el barro de Nicaragua, sorprendido entonces por la falta de novedad, porque cuando en las pensiones donde estuvieron escondidos en Tegucigalpa se hablaba de este preciso momento de trasponer la frontera, se imaginaba que los árboles, piedras, hasta el barro, iban a cambiar de sustancia y de color, iban a lucirle distintos apenas le dijeran: aquí es ya Nicaragua.

Que en una semana aproximada de marcha atravesaron la serranía de Jalapa, y que de allí continuaron avanzando cautelosamente para no ser descubiertos por las patrullas G.N. que peinaban la zona, alcanzando al cabo de ese tiempo la región de Quilalí en las Segovias; que acamparon tres noches en las faldas del cerro del Malacate, dedicándose durante el día a reconocer el terreno aledaño, en partidas de tres hombres; que ese punto lo abandonaron por no ofrecerles seguridad y continuaron el avance en dirección sureste, según calcularon, llegando tras unos días de camino a la margen del río Coco. Que en un paraje de la ribera que según cree recordar se llama Piedra Negra, fueron atacados por un destacamento G.N. que venía en su persecución; que a pesar de la escasez de parque y el debilitamiento de sus fuerzas físicas porque en más de una semana no habían pasado bocado a no ser frutas celeques del monte, sostuvieron el fuego, a la defensiva, logrando romper el sitio al amparo de la oscuridad. Que en ese choque dejaron dos bajas, identificadas en los registros de la Fiscalía Militar, así: Fanor Sagastume, muerto en la acción relatada; e Hilario Ardila, herido, fallecido posteriormente, ambos de oficio desconocido.

Y Pastorita seguiría con su dolor clavado, el dolor de haber perdido para siempre la guitarra de Lázaro, porque esas cuerdas eran, vos lo sabés, Raúl, el amarre de los viejos caballeros con el recuerdo musical del amigo, y su cadáver iba a caer ahora en el vacío. Y para distraerlo de su pena, se apuraría en preguntar Chepito, para dónde habían cogido después de llegar a Esquipulas, qué habían hecho allí sin medio en la bolsa y descalzos. Pues siguieron para Guatemala, la capital, solo que otra vez presos, otro mes casi en la reja, Pastorita, ya no me pueden contar a mí de cárceles. Y fue por gestiones del Indio Larios, a través de abogados de allá, que al fin los dejaron en libertad condicional, obligados, eso sí, a presentarse religiosamente todas las mañanas al dar las ocho en el Cuartel Central de Policía, a firmar un libro.

¿Así que te diste el gusto de tratar en persona al mentado Indio Larios?,

se admiraría Pastorita. Pero él no se dejaría abrumar, bordearían en ese momento el tema de su amistad con el Indio Larios como una cosa natural y sobre entendida: nos sacó de la cárcel y nos ayudó a encontrar lugares para vivir; el Jilguero y yo nos quedamos en la *Pensión Chapaneca* de la zona 1, Taleno prefirió alojarse en otra, bastante alejada. Y no lo culpo por eso, sentía temor de que pudiéramos comprometerlo de nuevo.

Que al día siguiente del combate de Piedra Negra, tal vez un viernes y siendo ya mediados de julio, arrimaron al atardecer a la casa- hacienda de “La Mariposa”, localizada en un picacho; que acamparon esa noche en un corral, por voluntad del mandador quien les brindó asilo y promesa de no denunciarlos, pudiendo allí comer unos frijoles. Que el susodicho mandador les informó del paso de patrullas de la G.N. por la hacienda temprano de ese día, y que se había dado cuenta al oír sus comunicaciones por radio, que tenían cercado ese trozo de montaña. Que muy al alba, reanimados por el descanso y el alimento, pudieron orientarse para seguir rumbo a las alturas de Saslaya, perseguidos de cerca por el ruido de los aviones que lanzaban papeletas en las cuales se les conminaba a la rendición, prometiéndoles respeto de sus vidas; que a raíz de ese ofrecimiento, dos de los integrantes del grupo decidieron acoger- se al mismo, saliendo a un abra a esperar a alguna de las patrullas G.N., individuos que figuran en los registros de la Fiscalía Militar como Ignacio Alemán, de oficio estudiante de Derecho, y Zacarías Brantome, oficinista, ambos enjuiciados en Consejo de Guerra y condenados en sentencia pasada por la Autoridad Revisora. Que al amanecer de otro día, tal vez un lunes, apenas acampaban en una cañada de la Hacienda “El Moro” localizada un tanto hacia el oeste del cerro Zaraguasca, fueron atacados otra vez por lo que el declarante cree numerosas fuerzas, en consideración a la intensidad del fuego; que tras un recio tiroteo perdieron dos hombres más, los cuales figuran en los registros de la Fiscalía Militar como Cayetano Murcia, dependiente de comercio, muerto en la acción; y Gerardo Reina, de nacionalidad hondureña, de oficio desconocido, también muerto en la acción.

Que favorecidos de nuevo por la noche, los sobrevivientes pudieron huir, reducido ya su número a tres, apenas dotados de unos cuantos tiros por todo parque; que iban agotados por el cansancio tras casi dos semanas de marcha continua, hambrientos y traspasados por las lluvias que en esas nuevas alturas nunca cesaban; pero aún así se alejaron del lugar sin haber variado su decisión inicial que era la de encontrar una prominencia conveniente donde poder acampar protegidamente, y sin presentar combate, tratar de conseguir

ulterior ayuda, o refuerzos. Que tal lugar, según escogencia del cabecilla, individuo ex G.N. Santiago Taleno, debía de ser el cerro de Pancasán en la cordillera del Guabul y ya en el departamento de Matagalpa; que en dirección de ese cerro se encaminaron en los días sucesivos perseguidos de cerca por los aviones y por las explosiones que se sucedían a sus espaldas, sin más orientación que las señales ofrecidas por los campesinos moradores de esas regiones.

Que ya promediando el mes de agosto acamparon en distintos puntos de la falda del cerro Quiringuá siempre bajo intensos aguaceros, manteniéndose en guardia los tres por el temor de ser sorprendidos o emboscados; que los músculos de las piernas los tenían agarrotados y apenas podían sufrir las botas; que poco conseguían de comer, a no ser un puño de arroz, algún guineo, una tortilla vieja, sin poder cazar ningún animal de monte por el temor de venderse con el ruido de los disparos.

Y ya le daría gusto a Pastorita en su hambre de saber cómo era en carne y hueso ese legendario Indio Larios: pues te advierto que te hubieras desilusionado, Pastorita; ya estaba achacoso y sin ánimo para asuntos militares; y aunque hablaba y hablaba floridamente de sus planes de invasión, vos acatabas que era puro humo, como si platicando con él, de pronto lo vieras deshacerse, quedándose su asiento vacío. Y Pastorita, el incrédulo de siempre, pero si era el principal buscado en aquellas papeletas de abril, ¿no lo pedían vivo o muerto a la cabeza de la lista? Y él tendría entonces que comportarse condescendiente, conservaría un rato la buchada de cerveza en la boca y negaría, con la expresión de quien ya ha aprendido a asimilar el golpe de la desilusión, ni siquiera entró a Nicaragua para esos días; aquí los estaban matando y él se paseaba por los bares de Guatemala repartiendo comunicados donde se notificaba al público el triunfo inminente de la rebelión, misterioso como si acabara de recibirlos por vía clandestina desde Managua y él mismo los había inventado, te lo aseguro porque montones de discusiones oí entre Taleno, el Jilguero y él. Que les había fallado en el envío de armas, que esto, que lo otro, de no acabar. Siento mucho, Pastorita, le diría después de tragar con lentitud la buchada de cerveza, no quería provocarte un desengaño.

Que su paradero siguiente que recuerde, fue la hacienda “El Olvido” al pie de la cordillera del Guabul, y de allí salieron un día quizá martes, andando siempre bajo la lluvia en fila india y con la mano puesta en el hombro del compañero de adelante para no perderse, habiendo veces cuando realmente parecían estar extraviados. Que ante tal dilación, no fue sino un día jueves de

la semana siguiente, a finales de agosto, cuando lograron alcanzar las estribaciones de Pancasán, abriéndose paso a punta de machete, que el plan de hacer campamento permanente allí ya no se pudo cumplir porque los sacaron tanto las lluvias torrenciales como los bombardeos de los aviones cuando escampaba; que entrando ya septiembre se dirigieron hacia los márgenes del río Murra, rebasado por causa de los continuos aguaceros; que quisieron atravesarlo ese día, que el dicente cree fue un lunes, pero no lo hicieron por temor de ser arrastrados por la braveza de la corriente, acampando en un promontorio de la ribera hasta el amanecer del miércoles, cuando ya aliviado el nivel procedieron a cruzar, formando para tal fin una cadena con sus manos y poniendo cuidado de no mojar las armas. Que al alcanzar la otra orilla no perdieron tiempo y ya con la neblina disipada tomaron rumbo a la cordillera del Hielo en las montañas chontaleñas, otro punto donde el cabecilla, individuo ex G.N. Santiago Taleno, pensaba poder hacerse fuerte. Que los informes recogidos en el trayecto indicaban la presencia de no menos de quinientos efectivos en el área, y ellos no dejaban de oír los bombardeos y los vuelos de los aviones.

Y cuando les aclarara la condición de continua penuria del Indio Larios, jodido en medio de una gran pobreza, Pastorita se consolaría con una especie de alegrón repentino, ¿ves? son cosas de la miseria, la necesidad le llena al pobre de fantasías la cabeza, fantasías de guerra, o lo que sea. Pobre de solemnidad, continuaría él, pero eso no quita que les ayudara a ellos en esos primeros tiempos duros, viendo que no les hiciera falta lo esencial, la cama de la pensión y por lo menos un tiempo de comida al día, los cigarritos, mientras buscaban como emplearse en algo. Pues para proveerlos esto, quién sabe qué escondidos centavitos le habrá cachado a su mujer, de la venta de piñatas.

Y ya para llevarse el manojo de botellas vacías, volvería a depositarlas Chepito, con ofendida extrañeza. ¿Mujer? Si aquí tiene su señora en León, ¿vos le conociste de verdad una mujer? Y como si a lo largo de la plática él hubiese estado en una búsqueda inconsciente de esa oportunidad, estiraría las piernas y con las manos en los bolsillos se explayaría gozoso, claro, mucho más joven que él, y ayúdenme a decir bonita. Era dueña de una fábrica de piñatas, y si quieren más señas, le tenía dos hijos. Dos hijos, Chepito.

Según parece la conoció en la puerta de un cine donde ella vendía cigarrillos y sus piñatas; fiándole cigarrillos fueron trabando amistad, y al llegar nosotros a Guatemala, qué tiempos estaban amancebados. Él había

pasado a hacerse cargo de la fabricación de las piñatas porque tenía mucha idea para inventar figuras de animales y muñecos, y ella ya solo las comerciaba.

Yo mismo anduve en las calles cargado de piñatas tratando de venderlas, les confesaría; como fue imposible conseguir colocación de músicos en los *nights-clubes* de Guatemala por lo jodido de la situación política, cerrados vivían casi siempre por causa del toque de queda, el Jilguero se dedicó al principio a su venta ambulante de billetes de lotería; después, un doctor médico nicaragüense, viejo de vivir en Guatemala, le consiguió un puestecito de inspector sanitario. Entonces yo me fui a Puerto Barrios con la esperanza de variar la suerte, y trabajando duro en los muelles me hice de unos buenos quetzales, nunca me vi con tanta plata como entonces, Chepito. Pero me dio algo que jamás me había dado, el vicio del póquer, esa jugadera ingrata me dejó en las lonas, y volví a Guatemala otra vez muerto de hambre; eso fue a principios de 1958. Desesperado, arrimé donde el Indio Larios pero no estaba esa vez, solo Carmelita, su mujer. “Si no tiene vergüenza, usted, allí están esas piñatas, llévelas a vender”, me dijo; las agarré y cogí calle con ellas, pero solo grandes asoleadas me pegué, porque la piñata es la peor mercancía para colocar. Si en la casa donde uno golpea nadie cumple años, te ven como loco, con los muñecos colgados del pescuezo. Y todo el santo día te lo podés pasar sin encontrar un solo niño cumpleañosero.

CAPÍTULO VIII



Encima de los tejados de barro y por entre unos altos penachos de palmera las torres cenicientas de la catedral aparecen un instante alumbradas por la luna, pero unos nubarrones cruzando en dirección oeste, hacia el mar, borran la claridad. El camión alcanza una esquina donde la bocacalle se pierde en barrancos y socavones, sin alumbrado público las cuadras que ya no se distinguen, y desde algún prostíbulo llega el sonar lejano de una roconola con la voz de Daniel Santos que canta *virgen de medianoche, eso eres tú*.

Después de un rato de espera y ya familiarizado con el niño que se había acomodado sobre sus piernas, volvió la mujer. La sintió detenerse en el umbral a sus espaldas, sintió el olor de la tintura del etamino nuevo de su vestido de luto, aunque al voltearse hacia ella se fijara primero en sus zapatos viejos, que en contraste con el brillo de la tela negra aparecían más ruinosos. Traía unos tomates en las manos, e inútilmente buscaba como ocultarlos, unas manos gruesas de uñas pintadas de rojo malva, muy trabajadas, y que no parecían suyas sino mutiladas madura, porque su cara, aunque seca y lavada era joven, quizá tenía la misma edad de él. Optó finalmente por atravesar el espacio bajo las piñatas, avanzando hacia la cocina en el trasfondo, rápido el paso y la cabeza ladeada, no queriendo mirarlo, y seguida al momento por los dos niños. En el camino botó uno de los tomates pero no se detuvo, y quizás aún más avergonzado que ella fue a recogerlo, quedándose con él en la mano, sin hallar qué actitud tomar; buscaba cómo preparar sus palabras, decirle solo que su intención no era molestarla, nada más retirar el cadáver de la morgue y regresar cuanto antes a Nicaragua.

Apareció de nuevo, pero solo para entrar al aposento pasando fugazmente bajo el bramante, seguida siempre de los dos niños; y ya se encaminaba él a golpear el espaldar del ropero, buscando como llamarla de

alguna manera, cuando salió la niña: mandaba a decir su mamá que si podía pasar para adentro un momento.

Estaba sentada sobre el petate lustroso que cubría la cama de palo. No acusaba ya ninguna turbación, fumando serena con el cigarrillo en alto, un codo apoyado en el brazo que hacía descansar sobre el vientre, la cajetilla y los fósforos en el regazo, junto a ella una caja de avena Quaker liada con mecates y a sus pies una valija de cartón con cerraduras de lata, como quien espera por un tren en la banca de una estación para subir al vagón de tercera. Los golpes de su voz enronquecida de fumadora lo esperaban al apenas trasponer la cortina de bramante, sus palabras expiradas igual que las bocanadas de humo. “Su voluntad fue ser enterrado en su tierra, así que yo cumplí con enviarle aviso por tercera persona a su mamá de usted”. Y la precisión de sus golpes de voz que eran golpes de humo exhalados sin respiro, no se cortó sino para darse tiempo de señalar con un giro del cigarrillo a los niños que calladamente se habían acercado, pegándose a su falda, y los cubrió con el chispazo circular de la brasa. “Estos dos hijos se los tuve yo; la fábrica de piñatas ya era mía”. Y desarmó entonces su posición de repliegue, separando las piernas y desenvarando el brazo altivo para tirar, ya con indolencia, el cigarrillo dentro de una bacinilla. Allí terminaba su compromiso, quería significarle, no le quedaban más cuentas por rendir.

Anochece cuando salió del aposento, ya convencido que ella se presentaría temprano del día siguiente a la morgue para arreglar el permiso de salida del cadáver; y recuerda ahora su sensación dolida al atravesar, camino de la puerta, bajo las piñatas que despojadas de sus colores por la oscuridad no eran sino unos cuerpos muertos y extraños, la sensación de dejar atrás algo en abandono. En una mano cargaba la caja de avena Quaker, tan pesada que los mecates le rebanaban los dedos; en la otra la valija que abrió después sobre la losa de la morgue, y de cuyo contenido apartó el viejo uniforme militar de gala, prefiriendo vestirlo con el traje traslapado de casimir a rayas, sus forros de seda comidos por la polilla; a última hora, le anudó la corbata kaki.

Ella había venido tras él, y ya en la puerta, con el aire de quien se reprocha un olvido grave se golpeó la frente con la mano del cigarrillo: “en la caja de cartón van los papeles de su archivo, ¿no se lo había dicho, verdad? Su recomendación de siempre fue que yo le entregara a usted esa caja, me lo repitió la última vez en el hospital. Porque él nunca perdió la esperanza de que usted en persona iba a venir a llevárselo, ya muerto. Y la caja que no

fuera a dejarla por ningún motivo”. Y ya cuando se marchaba, el motor del camión encendido, salió otra vez de la casa, corriendo, para entregarle por la ventanilla un sombrero de fieltro, su sombrero de campaña.

En el mismo aposento lo había convidado a una taza de café, y mientras sorbía, incómodo, sentado a su lado en la cama de palo, la oyó hablarle del padre a la par que movía laboriosa los dedos sobre la falda como si destejiera una madeja, fijos los ojos en el trabajo de sus propias manos; y él podía ver entonces al padre, imaginarlo a través de aquellas palabras que caían cariñosas y tristes, el padre en el inhóspito silencio de las pensiones, los comedores umbrosos de vidrieras desportilladas donde los comensales parecen siempre regresar de un pésame al sentarse a las mesas o prepararse para un viaje nocturno hacia provincias lluviosas, paladeando enferma y desganadamente la rala sopa, humeante, trinchando con los pesados cubiertos mal lavados la carne fibrosa, situando distraídamente entre los dientes un palillo al terminar de comer, en espera de una conversación que nunca va a producirse, y levantarse con el cuidado de no arrastrar la silla, caminar sobre el linóleo grasiento de bordes mordidos, irse por el pasillo de mosaicos lustrados con kerosén a cuyos flancos se secan palmeras sembradas en macetas de barro, sacar llave a la puerta del cuartito al fondo del patio cruzado de alambres con ropa tendida, el padre que oyendo ya de lejos los tintineos del comedor se sentaría en el catre a fumar, revisando los bolsillos de las camisas gastadas en las que había briznas de tabaco, recibos arrugados, telegramas rotos en los dobleces, con pésames por la muerte de parientes nunca más vistos, y hundiría en el pelo los dedos sosteniendo como en una penitencia el peso de la cabeza, acostándose, tal vez sin desvestirse, entre la fría humedad de las sábanas, ajeno al calor inservible de la cobija de perraje doblada debajo de la almohada, ajeno a las voces tras los tabiques en los otros cuartos, pláticas y amaneradas discusiones que no lo podían tocar sumergido en el olor dulzón a desinfectante que emana de los pisos, oyendo venir del fondo de las gavetas vacías de la cómoda un rumor que sería el rumor de la soledad, y después del sueño lavar, ya caída la noche, los calzoncillos en el frío chorro del lavamanos, el padre que había roto esa sorda recurrencia para buscar refugio en su concubinato de hombre viejo y quemado, diciéndose tal vez que mejor fabrican- te de piñatas a andar por las calles bajo la llovizna, traspasadas de humedad las suelas de los zapatos, cargando en un valijín prestado los tomos de muestra de *El Tesoro de la Juventud*, recogiendo diarios viejos para venderlos por libra, corrigiendo a medianoche pruebas de

imprensa en los talleres de un periódico abanderado de la unión centroamericana, ya sin lectores, saliendo de impartir su clasecita de gramática castellana en una escuela nocturna de comercio, los pantalones espolvoreados de tiza, siempre comprometidas las remesas de dinero de la esposa en cargamentos de rifles decomisados por la policía de fronteras, o inservibles de tanto estar enterrados: y ya sin rifles, recluso en la fábrica de piñatas. Cariñoso con sus hijos, había ella dejado por una vez su labor de manos, durmiendo en brazos a Bardo Rubén Darío, levantándose en la madrugada a cobijar a Heroína Rafaela Herrera si la oía toser.

Y ahora que el camión asciende por la calle estrecha hacia el Parque Jerez, pasando entre los muros de altos ventanales del Colegio La Asunción y el Seminario San Ramón, aparece el atrio de la Catedral guardado por sus leones de cementerio; ya tiene ella listo seguramente un responso para ser cantado allí, al aire libre, mañana cuando el entierro venga por la Calle Real camino del cementerio, un responso en el atrio porque así será más desafiante, la concurrencia desbordándose sobre la plazoleta de estacionamiento, por las veredas del parque, los fotógrafos encaramados en equilibrio sobre el lomo de los leones para retratar a la multitud al ponerse de nuevo en marcha una vez acabada la ceremonia, una procesión de ofrendas florales en la delantera, seguramente banderas, y atrás, sin uso, el carro fúnebre, porque insistirían los concurrentes en cargar en hombros el cadáver por todo el trayecto, disputándose, disputándose los oradores las esquinas para pronunciar sus discursos desde el momento en que el féretro abandonara la panadería, los últimos hablando ya en el porrón del cementerio a la orilla de la propia fosa a la luz de las lámparas de gasolina, ya de noche para entonces, esas serían ahora las cuentas de la madre mientras esperaba la llegada del camión asomándose a la puerta, gente que en respuesta a sus telegramas de participación de los funerales se dejaría venir en caravanas desde Managua, desde los demás departamentos, comisiones portadoras de acuerdos de pésame, las directivas de los partidos de oposición en pleno; y con todas las fuerzas militares de la ciudad reconcentradas, cuando el entierro pasara frente al Comando Departamental de la G.N., la multitud comenzaría a corear ¡abajo la dictadura! y las manos iban a levantarse haciendo el signo de la victoria con los dedos.

Y ya cruza el camión frente a la esquina de *La Rambla* para seguir la Calle Real, cuando una vez más saca del bolsillo la copia de su compromiso firmado en la frontera, la desdobla como si fuera a leerla pero vuelve a

guardársela. Y entonces, tal si la voz airada de la madre viniera en su encuentro desde el fondo de la calle, desde la panadería en vela donde arden las luces, oye su reproche: “Si alguien tiene que ir a la cárcel por este entierro, entonces voy yo”.



Ya nos había pasado la tristeza por el fracaso del baile, más pronto a nosotros que a él, que incluso le cogió asco a la comida por meses y no se consolaba; ya hacía tiempos habían desaparecido de Managua las gringas, porque levantaron campo las fuerzas de ocupación al ver que no había manera de ganar la guerra en las Segovias; cuando nos tocó ejecutar el plan de matar a Sandino. Los yanquis mismos, al irse, le dejaron a *el hombre* comisión de arreglarles el asunto, *el hombre* al que ellos habían nombrado como jefe del ejército, tomado el parecer de mi padrino.

Nosotros, como buenos subalternos, supimos cumplirle a *el hombre*. A mí, que dándome nuevo rango me había puesto en la jefatura de policía de Managua, me tocó agarrárselo preso la noche de febrero que bajaba de la casa presidencial de unas pláticas, pues había venido de las Segovias a pedirle al gobierno garantía de los acuerdos de paz firmados al retirarse los yanquis. Y a él, secretario de la comandancia, favorecido también su ascenso por *el hombre*, le tocó escribir a máquina el acta secreta de la condena a muerte, arreglar que mientras se le tendía la celada y se le transportaba con sus lugartenientes al lugar de la ejecución, *el hombre* iba a estar sentado pacíficamente en la sala de bandera del Campo de Marte rodeado de sus oficiales de confianza, todos firmantes del acta, oyendo recitar versos a una declamadora peruana, que andaba en gira por Centroamérica.

Ya Sandino muerto y todo bajo control en Managua, las tropas destacadas en las Segovias cumplieron sus órdenes de caer sobre los reductos de bandoleros que quedaban en las márgenes del río Coco, agarrándoseles desprevenidos en su campamento principal de Wiwilí, donde según

proclamaban, estaban dedicados a lavar oro en cooperativa de pobres desde la fecha de rendición de sus armas. Y mientras se cumplían aquellas operaciones de limpieza, yo me mantuve pegado al belinógrafo en la oficina de transmisiones, en espera de un mensaje que dijera: ya cayó Pedrón Altamirano, ya fue reconocido su cuerpo en la mortandad. Pero pasaban los días y ninguna batida daba cuenta de él, se le había hecho humo a las patrullas. Entonces le solicité licencia a *el hombre* y me fui a las Segovias para traer personalmente su cabeza a Managua.

Escogí mi gente entre soldados bien probados en distintas lides, y hecho de aquel propósito ciego me enmontañé a lo largo de semanas, batiendo incansable los territorios por donde se decía que andaba remontado con sus secuaces; se asolaron caseríos, se reconcentró a los moradores en lugares distantes de sus querencias y se interrogó a centenares de prisioneros en el afán de averiguar trazo de los rumbos cogidos por Pedrón en su huida; y como al rumorearse la proximidad de mi patrulla los campesinos se desertaban de sus ranchos y cogían el monte temerosos de ser interrogados, nosotros a manera de escarmiento le pegábamos fuego a los sembradíos en abandono, a las milpas avistadas al paso, a los tendales de tabaco y a los frijolares, le echábamos la caballería a las sementeras y todo animal viviente se degollaba en corrales y potreros.

Entre tanta gente hostil, o fugada, era difícil que nos dieran un dato cierto sobre el paradero real de Pedrón; sufríamos muchos engaños porque las informaciones sacadas a la fuerza eran casi siempre falsas o malintencionadas, haciéndonos caminar de balde y desandar lo caminado, meternos en remotidades donde no había huella de que su campamento movable hubiera estado, ni siquiera tenamastes de fogones o cenizas apagadas. Pero yo no me desesperaba, y sabía que el día del encuentro deseado tenía que llegar así me hiciera viejo en el monte.

Y resultó. Una noche que acampábamos en Quilalí, un guardia de mi patrulla me llegó con la noticia de haberse encontrado a un borracho tirado junto a la puerta de un estanco, quien en sueños blasfemaba amenazas contra Pedrón Altamirano; no desperdicié mi pálpito y mandé a capturarlo; lo despertamos de su bolenca y confesó conocer el paradero por tantos confines rastreado, pues era entenado de Pedrón, y porque lo había corrido del campamento a causa de sus borracheras, le ardía contra él un grave resentimiento.

Por cincuenta pesos y una mudada nueva cerramos el trato, y al amanecer

nos puso el camino verdadero, ya sin tropiezos; era un lugar llamado las Congojas, adelante de Remango. A mí me urgía en la sangre liquidar aquel asunto, pero durante la marcha no dejaba de reflexionar sobre la verdad de que Pedrón Altamirano no iba a regalar así no más su vida. Por eso mejor le propuse al informante que iba delante de mí, sosteniéndole el paso a mi bestia a pesar de llevar las muñecas amarradas al cabo de un mecate, que si por otros cincuenta pesos él se haría cargo de adelantarse y matarlo desprevenido a machetazos; y sin dudarlo, ni aflojar el jadeo de su correr, me contestó que sí, al llegar al campamento él se adelantaba a volarle la cabeza.

A escasas trescientas varas de los ranchos que se divisaban entre los pinares, y ya cuando habíamos rodeado el lugar en posición de asalto, se le quitaron las amarras y le di orden de avanzar con el machete, advirtiéndole que más le convenía no intentar ninguna traición porque iba a quedar en la tendalada junto a los otros. Él cogió el machete, y tranquilo se alejó por la veredita que descendía hacia los ranchos, probando el filo en las macoyas de monte.

Lo perdimos de vista mientras quedábamos a la espera, sin que nada nos perturbara; ningún retén de camino, ningún vigía en las cumbres de los palos había denunciado la proximidad de nosotros. En aquella tranquilidad sin asomo de guerra, no sonaba más que el viento a través de los ocotales verdes trayendo los acordes broncos de una guitarra; entre las agujas de los pinos se veía a unas mujeres, vestidas apenas en combinación, echándose guacaladas de agua en la cabeza o desgrenándose el pelo con peinetas, metidas a la rodilla en la corriente de un crique; junto a ellas, unos niños desnudos bañaban una yegua, al callarse la guitarra sus risas fueron acarreadas también por las bocanadas frías de viento, con el llanto de un crío acostado en una hamaquita de bramante que colgaba entre dos retoños de ceibo. Y lo último que percibí al ver venir al hombre corriendo por el lado de la cañada, fue el golpe seco de un hacha partiendo leña.

El hombre se desbarrancaba de nalgas, apurado en llegar a nosotros, y antes de poder enseñarnos en alto su sombrero, como era la señal convenida, lo botó varias veces en su confusión. Yo alcé entonces la mano en preparación de la orden de romper el fuego; y en toda aquella eternidad de tiempo que permanecí sin bajarla, sentía estarles regalando la vida.

Abrimos el ataque y se avanzó llevando por delante una corona de ametralladoras que jamás ni nunca se silenciaron porque la resistencia encontrada fue débil, uno que otro tiro esporádico, con chopos de chispa o

riflitos 22 de blanquear zanates, algún revólver viejo. Cosa de un cuarto de hora después habíamos ocupado la totalidad del campamento, entre un cortinaje de humo; mandé a contar los cadáveres del enemigo, como estaba escrito en los manuales de la Marina, y arrié al hombre de la denuncia para que me llevara ante el cuerpo de Pedrón; él, ufano siempre, me contaba haberlo encontrado dormido, derrotado seguramente por el sueño tras muchos desvelos a causa de su fiebre palúdica. Un solo tajo en la nuca había necesitado.

Cuando entramos al rancho, el cuerpo estaba efectivamente tendido en el tapesco, arrebujado en una cobija tierrosa, todavía manando sangre del pescuezo; arrodillado a sus pies, descubrimos en la penumbra un bulto humano; que por su forma reprimida de llorar acatamos era una mujer; gemía sin ningún aspaviento y al sentirnos entrar no se movió. Ya iba un mi soldado a tirarla pero yo lo detuve, así en frío no había caso.

No se apartó del cadáver ni cuando ordené acabar de desprenderle la cabeza para meterla en cal viva dentro de una alforja; al ver que se llevaban la cabeza tuvo un solo instante de vacilación, decidiendo si se quedaba a velar el cuerpo, o se movilizaba detrás de la cabeza; pero escogió la cabeza y se puso a montar guardia a la orilla de la alforja, ya amarrada en ancas de mi cabalgadura.

El cuerpo se lanzó al fondo de la cañada, última cosa cumplida al final de la operación, después de haberse batido los alrededores en persecución de más prófugos, pero ya no se encontró ningún otro, la mujercita era la única sobreviviente. Se dio fuego a aquellos ranchos antes de partirnos y atrás, entre la humareda espesa, quedaron los zopilotes que habían descendido ya por cientos, y enemistados con los chanchos de monte en el afán de hacer presa del mejor bocado picoteaban los vientres de los cadáveres y se llevaban las tripas a las ramas, donde las dejaban colgando al suelo por más. Pero la cabeza de Pedrón Altamirano no podían tocarla, iba en mi alforja como prueba de que se había acabado de pacificar las Segovias.

Por leguas de leguas aguanté el tufo de la cabeza que al trote de la bestia brincaba dentro de la alforja, y aguanté el llanto de perro apaleado de la mujercita que se puso en marcha con nosotros a la cola del caballo, sin aflojarnos nunca el paso ni dejar de gemir, esforzándose en no quedarse atrás, aunque a veces por ver qué hacía, picábamos maliciosamente las espuelas, y ella tenía entonces que correr parejas; si era su mujer o era su hija, quién quita su hermana, no pudo averiguarse. No se le veía en la cara edad, y el

entenado que nos lo había vendido se quedó en Quilalí bebiéndose en los estancos sus cien pesos, sin haber tenido yo el alcance de preguntárselo; pero no fue olvido, más bien no me dio la preocupación de identificar a aquella triste, fiel detrás de la cabeza muerta, esperándonos que hiciéramos descanso en la marcha, haciendo sus vigiliass frente a los portones si en las noches se encerraba la cabeza en algún cuartel de la ruta, sin comer ni dormir nunca, siempre el mismo trotar de sus pies descalzos, blancos de polvo por tanto camino andado.

Nos resistió llegar a Managua, y en el patio del Campo de Marte donde dejé expuesta la cabeza desde la misma madrugada que arrimamos con la misión cumplida, se arrodilló junto a ella, y con un tapado negro desteñido se dedicó a limpiarle la cal y la sangre de la cara, apercatándose tal vez de que aquel patio de cuartel en una ciudad que jamás antes había visto, era ya el destino final y que no habría más cabalgar; quiso cerrarle los ojos con esfuerzo de los dedos pero los párpados estaban ya fijos, quiso también asentarle el pelo hacia atrás y finalmente colocó sobre un pedazo de ladrillo una vela de esperma que a saber de dónde sacó. Cuando lo llevé a él para que viera la cabeza ya estaba la llama prendida.

Porque apenas desmonté y di orden de sacar la cabeza de la alforja para dejarla a la vista, aún sin quitarme las espuelas me fui a su cobacha a despertarlo; no quería al principio levantarse, enfermo de golondrinas debajo de los sobacos; pero al fin, ardiendo en calentura, aceptó venirse conmigo, sin dejar de preguntarme adónde lo llevaba. En el alar del corredor frontero al patio nos detuvimos, y solo cuando vio a la mujercita arrodillada ante el fulgor de la vela en la penumbra de la madrugada, acabó de seguro de despejársele el sopor de la fiebre. Vaciló en seguir adelante, pero yo le atenacé el brazo para empujarlo. “Es Pedrón”, le descubrí orgulloso, “la cabeza del temible Pedrón Altamirano”, que se acercara a mirarla con sus propios ojos. Lo llevé remolcado hasta el patio y lo puse frente a la cabeza.

Sobre el pelo tieso de sangre y polvo revoloteaba zumbón un enjambre de moscas verdes, que la mujercita ahuyentaba con la punta del tapado. Sin soltarle el brazo yo le insistía afirmarse más, ya Pedrón Altamirano estaba para siempre inofensivo, que no le tuviera miedo. “Puras leyendas esas, las de que este viejo tuviera cuatro vidas”, le cogí la mano por juego, “tocala si querés y vas a ver que no muerde”. Él, amanerado como siempre, me rechazó, tapándose la nariz. “¿Por qué mejor no te vas a acostar bróder? Te ves agotado”, me aconsejó, “y esa cabeza mandala a enterrar de una vez, el

tufo va a ser insoportable cuando suba el sol”. Pero yo, que no. Allí iba a quedarse por escarmiento.

Sin apartarse la mano de la nariz me miró y sus ojitos de patacón tuvieron igual que tiempos atrás una diversión maligna, volviéndome la espalda sin alcanzar a decirme nada. Pero yo sabía cuáles eran por dentro palabras. “Tenés razón, ahora que me acuerdo, este Pedrón Altamirano fue el causante de aquella tu herida de bala” es lo que quería enrostrarme.



Que como a las cinco de la tarde de un día quizá miércoles y ya en el mes de septiembre, el tercero de su marcha, alcanzaron una altura de la cordillera del Hielo, conocida como el pico de la Flor; que acamparon y se tendieron a dormir, amaneciéndoles pronto el siguiente día; que a primera hora, el cabecilla individuo ex G.N. Santiago Taleno fue en busca de comida a un rancho situado como a cuatrocientas varas, detrás de un zonzapotal. Que dio la tuerce de que en ese mismo rancho se encontrara con un baquiano de la patrulla de la G.N., al cual no tuvo otro remedio que capturar, retirándose con su prisionero hacia el lugar donde ellos estaban. Que apenas se aconsejaban sobre la situación cuando les abrieron el fuego desde un parapeto, desatándose enseguida una granizada de balas proveniente de todas las direcciones; que ellos, a como pudieron, respondieron al fuego, al mismo tiempo que se replegaban con intenciones de internarse en la montaña, dejando atrás al baquiano a quien respetaron la vida. Que debido a lo recio del tiroteo y a la claridad del día, pues se había disipado la neblina del amanecer, decidieron mejor atrincherarse apenas alcanzaron un risco, refugiándose tras unas rocas muy grandes, cortadas en saliente hacia la falda septentrional del cerro; que allí pensaban esperar la caída de la noche, sin moverse una sola pulgada para no delatar su posición. Que al poco rato se desató contra ellos un ataque cerrado de aproximadamente una hora, y después de una pausa ocurrió otro, de mayor o parecida duración. Que sería

pasado el mediodía cuando empezaron a oírse unos retumbos, sintiéndose una intensa temblazón en toda la montaña, y era que desde los flancos donde estaban las posiciones de la G.N., les disparaban morteros de 60 mm, estallando tan cerca de ellos al azar las granadas, que la tierra lodosa les salpicaba las caras; que cada hostigamiento daba lugar a un intervalo de quietud, intervalos que terminaban cuando se oía el rasgar de los espolones de los morteros. Que finalmente, tras más de dos horas de bombardeo, la montaña se quedó en silencio y llena de muchos presagios.

Que el paisaje se había vuelto extraño, porque el cielo por tantos días nublado en cerrazón, estaba azul y limpio, con pocas nubes; que fue bajo ese sol brillante que apareció tras la cordillera una cuadrilla de aviones Mustang P-4, ampliándose poco a poco sus fuselajes grises en la distancia, la proa puesta en dirección de la falda del cerro donde ellos se encontraban parapetados. Que uno a uno rompieron su formación y se vinieron en picada, disparando nutridamente sus ametralladoras sobre la loma; que después de hacer sus pases rasantes se alzaban, describían un amplio círculo hasta perderse de vista y volvían esta vez para dispararles andanadas de cohetes, que al estallar producían unos estampidos subterráneos, ecos potentes y ensordecedores devueltos prolongadamente en la distancia, como si las explosiones hubieran estado siendo respondidas desde el otro lado de la cordillera. Que a cada estampida todo se les teñía de blanco incandescente, y de un azul reverberante, sintiendo arderles las cejas y la boca a pesar de su posición a cubierto, de cara al suelo que parecía ceder bajo sus cuerpos, movido en un solo estremecimiento.

Que el diciente se veía llegada la hora de su muerte (risas) y se preparaba para recibirla (risas), pero en una de las retiradas de los aviones el cabecilla, individuo ex G.N. Santiago Taleno, lo alentó, diciéndole que tanto el fuego de artillería como el de los aviones lo estaban dispersando considerablemente lejos de ellos, y que como ya faltaba poco para oscurecer, la noche otra vez los favorecía; pero que al diciente se le figuraba que la noche más bien reculaba y ya no iba a llegar nunca (risas).

Que ya iba atardeciendo cuando se retiraron definitivamente los aviones, empezando de inmediato un último bombardeo de tierra; que en medio del humo levantado por las bombas vieron a las columnas iniciar su avance por tres flancos, en escalada por las escarpaduras del macizo montañoso; que cuando las ya dichas tropas lograron alcanzar las vecindades del refugio no había más visibilidad, por lo que fracasaron en la batida; pero que tan cerca

de donde ellos estaban pasaron, que pudieron percibir las voces de los oficiales al ordenar el repliegue, y al radio operador informando a la comandancia el cese del rastreo de los cadáveres hasta el día siguiente, de donde se saca que los creían ya muertos.

Pero que de esa acción resultaron sin un solo rasguño, alejándose del lugar después de una prudente espera; que caminaron por entre cráteres de tierra removida, troncos descuajados y trechos de árboles calcinados, visibles sus esqueletos ennegrecidos a través de la neblina que se alzaba rápidamente a la luz de una luna nueva, como por milagro esa noche aparecida; que largo rato marcharon acompañados por un coro de muy tristes lamentos propagado por la montaña, los chillidos de dolor de los monos heridos por las balas y por el cañoneo; y que como seguramente de la acción habrían resultado muertos muchos de ellos, así como otros animales, (risas, el presidente del tribunal llama al orden) se sentía una gran hedentina a carne quemada.

Y ya para despedirse esa tarde en *El Copacabana*, lo último que les contaría del Indio Larios a los muchachos, era cómo a la hora de los trajines, preparándose ellos tres para volver a Honduras clandestinos, a juntarse con la tropa de la invasión, a él le venían ya flojas las pláticas de guerra, realmente la última invasión en la que había andado metido aunque fuera en algo, era la del 54. Abría la boca solo para hacer chacota de los planes, y burlón y jodedor como un muchachito canoso se reía de los métodos de entrenamiento, despreciando por viejas las armas conseguidas, asegurando con gran suficiencia que todo iba a fracasar porque la provisión de parque estaba controlada por los gringos en los mercados negros desde la caída de Batista, que ya en Nicaragua lo sabían todo seguramente, y así por el estilo. Taleno se ponía arrecho pero el Jilguero lo calmaba, ¿de qué iba a servir de todos modos el pobre Indio achacoso en la montaña? Que allí lo dejara con la fiebre de sus piñatas. Porque hacía meses venía con su obsesión de convertir la fábrica de piñatas en una empresa de celebraciones para cumpleaños infantiles: alquilar sillitas y mesitas, cristalería, manteles, suministrar confites, el sorbete, la piñata; tener un aparato de cine sonoro para exhibirle películas de muñecos de tinta a los niñitos; pero le faltaba capital yo creo que ya nunca se le cumplió ese sueño.

Que así siguieron en los días posteriores orientados hacia el sur, sabiendo que a un costado llevaban, aunque invisible, el Gran Lago de Nicaragua, y al otro las selvas del Atlántico, adentrándose por terrenos llanos de altos pastizales, o escasamente elevados con prolongadas manchas de árboles,

terrenos calurosos en comparación a las alturas por donde en los últimos tres meses habían andado; que ya todo perdido, la decisión era buscar el rumbo del río San Juan, para desde allí alcanzar territorio costarricense y entregarse a las autoridades de aquel país; que el daño físico era muy grande, sobre todo en lo referente al individuo Mauricio Rosales, quien por causa de una mala herida bajo de la rodilla izquierda, producida al tropezar con la raíz de un árbol, sufría mucho al caminar; que sin saber el declarante cuán lejos estaría todavía el mentado río San Juan y no quedándole más fuerzas, decidió acogerse al ofrecimiento de los volantes regados por los aviones, y de esta forma entregarse, tal como se lo comunicó a sus acompañantes quienes en toda forma trataron de disuadirlo, manifestando por su parte la voluntad de continuar.

Y ya amarillo el color de la tarde en Managua, dejado atrás *El Copacabana*, subiendo por la cuesta de la colonia Dambach, se detendría sorprendido y con ánimo de devolverse se voltearía, ya a punto de encenderse en los rieles las luces; pero después de vacilar iba a seguir de todos modos su camino: no haberles contado a los muchachos lo más importante, del tamaño que se le habrían puesto los ojos a Chepito al conocer cómo el Jilguero y Taleno dirigidos por el Indio Larios se habían dado gusto en el coronel allá en Guatemala; la suerte se los había llevado a sus manos, como una blanca paloma; él no estuvo presente al correrse esa aventura, tendría que aclararles, porque fue en los días en que buscaba fortuna en Puerto Barrios; pero si no, con sumo placer hubiera ayudado.

Sentate, volvete a sentar, le iba a suplicar Chepito. Aquí solo rumores de ese hecho se oyen, parpadearía interesado Pastorita, ¿es cierto que disfrazados de militares guatemaltecos se fingieron sus edecanes de honor en los funerales? ¿Y que en lugar de conducirlo a las ceremonias lo secuestraron en un carro? ¿Que en un monte solo, lo abusaron, y todavía desnudo lo lanzaron delante de las comitivas oficiales en las puertas de la catedral, a la hora de salir la procesión con el muerto a costas? Y él le iría replicando que no con la cabeza, fue en un burdel viejo de Mixco la cosa, Pastorita; lo llevaron bajo la atracción de entregarle en goce unos cuerpos de niñas colegialas y esa fue su ruina, la pasión de fornicia lo perdió.

Era la casa de putas de Lasinventura, afamada porque en los tiempos de su presidencia el general Ubico se había reservado catar a toda primeriza, candidata a convertirse en Adelantada como se le llamaba a las damiselas del servicio carnal, y ese derecho lo convertía en santo patrón del burdel, todavía

quedaba en el salón principal su pintura. El cemento de una casa municipal que ya no se construyó, sirvió para hacerle obras al burdel y darle nueva fachada; hasta la estatua de una mujer desnuda pedida a Italia para adorno de los jardines del palacio presidencial, en aquel entonces en edificación, desapareció de la aduana misteriosamente y otro día ya estaba instalada en el patio, hubo quien vio la pesada caja de pino en viaje a Mixco a bordo de una cureña. Y cortinajes, lámparas, espejos monumentales, sillones de lujo, le aportó Ubico, todo escalfado al mobiliario del palacio.

Pero vino la tuerce de Lasinventura, el mismo día que su general cayó; una multitud furiosa asaltó la casa y a palos desbarataron la luna de los espejos, las camas y moblajes íntimos; biombos de seda y palanganas de lavatorios fueron tirados a media calle, y sobre la quebrazón de trastos finos regada en los pisos, se desbandaban en cueros las Adelantadas, perseguidas con tizones por los asaltantes porque el afán era quemarles sus partes; pero lo que es Lasinventura, agarrada a la argolla de una puerta, declaró que solo matándola la sacaban, y la dejaron al fin entre los destrozos, el retrato acuchillado del general por única compañía.

Desde entonces le entró la quema a la matrona y la alegría de las noches de antes se le apagó en ruina; tres Adelantadas nada más le quedaron permanentes, y acabado el mobiliario de lujo por obra de la turba, solo le fue posible agenciarse en adelante de taburetes y mesas de latón, ya un burdel de clientela pobretona que ni música guarachera de roconola brindaba, como los otros que a partir de entonces empezaron a instalarse a lo largo de la calle, como se instala una zopilotería en la vecindad de un animal muerto. De repente arrimaba también alguna puta extraña a curar su tristeza o sus purgaciones en el abandonado de las recámaras, y la casa se convirtió así en una especie de refugio temporal de despreciadas por la suerte.

¿Y cómo vinieron ustedes a dar a ese lugar raro? preguntaría acaso Chepito. Pues porque Taleno llegó un día a Mixco en busca de clientes de seguros, en la mala época en que recién los habían tirado a pie de Honduras a Guatemala; y puesto por casualidad en esa calle de la Amargura, se asombró de dar entre tanta cantina, con aquella casa.

Tocó, probando suerte, y salió Lasinventura a abrirle, emperingüentada a pesar de ser tan de mañana, y apenas caía en la cuenta de dónde se había metido, cuando muy gentil ella lo invitaba a pasar adelante; reparó entonces en el grave despojo, todavía un desorden de trastos viejos y restos de mobiliarios como si el asalto hubiera sido el día antes y no años atrás. Ya era

sabedor de su equivocación, pero pensó que de todas maneras, si en eso andaba, algo debería proponerle a la pintarrajeada de su negocio de pólizas. ¿Cuánto calculaba que podrían valer sus huesos reumáticos para estar pagando mensualmente por ellos? Se los regalaba, se le rió, y enseguida se mostró apiadada por la dureza de aquel su oficio de caminante, no era fácil andar suplicando a las puertas de desconocidos, exponiéndose a desprecios; y adivinando sed en el semblante quiso brindarle de beber, pero como no había pasado todavía el camión repartidor de las cervezas, mandó que le trajeran agua.

Así apareció con un tazón enlozado la Colegiala, seguida por las otras dos Adelantadas que atraídas por la novedad de la visita, se arrimaban arrastrando sus chancletas, y terminando de medio peinarse lo rodeaban ansiosas, pidiéndole contarles de la calle, querían saber qué pasaba afuera en el mundo; y sin mucho esperar le hicieron cuenta de sus penas, refiriendo sus desgracias con chabacanería y hasta con entusiasmo, como si sus calamidades tuvieran algo de cómico o de obsceno. En esas pláticas le fue cogiendo la tarde, lo convidaron a comer de su guiso de hospicio, y al agarrarle también la noche, se quedó a dormir en la cama de una de ellas.

Ya después Taleno los incorporó a la cofradía, al Jilguero y a él primero, al Indio Larios después, y se hizo religión visitarlas; cogían camioneta y se iban a Mixco a celebrar sus parrandas baratas al amparo de la anciana disfrazada de reina de la noche y de sus tres edecanas. Gozaban de crédito a plazos eternos y armaban sus escándalos y discusiones sin miedo de que llegara la policía a callarlos, o a llevárselos, como sucedía cuando se calentaba la plática política entre exiliados en los bares del centro.

Y al alejarse hacia los barrios orientales por la calle del calvario iría fracasando su impulso, la necesidad de devolverse a darles cuenta detallada de su olvido, de regresar a *El Copacabana* donde si no Pastorita, Chepito tendría que estar, alistando el salón para la noche. Al día siguiente, otro día, pues, les contaría cómo fue que agarraron al coronel: como me lo contaron Taleno y el Jilguero se los repito, les diría, como todavía una de las últimas noches en el campamento de El Chaparral lo estuvieron contando, antes de que el ejército de Honduras nos cayera y nos desbaratara. Y tal vez Pastorita no iba a quedar ya tan desilusionado del Indio Larios.

Que se despidieron en un plantío de caña donde se habían detenido para calmar la necesidad del estómago comiendo cañas, que- dándose el declarante en un rancho cercano; que con uno de los habitantes del

mencionado rancho pudo enviar recado a las patrullas informando de su rendición, siendo hecho prisionero dos días después; que fue llevado a San Pedro de Lóvago y de allí a esta ciudad de Managua donde guarda cárcel desde entonces a la orden del Tribunal Militar en conocimiento de la presente causa. Que de la suerte de sus acompañantes ya no supo más, declara al ser requerido al efecto por el fiscal militar quien además previene al deponente de hacer uso del derecho de ampliar su declaración en lo que juzgue pertinente antes de procederse al cierre formal del acta; pero el reo declina, por estar ya relacionado en autos todo cuanto tiene que decir.

Ya no declara que antes de partirse solos, el Jilguero y Taleno todavía le habían insistido por última vez seguirlos, ¿acaso no había andado lo más? Bien podían andar lo menos. ¿Y si lo mataban al agarrarlo? Y aún había encontrado ánimo para sonreírse el Jilguero, “siempre tan obstinado este Raúl”. Desde la puerta del ranchito los vio irse, atravesar el rastrojo del cañal, alejarse por un llano de jícaros sabaneros, y aún a distancia, en harapos y mugre la cara, Taleno se había llevado las manos a la boca para gritarle, todo era ver un vuelo de garzas y ya estaban en el río.

Ahora el capitán preboste se ajusta el quepis y camina marcial delante de Raúl que va humilde entre sus custodios por enmedio de las filas de silletas metálicas ya vacías, y atrás solo queda el fiscal militar inclinado sobre los legajos de su pupitre.

CAPÍTULO IX



Ahora que en la tarde sofocante de abril camina a la par del carro fúnebre, la mano agarrada al tubo niquelado de la peaña donde descansa el ataúd, traspasado de sudor y en el cuello cerrado la molestia del botón que se le clava en la piel, piensa en el llanto imprevisto de la madre a la salida. Dominado por el peso bajo uno de los flancos de la caja la vio retroceder en busca de un asiento, sus sollozos frustrados en una furia reprimida, llorando de impotencia ante el abandono porque nadie había venido al entierro.

Mientras doblaban gravemente las campanas de la Catedral en la distancia y él se lustraba los zapatos sentado al extremo de la fila de silletas vacías acomodadas sobre la acera, la vio salir por última vez a la puerta tratando de descubrir, con disimulo ya imposible, algún movimiento de gentes, de automóviles que se acercaran a la casa. Pero la calle seguía tranquila como todos los días, ningún otro vehículo a excepción del carro fúnebre estacionado en la sombra, el chofer de quepis dedicado a sacarle brillo a la carrocería. Jubilosos se oían llegar desde un billar los gritos de los jugadores, y el desgranarse de las bolas; un viejo negro en camisola se asoleaba sentado en una playera sobre el alto pretil de su acera, una piara de cerdos arriada por un niño entraba a un solar pasando bajo los alambres del cerco, y a una cuadra de distancia traficaban por la Calle Real los camiones repartidores de bebidas gaseosas, camionetas de pasajeros en viaje a Poneloya, la motocicleta de un cobrador que aceleraba al cruzar la esquina. Ningún despliegue de vigilancia militar, ni un solo de los camiones anaranjados del Departamento de Carreteras, que en los días de manifestaciones políticas o desfiles de estudiantes, recorrían las calles llenos de soldados con cascos de acero y armados de rifles Garand.

Al terminar de lustrarse fue a la puerta del despacho de la panadería

vaciado de todos sus estantes y mostradores para la ocasión, y solo había necesitado consultar ostensiblemente su reloj frente a ella para darle a entender que no quedaba otro remedio, eran pasadas las cuatro y el entierro debía salir. Y al volver de la calle con los cargadores reclutados de entre los escasos concurrentes, parientes y vecinos que también habían estado allí la noche anterior, la vio acercarse a la caja para cumplir con uno de aquellos sus actos funerales preparados hacía días: desdoblar una bandera de Nicaragua y extenderla sobre la tapa. Pero ahora, sus movimientos empobrecidos por el vacío asoleado de silletas desocupadas no tenían ya ninguna solemnidad, y sus manos parecían más bien vestir una cama o tender un mantel. Después, había empezado a llorar.

Ya no fue necesaria aquella penosa conversación planeada a lo largo de todo el viaje desde la frontera, para convencerla de hacer un entierro en silencio, atenerse al compromiso. Al solo acercarse el camión a la panadería la noche anterior, se había dado cuenta que la soledad derrotaba ya los preparativos de la madre; solo unos pocos veladores esperaban en la calle, y todavía confusos ante el deslumbre de los focos, como sacados repentinamente del sueño, se habían puesto de pie para cumplir con algo ya predestinado por su misma presencia a esas horas: rodearlo a él en afectuoso silencio, hacerse cargo de bajar el féretro extremando sus cuidados y sus voces de advertencia. Lo supo al verla salir a la puerta en compañía de otras enlutadas, siempre el aire de dignidad insuflado en sus labios pero ya aterrada por sus sospechas del gran abandono, completamente sola frente a su muerto antes del amanecer, y después, cuando el sol de la mañana había comenzado a calentar el despacho, sola al acercarse al ataúd para mirarlo por la ventanilla como quien se asoma a un abismo.

Ahora se aproximan a la Catedral. Curiosa, la gente mira desde sus puertas al ataúd envuelto en la bandera, que va seguido de cerca por una escasa docena de personas a quienes la casualidad parece haber juntado en la calle, algunas subidas a las aceras para protegerse del sol, confundándose así con los transeúntes, los demás apurando sus pasos como si temieran que bajo el bochorno pudiera lloverles. En la *Casa Prío* los parroquianos escuchan, rodeando al Capitán en su mesa, un danzón de Agustín Lara que baja de volumen al pasar por el frente el entierro; y cerca del Mercado Municipal, una barata se aleja anunciando la función de cine del Teatro Orión, la voz del locutor acompañada por una marcha miliar silbada en coro, *esta noche, El Puente sobre el río Kwai*.

Al dejar Escuintla camino de la frontera con El Salvador había decidido soltar las amarras de la caja de avena Quaker que traía a sus pies en la cabina, para revisar el contenido; encontró de primero diversos papeles abultados en carpetas que sobre el manoseado cartón de las tapas dejaban manchas estriadas de café, marcas circulares dejadas por asientos de vasos, carcomidos los bordes por brasas de cigarrillos. Debajo halló una colección de fotos dentro de una lata de galletas; y por último, en el fondo, un tomo enmohecido encuadernado en tela roja, la pasta marcada con letras góticas doradas.

CARTAS A MI HIJO BOLÍVAR

El libro se abría con una efigie del Libertador formada pacientemente con letras de máquina; luego venían las cartas mecanografiadas con esmero y enmarcadas por línea dobles de tinta china, numeradas, ordenadas por fechas, al final un índice. (Nota: Las primeras cartas incluidas en este volumen hubieron de ser reconstruidas en el exilio, por causa del decomiso sufrido por el archivo del autor, al caer prisionero en Managua en el mes de octubre de 1941).

No recordaba haber recibido ninguna de aquellas cartas que le estaban consagradas con el encabezamiento de ¡Hijo mío!, las primeras escritas cuando él apenas habría nacido (más tarde comprenderás las enseñanzas que hoy me preocupo en dejarte para normar las acciones de tu vida futura, lo cual no te es posible por causa de tu tierna edad), atenuadas siempre a su crecimiento (hoy, cumples diez años, Bolívar, y ya tus sentidos pueden percibir las emanaciones filosóficas de ciertos seres y cosas), y si nunca fueron enviadas a su destino sería porque estaban reservadas a la posteridad (deseo que a través de ti las generaciones futuras lleguen a saber que mi rebelión de 1941, por la cual fui condenado a muerte salvándome milagrosamente, se debió a mi deseo de preservar en nuestra patria la alternabilidad en el poder y hacer respetar la pureza electoral), un epistolario a ser publicado algún día a manera de catecismo cívico para la juventud (a continuación oirás de mí, lo que creo que debe ser el decálogo del buen ciudadano. Primero: amar a tu patria como a ti mismo; ten siempre presente que en el altar de la patria debe consumarse cualquier sacrificio, por cruento que nos parezca), mezcladas con párrafos autobiográficos (hoy dedicaré estas páginas a referirte algunos pasajes útiles de mi vida de soldado académico, al que le tocó entrenarse en una época difícil para nuestra nación), esbozos de

programas políticos para un futuro gobierno (el despotismo, por causas de las que no quiero apartar mi propia culpa, ha resentido la salud de la república; pero aún es tiempo de constituírnos, hombres de distintos bandos y credos, en sus médicos de cabecera; solo así daremos alivio a sus males más urgentes, entre ellos el saneamiento de la hacienda pública. Honradez acrisolada, ante todo), siempre apoyadas las cartas en citas (“Asciende, sé hombre”), y toques líricos a manera de consejos morales (“Puede una gota de lodo sobre un diamante caer, puede también de este modo, su fulgor oscurecer, pero si el diamante es bueno...”).

La última tenía fecha del 15 de septiembre de 1956 (en un día como hoy nuestros próceres escribieron con letras luminosas la página central de nuestra historia, al firmar el acta de independencia...). Y allí concluían, cuando seguramente las habría mandado a empastar para formar el primer volumen; de las siguientes no se encontraba ningún rastro en el archivo, si es que acaso las escribió.

En la lata de galletas, había además de las fotos, recordatorios de misas y novenarios de difuntos, celebrados en memoria de los caídos (Rogad a Dios por el alma de Rigoberto López Pérez [q.d.D.g.], quien ofrendó su vida el 21 de septiembre de 1956. A un año de su gloriosa muerte. Comité Unificado de Exiliados Nicaragüenses [CUEN] Parroquia de la Dolorosa, Guatemala).

Luego estaban las fotografías, anotadas al dorso por su mano, siempre mensajes dirigidos a Bolívar:

+Este soy yo en dic. 1923 junto con Chencho Mendieta, retratados en el andén de la estación del ferrocarril en León. Vamos para Granada a jugar beisbol contra los Salesianos, (“Yo tenía 15 años, y una estrella en la mano...” R.D.).

+Aquí, en algún lugar de las Segovias, en compañía del Mayor Pierson USMC, de la 5ta Compañía de Marineros. Año:1930, creo.

+Aquí ya en el exilio y miembro de la famosa Legión del Caribe. A mi lado izq. está sentado el Dr. Patiño, dominicano; el Dr. Buero, médico cubano conversa conmigo, y el tercero es Antolín González León, de Venezuela (los tres dieron su vida en la invasión a Playa Luperón en

Dominicana, 1945; la foto es de ese mismo año). Nota: La L. del C. se proponía luchar contra todos los tiranos, a cada uno se le iba a llegar su turno.

+El Malecón de la Habana, 1947. Íbamos para Cayo Confites, a entrenarnos para una nueva invasión contra Trujillo, siempre la L. del C.

+Aquí estoy patrullando en el Paseo de los Estudiantes, San José de C.R., 1948, después que la L. del C. botó al gobierno de Picado y pusimos a Figueres. De aquel triunfo, nada se logró al fin en ayuda para la causa de nosotros en Nic.

+Aquí estoy con el joven Mauricio Rosales, de Masaya, y el excaptán G.N. Santiago Taleno (exiliados como yo) bañándonos un domingo, ¿sept. de 1957?, en el puerto de San José, Guat. Ese otro de atrás que hace señas, es el amigo Raúl Guevara, excelente guitarrista y compositor de gran futuro.

+Aquí los mismos, sorprendidos durante un brindis en la Cervecería El Portal, mayo de 1959. Estaban próximos a salir en la expedición en la que, finalmente, Mauricio y el ex capitán perdieron la vida.

Siempre en las fotos la corbata kaki anudada en el cuello de una camisa a cuadros, manga corta; lo único de militar que le quedaba junto con su gorra de barquillo era la corbata, un ajuar de náufrago que le daría cierta majestad castrense al presidir las discusiones en las ruedas de exiliados, quitándose la gorra plegadiza para golpear con ella los costados de su silla y apoyar así sus argumentos, ajustándose como frente a un espejo al irse de la cantina; siempre en su mano, de seguro, la lista de prominentes para integrar el gabinete de ministros a la hora del triunfo de las armas, lista que también estaba entre los papeles y de la que habían sido tachados los exiliados muertos, o quienes habían claudicado para regresar, bajo promesa de no volver a meterse en nada.

Ruedas de exiliados plácidamente fotografiados con mala luz en un

corredor que devuelve el brillo de sus mosaicos lampaceados, hombres de todas las edades acomodados en un sofá de mimbre, sus sombreros sobre las piernas, los que ocupan de pie la fila trasera esforzándose por no perder su aire de decisión e importancia (agosto de 1944: aquí cuando nos reunimos para anunciar yo la colaboración irrestricta prometida por el Pdte. Arévalo a nuestra causa. Los días de *el hombre* en ese entonces, parecían estar contados...).

Ya en territorio de El Salvador había comenzado a examinar las carpetas: actas de reuniones de los comités de exiliados, que constantemente cambiaban de nombres y de directivos, Frente Unitario Patriótico (FUP); Comité Coordinador de la Oposición Democrática de Nicaragua (COCODEM); Movimiento Republicano Auténtico (MOREA); Acción Patriótica y Renovadora (APARE), vistosos rótulos en el encabezado del papel de la correspondencia, siglas entrelazadas, emblemas artísticos impresos en azul patriótico, hojas en las que se invitaba para mítines, veladas fúnebres, circulares en las que se recordaba la obligación de cotizar las cuotas puntualmente, listas de los exiliados con sus direcciones, los teléfonos de sus pensiones o de boticas cercanas donde podían ser llamados en caso de emergencia, comisiones (Finanzas, Ideológica, Contactos Fraternalistas con otros movimientos, Divulgación y Cultura), páginas copiadas a máquina, borrosas copias al carbón, sin márgenes, que contenían discursos, proclamas, manifiestos, comunicados de prensa; hojas despegadas de documentos mimeografiados que habían perdido los encabezados.

Y recortes de periódicos unidos con clips ensarrados, páginas enteras de diarios mexicanos impresos en rotograbado sepia con homenajes a Sandino en cada aniversario de su asesinato, anotadas al margen (de esta negra acción se arrepintió tu padre: buscar en este mismo archivo mi folleto publicado por la Tip. Aurora de Guatemala, “Mea Culpa: La Historia Verídica de un crimen político”). Y entre los recortes, cuidadosamente doblado, un volante con un fotograbado en óvalo

PROGRAMA DE LOS FESTEJOS DE CORONACIÓN DE
LA REINA DEL EJÉRCITO DE NICARAGUA,
A DESARROLLARSE EL DÍA 14. NOV. 1941.

(Ojo: esto ya no lo hice por servilismo, sino para encubrir mis planes de rebelión, desgraciadamente abortados. Ver copias actas proceso Consejo de

Guerra y crónicas diario *La Noticia* a lo largo de dic. 1941).

Escaseaban los documentos ya por último, y las carpetas contenían más bien facturas de compra de materiales para la fábrica de piñatas, recetas médicas de dispensarios populares, vales de cantina rescatados a última hora. Cesaban las actas de reuniones secretas, las circulares. Solo quedaba el cable. Para conseguir poner aquel cable había andado por días arañando, recogiendo, pidiendo, suplicando contribuciones: Dr. Castellón (nunca apareció en su consultorio las veces que fui a buscarlo, o es que no quiso recibirme); Tut. Argüello (me decía que pasara mañana y así me tuvo); Dionisio Pereyra (dio lo que andaba en la bolsa); Aristarco “El Chele” Sandoval (manifestó no estar de acuerdo), junto a la copia rosada del cable la lista de los requeridos para contribución y la boleta de empeño de su reloj de pulsera, lo último de valor que seguramente le quedaba. Y ya acabado por la enfermedad, se habría sentado entonces a aguardar, esperanzado que le llegara la respuesta a su dirección de la zona 12.

Enero 14, 1961, GUATEL (Vía Tropical Radio)

Presidente Electo U.S.A.

Mr. John F. Kennedy

Washington D.C.

De acuerdo sus promesas expresadas notable discurso su campaña San Diego, Calif., usar mano dura contra dictadores área Caribe recordámosle atentamente patético caso Nicaragua familia des gobierna despóticamente hace veinticinco años stop restablecimiento democrático nuestra patria podría ser primer ejemplo concreto sus loables deseos stop quedando de usted att. S.S. stop.

Viajaban ya en territorio de Honduras adelante de Jícaro Galán. Un momento sostuvo entre los dedos la hoja del cablegrama frente a la ventanilla abierta, sintiéndola revolotear contra su cara, y luego dejó que el viento se la arrebatara. Así empezó su tarea de deshacerse del archivo, lanzando las cartas, los manifiestos, las páginas de los periódicos que el aire rechazaba hacia él y que huían volando tras el camión al soltarlas, parecían sostenerse en lo alto como si hicieran una última resistencia pero caían vencidas, desplazándose ya sin fuerza sobre las lomas altas, los terraplenes de arena

rojiza, yéndose al fondo de las cañadas abiertas entre los pinares, y más lejos aún, arrastradas en el cielo por el viento del golfo.

Solo el tomo empastado de cartas y la lata vacía le quedaba en la mano, ya desmenuzadas en pequeños trozos las fotografías y lanzadas también por la ventanilla. Intentó desgarrar de una vez las páginas pero no pudo, así que fue arrancándolas una a una, hasta no quedarle sino los forros de cartón rojo con sus letras góticas doradas.

El entierro se acerca al Parque Infantil. De pie en la balaustrada aguarda un hombre moreno y robusto, vestido de lino blanco martajado, las manos unidas por delante en callada solemnidad; se despoja del sombrero de pita, y uno de los dos niños situados tras él se lo recibe, sosteniéndolo a distancia con cuidado de no ensuciarlo. El otro niño está hecho cargo de una bandera, el asta apoyada contra su barriga pelada. Al llegar el ataúd casi frente a él, el hombre alza el brazo con un gesto altivo y decidido, de dominio, una orden para que el carro fúnebre detenga la marcha, y mantiene su gesto victorioso hasta conseguir que también el murmullo de los concurrentes se acalle. Sin quitar la vista del féretro extrae del bolsillo del pecho un fajo de papeles, y ya con ellos en la mano se coloca parsimoniosamente los anteojos. Vuelve a hacer otro gesto, ahora más enérgico, señalando hacia el ataúd como si quisiera partirlo con una descarga, pero no empieza todavía a hablar; calla, la mano trabada en su gesto.

Bolívar oye atronar grave su voz desde lo alto y le ordena al chofer seguir adelante. Los acompañantes, desconcertados, no saben si quedarse a escuchar al orador, que enterado de la marcha imprevista del entierro se esfuerza en elevar la voz como si las frases de su discurso dichas a gritos pudieran detenerlo; o ir tras el ataúd que ya se aleja. Pero apresuradamente, casi a la carrera, se deciden por el carro fúnebre y le dan alcance cuando ya baja por la pendiente, el sol prendido en chispas sobre la carrocería negra.

Y Bolívar con la mano puesta sobre el tubo ardiente del costado de la peaña, torna un momento la mirada. En lo alto de la balaustrada, frente a la cuadra vacía por la que atraviesa indiferente un ciclista, el orador se empequeñece solitario, reafirmando el peso de sus palabras con golpes de puño que da en el vacío.



Arrogante se volvió a su covacha a acostarse, alzando los brazos al andar por causa de sus golondrinas. Me dejó a medio patio con la palabra en la boca, sin descubrirme el gesto con que yo también le quería significar mi pensamiento, darle a entender que desde hacía tiempos ya le había cogido el rumbo a su vuelo altanero, su ambición de coger mando grande. Desde la hora de mi balazo, sellando el pacto de sangre conmigo, lo había medido. Pero no era con bailes de gala, ni sacándose retratado en *La Noticia* para su cumpleaños, con el rótulo de pundoroso militar que tanto le gustaba en letras de molde; ni organizando ágapes de beneficencia, ligas deportivas en los cuarteles, cursos para enseñarle a leer a los presos, que se podía coger aquel mando grande. Y esa fue su triste equivocación, la equivocación que ya lo mataba desde entonces.

Yo, por mi parte, lo que hacía era ayudarle a *el hombre* a juntar las bambas de oro, porque mientras más se le allegaran por mi mediación, más cogía yo de las que quedaban en el fondo del saco. Empezamos por las fincas. Los domingos acompañaba a *el hombre* a pasear en carro, viendo de pasada cuál finca le gustaba, para ir yo al día siguiente a proponerle al dueño la compra. Claro, la mayoría no quería vender, pero de eso se trataba, convencerlos. Luego nos vino la guerra mundial, y como el gobierno expropió a los alemanes puestos en una lista negra, también se compraban las fincas confiscadas, hermosos plantíos de café con sus beneficios, frutales, aserraderos, lecherías; allí la gracia era que podíamos fijar el precio en las subastas, en esas y en todas las demás subastas de propiedades hipotecadas con los bancos. Yo me presentaba a los remates, una ametralladora en una mano y el costal de reales en la otra; y aunque hubiera llegado desarmado, sabiéndose a nombre de quién compraba yo, nadie hubiera osado pujar.

Lo de las compras de ganado, yo lo inventé también. Primero se dio la orden militar de que para movilizar ganado en el país, se necesitaba permiso; por reporte de los cuarteles en cada zona, nos informábamos de las partidas de reses que venían para los mercados de remate, y en un lugar del camino

lejos de agua y de zacate, se les daba el alto por medio de una patrulla armada, exigiéndose el permiso. Ese permiso tenía que llegar por telegrama, firmado por el mismo *hombre*, y mientras el dueño de las reses corría a poner su solicitud, la partida quedaba allí mismo detenida. A los días, ya muriéndose los animales de sed y sin llegar el telegrama, aparecía yo en un camión con la romana, a ofrecer la compra a precio de emergencia. Algo sacaban, pero era dejarles los cascajos a los zopilotes.

“Hacete vos personalmente de una finquita”, me proponía *el hombre* en los paseos de los domingos, “escogé lo que te guste y te lo dejo”. Pero yo andaba con cautela, y no quería salir mal, por antojado. Lo que era suyo, era suyo, no iba a metérmele en su terreno; excepto para recuperar “El Corozo”, la finquita de mi papá en Catarina, solo porque se trataba de un recuerdo sentimental, le solicité ampararme. Pero por lo demás, “no, muy agradecido”, le respondía, “pero si me lo permite, ya tengo pensado cuál va a ser mi fuerte, y allí sí quiero mano libre”.

Y ese mi fuerte fueron los casinos y los *night-clubes*, las jugaderas de dados y las ruletas, los bailongos, la coimería mayor, las mujeres extranjeras; nada de eso había en Managua para entonces, y allí vislumbré yo mi veta. Y una que otra cuartería, una que otra casa de alquiler, que cayeron en mi haber sin yo perseguirlas, cosa de cancelación de deudas de juego; y ajustes, como las patentes de tramos en el mercado, el destace de cerdos, el cebo de res. Yo ya dominador, y él todavía pisando nubes. Por eso, cuando me tocó joderlo de una vez por todas, lo hice no sin cierta lástima.

Porque allá por 1941, cuando *el hombre* acababa otra vez de ser electo, apareció revivida la costumbre de las prácticas de baile en el Campo de Marte; desde la sala de bandera me llegó la música de una victrola, y curioso, indagué con el centinela de posta de qué se trataba; era una sesión de baile dirigida por él pero ya sin rasos, un encierro exclusivo de oficiales de todos los cuarteles de Managua, incluso de la guarnición presidencial, de la policía bajo mi mando, hasta los departamentos del interior. Bueno, me dije yo, ¿qué es esto? Maestro de baile a estas alturas, ya maduro, dueño de hogar.

Él tenía sus pretextos, y muy fastuosos: había inventado un ceremonial de gran realce para coronar reina del ejército a la hija menor de *el hombre*, tres días de celebraciones en Managua, dianas y alboradas, conciertos en los parques, y después de un desfile triunfal por las calles la última noche, un regio baile de clausura; y para ese baile ensayaban los oficiales jóvenes con la victrola. Yo, que por masón tenía algo de iluminado, resolví meterle un espía

a los ensayos; es- cogí un oficial de mi confianza, se lo mandé a bailar, y esto fue lo que averiguó: que eran conjurados de un alzamiento, que armaban el plan bailando para no despertar sospechas, que era él el cabecilla y para dar sus instrucciones parejas al son de la victrola, noches en que había ya más de veinte parejas bailando. Y eso los perdió, porque en tal multitud de bailarines, entró mi espía sin dificultad.

Apesadumbrado, ni siquiera había podido pasar el desayuno la mañana que me presenté delante de *el hombre* allá arriba, a comunicarle mi informe; espantado por semejante traición, no quería al principio concederme crédito, su jefe de estado mayor, nada menos. Pero ante la evidencia acopiada, hubo de rendirse: los disfrazados de cortesanos reales la noche del desfile, iban a ser los oficiales leales a *el hombre*, y los clases y soldados de sus compañías, iban a ir de soldados romanos; y a la propia hora de la coronación en la Catedral, el golpe; ni un solo hombre fiel para defender los cuarteles, todos armados de espadas de palo dentro de la iglesia. Y tamaño complot, ¿con qué objeto? Encaramar a la presidencia a un doctor de Masaya, ya viejito y trastornado, que según los bailarines había ganado en ley las últimas votaciones. Lo que se llama gastar pólvora en zopilote.

A la siguiente sesión de baile, se esperó que entraran y que empezara a funcionar la victrola; se rodeó sigilosamente la sala de bandera, y frente a la puerta emplazamos ametralladora de trípode. A medio *charleston* se les cortaron las luces y se les dio orden terminante de salir al patio. “¡En parejitas!”, les grité, para más joderlos; y que cuidado un movimiento en falso, porque les tocábamos la marcha fúnebre, a ver si también la bailaban. Por unos instantes solo se oyó un cuchicheo en la oscuridad, pero tal como se les había mandado, empezaron a salir, él el primero de la fila acompañado por un subteniente de la policía, con quien se hallaba bailando a la hora de la sorpresa. Agitado todavía por el ejercicio traía el sudor pintado debajo de los sobacos del uniforme; se quiso adelantar a decirme algo, pero con el dolor de mi alma lo paré en seco, apuntándolo con mi máquina, y así amenazado perdió el impulso.

Ordené amarrarlos, manos a la espalda, y mientras les socaban los cordeles, tuvo aún el valor de reírse, presentándome la cara. ¿Por qué se ríe? Iba a reprenderlo con severidad, dándole a entender la nueva distancia entre nosotros. Pero no me dejó tiempo, aún retenido de lejos por el cañón de la máquina, ladeó hacia mí la cabeza, igual que hacía siempre al confiarme sus secretos melosos. “Si piensan tirarme, no estés con muchas dilaciones,

bróder”, lo oí decirme, como quien pide una chupada de cigarrillo.

En el mismo salón de prácticas de baile se montó a la semana siguiente el Consejo de Guerra, una vez pasadas las fiestas de coronación que estuvieron muy pomposas de todas maneras, a pesar de que él ya solo de lejos habrá oído los cañonazos y los repiques, incomunicado en su celda. Pidió defenderse él mismo y se le concedió; pensaba que de mucho le serviría su manejo del Código de Instrucción Militar, escrito en inglés tal como lo habían dejado los marinos, pero no le valió ni eso, ni tampoco bajar de su corte celestial a todos sus santos, Marco Bruto y su Simón Bolívar de siempre, y el tribunal lo condenó a cadena perpetua por alta traición, sus cómplices sometidos a baja deshonrosa. Pero yo no me cansaba de repetirle a *el hombre*: “de la cárcel donde esté, a la hora menos pensada se sale, todavía tiene gente dentro de la Guardia”. Porque, quién mejor que yo conocía sus mañas temerarias, nadie iba a tenerlo sentado en quietud dentro de una bartolina por el resto de su vida.

Por eso, el consejo fue fugarlo, sacarlo al monte en una hora avanzada, ofrecerle el chance de correrse y a media carrera hacerle su descarga. Los preparativos de ese postrer paseo se me confiaron a mí, pero yo los cumplí por interpósita mano, no quería pringarme con su sangre, la obediencia al vínculo de la masonería estaba de por medio. Y más que eso. Frente a la ventana de mi oficina en el Campo de Marte, prendida la única en el amontonamiento de sombras de las cuadras silentes, esperé en tristes ascuas el repicar del teléfono avisándome la fortuna de la operación; pero como que ya presentía lo que iba a oír por la membrana embullada del auricular en el sopor eléctrico de la medianoche: se les había escapado. Que le volaron bala a lo descosido, decía el parte que me presentó el jefe del pelotón al día siguiente, pero no pudieron tocarlo a pesar del buen blanco que presentaba por la claridad de la luna; lo vieron saltar un cerco, y ni una huella se encontró de él. A los meses, por informes de inteligencia se supo que disfrazado de monja había traspuesto la frontera y estaba ya en Guatemala. Qué vaina, pensé yo entonces, ahora va a empezar a joder queriendo meterse al país con gente armada.

Y así fue. Pero a pesar de sus muchas y mentadas intentonas año tras año, no volvimos nunca a vernos las caras, solo los muertos de sus partidas invasoras me ha tocado contarle varias veces; y aunque después de tanto tiempo hasta el eco matrero de su voz se me confunde, su cara de jodeón risueño no hay modo que me la borre el olvido. Sereno me le puse a la hora

del prendimiento, y también sereno al final del almuerzo ese mismo día en el comedor de oficiales, cuando sin él saberlo nos estábamos dando nuestra verdadera despedida.

Siempre nos quedábamos un rato al final de la comida, platicando, y de seguro quería tantearme esa vez en forma embozada, porque se puso a leer en voz alta los párrafos de un librote que olía a desinfectante, donde se trataba el tema de las elecciones libres, la alternabilidad en el poder, y otros pensamientos literarios por el estilo. “Pero esas son teorías, bróder, no te preocupés”, cerró de golpe el libro y me cogió cariñosamente el brazo. Por lástima de su suerte preferí apartarlo de aquel tema, y mejor le hice guasa sobre sus clases de baile, que cuando pasara a retiro ya podría abrir su academia de danza, como Adán Castillo.

Él, que ya se ponía de pie, agarró el libro y se lo metió debajo del brazo. “Si me dieras una manito en la enseñanza de los primeros pasos a esos muchachos, vos también cogerías experiencia”, me contestó, según él hablándome en parábola. Y tenía razón, poco me han seducido en la vida las elevaciones. “Hay que ser fiel y agradecido, si no, las bambas de oro nunca las vas a ver”, fueron las últimas palabras de mi papá ya para morir, y a ellas me he sabido atener.

Y *el hombre*, hasta su muerte también, me supo reconocer esa virtud. “Si vos fueras mi querida, no iba a darme miedo dejarte desnuda en un encierro de hombres”, me dijo sin perder lo solemne delante de toda la concurrencia, el día de la ceremonia de mi juramentación como nuevo jefe del estado mayor. Yo, sinceramente sorprendido y ya mi mano alzada para prestar la promesa de ley le pregunté respetuoso por qué.

“Porque sé que no le ibas a abrir las piernas a nadie, así te mataran”. Y altos dignatarios y compañeros de armas soltaron la carcajada.



Pastorita siente que alguien le pone las manos en la espalda y se vuelve,

primero sorprendido y después muy sonriente, hombre, Chepito, ¿qué andás haciendo por estos rumbos? ¿Paseando? y oculta la boca al reírse Chepito, pues aquí donde me ves, paseando en la partida; y que al principio, cuando lo miró salir de la gradería de sol, se preguntaba: ¿Será Pastorita? ¿Será Pastorita? con tanto tiempo de no verlo... y Pastorita, conduciendo al lado, sin montarla, su bicicleta vistosamente adornada, colgijos plásticos en los manubrios, remaches de colores en la montura, esto no puede quedarse así no más, ¿me aceptás convidarte a unos cuantos mielazos donde las Gordas, Chepito?

Salen las gentes del estadio de beisbol en Granada el domingo a mediodía al acabar el juego, atraviesan la carretera o se pierden por las bocacalles, se van por el *outfield*, saltan por encima de la barda de zinc pintada con anuncios de colores, y en la polvareda ellos dos, empujados, avanzados por la multitud a pie, por las motocicletas, los coches de caballos, los taxis, seguidos por una barata que anuncia el talco *Rayo* con un son de marimba, por carretones sorbeteros que repican sus campanillas, y cuando Pastorita le pregunta qué es de su vida desde el cierre de *El Copacabana*, se detiene Chepito y lo mira melancólico, ¿viste? Al fin se lo tragó el agua; él se pasó a servir de cuque al Casino Militar, recomendado por su patrón el coronel, que está ahora ya retirado de la Guardia.

Pastorita suelta el manubrio y hace con la mano un gesto enérgico, como si mostrara un rollo de billetes, sus buenos reales debe tener a estas alturas tu coronel; y Chepito asiente convencido, mordiéndose los labios, lo que se llama podrido en plata, si querés saber. El negocio de los *night-clubes* ya no lo atrae, qué lo va a atraer; se los vendió todos a unos cubanos de Miami, y ahora solo piensa en ganado de raza, en el algodón, en conquistar tierras. ¿Qué creés que me dijo la última vez, cuando llegué a visitarlo a su chalet que ha hecho en Catarina, donde era “El Corozo”? Un chalet de gran lujo, con piscina. “Mira, Chepito, si antes vos no tenías el valor de llamar- me millonario, ahora sí”. Y allí tiene a la huerfanita para que le sirva, volvió al fin de los Estados Unidos y decidió enqueridarse con ella; y como sus ojos cada vez van peor, es ella la que ve los negocios, los de él, y los que ella tiene aparte: negocios de comprarle los cheques de sus sueldos a los empleados públicos por adelantado, negocios de prestar plata a interés caníbal.

Tan hermosa que fue la huérfana, y tanto que se ha secado ahora, se lamenta Pastorita; él la vio una vez en Managua, paseándose como una fiera en el portón del Palacio Nacional, alerta de que no se le pasara ningún

deudor, hasta el luto se ha echado para salir a cobrar. Y parpadea y parece olvidarse, y le cuenta enseguida de su barbería en Xalteva: hará cosa de un año resolvió venirse de Managua, ya comprada la silla y los fierros a un viejo barbero de Campo Bruce llamado Luis Carlos Rivas. Del oficio no sabía nada, pero viendo aprendió. Y va el pedal inmóvil, cantinelea la cadena mientras marcha apareada la bicicleta, entran a una calle de solares frondosos, penachos de palmera se mueven suavemente en la distancia; y por esos penachos podría adivinar, piensa Chepito, la cercanía de un lago si nunca antes hubiera estado en Granada.

Y cuabras adelante Pastorita toma con amor la bicicleta para subirla a una acera, y atraviesan por dentro de una casa ahumada de paredes de adobe, el cuarto dividido por un biombo forrado con carteles de cine ya pálidos; le da los buenos días a una de las Gordas que escoge maíz sentada en un banquito, y salen al patio arbolado; arrima la bicicleta a un tronco, la enllava, se quita los aros de lata de los ruedos del pantalón, y se sientan alrededor de una mesita enclenque que se mueve insegura sobre el suelo arenoso. Y contento por el encuentro no deja de reírse Pastorita, la sonrisa kolynos que según el decir de Lázaro era como su marca, unos dientes blancos como de anuncio de dentífrico.

Y da unas palmadas, pero poco se escucha su llamado en el patio lleno de bebedores que comentan en voz alta la partida, se cruzan las discusiones desde todas las mesas, y si de pronto uno dejara de oír las voces y reparara solo en sus gestos, los creería ocupados en algo religioso, porque esto del beisbol es como una religión, advierte Pastorita pasándoles revista; y a propósito, ¿viste a Raúl rasurado, con cara de cura extranjero en el periódico? Lo vio, trata de nivelar Chepito la mesa en el suelo, moviéndola. Dos veces ha ido a visitarlo a la cárcel de la Aviación; siempre el mismo Raúl, jodido pero contento. Cuando le hice ver que según su declaración del periódico, se había atravesado a pie casi toda Nicaragua, ni él mismo lo creía. “Si yo siempre he sido pendejo para caminar, Chepito, pero tenés razón, si no, ¿cómo llegué hasta donde llegué?”. Puede que lo saquen pronto, él ha oído conversaciones entre los oficiales del estado mayor en el Casino Militar. Dice el *hijo del hombre* que Raúl solo era un secundario. A los dos principales, ya los mataron.

Y entonces se callan y se miran, y siguen callados; un soplo de viento llega desde el lago Cocibolca lejano, agitando las hojas de los chilamates en el patio, y sienten como si los bebedores cesaran de pronto en sus discusiones

bullangueras y voltearan la cabeza para ver entrar al Jilguero a la cantina, viéndolo sentarse en la silleta desocupada junto a ellos. Y cuando la mesera se acerca a preguntarles qué van a tomar, Pastorita ordena una media de *Santa Cecilia* con tres equipos; los cuenta la mujer con un movimiento extrañado de la cabeza, mientras se prensa el pelo con una traba que toma de la boca, y pregunta por qué tres equipos, si solo son dos ellos, y entonces Pastorita, como si lo despertaran, ah, sí, ¿cómo? Solo dos, pues. Te apuesto que vos no sabías, ¿verdad? se arranca los padrastrós de las uñas con los dientes Chepito; lo mataron junto al capitán Taleno por mediados de septiembre del año pasado en San Carlos. El gobierno les alega a los familiares que se escaparon para Costa Rica, pero esas son mentiras. ¿Te acordás de la muerte de Carlos en abril de 1954, que nos dimos cuenta cómo fue porque Raúl oyó una conversación de soldados en la cárcel? Pues ve si no será extraño, vienen y matan al Jilguero, igual, en un hoyo fusilado, y vengo yo y averiguo por medio de un testigo, cómo exactamente lo mataron.

Ya les han traído una panita de estaño con hielo quebrado y limones verdes, los vasos recién lavados que dejan una marca húmeda sobre la mesa, las gaseosas tibias y la media botella de *Santa Cecilia* que Pastorita abre poniéndosela en el regazo; ya han vertido el aguardiente claro en las copitas ochavadas, las han alzado tomándolas cuidadosamente de las orejas y han dicho salud, ya han bebido ese primer trago cuando Chepito, bajando la voz, se acerca a Pastorita.

“Hay un sargento de servicio en abastos que sabe cómo fue, pero tiene prohibido hablar”, me soplan un día a mí en el Casino Militar; y yo apunto en la cabeza, y al llegar a traer provisión para la cocina, busco a este sargento. Le meto plática disimulada, a la vez siguiente le ofrezco sus cigarrillos americanos, y así poco a poco lo voy amansando, hasta invitarlo a llegar a verme al Casino. Me acepta, en la cocina le atiendo su banquete, le abro su latita de cerveza extranjera, y como quien no quiere la cosa, le arrimo la conversación por donde yo quería: “¿Qué no ha estado usted acantonado en San Carlos, amigo?”. Y de allí en adelante todo fue esperar a que acabara de tragar:

Caía un aguaje sobre San Carlos, y en la negrura, solo se oía al río revuelto detrás del recodo arrastrando palos y gamalotes desflorados, el lago quizás inquieto, quizás dormido como un espejo bocabajo. Desde la fortaleza se avistaron al fin los focos de la lancha que andaba en patrulla por el río; el sargento cogió su capote y le ordenó a su único raso seguirlo al embarcadero.

Metiéndose en las corrientes cruzaron las calles, las puertas atrancadas y condenadas las ventanas frente a la llovedera, los perros ocultos en sus tramojos, ni aullaban, los gallos desvelados y friolentos en los barandales. Ya alcanzados los tambos del muelle, al orientarse a través de los pasadizos entre los depósitos y las pulperías, su foco de mano hacía brillar el agua arremolinada debajo de las tablas podridas.

El motor de la lancha se fue apagando al arrimar; él cogió la cuerda que le tiraron desde la proa para el amarre, y le ayudó al oficial a subir por la pasarela. No se le olvidan los anteojos negros del teniente a esas horas de la noche, empapados de lluvia; se refugiaron bajo un alar donde había unos tambos de gasolina, y al quitarse el sombrero para sacudirse el agua le notó la escasez de pelo arriba de la frente, jovencito y ya calveaba. ¿Quién creés vos que era, Pastorita? Yo lo saco por la descripción del sargento: el mismo tenientillo Quesada que me quebró a mí mis costillas. De la Zona del Canal volvió estudiado en tácticas de joder enmontañados. “¿Qué son esos informes tuyos?” le preguntó.

El Sargento le comunicó en detalle la llegada de dos forasteros que cansados y derrotados habían pedido posada donde la Ofelia. “¿Qué Ofelia?” lo requirió el teniente siempre con su modito despreciativo. La Ofelia era una mujercita del sargento, la maestra de escuela de San Carlos; los hombres se le habían presentado como cazadores perdidos, y ella, por miedo, les había dado albergue. “Pero en cuanto pudo, se vino a avisarme, mi teniente, por eso lo llamé por radio; la comisionaron para ir a buscar un botero que los sacara a Costa Rica por los Chiles, y ella más bien se vino donde mí con el informe”.

Hablaban como si no hubieran estado allí ninguno de los dos, apenas distinguiéndose sus bultos encapotados en la oscuridad, la lluvia desgranándose contra la espalda del sargento, que quedaba fuera del alar. “Allí están tendidos en el suelo de la casita, en un solo dormir desde que llegaron, mi teniente, ni de comer pidieron. Uno de ellos viene malherido de una pierna, la sangre le transpira”. El teniente quiso saber por último, qué armas traían. Ninguna arma larga, o pesada, a la vista. Tal vez pistolas en los salveques.

Los diez o doce alistados que formaban la patrulla ya habían desembarcado, y esperaban órdenes, en formación sobre el muelle. “Volvete para la fortaleza y esperás allá cualquier novedad. ¿Cuánta gente tenés?”, le dijo el teniente. Toda la guarnición, del oficial abajo, había sido reconcentrada a Granada con el estado de sitio; solo un raso le quedaba. Así y

todo, que se fuera a la fortaleza, ¿tenía una ametralladora? Bala en boca entonces, que se atrincherara arriba con su alistado. Él ya no se halló en valor de seguirlo y suplicarle tener cuidado con la Ofelia, si acaso iba a haber tiradera; y afligido se volvía para la fortaleza, cuando oyó que lo llamaba. “¿No sos vos el que sabés dónde está la casa? Pues caminá adelante de nosotros y despachá al raso a la fortaleza”. Y él obedeció agradecido la contra-orden, porque ya puesto allá en algo podría ampararla.

La casita estaba entre unos papayos, abajo del camino a la fortaleza. Ya escampaba cuando arrimaron a las cercanías; el teniente puso dos centinelas ocultos en la bocacalle, desplazó otros dos detrás de la casita para copar el solar, colindante a la vega del río, y los demás se acercaron al frente, de arrastradas sobre el lodo. El teniente se puso en cuclillas contra el tabique al lado de la puerta, y les ordenó aguardar en sus posiciones. Ya griseaba el día cuando le hizo al sargento una señal para que tocara, pero ningún ruido de sorpresa se oyó venir desde adentro a los golpes. Aquellos seguían que ni muertos.

Al entreabrirse la hoja, el teniente se abalanzó sobre la puerta, aventando a la mujer, y gritó: “¡al que se mueva me lo trueno!”. Los focos de cacería alumbraron el cuarto que quedó como en pleno día. El teniente los apuntaba con la máquina, alternando el cañón, y repetía en voz muy alta, muy exagerada para aquel ambiente y aquel silencio de los dormidos, la orden de no moverse. Sin alcanzar a comprender lo que pasaba, ellos se sentaron al fin en el suelo, restregándose los ojos como un par de niños, y seguramente por la inocencia de ese movimiento fue que el teniente no les disparó. Los hizo ponerse de pie, de espaldas al tabique, ordenándoles a los soldados cacharles las bolsas, el cuerpo, y ellos sin acabar de despertarse. Empujó con el pie las mochilas, y un raso las vació: pedazos de tortillas viejas, un plátano, un pomo de *Vic-Vaporub*, un cabo de manila, un foco de mano, un cuchillo de caza. Dos 45 automáticas, magazines vacíos.

“Ahora se me arrodillan”, volvió a gritar, y la voz se le ahogaba en saliva, como si le hubiera faltado el resuello. Al Jilguero lo empujó porque no se había arrodillado bien, solo una pierna alcanzó a doblar, pero es que la herida le estorbaba. “Párense”, ordenó, y ellos se pararon. “Desenme vuelta”, y ellos se dieron, el Jilguero ayudado en sus movimientos por Taleno. Y cuando los tuvo de frente, los examinó con cierta burla, siempre ocultos los ojos tras los anteojos negros. El cuarto estaba lleno de guardias, y la maestra, como si no pasara nada, acurrucada en su cama se untaba kerosín en los pies.

“Siéntense”, ordenó ahora, “las manos adelante, las palmas abiertas contra el suelo”, y con el cañón de la máquina les trazó el lugar. “Se les acabó el paseo”, se dirigió a Taleno, “te me zafaste de la jaula, pero ahora lo siento mucho, mis órdenes son de no llevar prisioneros”. Taleno solo lo alzó a ver, la cara perdida en una especie de neblina de cansancio. “Cumpla, pues, con sus órdenes”. Y el teniente insistiendo que no le quedaba otro remedio que cumplir sus órdenes; la voz dura y fastidiada de Taleno se oyó entonces alzada: “Ya le dije que no se preocupe, cumpla con sus órdenes y deje de joder, Calzones”. Y sería la altanería de aquel condenado a muerte lo que no le gustó, o que le mentaran su apodo delante de los subordinados, pues cogió la máquina y le dio con el cañón en la boca. Entonces el Jilguero, así inválido, se incorporó y se le fue encima, pero un raso le metió la culata del rifle en el estómago, tendiéndolo. “¡Amárrenlos!”, gritó desaforado el teniente, y les cayeron encima rateándolos con una sondaleza. “¡Arreen con ellos!”, y salieron a la mañana llevando a los prisioneros, a la mañana porque afuera ya estaba el día, aunque siempre cerrado el cielo de temporal. Y ya la procesión cuesta arriba, camino de la fortaleza, amarrados de la misma cuerda por el pescuezo los prisioneros, el sargento se le acercó a advertirle al teniente que el de la pierna herida no iba a aguantar más, y le señaló al Jilguero que dejaba un rastrillazo de sangre al caminar. “No le he pedido consejo, jodido”, le contestó bravo. Y él ya no insistió.

Llegaron a la fortaleza y dejaron a los prisioneros sentados un rato en el patio, pecho de paloma y rateados espalda contra espalda, mientras se mandaba al pueblo a buscarle al teniente algo de desayunar; con la boca llena de pan francés, el plato puesto sobre la balaustrada que da al río, preguntó si había en el monte un claro cercano, y el sargento le informó que sí, una saca de madera a media legua de la fortaleza. Y tal vez eran las siete de la mañana o poco menos, cuando levantaron a los prisioneros y se metieron con ellos al monte por una vereda que arrancaba al pie de uno de los contrafuertes laterales y se perdía entre las ramas bajas de los palos empapados, el pajarerío todavía sin despertar en las cumbreras por causa de la nublazón. Cuando arrimaron al claro, el teniente escogió un lugar para excavar el hoyo, entre los tocones de la saca. Les soltaron las amarras, y al acercarse el sargento al Jilguero para entregarle la pala, lo sintió arder en fiebre, al solo rozarlo quemaba. Y tan imposibilitado se miraría, que el teniente lo quiso relevar del trabajo, pero dijo que no con la cabeza, y firme al manejar la pala, excavó igual que Taleno.

Y después de haberle servido de comer dos veces, limpió el plato con el pan el sargento. “¿Averigua usted lo que hicieron cuando ya iban a tirarlos, Chepito? Pues cantar el himno nacional, ya caían y todavía entonaban *tu pendón bicolor*. ¿A quién se le ocurre cantar al llegarle la hora llegada? Lo que es a mí, la voz no me ajustaría ni para pedir agua”.

EPÍLOGO

—¡...ya estamos en el paraje!

—Ya estamos con coraje.

EL GÜEGÜENSE

*Comedia-bailete anónima
de Nicaragua, siglo XVII*

CAPÍTULO X



El Indio logró ponerse de rodillas y buscó apoyo en el borde de la mesa para incorporarse, pero en aquella actitud se quedó inmóvil, con la barbilla pegada al pecho como en una penitencia. El Turco, que se había parado con premura al sentirse remojado, abrió las piernas, dejando escurrirse el ron hasta el piso; sacó el pañuelo y se limpió las semillas de limón y las escuálidas uñas de hielo que le habían quedado en la camisa.

—Yo te defiendo, Turco —se vino furiosa de su rincón la Niña de las Rosas, y se abalanzó sobre la Fátima Fatal cogiéndola del pelo; el Jilguero, al verlas trenzarse en lucha y rodar debajo de la mesa, desgadamente y sin soltar la guitarra intentó ir a separarlas, pero la Fátima Fatal se quedaba ya yerta en el piso, con un brazo cruzado sobre la cara, la Niña de las Rosas frente a ella, contemplándola, las dos en sostén y calzones, sus vestidos desinflados en los espaldares de las sillas, las suelas de los viejos zapatos deshormados destiñendo su rojo en los charcos de hielo derretido.

Sin enterarse de nada, el coronel le arrancaba parsimonioso y al tanteo los botones del uniforme a la Colegiala, y cada vez que conseguía un progreso se reprimía con disimulo, como si hubiera estado desvistiendo a su novia; ella, amodorrada, se dejaba hacer y si de repente el tocambuleo le provocaba cosquillas, soltaba una carcajada que parecía más bien la de una mujer dormida que se ríe en sueños.

Ya el Indio roncaba fondeado, la cabeza apoyada en la mesa, y el Turco, apartándose a un rincón del cuarto donde casi no daba la luz del foco, recostó la silleta contra la pared. Balanceándose apenas, se cortaba las uñas a mordiscos, como si ya no le hubiera interesado más la pantomima de la fiesta. Ya iba a amanecer, empezaba la capilla ardiente. Pero el coronel se comportaba más bien romántico a esas horas; al oír la música de la guitarra,

porque al fin se había resuelto a tocar *Sinceridad* el Jilguero, sacó a bailar a la Colegiala, y en aquel desorden de sillas y trastos tirados la abrazaba, dando pesadas vueltas sin pasar de un solo ladrillo; empujaba con las nalgas al Indio dormido, y al chocar su cabeza contra el foco del techo lo hacía balancearse agitando las sombras. La Colegiala, con el uniforme ya desguazado por su mano lujuriosa, bailaba pegada a su barriga y él se agachaba para llegarle al oído, secreteándole con cara dulzona al proponerle el viaje a la recámara. Ella fue a recoger sus zapatos, y él, desesperado de que ya no volviera, quedó buscándola sin verla, con los brazos abiertos.

En una de sus levantadas de cabeza alcanzó el Indio a ver aquellos preparativos, y enrevesadamente le preguntó que para dónde iba, pero el coronel, en lugar de responderle, jugaba a escapársele dando pasitos cortos, dejándose al fin empujar por la Colegiala que trataba de pasarlo por la puerta como si se hubiera tratado de un ropero. Al salir, todavía se despidió maliciosamente con un adiós de los dedos, y el Indio, dando unos golpes sin fuerza sobre la mesa, se volvió a quedar dormido.

El Turco en su rincón, y el Jilguero apoyado en la guitarra permanecieron callados después que el coronel y la Colegiala se habían ido; era un silencio ajeno a ellos el que venía creciendo sin embargo, el silencio del final de las parrandas y de los velorios, cuando uno se da cuenta a pesar de la oscuridad, de que ya va a madrugar, y se oyen crujir hasta los muebles. Y cuando se descubre la rayita de claridad bajo la hendidura de la puerta, ya no causa sorpresa el día.

—Con éste ya no contamos, de plano —se acercó el Jilguero a mirar de cerca al Indio.

—Con nosotros dos es suficiente —se impulsó hacia adelante el Turco, poniendo el asiento sobre sus cuatro patas.

—Agarrémoslo de una vez —señaló con la cabeza hacia el pasadizo oscuro por donde se habían ido.

—No. Allí dejémosle esa última merced.

—A duras penas le dará para el veintiúnico, en todo caso —miraba siempre a la puerta.

—Ajustado con orines —y se sonrieron, agotados por el desvelo.

La Niña de las Rosas se había entredormido, la cabeza apoyada en una pata de la mesa, la mano puesta en la frente de la Fátima Fatal; el Turco se paseaba ahora por el cuarto y ya iba el Jilguero a decirle algo más, cuando vieron aparecer al coronel; venía descalzo, las faldas de la camisa colgándole

sobre las piernas desnudas, y la barbilla mojada de vómito. Entró tropezando y se detuvo un momento como para orientarse, la Colegiala tras él arrastrando su saco y sus pantalones.

—No pudo cumplirme —le murmuró al Turco— y el gran chanco lo que hizo fue vomitarse en la cama.

El coronel parecía haberse ubicado de nuevo en el cuarto, y se detuvo frente al Indio dormido; traía una sonrisa satisfecha en la cara abotagada, y pretendía que el Indio lo viera sonreír.

—Será que el alcohol se le subió a la cabeza cuando se acostó —susurró otra vez la Colegiala, hablándole al Turco pero sin apartar la vista del coronel que seguía intentando sacarle una sonrisa de complicidad al Indio dormido—, hasta una pistola que andaba en la bolsa botó, y no se dio cuenta. ¿Te la traigo, Turquito?

—No. Allí déjala. Cuando te vayas a acostar la escondés bien, ¿oíste? Metela debajo de tus trapos del baúl.

El Indio se despertaba en eso, abriendo los ojos sin incorporar la cabeza, y al adivinar que tenía el coronel encima lo apartó, fastidiado. Pero el coronel no dejaba de ponerle la mano frente a los ojos, indicándole dos con los dedos.

—Dice que dos —miró a la Colegiala el Jilguero, burlón.

—El muy mentiroso, si ni uno —se carcajeó ella.

Buscando como evadirlo, el Indio se puso de pie. Se veía nuevecito, como si no se hubiera tomado un solo trago. Trató de encender un cigarrillo, pero los fósforos que escogió de la mesa estaban húmedos.

—Papacito, venga para que le ponga sus pantalones —condujo la Colegiala al coronel de la mano, sin que él dejara de señalar dos con los dedos. Lo sentó, se arrodilló, y empezó a tratar de meterle las botamangas.

—Bueno, Indio, mi bróder. Lo dicho, dicho. Apenas me baje del avión, te lo juro, me voy directo donde *el hombre* a plantearle la solicitud de ustedes. Vos sabés que él, a vos y a mí no nos niega nada. Todavía te quiere en puta, me consta —hablaba de *el hombre* como si todavía hubiera estado vivo. Para él seguía vivo, ese era el caso.

El Indio se había puesto su *jacket*, y aterido por el frío de la madrugada se metió las manos en los bolsillos.

—“Fulanos y fulanos, ordénase dejarlos entrar sanos y salvos al país”. Eso sí, prometen no andarse metiendo en babosadas armadas, ese juramento me lo hacen a mí, que quedo como fiador de ustedes ante *el hombre* —y se acercó al Indio con los pantalones en la mano porque se los había vuelto a

sacar, creyendo que la Colegiala lo estaba ayudando más bien a desvestirse.

—Ustedes se le han opuesto a *el hombre* por no conocerlo bien en sus adentros, pero es bueno. Sabe perdonar, sabe querer —y rompía ya a sollozar, pero le sobrevino una arcada de vómito y conteniendo la buchada en la boca se volteó a revesar contra la pared, salpicándole las piernas al Indio.

El Jilguero salió del cuarto y sin perder tiempo el Indio fue tras él, alcanzándolo en el mingitorio. En silencio, se colocó a su lado a orinar.

—Jilguero —lo oyó al momento de abotonarse, adivinándole la debilidad, porque a un hombre apendejado se le conoce por solo la voz.

—Sí, mi Indio, diga qué manda.

—Allí dejémoslo. Es un pobre viejo de mierda, un viejo ciego.

El Jilguero no le respondió y aparentó seguir orinando.

—¿Qué ganamos? —insistió.

—Me le están dando los tragos por el lado sentimental, usted —quiso hacérselo broma.

—Estoy bueno y sano —protestó él.

—Entonces, mucho mejor. Así vas a ser el primero, como era tu voluntad ayer mismo —y salió al patio dejándolo atrás.

El Indio se puso otra vez tras sus pasos y al emparejarlo lo atenazó del brazo, echándole en la cara la estocada de su aliento.

—Jilguero, yo bien podría ser tu padre por lo que te llevo en años. Vos conocés las jodidas que he aguantado por la causa.

El Jilguero se dejaba atenazar, pero impaciente, parecía a punto desoltarse.

—Háganme caso, mañana se van a acordar de mí que yo tenía razón.

—Siempre se raja alguien a la hora llegada —rezongó el Jilguero como hablando con él mismo y siguió andando.

—¡Jilguero! —llamó desde atrás, urgido, pero temeroso de alzar la voz.

El Jilguero, antes de entrar al salón de los espejos desde donde se oía vomitar al coronel, se dio vuelta para mirar al Indio.

—Quedamos los que tenemos con qué —se agarró en el puño los genitales por encima del pantalón.

—¡No es por miedo, jodido! ¡No es por miedo! —repetía sofocadamente el Indio afuera.

—Se nos rajó el Indio, hay que apurarse —le advirtió al Turco al pasar, y fue a ocuparse de que la Niña de las Rosas y la Fátima Fatal salieran de debajo de la mesa.

—Recojan sus trapos y váyanse, váyanseme ligero —les alcanzaba él mismo los vestidos.

—Cómo vas a creer, viejito, ya no te sigás vomitando, ¿no ves que esto va a amanecer peor que un chiquero? —se le acercó la Colegiala al coronel, con cuidado de que no fuera a salpicarla. Pero lo había echado todo, y lo único que sacaba era un ruido cavernoso.

El Turco cogió del brazo a la Colegiala, encaminándola, y ya el Jilguero traía de arrastradas a la Fátima Fatal, ayudado por la Niña de las Rosas.

—Mi cartera con las joyas —pidió sin abrir los ojos.

—Qué cartera ni qué cartera, ¡afuera se ha dicho! —la nalgueó, apresurándola, el Jilguero.

Ya venía la tropa de adelantadas hacia la puerta, cuando se toparon con el Indio que entraba. Las bordeó cabizbajo, y caminó directo adonde estaba el coronel.

—Mejor te vas a tu hotel, Catalino, yo te voy a llevar —lo oyeron.

—Yo de aquí no me muevo. Yo no los dejo a ustedes abandonados. Jamás.

—¡Adiós, mi viejito! —le lanzó la Colegiala un beso al aire, antes de que el Jilguero les cerrara la puerta encima. Todavía en el pasillo las oyeron detenerse, discutir sobre algo, reírse, y después sus voces desaparecieron en los recovecos de la casa.

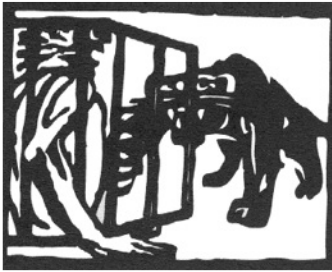
—Ideay ¿qué pasa que se me fueron las mujeres? ¡Vuélvanlas a llamar! —ordenó. Y luego, como si hubiera estado jugando con ellas al escondite, mencionaba sus nombres con voz cantarina. Ya el Indio lo había apartado del charco de vómito y trataba de meterle los pantalones.

—¿Qué? ¿Vos me vas a vestir, Indio, mi bróder? —sacudió la cabeza, extrañado y gozoso, y levantó obediente los pies. El Indio trabajaba con mucho esfuerzo, y el Jilguero y el Turco lo dejaban hacer. Le amarró la faja, le hizo el nudo de la corbata, equivocándose, le limpió el vómito de la barbilla, y por último le puso los zapatos. Cuando lo tuvo vestido le colocó sobre los hombros el saco y trató de llevarlo a la puerta, pero el coronel, resistiéndose, se dejó caer en una silla.

—Ya es de día, Catalino, ya es hora de irnos —quiso ponerlo el Indio de pie.

—Ya te dije que de aquí no me voy, y no me jodás más —lo apartó, empujándolo, y el Indio trastabilló contra la mesa, derribando lo que quedaba encima.

El Jilguero, ya en guardia de la puerta, la cubría con el cuerpo, alerta. El Turco apagó entonces la luz y cuando avanzó hacia el coronel solo quedó en el cuarto la claridad del amanecer.



Aparta las hojas para beber y mira por unos instantes su rostro reflejado en el agua quieta de la poza como en la superficie de una guitarra, bebe ávidamente con el cuerpo echado sobre la tierra, y al hacer una pausa y alzar la cabeza se encuentra la sonrisa callada y entusiasta del Turco quien le señala hacia la distancia. “Las garzas”, lo ayuda a incorporarse, “¡al fin las garzas!”. Y más allá de un palmar ven volar la bandada de garzas blancas en dirección al sur, rumbo a la otra ribera del río donde habrá de terminar la marcha, y donde el jinete va a desensillar su cabalgadura para darle reposo, para dejarla pastar libre en los llanos, libre del bocado del freno, libre del azote de la rienda.

Recoge de nuevo su mochila y el Turco lo ayuda a caminar el trecho que falta. Hay cercos de alambre y un camino que se ensancha en los linderos del puerto, un campo de beisbol invadido por el monte, pero ellos entran a una quebrada que desciende hacia la vega del río, y esperan emboscados el comienzo del anochecer, cuando se acercan a una casita de tablas a la orilla del barranco. “Cazadores perdidos”, le dicen a la mujer que lava los platos a

la luz de un candil en el cobertizo abierto del cocinero; y sin sacar las manos del agua jabonosa, ella los examina sorprendida. “Salimos a cazar hace días por el lado de los llanos de Oluma, y nos extraviarnos”, le explica el Turco, “¿nos podría conseguir un botero que nos pase al otro lado, a los Chiles? Mi compañero se hirió en una caída y necesita médico”.

La mujer saca las manos del agua, se las seca en el delantal, y levanta el candil para que pasen dentro de la casa. En el único cuarto no hay más que una cama, encima piezas de ropa lavada, y ellos se sientan trabajosamente en el suelo, después de entregarle el Turco a la mujer el billete húmedo y arrugado que saca del bolsillo del reloj de su pantalón. “Anime al botero a hacernos el viaje esta misma noche”, le suplica. La mujer, siempre en silencio, se pone un capote de hule que descuelga de un clavo en el tabique y sale a la noche. Y ellos no saben que otra vez llueve ya recio, no oyen batir la puerta con violencia cuando ella abre para irse, ni sienten el soplo de agua que los moja, porque se han dormido el uno contra el hombro del otro, se ha dormido el jinete a lomo del caballo, que ahora, aligerado de la rienda, lo lleva a paso tardo mientras muere en la oscuridad la hierba del camino.

Y el deslumbre repentino de los focos de cacería, el chasquido de los seguros de los rifles solo alcanzan a rodearlos en su sueño, y solo en sueños se ponen de pie ante unas órdenes distantes, solo en sueños le golpean la boca, solo en sueños le fuerzan los brazos al amarrárselos a la espalda, y como en los años entrantes de la buhonería contrae instintivamente los pies descalzos para no herirse con los pedruscos, ahora que prisionero sube camino de la fortaleza de San Carlos, el cañón de la metralleta del otro pegado a sus costillas; y vuelve el rostro cansado y golpeado hacia los techos de zinc del puerto, manchados por el sarro entre la verdura, a las calles con sus crestas de monte mordidas por el sol, a los excusados a flor de agua, a las pangas amarradas en el embarcadero, llegándole apenas el olor mañanero del café molido, de menudos al freírse, como otra mañana allí en San Carlos, esperando sentado en una acera a que Taleno el padre mercara sus cueros e hiciera sus compras de sal, manteca, candelas, fósforos.

Un sastre, con la cinta de centímetros al cuello, balanceaba entonces a su puerta una plancha llena de carbones encendidos, que humeaba como un incensario; el piso de tierra de la sastrería estaba cubierto de recortes, sobre la mesa de cortar un gallo, y en la pulpería de al lado, la dueña voluminosa daba órdenes sentada en una silla enana, escondida entre las ristras de ajos colgados de las vigas y los sacos de cereales enrollados de las bocas a medida

que se iban vaciando; un pan frío y lloroso circundado por las moscas dentro de una urna, y a la puerta un anciano paralítico metido dentro de un andarivel de palo que era como el de un niño, cuidaba la raicilla tendida a secarse en la calle, oyendo la plática de otro viejo descalzo que desgranaba mazorcas con la hoja de un cuchillo negro sin mango, el canasto de maíz a sus pies. Y una mujer preñada que se había detenido al pasar volteando la cabeza bajo la carga de su canasto para mirarlo a él, sentado en la acera, más tarde acompañada de otra más joven que parecía su hermana, y se lo señalaría desde lejos, sonriéndole entonces ella, lastimosa.

Llegó Taleno el padre cargando el saco ahulado de las compras, le colocó en la cabeza el sombrero de palma, y caminaron al embarcadero. Trinidad esperándolos a la vuelta de una esquina con la jaula de loros que no había podido vender. “Vi a dos mujeres que me preguntaron por usted, papá, le mandan saludos”; y Taleno el padre se haría el desentendido, acomodándose el saco al hombro.

Es solo cuando los sacan del patio de la fortaleza y los ponen en camino del monte que despiertan quizás, viniendo de la hondura del sueño sin sobresalto, como despertaba al quedarse dormido contra el tronco de un árbol derribado al sonar la campana de la iglesia de Catarina, sus piernas ocultas entre las pequeñas flores amarillas que brotaban del zacate húmedo, abajo entre las piedras la laguna de Apoyo. Era diciembre en “El Corozo” y antes del anochecer había ya en el cielo claro una estrella, subía un humo de leña ardiendo, deshaciéndose tras los riscos de las peñas que se elevaban desde el cráter; un tren cruzaba, apagado su fragor, en lo alto del acantilado, y las pedradas de la honda de Carlos sonaban entre las ramas; caía una corriente en la cañada como hundiéndose bajo tierra, y todo lo demás era silencio. Volvía el hermano sin haber cogido ningún pájaro y se iban de regreso a la quinta, el jinete llevando la rienda del caballo que les seguía manso el paso, la madre aguardándolos en el corredor de la casa iluminada por una lámpara de kerosín, la vieja casa-quinta como un palomar acosado por el sonar de las chicharras, cercada por la seca amarillez del monte en el verano.

Pasan junto a la congregación de raíces de unos árboles, que asoman nudosas emergiendo de un terraplén desmoronado al pie del muro de la fortaleza, se estrecha el sendero y les llueve agua de las ramas empapadas, desde Melchora, tal vez desde Sábalo Real es que habían bajado la noche antes con Taleno el padre por el río. A golpe de canaleta se acercaban a San Carlos en una panga, bamboleándose ya en aguas del lago, el oleaje lamiendo

los pilotes del muelle decrepito; ramas descuajadas, hojas de plátano, gamalotes errantes pegando suavemente contra el varamen, y Taleno el padre lo alzó contra el pecho que olía a sudor viejo, depositándolo cuidadoso en la escalera de tablas carcomidas. “Despiértense, ya llegamos”, les ordenó, y Trinidad salió de su refugio entre unos sacos de bramante en la ropa, cargando cuidadoso su jaula. Subieron agarrados a la pasarela húmeda, atravesaron por debajo de los alares encontrados de las casas de madera, un túnel que iba entre cajas vacías, estañones de gasolina y nidos de gallina. Y los apura Taleno el padre, mañana iban a ver qué bonito era San Carlos.

Y de regreso a la casa-quinta, Carlos y él oyeron unas voces rumorear dentro del monte, alguien llamaba y nadie respondía, un grito sin sentido, como para conjurar la soledad, o rechazarla; avanzaban después las voces, un niño llamando a su perro, silbidos, risas de hombre, una conversación de mujeres, el eco metálico de un machete cortando ramas para abrir paso, las voces creciendo poco a poco en volumen y haciéndose claras, ya cerca, alegres, a punto de desembocar al camino real frente a ellos dos que se habían detenido en espera de aquellas caras desconocidas.

Llegan al claro, perdida de vista la fortaleza, les quitan las amarras y ellos cogen las palas que les extienden, comenzando a excavar; el filo de su pala toca las raíces nuevas y tiernas de las matas rastreras que ceden fácilmente al golpe, la hunde luego en la tierra negra y mojada, la avienta sobre el hombro y la siente cernirse en menuda lluvia placentera sobre la cara dolida. ¿Y para dónde navegan ahora, dejando atrás San Carlos, mientras les pega de frente el sol? Taleno el padre lo regaña porque se ha dejado arrebatar el sombrero de palma por el viento, quiso detenerlo pero ya era tarde y aún con la mano en la cabeza lo ve volar veloz, balancearse y caer en el agua que lo empuja, quedándose atrás cada vez más lejano. ¿Y cuántas veces va a repetirle que no meta la mano en el agua? le advierte río adelante. “Cuando te la arranque un tiburón, me vas a contar”.

Y retroceden de golpe las voces, se callan las risas y nadie emerge del monte, nadie sale ya al camino, solo las descargas escucha. Y ahora el jinete doblega su puño alzado resbalándose por el costado de la montura, mientras el caballo espantado por los tiros corre, llevándolo a rastras prendido del estribo por un trecho. La mancha sucia de su casaca verde se divisa cada vez más lejos en el lodo del camino donde ha quedado su cuerpo, y el caballo, ya solo, viene a campo traviesa arrastrando la rienda.



Se ha hecho agua el hielo en la panita de estaño y los limones exprimidos nadan sin peso en la superficie. Agobiados alrededor de sus mesas los bebedores, sin gritos, no parecen hablar ya más de la partida, y Pastorita, la cara entumecida por los tragos, mira la silla del Jilguero, cabecea condolido y piensa: está vacía. Y mastica Chepito su último bocado, fijos y muy abiertos los ojos al tragar, el coronel feliz, sus enemigos mortales balaceados en un hoyo, pudriéndose como animales a saber en cuál latitud del monte; porque desde el asunto de Guatemala les traía hambre, ¿ya sabía Pastorita el episodio? Pastorita trata inútilmente de meterle un fósforo a la botella vacía prensada entre sus piernas para sacarle el diablo, cómo no, ese desquite es famoso; disfrazados de mujeres provocativas lo abordaron en una calle oscura, y con muchas promesas libidinosas se lo llevaron a un lupanar de lujo donde el finado Indio Larios los esperaba vestido de rufiana. Y al tenerlo ya desnudo y templado, le dieron una soberana pijeada, haciéndolo después caminar en pelotas por las calles, ¿no es eso? Chepito niega y se introduce delicadamente el dedo meñique en la boca para remover un resto de comida, fue mucho peor que eso, pero no me gusta andar tocando ese punto delicado. Y se ríe Pastorita, bajando al suelo la botella sin haber podido meterle el fósforo encendido, a saber pues qué habrá sido que no querés contar. Y Chepito, para que no lo tienten, se pone de pie con prisa repentina, me agarró la tarde, Pastorita, tengo que volverme a Managua. Y parándose también Pastorita, casi en súplica lo coge del brazo, esperate, hombre. ¿Qué vas hacer a Managua? Te invito mejor a conocer mi barbería.

Salen de la cantina de las Gordas y van con la bicicleta por calles de tierra, ropa lavada tendida en los cercos de piñuela, hombres sin camisa que juegan *hand-ball* en grandes algarabías, un coche de caballos desuncido, la tolda rota, inclinado contra el pretil de una acera; una iglesia de adobes frente a una plaza enmontada, y llegan al fin a la barbería de Pastorita en Xalteva, le puso *Brisas del Xolotlán* en honor de aquellos tiempos, saca llave al candado oxidado, empuja forzosamente la puerta y entran a la pieza de tablas

encaladas. Hay un taburete azul de cabezal movable, su asentadero de cuero resquebrajado, cabellos secos y opacos en el piso, remorosos los ovillos muertos a los golpes de viento que entran por la puerta del patio, que también abre Pastorita, y cuando queda claro el cuarto, aparecen las letras de albayalde pintadas sobre la luna del espejo

SOLO PELO 1.50

SOLO BARBA 1.50

PELO Y BARBA 2.50

MASAJE DE BONCILLA

MASAJE CON AQUAVIT

NO SE HORMAN SOMBREROS

Debajo del espejo una peña con frascos vacíos de lociones, grandes tarros ensarrados de talco *Heno del Campo*, pomos de brillantina, peines con el polvo pegado a la grasa. Y en el tabique, colgada de un clavo, la guitarra con su moño azul y blanco de seda desvanecida; a su alrededor, fijadas en arco, figuras de calendario de mujeres rubias y desnudas, los pezones cubiertos por estrellitas de papel plateado; y adheridas con almidón al tabique, las fotos del Jilguero y de Raúl, sacadas del periódico. Chepito se acerca a mirarlas y le advierte que pueden joderlo por tener en exhibición esos retratos prohibidos, y Pastorita limpia con un escobillón el asiento que le ofrece, que me jodan, de algo hemos de morir.

Y entrecierra los ojos Chepito, amodorrado, se recuesta y sabe que ha llegado el momento de cumplirle su ilusión a Pastorita; porque si han caminado tanto desde la cantina hasta la soledad de la barbería, no es sino para platicar de la Alma Nubia Taleno; y él, por malevolencia, retarda todavía la pregunta deseada ¿te acordás, pues, el día cuando te sacaste del colegio a la Alma Nubia Taleno? Y vigila la sonrisa plácida en su cara galana, lo ve asentir, y cerrar los ojos allegando la nuca al cabezal del taburete, como si fueran a afeitarlo, para ser sinceros, se está acordando.

Una semana se la tuvo Chepito escondida en *El Copacabana* oyéndola llorar bajito, encerrada en su cuarto. Qué susto el mío al verte aparecer con ella, Pastorita, ¿cómo fue que te la levantaste de donde las monjas? Y no abre los ojos Pastorita, esa guitarra allí colgada le había ayudado, enseñándole a pulsar en los ensayos de la velada se la ganó. Cogió camino con ella a la hora de comenzar la función de gala en honor de la madre superiora, pasito a paso

por las calles vacías, cada vez más alejados del colegio, él ya con su rumbo decidido, *El Copacabana*; la llevaba a distancia en las aceras, como para no acusar que iban juntos, cogiéndola respetuoso del brazo al cruzar las esquinas, como si hubiera sido su papá, a cada rato fijándose atrás a ver si no venían persiguiéndolos. Y el gran dolor de no tener siquiera para un taxi, Chepito, he oído de gente pobre que se saca la lotería viviendo lejos de Managua, y deben venirse caminando por días junto a la carretera o la línea del tren, para poder cobrar su premio; pues igual.

Y ya el daño hecho, estaba dispuesto a honrarla en matrimonio, pero el viejo Taleno ambicionaba su príncipe, o nada. ¿Quién era yo para pretendérsela? Un músico de arrabales, según su decir, queriendo joderme a como diera lugar, echarme la Guardia encima; pero como estaba caído, ni caso que le habrán hecho. Y bosteza Chepito, pues a saber cómo averiguaron el escondite, porque cuál no fue mi susto al ver aparecer temprano una mañana a la mamá; segura, como si hubiera llevado un plano, y sin dejar sentir sus pasos sobre el tablado, caminó directo a golpearle el tabique. “Alma Nubia, yo sé que estás allí, Alma Nubia, abríme”. La sacó de la mano, evitándole los tropezones con las sillas como si hubiera sido una cieguita, y no me dijeron ni adiós. Me asomé a la pasarela y allí iban junto a la carrilera, la niña de uniforme blanco cargando su mandolina de la velada, y lenta la señora detrás de sus pasos, una nube de arena levantada contra ellas. Por lo menos ya pude ocupar mi cama, y no seguir durmiendo sobre las mesas.

Pastorita vuelve la cara al espejo y se toca la piel del rostro, como si de pronto descubriera ser la de otro hombre, distinto a aquel del abril lejano en Managua. Vacila, y ve sus labios moverse en la superficie manchada del espejo; yo solo la toqué una vez, Chepito. Y reconoce Chepito ser cierto, solo la primera noche durmió allá con ella; después se presentaba mañana y tarde a indagar si había llorado, si había querido comer, pero no entraba ni a verla al cuarto. Evitabas sobre todo la noche, Pastorita, de noche nunca volviste a aparecerte.

¿Le habías cogido miedo a la muchacha? ¿Miedo a preñarla? Si fue así, de nada te valió, porque la tocaste una vez y la preñaste, como en las novelas del radio.

Y abre los ojos al rato Pastorita, y encuentra que afuera ya anochece. Así se entredormía otras veces en las tardes, recostado en su silla de barbero, y también entonces solo pensaba en ella. ¿Y qué se ha hecho, has sabido? se incorpora y le pregunta a Chepito. Pero Chepito ya no está allí; andando de

puntillas sobre el lecho de cabellos secos para no despertarlo, se fue, salió urgido a tratar de coger el último microbús a Managua. Pero entre el revolotear de las gallinas en el patio, escucha a Chepito invisible responderle, una vez oyó decir como que se había casado con un americano, y que se fue a vivir a San Francisco de California. Y delante de Chepito ausente, se duele de no haber conocido nunca, ni de cara, a aquel niño su hijo. Se murió el viejo Taleno, y el tiempo de volver donde ella se le fue pasando. Ya luego, presentársele sin la guitarra y maestro de barbería, no hubiera resultado. Así pues, con que se casó; y yo para siempre soltero.

Revientan unos cohetes, apagado el ruido por la distancia, y en la penumbra ve sonreír a Chepito, con su boca desdentada y ya tan viejo, lo oye responderle que así es mejor, solteros, porque como le decía Lázaro, nadie le está llevando a uno las cuentas de sus vueltas. Y contempla la guitarra colgada en el tabique, ya borrosa por la anochecida, y piensa: pasaron a la historia *Los Caballeros*.

Así es la cosa, le contesta lejano Chepito. Recuerdos te dejaron.

BERLÍN, OCTUBRE DE 1973/MAYO DE 1975

CRONOLOGÍA DE LOS SUCESOS DE ESTA HISTORIA

1930 Mientras acampa en San Fernando al mando de sus tropas, el Coronel G.N. Catalino López es sorprendido dentro de un cine por una columna del General Pedrón Altamirano, que lo desgracia. Conoce al Indio Larios, también G.N., que anda de patrulla por allí, quien lo salva de aquella triste situación.

1932 Taleno el Viejo llega a San Juan del Norte con sus hijos Trinidad y Santiago (*El Turco*) y se asienta en el puerto para iniciar su negocio de monos.

Es el mismo año en que el Indio Larios, de vuelta en Managua y de servicio en el cuartel de los marinos junto con el Coronel Catalino López, organiza una fiesta en honor de las gringas hijas de oficiales; ocurren graves contra- tiempos en el baile.

1933 Taleno el Viejo inicia con sus hijos un peregrinaje por los lavaderos de oro como güiriserero, y después como buhonero por los poblados de la Costa Atlántica.

1934 Al entrar un día a Siuna, Taleno le compra su toro-rabón a un moribundo, y se dedica a la coimería.

1935 Asesinado Sandino, el Coronel Catalino López sale en persecución de Pedrón Altamirano, a quien logra cercar con traiciones; una vez asesinada toda su gente, trae su cabeza a Managua para dejarla expuesta en el Campo de Marte.

1936 Un toro cornea a Trinidad, hermano de Taleno, en unas fiestas patronales de San Pedro de Lóvago, y lo mata. Entonces Taleno el Viejo conoce a la Milagrosa.

1938 Ya amancebado con la Milagrosa, Taleno el Viejo se traslada a Managua para dedicarse a la curandería. Nace su Alma Nubia. Conoce al

Coronel Catalino Flores López y entra en negocios con él: también pasa a ser líder de los Frentes Populares Somocistas en el mercado.

1943 El doctor Rosales, abuelo del Jilguero, es proclamado candidato de la oposición para enfrentarse a *el hombre* en las elecciones. Empieza su campaña electoral, mientras el padre del Jilguero padece ya de cáncer.

1944 El doctor Rosales, abuelo del Jilguero, gana las elecciones pero *el hombre* se las roba. Enloquece para siempre.

Vagando por Managua, el Turco va a dar a la Plaza de la República a una manifestación de enlutadas que protesta por el fraude electoral. Taleno el Viejo que anda con sus turbas, lo sorprende y castiga.

El Indio Larios se rebela contra *el hombre* y organiza una conspiración el mismo día que coronan Reina a la hija de el hombre. El Coronel Catalino López lo mete en prisión, de donde escapa para huir a Guatemala.

1945 El Turco entra a la Academia Militar.

Muere el padre del Jilguero. Quedan solos con su madre en Masaya él, su hermano Carlos y su hermanita Liliana.

1950 *El Turco Taleno* se gradúa en la Academia Militar y entra al servicio de el hombre como edecán.

1952 Lázaro, uno de los *Tres Caballeros* es asesinado en la costa del lago de Managua.

1953 En las elecciones de Miss Nicaragua, se enfrentan como candidatas, Liliana, hermana del Jilguero, y la hija del Coronel Catalino López. Fraude en las elecciones para que gane el título la hija del Coronel.

1954 Rebelión de Abril. Carlos, hermano del Jilguero, muere fusilado en Las Esquinas, después de ser interrogado por el Coronel Catalino López. El Jilguero se oculta y huye; y el Turco Taleno, que dirige la rebelión dentro de la G.N., es capturado, torturado, e interrogado por el Coronel Catalino López, y después metido en una jaula con las fieras del zoológico, de donde escapa para huir a Honduras. Taleno el Viejo, su padre, lo desconoce y repudia.

1955 Pastorita, otro del trío *Los Caballeros* saca de su colegio a Alma Nubia, hija de Taleno el Viejo y la Milagrosa, y se hace de ella. La lleva a vivir a *El Copacabana*, donde la cuida Chepito el cantinero.

1956 Raúl también del trío *Los Caballeros* parte para Honduras a buscar al Jilguero y entregarle la guitarra de Lázaro. Se queda con los exiliados y conoce al Turco Taleno.

1957 El Turco, el Jilguero y Raúl son expulsados de Honduras y se asientan en Guatemala. Allí se encuentran con el Indio Larios. Entran en conocimiento con Lasinventura en Mixco. El Coronel Catalino López llega a Guatemala para participar en los funerales del dictador Castillo Armas; el Turco, el Jilguero y el Indio Larios se confabulan para llevarlo engañado al burdel de Lasinventura en Mixco, donde después de emborracharlo toman venganza en él.

1958 El Turco, el Jilguero y Raúl vuelven a Honduras buscando ya como entrar con la guerrilla a Nicaragua. El Indio no se decide, y se queda con su negocio de piñatas en Guatemala amancebado.

1959 La columna guerrillera entra por Honduras y tras repetidos encuentros con la G.N. va siendo dispersada hasta que solo quedan el Turco, el Jilguero y Raúl, comienzan a buscar la frontera con Costa Rica, atravesando toda Nicaragua y Raúl los abandona para entregarse. En San Carlos, el Turco y el Jilguero son capturados por el teniente Calzones, y asesinados. Raúl, prisionero, declara en el Consejo de Guerra.

1961 Muere el Indio Larios en Guatemala y su hijo va a traer su cadáver para enterrarlo en León.

El Coronel se amanceba con su hija adoptiva, Miss Nicaragua.

Último encuentro de Chepito con Pastorita, que ya es barbero, en Granada.

¿Te dio miedo la sangre?

© [Sergio Ramírez Mercado](#)

© [Editorial Costa Rica](#)

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Edición aprobada en la sesión N.º 2695 del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Derechos reservados conforme a la ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D.R. Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro

Diseño libro electrónico: Felipe Fernández

Imagen de portada: La saga de Sandino: *Adiós a Sandino*, 1993. Litografía, 56 x 76 cm. Armando Morales Sequeira (Nicaragua, 1927 - EE.UU., 2011). Colección: Museo de Arte Spencer, Universidad de Kansas

Viñetas: Dieter Masuhr

CR863.6

R173t

ISBN 978-9930-549-40-7



Valore esta obra

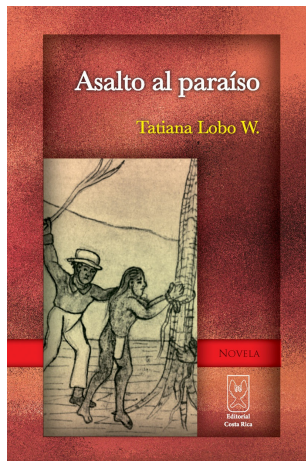
[Valore esta obra](#)



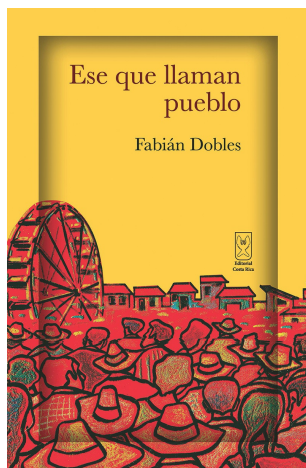
Comente esta obra

[Comente esta obra](#)

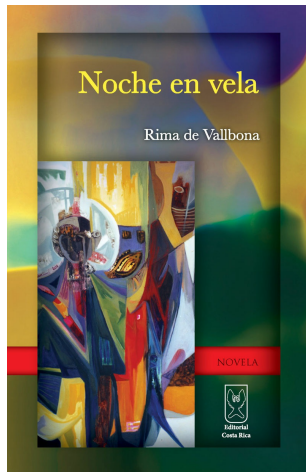
Libros recomendados



[Asalto al paraíso](#)
Tatiana Lobo



[Ese que llaman pueblo](#)
Fabián Dobles



[Noche en vela](#)
Rima de Vallbona



[Verano rojo](#)
Daniel Quirós